

CARLOS CERUTI GARDEAZÁBAL

UN
OPTIMISTA
INCORREGIBLE



CARLOS CERUTI LAGOS



CARLOS CERUTI GARDEAZÁBAL

**UN
OPTIMISTA
INCORREGIBLE**



CARLOS CERUTI LAGOS

CARLOS CERUTI GARDEAZÁBAL

UN OPTIMISTA INCORREGIBLE

Carlos Ceruti Lagos

Publicado por
Editorial USM

Portada
Patricia Lagos Infante

Diseño
Juan Carlos Rivera
Impreso en Impresion.cl

Segunda Edición, 2025



Cómo citar: UN OPTIMISTA INCORREGIBLE: Segunda Edición, 2025. (2026). Libros USM.

Licencia: Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0.



a Elvira Vicencio Zagal

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

- Coñac Carlos III.....	9
-------------------------	---

PRIMERA PARTE

HISTORIA FAMILIAR (1883-1958)

13

Capítulo I

EL FABRICANTE DE LAS ESTRELLAS ENTERRADAS (1883-1920)

- El amor de Casiano y Leonor.....	15
- Nacimiento de Carlos.....	23

Capítulo II

MAR ADENTRO (1920-1934).....

- Nacimiento de Elvira	34
- La tragedia de Casiano.....	41

Capítulo III

LA FORMACIÓN DE CARLOS (1934-1941).....

- España y Chile: Guerra Civil y Gobierno Radical.....	54
- La formación de Carlos	56

Capítulo IV

DIENTES DE MARFIL (1941-1958).....

- Carlos y Elvira	72
- El mensaje de Leonor.....	79

SEGUNDA PARTE

DON SIN GLORIA (1958-1970)

91

Capítulo V

SIGUIENDO UNA HUELLA ESTELAR (1958-1964).....

- Santa María Carrera y Valparaíso	94
- La formación de Federico	96
- Federico Santa María y Agustín Edwards Ossandón.....	99
- Federico Santa María y Agustín Edwards Mac Clure	103

- Historia de una Universidad	106
- Carlos Ceruti Gardeazábal y su nombramiento como Rector	108
- El plan de su rectoría	110
- Implementación y desarrollo de la Escuela de Graduados	113
- Ideas sobre Educación primaria y secundaria	115
- Ideas sobre Educación superior	117
- Elisa Ferrer y el Departamento de Bienestar	120
- Consejo de los Rectores de las Universidades Chilenas	124
- Por una televisión chilena universitaria con fines educativos	126
- La polémica de la Tercera Asamblea de las Universidades Latinoamericanas	127
- José Bravo y el primer paro en la historia de la universidad	133
- La internacionalización de la universidad	136
- El primer computador de la universidad	137
- Escuelas de verano	138
- Mañanas de verano	140
- El triunfo de la Falange	141
Capítulo VI	
EL PRÍNCIPE DE LA TORRE ABOLIDA (1965-1970)	143
- Plan de desarrollo para la expansión de la Universidad Santa María 1965-1975	144
- Fundación de GULERPE (Grupo Universitario Latinoamericano de Estudio para la Reforma y Perfeccionamiento de la Educación) .	146
- Discurso de Ceruti en Guadalajara	147
- Visita a los países de Europa del Este	149
- Agustín Edwards Eastman y la Universidad Santa María	151
- La noche de la casa tomada	157
- Las últimas cartas de Agustín y la renuncia de Carlos	161
- La verdadera historia según Ceruti Gardeazábal	163
- Un alto precio para el fin de la toma	167
- La renuncia del rector Ceruti y de los vicerrectores Acuña y Aguirre .	168
- La despedida en el Hotel O'Higgins	170
- El triunfo de la Unidad Popular	173

Capítulo VII

DERROTERO DE UNA VISIÓN (1970-1983)	183
- Refundación del tostadero familiar	185
- Una visión latinoamericana esbozada en Jalisco	188
- El golpe de Estado en Chile	194
- La aventura en un escarabajo mexicano	196
- La incursión latinoamericana de EDYCE	199
- Presidencia de ASIMET y otras actividades gremiales (Asociación de Industrias Metalúrgicas y Metalmecánicas)	205
- Campaña de defensa del producto chileno	211
- Una invitación inesperada	212

Capítulo VIII

EL CAMINANTE DE LA CALLE BILBAO (1983-1987)	217
- Primer recuerdo: Tercera Convención de Ingenieros de Chile (En homenaje al cincuentenario de la UTFSM)	218
- Segundo recuerdo: Fundación y presidencia de SOTEC (Sociedad Chilena de Tecnología para el Desarrollo)	222
- Tercer recuerdo: Carlos Ceruti es despedido de su propia empresa ..	224
- Post data: La morada del corazón	229

AGRADECIMIENTOS

Coñac Carlos III

Nací un 3 de noviembre de 1979 y me nombraron Carlos Ceruti Lagos, Carlos como mi padre. El primer día de mi vida, estando en el hospital junto a mi madre, nos visita mi abuelo paterno, Carlos Ceruti Gardeazábal, con señero regalo para el recién nacido bajo el brazo. Al romper el envoltorio mi madre se sorprendió de que fuera una botella del famoso coñac español *Carlos III* ¡Curioso regalo de quien se ufanara de jamás haber bebido una gota de alcohol en su vida! El regalo traía también una larguísima condición: *para que la disfrute el nacido cuando cumpla la mayoría de edad.*

Y así fue que durante toda mi infancia aquella botella adornara la estantería de los alcoholes en mi hogar. Lamentablemente la condición impuesta por el abuelo no pudo ser cumplida. A temprana edad, tras constatar que bajaba el nivel del líquido, Carlos III decidió irreversiblemente beberse el *Carlos III* de una vez, noche borrada de sus recuerdos cuya primera evidencia al despertar no fue sino aquella señera botella vacía.

Muchos años después me desprendí materialmente de aquella botella. En el transcurso de una resaca matutina me encaminé hacia unos roqueríos de la Playa Negra, en Concón, con la botella vacía de coñac *Carlos III* en la mano. Me mantuve algunas horas agazapado entre las rocas, hasta el instante de arrojarla al mar. Ahora pienso que este libro es el mensaje adentro de esa botella que entonces estuvo vacía.

En esta botella va contenida esa experiencia del nombre propio que tendría en lo sucesivo ese sentido de posta, como si mi nacimiento no hubiera sido un principio sino una continuación de algo más antiguo e inexcusable. Por otra parte, la coincidencia de nombre entre quien escribe con el personaje escrito va más allá y se relaciona con la

preparación que el propio protagonista se encargó de dejar en vida, guardando y clasificando con esmero y minuciosidad durante todos esos años gran variedad de documentos en ordenadas carpetas: cartas familiares, recortes de periódico, muchos de sus discursos escritos de puño y letra, además de diversos escritos de su autoría. Se podría decir, en este sentido, que el retratado en estas páginas es a su vez en gran parte su autor.

Otra fuente de información para este relato fue una decena de entrevistas a familiares directos, amistades y protagonistas de distintas generaciones de esta historia. Cabe destacar la amena conversación sostenida durante una tarde con Anita Illescas Gardeazábal, prima hermana y compañera con quien Carlos compartiera gran parte de su infancia y adolescencia, quien a sus noventa y cinco años de edad y con un tubo de oxígeno que la acompañaba relató con gran lucidez y detalle la vida de esos años en Valparaíso. Semanas después de esta entrevista en que Ana repasó esta vida, fallece en su departamento de Recreo, quedando en mis manos el registro de esta memoria, sumada a la de cada una de las personas que amablemente accedieron a ser entrevistadas y cuyos testimonios he intentado modestamente transmitir.

A cien años de su natalicio, agradezco a todas las personas que ayudaron a conseguir el objetivo de construir esta historia, especialmente a Rodrigo Ceruti Vicencio, ya que con su celo, orden y mantención cumplida de todos los documentos, fotografías, escritos y discursos, se pudo contar con gran parte de la historia de Carlos Ceruti Gardeazábal en todas y cada una de las etapas de su vida. Sin duda sin su afán, conocimiento y rigor este libro jamás se habría escrito.

Cabe mencionar también algunas de las más relevantes lecturas en que me he apoyado para escribir esta historia familiar y su contexto, me refiero en especial a las biografías “*Federico Santa María. Azar y Destino de una Fortuna Porteña*”, de Patricia Arancibia Clavel, y “*Agustín Edwards Eastman. Una biografía desclasificada del dueño de El Mercurio*”, de Víctor Herrero Aguayo.

Asimismo, agradezco a las connivencias amistades que me asistieran generosamente con su lectura: Sergio Madrid, Randolph Pope y María Inés Lagos, siendo sus comentarios y aportes decisivos en la articulación de este relato. A la periodista Marilyn Yáñez Ramírez, con quien realizamos gran parte de las entrevistas, y por supuesto a todos los personajes de esta historia que accedieron con

cariñoso entusiasmo a ser entrevistados, en especial a Anita Illescas Gardeazábal por su lúcido aporte a la historia familiar, ajustándola a sus raíces en España y Valparaíso. A Carlos Ceruti Vicencio, por su apoyo incondicional siempre y sobretodo en este proyecto tan suyo. A Patricia Lagos Infante por su especial aporte y visión respecto a la historia de Elvira y diseño de la portada.

Y a Gonzalo Ceruti Vicencio, Álvaro Ceruti Vicencio, Eliana Ceruti Danús, Blas Gardeazábal Galindo, Aníbal Gardeazábal, Elisa Ferrer Fougá, José Alberto Bravo Lyon, Francisco Magini Hayes, Carlos Pinedo Goñi, Gabriel Figueroa Yanssen y Carlos Peirano por sus destacados aportes, anécdotas y experiencias ¡transmitidas en inolvidables conversaciones!

¡Salud!

PRIMERA PARTE

HISTORIA FAMILIAR (1883-1958)

*“Toda es gente sencilla pero honrada y buena,
así que no tenéis por qué avergonzaros de nadie”*

Leonor Gardeazábal



Leonor Gardeazábal, Anita, Jaime, Casiano Ceruti, Ángel, Luis,
Fernando y Carlos (sentados) y Eulalia,
Valparaíso, 1921

CAPÍTULO I

EL FABRICANTE DE LAS ESTRELLAS ENTERRADAS (1883-1920)

Si amas debes partir

Blaise Cendrars

Decía Casiano Ceruti Díaz de Mendivil que había nacido con una estrella, compañera en la oscuridad que todo viaje propicia, *como un faro siempre encendido que ilumina por sobre las tempestades y nunca se agita*, según Shakespeare. A esta lejana compañía Casiano la llamaba *la Estrella de los Ceruti*, pues estaba en relación directa con su padre, Jaime, viajero de mar en su juventud, de la misma manera que lo sería su hijo.

La visión de Casiano fue partir hacia el lejano Valparaíso, el más austral de los entonces puertos mayores del Océano Pacífico: esta visión surgió tras recibir la noticia del devastador terremoto que destruyó dicha ciudad por completo en 1906. El joven marino bilbaíno había tenido la oportunidad de apreciar durante su más reciente derrotero marítimo aquella ciudad, y cabe creer que desde ese primer encuentro anidó en su corazón el impulso que jamás abandona a un viajero: estar siempre dispuesto a partir.

La estrella de los Ceruti funciona para él como elemento de orientación, como guía ante un destino incierto, por el cual Casiano abandona tanto la tierra natal como a sus padres y hermanas, a quienes jamás volverá a ver.

El amor de Casiano y Leonor

La historia de Casiano comienza un 5 de agosto de 1883, en Villarreal de Álava, municipio cerca de Vitoria en el norte de España. Sus padres fueron Jaime Ceruti Zopetti, comerciante y maestro pastelero de origen italiano, procedente de Cavalia, provincia de Novara en el Piamonte, casi en la frontera con Francia. Su madre fue doña Eulalia Díaz de Mendivil y López de Vergara, natural de la misma Villarreal de Álava, donde nacerán sus tres hijos.

Fue el primogénito y único hijo varón de la familia. Le siguieron dos hermanas, Rosa y Carmen. Vivió gran parte de su niñez en Zaragoza, donde cursó sus estudios de primaria con muy buenas calificaciones, como evidencia un certificado del Instituto Zaragoza que exhibe notas sobresalientes en Latín, Matemáticas e Historia, así como notables en Geografía. Ser el hijo mayor le proporcionará una gran responsabilidad, que más adelante le asignará el valor para afrontar importantes desafíos, tanto a nivel familiar como personal y social.

Por su parte, meses después del nacimiento de Casiano, un 11 de abril de 1884, en Luyando, provincia de Álava, nace una niña que recibe el nombre de Leonor. Su padre, Simón Gardeazábal Lezama era un labrador nacido y criado en Luyando, y su madre, Ana Olartecoechea Otaolaurrechi, era oriunda de Zuazúa. Leonor creció acompañada de sus hermanos Eduvigis, Eugenio, Francisco, Ascención, Nicolás, Ambrosio y Roque, además de tres *hermanos de leche* criados por Ana y Simón, llamados Abelino Larrazabal, Aquilino Larrazabal y Julián Roche.

Esta gran familia vivía en una casona de campo cercana de la Ría del Nervión, rodeada de cerros verdes, y no lejos de la estación de ferrocarril de Luyando. Los chicos correteaban por la línea férrea y allí tenían lugar sus juegos predilectos. Los Gardeazábal Olartecoechea vivieron muchos años del trabajo de campo, donde la familia cultivaba una huerta y criaba bueyes y cerdos para alimentarse y comerciar con ellos. Tal como se acostumbraba, los animales dormían bajo el mismo techo de la familia, en el primer nivel de la casa; y en el segundo nivel, paralelamente, Simón hacía el oficio de zapatero.

Durante aquellos años, previos a la llegada del nuevo siglo, los hermanos no requirieron en su infancia de mayores recursos para gozar de una vida tranquila, esforzada y cariñosa en una tierra natal que añorarían siempre, ya que desdichadamente muchos de ellos tuvieron que abandonarla, empujados por las guerras que ya se gestaban en el continente viejo.

Leonor, a diferencia de sus hermanos, tuvo la oportunidad de estudiar, gracias a que su tío, el sacerdote Ángel Gardeazábal, la matriculó en la carrera de contabilidad en Madrid, con el fin de educarla y diferenciarla de la mayoría de las jóvenes de su región. Sería la primera de la familia en partir del hogar, hacia un destino insospechadamente lejano, que sería seguido en el futuro por algunos de sus hermanos.

Casa de la familia Gardeazábal en Luyando,
pueblo cercano a Bilbao.
Allí nació Leonor





Jaime Ceruti Zopetti,
padre de Casiano y creador
del Tostadero Nossi-Bé de Bilbao.

Por su parte, durante aquellos años, la familia Ceruti Díaz de Mendivil se traslada a la ciudad de Bilbao, a la calle Fernández del Campo número ocho, buscando establecerse en un contexto con mejores oportunidades para la educación y trabajo de sus hijos. Transcurridos algunos años, Jaime Ceruti Zopetti emprendió un negocio aprovechando sus dotes de comerciante y maestro pastelero, instalándose en pleno centro de la ciudad con una pastelería artesanal, bombonería y tostaduría de café, bautizada como Tostadero *Nossi-Bé*, el cual se ubicó en la calle de la Estación número uno, en el conocido Edificio de la Sociedad Bilbaína.

Seguramente en sus tiempos de marino mercante fue cuando Jaime Ceruti conoció el archipiélago de Nossi-Bé, ubicado al noroeste de la isla de Madagascar, una especie de oasis costero formado por arrecifes de coral, playas de arenas blancas y aguas cristalinas, con lagunas de un hermoso color turquesa. Es conocida como La Isla de los Perfumes por sus plantas de patchoulí, caña de azúcar, café y especias. Es bastante probable que el atractivo de estas tierras insulares y la delicia de sus productos lo llevara a llamar de ese modo al negocio familiar de Bilbao. El tostadero y pastelería estuvo con los Ceruti Díaz de Mendivil hasta que muchas décadas después –en 1974– pasó a pertenecer a la familia Ortiz, de tradición heladera, conservando su nombre original hasta el día de hoy. Es una de las heladerías más tradicionales de Bilbao, exhibiendo sus dueños con orgullo que el *Nossi-Bé* lleva más de un siglo entregando un dulce e inigualable sabor en pleno centro de la ciudad.

Tras terminar la escuela y siguiendo oceánicos sueños, Casiano ingresó a la marina mercante española, donde en un corto periodo de tiempo logró ascender al grado de piloto, para posteriormente convertirse en capitán a muy temprana edad. Este logro personal y familiar fue muy importante, y muy bien visto, en una época en que existía un gran esplendor en los sueños de altamar, una época en que el mundo se abría al compás de la tecnología y la revolución técnica del transporte, redibujándose las fronteras, rutas y paisajes por explorar, apareciendo a cada tanto nuevos horizontes donde los jóvenes aventureros buscaban una nueva vida, tesoros del pasado o la magnificencia de un futuro de conquistas, peligros o buenaventura. Jaime Ceruti Zopetti también había sido marino en su juventud, y se sentía muy orgulloso del camino que forjaba su único hijo varón.

Entre viaje y viaje en altamar, Casiano regresaba a Bilbao y ayudaba en la pastelería de su padre como confitero. Fue entonces cuando una aparición estelar tocó literalmente a la puerta de su casa. Una hermosa muchacha, Leonor, había llegado a radicarse en la ciudad, recién egresada como contadora. Su falta de experiencia y la mala situación laboral española hicieron que el puesto de dependienta en la pastelería Tostadero *Nossi-Bé* fuera una buena oportunidad inicial. A la familia Ceruti debió parecerle ideal que una profesional atendiera a los clientes y les ayudara ocasionalmente con algunos temas propios de la administración de la pastelería que, en ese entonces, recibía muy buenos dividendos. Por su parte, Leonor podría reunir dinero para establecerse definitivamente en Bilbao.

El amor de Casiano y Leonor debió surgir a primera vista, pues el joven confitero y capitán de la marina mercante, quiso de inmediato hacer su esposa a esa brillante y bellísima alavesa de piel blanca y profundos ojos azules que, como por acto de magia, había llegado hasta su propia casa buscando un trabajo estable y decente. La familia Ceruti no vería con muy buenos ojos esta apresurada relación, quizás por la juventud de ambos. Pero como en toda historia de amor, no hay opiniones ni obstáculos que sean verdaderos impedimentos, y es así como un 21 de mayo de 1904 Casiano y Leonor, ambos en la edad de los veinte años, contraen matrimonio en la Iglesia Parroquial Santiago el Mayor de Bilbao.

La joven y enamorada pareja se instaló en la casa de los Ceruti Díaz de Mendivil hasta que, al año siguiente, nació el primogénito, Jaime Ceruti Gardeazábal. Aunque la casa era espaciosa, Leonor no se sentía en lo suyo y a su vez Casiano tampoco estaba muy convencido de vivir en la casa paterna con su nueva familia. Los jóvenes tenían sueños mayores, el período de los *nuevos tiempos* los empujaba a la travesía y querían aprovechar los años de más energía para conquistar la fortuna que en una España convulsionada era muy difícil de lograr. Entonces el joven Casiano tuvo la idea de echar raíces con su nueva familia en un lugar mucho más lejano y distanciado de su familia paterna y de Europa, emergiendo desde entonces la fuerza para ejercer el protagonismo de su propia novela.

Como joven capitán de la marina mercante, Casiano Ceruti había enfrentado un nuevo mundo, donde la valentía y la aventura eran necesarias. En altamar los sueños y aspiraciones son muy distintos de los que se tiene en tierra firme, especialmente en la vieja España que pasaba por un difícil momento económico y social. El mar mismo era

un espacio desarrollado con retraso respecto a la tierra y se encontraba en un estado de disputa colonial. En uno de sus viajes, Casiano arribó al puerto de Valparaíso y le fascinó su arquitectura, próspera actividad comercial y las muchas cosas que ahí había por hacer, en el puerto mayor más austral del mundo.

Es posible que, antes de conocer a Leonor, Casiano ya tuviera planes y deseos de emigrar a Chile, pues vio que muchos de sus pares emigraban a Sudamérica con la intención de formar allí una nueva vida. Esta empresa, tan arriesgada como indeterminada, era común entre los jóvenes marinos españoles. Y la hazaña era completa si se realizaba con esposa e hijos. Libros que retratan el momento particular de la historia de Valparaíso cuentan que gran cantidad de españoles que conocieron esta ciudad volvieron a España para casarse y regresar al puerto para ejercer diversos oficios que se necesitaban en Chile. Entre los chilenos era escasa la mano de obra especializada y, por lo tanto, una gran cantidad de colonias animaban a migrantes a formar parte de sus proyectos de ocupación y desarrollo.

En esa época, llegaban a Valparaíso hombres y mujeres de variadas nacionalidades europeas, así como también personas de otros lugares del mundo, especialmente de Oriente y Asia, ya fuera como tripulantes de barcos, polizones, comerciantes, refugiados o simples viajeros. El Estado buscaba atraer un mayor número de inmigrantes para responder a los cambios de una economía en desarrollo. Una primera etapa se orientó a la traída de colonos, pero luego se procuró captar trabajadores especializados que pudieran impulsar el desarrollo industrial del país.

Casiano decidió finalmente que la familia se iría a vivir a Chile. No sabemos cómo sus padres habrán tomado la decisión de Casiano de aventurarse a dejarlo todo y empezar desde cero en una tierra lejana y desconocida, pero su padre, Jaime, le ofreció a Casiano su parte de la herencia de la pastelería, pero en vida, lo cual ciertamente debe haber sido fundamental para los gastos del viajero. Tal vez en esta despedida sus padres, Jaime y Eulalia, tuvieron la certeza de que sería la última vez que mirarían a los ojos a su primer y único hijo varón.

Casiano arribó a Valparaíso inicialmente solo, con la misión de instalar una fábrica de baldosas. La ubicó en el primer piso de un inmueble de la calle Victoria 1170-74, y tal como era antigua práctica entre los españoles de entonces, instaló la casa que acogería a la familia en el segundo nivel.

Mientras tanto, al otro lado del Atlántico, en Bilbao, Leonor daba a luz a su segundo hijo, Ángel Ceruti Gardeazábal, nombre igual al de su tío sacerdote que la había llevado a Madrid. La joven madre se encontraba tan ansiosa y decidida a emprender el viaje junto a sus pequeños rumbo a Chile para reencontrarse con su esposo (quién ya se había instalado con éxito en Valparaíso), que apenas recuperada del parto, a mediados de 1907, emprende la travesía por mar con la sola compañía de sus hijos.

El viaje en barco desde España a Valparaíso constituía en esos años una aventura arriesgada, considerando que podía demorar meses y las condiciones no eran óptimas, pues los barcos comerciales debían alcanzar el dificultoso Estrecho de Magallanes para alcanzar al Pacífico. Viajar en la clase popular evidentemente no transformó la travesía marítima en un viaje de placer. Muchos aspectos primordiales como la higiene, el espacio y los insumos de salud eran escasos y precarios.

Para Leonor, este viaje se convirtió en una verdadera pesadilla, ya que el pequeño Ángel, de pocos meses de edad, enfermó gravemente en plena travesía, con fiebre, vómitos y una aguda deshidratación que culminó por dejarlo inconsciente, hasta el punto que el doctor a bordo lo desahució. Le entregó a Leonor una bandera española para que envolviera el cuerpo del bebé al expirar y, como se acostumbraba en ese entonces con los fallecidos en altamar, por salubridad, arrojara su cuerpo por la borda. Sin embargo, Leonor le doblaría la mano a aquel trágico destino, mediante su amor y la paciencia extrema que solo una madre puede ofrecer. Durante angustiosas horas se mantuvo concentrada introduciendo en la boca del bebé gota por gota la requerida agua, día tras día hasta que, contra todo pronóstico médico, logró estabilizar a la desahuciada criatura y conseguir finalmente su cura completa. Gracias a este milagro Casiano logró conocer a su segundo hijo en el mismo puerto, y en menos de un año, en 1908, Leonor daría a luz a su tercer hijo, el primero chileno, Luis Ceruti Gardeazábal.

Nacimiento de Carlos

Como un presagio de la vocación constructora e ingenieril que animaría a varios de sus descendientes, Casiano llegó a una ciudad que acababa de ser arrasada por el fatídico terremoto del 16 de agosto de 1906, que dejó a Valparaíso en el suelo, siendo menester levantarla desde los escombros.

Cabe mencionar el papel primordial de la ciudad puerto en la economía global de la época, donde el comercio y las relaciones internacionales tenían un carácter ultramarino casi absoluto. Los grandes imperios europeos ya terminaban de repartirse el mundo en su devoradora expansión, y las repúblicas que se independizaron estuvieron siempre insertas en la economía internacional, donde el papel fundamental de Valparaíso residía en su calidad de puerto mayor para embarcaciones que atravesaban el Atlántico, el Estrecho de Magallanes y luego el Pacífico en su camino a través de la costa americana, o hacia la región asiática. Valparaíso en aquella época era lugar de tránsito y abastecimiento obligatorio para estos navíos, y muchas veces también lugar de destino.

Era en ese entonces la única vía transitable para estas embarcaciones, ya que el Estrecho de Magallanes no tendría la competencia del Canal de Panamá hasta que éste se inauguró en 1914. En consecuencia, el abastecimiento en Valparaíso de los barcos rivalizaba en importancia comercial con las mercancías que llegaban al puerto. Esta época coincidió con la industria de los fertilizantes, en particular del salitre nortino, fuente de riquezas durante décadas, desde mediados del siglo diecinueve hasta la invención del salitre sintético por parte de los alemanes durante la primera Guerra Mundial.

Las principales compañías de transportes, mercancías y servicios del mundo tenían oficinas en Valparaíso, así como también los más importantes bancos del orbe. El contacto social y cultural entre múltiples migrantes con la sociedad chilena, sumado a la antigüedad y memoria cultural del puerto como lugar de tránsito global, producía todavía una sensación de apertura hacia el mundo que, sin duda, ejerció sobre Casiano el embrujo de lo exótico y austral, en tanto emprendía la aventura de participar activamente en su reconstrucción.

La ciudad se encontraba prácticamente destruida, y en los anales de la historia este terremoto, superior a ocho grados en la escala Richter, quedaba entre los más devastadores, causando al menos tres mil muertos. Además, lo que no derribó el súbito movimiento telúrico, sería luego arrasado por la propagación de los incendios que

se iniciaron en múltiples focos, principalmente a consecuencia de que el alumbrado público funcionaba mediante combustión a gas. El barrio El Almendral (extendido desde la Plaza Victoria hasta los faldeos del Cerro Barón) ardía por sus cuatro costados. Tampoco tuvo mejor suerte el concurrido Mercado Cardonal, el Teatro de la Victoria y la Intendencia, la Gobernación Marítima en la plaza Sotomayor y el Muelle Fiscal en el Puerto, entre otros edificios que resultaron severamente dañados o totalmente destruidos.

Sin embargo, 1906 fue el año en que más españoles emigraron a Valparaíso, entre ellos el primogénito de Jaime Ceruti. Siendo inteligente, supo administrar muy bien la herencia que en vida le ofreció su padre. Con ese dinero Casiano adquirió algunas máquinas en España y Chile y comenzó a forjar la Fábrica Hidráulica de Baldosas, con las que además elaboraría tubos de cemento y mármol artificial. De esta fábrica salió la segunda cobertura que engalanó el piso de la Plaza Victoria, principal plaza porteña, hasta los años sesenta. Una fábrica de tubos de cemento y baldosas no podía fracasar en una ciudad recientemente destruida. De hecho, pocas semanas después del sismo, se formó una Junta de Reconstrucción que recibió dineros internacionales, a la que se denominó *El Plan*. Valparaíso se iría poniendo de pie recién tres años después.

Los primeros años en Chile fueron de mucho esfuerzo, pero propiciados por la fortuna, la casa y el negocio se mantenían bien, y la familia crecía. En el transcurso de 1910 y 1912 nacieron respectivamente las hermanas Ana y Eulalia Ceruti Gardeazábal. En el mismo año 1912 Casiano recibió la terrible noticia del fallecimiento de su padre Jaime Ceruti Zopetti, acontecida en Bilbao. Penosamente la gran distancia entre Chile y España impidió al primogénito acudir a la despedida de su padre en tierra natal, a la que, por lo demás, ya nunca regresaría. Allá, doña Eulalia Díaz de Mendivil, junto a sus hijas Rosa y Carmen, se harían cargo de la afamada Tostaduría Nossi-Bé, hasta el final de sus respectivas vidas.

Como inmigrantes españoles en Chile la familia Ceruti Gardeazábal se unió a otros compatriotas, estrechando lazos afectivos que aún se mantenían intensamente con la vieja patria. Casiano fue un hombre muy educado y amistoso, dotes que le valieron el reconocimiento de sus coterráneos, haciéndose muy conocido en la comunidad española, de la que fue uno de sus fundadores, llegando a ser presidente del Centro Español. Impulsó la creación de la

biblioteca de esta comunidad y la formación de grupos musicales como la Estudiantina Cervantes. Tiempo después colaboró con la construcción de la Bomba España, que hasta el presente le honra como uno de sus miembros fundadores.

Con todo, ni siquiera los nuevos vecinos y amigos menguaron la nostalgia por los parientes, de manera que Leonor invitó a su hermana Ascensión a que abandonara España y se trasladara a vivir con ellos en Valparaíso. Como su hermana permanecía soltera y la situación en la vieja España no pintaba de buen color, accedió de inmediato, haciéndose la misión de acompañar a su hermana con el cuidado de los niños. No tardó en acostumbrarse a la vanguardista vida de Valparaíso, notando que en el puerto había una situación muy próspera para los suyos y que día a día llegaban más españoles, sintiéndose como en casa. Uno de esos españoles se convertiría en su esposo, Antonio Illescas, quien evadiendo en Cádiz el reclutamiento para la Guerra del Rif (extenso conflicto bélico que cursó España desde 1911 a 1927 contra tribus nativas en Marruecos), llegó a trabajar en una panadería porteña.

Anita Illescas Gardeazábal, prima y muy amiga de los Ceruti Gardeazábal comenta: *“Mi papá se casó con mi mamá aquí en Chile, donde se conocieron. La historia de mi padre es que junto a sus tres hermanos tenían que ir a hacer guardia de los moros en la línea del Peñón de Gibraltar, de manera que no dudaron de escapar hacia Chile cuando tuvieron oportunidad. Ellos llegaron a Concepción”*. Este mismo camino tomaron el resto de los hermanos Gardeazábal, que en distintos años posteriores llegaron a Valparaíso unos y a Argentina otros, cinco en total.

Un día viernes 18 de octubre de 1918, en Valparaíso, Leonor dio a luz a su sexto hijo: Carlos Ceruti Gardeazábal, motivo de este cuento. Ese mismo año Ascensión dio a luz a Ana, quien sería muy cercana a su primo Carlos durante gran parte de su vida. Las hermanas Gardeazábal no sólo coincidieron en ese parto, sino también en 1920, cuando Leonor y Ascensión dieron a luz sus últimos hijos: Fernando Ceruti Gardeazábal y Leonor Illescas Gardeazábal.

También en 1920, en Bilbao, contraía matrimonio la hermana de Casiano, Rosa, con Eduardo Calleja Fernández, y un año después Carmen, su otra hermana, con Luis Fernández Aristegui. Ninguno de estos matrimonios tuvo descendencia, por lo que el linaje de los Ceruti Díaz de Mendivil se quedaría en Chile hasta el día de hoy.

El negocio familiar agregaba nuevos artículos para la venta e instalación, como baldosas de mármol, cornisas, zócalos y una amplia gama de artículos importados desde Europa y Estados Unidos, que se utilizaron en edificios municipales, casas, calles y plazas de Valparaíso. El terremoto de 1906 fue, desde todo punto de vista, un gran aliciente para el desarrollo de esta fábrica durante los años de la reconstrucción, con notoria mano europea. Casiano tenía muy buen ojo para identificar con qué tipo de materiales trabajar, empleando en cuanto al diseño un estilo precursor que, años después, sabrían imponer en la moda mundial los arquitectos brasileños, que llegaron a ocuparse visionariamente de lo que aquí se realizaba de manera austera y anónima. Resulta por lo menos singular la marca que el fabricante imprimía en el dorso de sus productos: a modo de firma, un diseño de “*la Estrella de los Ceruti*”, una estrella de ocho puntas circundada por la inscripción *C CERUTI y VALPARAÍSO*.

Muchas de estas baldosas continúan hasta el día de hoy en el corazón de la ciudad, en algunos de los subsuelos que conservan material de la época. Recordemos que el plan de Valparaíso es territorio ganado al mar y el centro de la ciudad fue subiendo. Muchos naufragios terminaron de relleno bajo sus calles principales. Los productos de la fábrica de Casiano fueron parte de las construcciones más elocuentes de la ciudad, por lo que es de suponer que muchas estrellas con la inscripción de Casiano, permanecen soterradas como legado para una futura arqueología urbana.

Es así como en los primeros días de diciembre del año 2009, tras probables cien años de haber sido instaladas por el propio Casiano, un par de trabajadores de la construcción que desarmaban unos pisos para construir las bases de un ascensor dentro de la remodelación del edificio Terranostra, ubicado a un costado de El Mercurio de Valparaíso, hacen el siguiente hallazgo:

—*Don Carlos... ¡Encontramos unas baldosas tuyas!* —exclamó uno de los maestros al inspector técnico de la faena, Carlos Ceruti Vicencio, nieto de Casiano Ceruti Díaz de Mendivil.

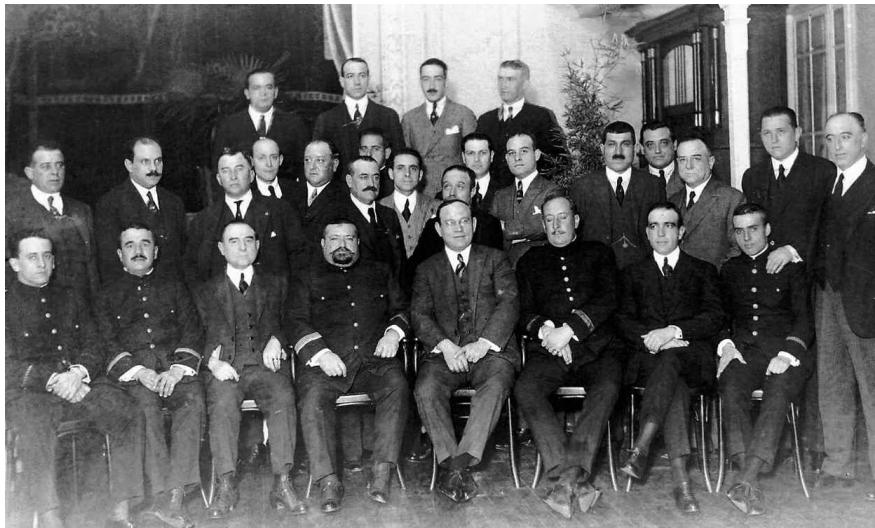
Una vez en sus manos una de estas baldosas, pudo verificar que decía C CERUTI en su parte superior, una estrella de ocho puntas en el centro, y VALPARAISO en su parte inferior, todo esto grabado en el dorso de la baldosa pues la superficie se encontraba muy deteriorada por el paso del tiempo. Desgraciadamente se pudieron recuperar tan solo unas pocas baldosas, ya que muchas de ellas yacían perjudicadas

o pegadas con extrema fuerza al piso de la construcción. El inspector técnico contempló la estrella en el centro de la reliquia y sin titubeos la reconoció como representación de la buena *Estrella de los Ceruti*, a la que solía referirse su padre, Carlos Ceruti Gardeazábal.

¡Gracias, Casiano Ceruti, por haber tomado tan bella, arriesgada y atinada decisión junto a tu querida Leonor, de venirte a Valparaíso, a Chile, a esta patria que nos tiene en su corazón! Así escribió su nieto Carlos al momento de entregar a sus hermanos y primos, una de aquellas baldosas a cada uno, recuperadas desde los subsuelos mismos de la ciudad de Valparaíso.

Leonor junto a sus hijos mayores
Jaime (derecha) y Ángel (izquierda),
Valparaíso, 1907





Casiano al centro,
fundador de la Bomba España en Valparaíso, 1915



Familia Ceruti Gardeazábal en Valparaíso,
antes del nacimiento de Carlos y Fernando.
Ángel, Jaime, Eulalia, Leonor, Anita, Luis y Casiano, Valparaíso, 1916

Tostadero "Nossi-Bé"

— DE —

Jaimo Ceruti

Calle de la Estación, N.^o 1, Edificio "Sociedad Bilbaina"

Se hacen toda clase de encargos de Confitería, Pastelería y cocina, Se sirven chocolates, Refrescos varios, Helados, Casa especial para embutidos, fiambres, repostería y cocina. Todos los días á las 10 de la mañana pasteles frescos. Unica casa que al tostar los cafés concentra su aroma.

Caprichos y bombones finos á la crema.

CROMOS. FRIEDRICH'S - BARCELONA

FÁBRICA HIDRÁULICA DE BALDOSAS

TUBOS DE CEMENTO Y MÁRMOLES ARTIFICIALES

Victoria, 1170-1174 :: Teléfono Inglés, 140 (Barón)

VALPARAISO

Baldosas fabricadas por los procedimientos más modernos, con presión superior a 250 atmósferas: Esto unido a que los materiales empleados son de primera calidad, hace que su duración sea ilimitada.

Dibujos y colorido a elección del cliente.

Baldosas enlazadas de 15×15, importadas, para murallas, blancas y de colores.

Surtido completo en ángulos, cornisas, zócalos, etc., etc.

Casiano Ceruti

SOLICITE PRECIOS Y MUESTRAS SIN COMPROMISO

Imp. Liguria.—Valp.

EN 1907 llegó a nuestro país, radicándose en Valparaíso un honorable industrial español, el señor Caciano Cerruti, natural de Villarreal, provincia de Álava, y que traía el entusiasmo y noble propósito de establecer en Chile una fábrica de baldosas y tubos de cemento.

Después de algunos meses de paciente labor, el señor Cerruti, el mismo año de su llegada, logró fundar el establecimiento que hoy lleva su nombre y que goza de especial reputación entre los establecimientos de su género.

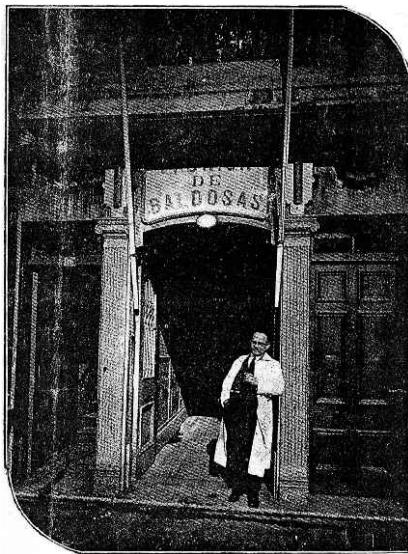
La labor desarrollada en Chile por el señor Cerruti es digna del mejor elogio. Gracias a su celo y actividad, ha logrado montar su fábrica al estilo de las similares establecidas en el extranjero.

Basta sólo para comprender la importancia del establecimiento del señor Cerruti, consignar los capitales que tiene invertidos en la fábrica y en el giro mismo de sus negocios; los quesuman más de CIENTO CINCUENTA MIL PESOS.

La producción de baldosas alcanza a ciento ochenta mil anuales, y la de tubos de cemento a dos mil quinientos.

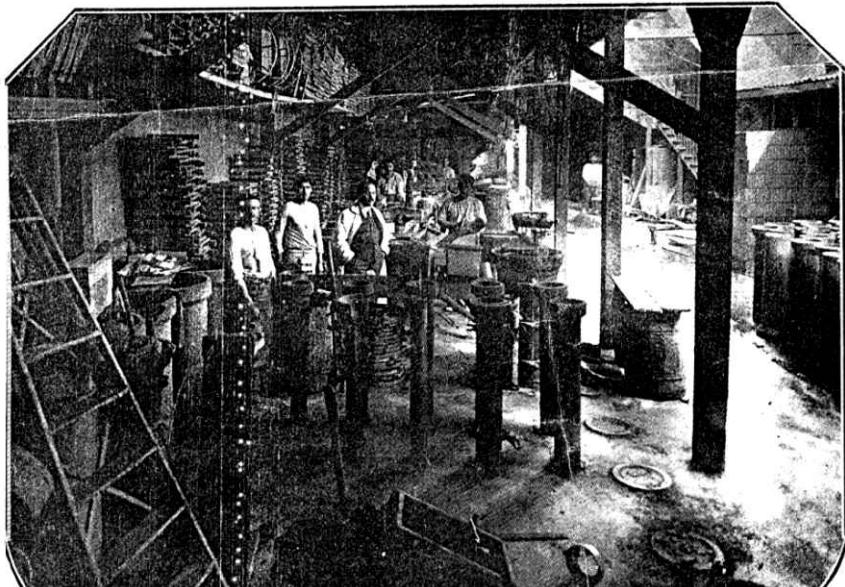
La importación de las tierras, tintas y principales materias primas usadas en esta industria, se hace directamente de Europa y Norte América.

Como se ve, los anhelos del distinguido industrial español, se han visto coronados con el más halagüeño éxito; su establecimiento es hoy uno de los más importantes del país.



ENTRADA AL ESTABLECIMIENTO

CACIANO CERRUTI VALPARAISO



INTERIOR DEL ESTABLECIMIENTO



Leonor con Carlos y Fernando, Valparaíso, 1923

CAPÍTULO II

MAR ADENTRO (1920-1934)

*Perdiéndome con mis naves
En el gran mar de los sentimientos*

Sergio Madrid

Casiano y Leonor se ocuparon de darles la mejor educación a sus hijos. Ambos eran demócratas, apoyaron la causa de la República Española y eran agnósticos como lo serían sus hijos. A pesar de ello, respetaban todo tipo de pensamientos políticos y religiosos. Leonor se preocupó de lo valórico, y como era una mujer de esfuerzo, se encargó de recordar a sus hijos que todos los seres humanos son iguales sin importar su procedencia, que los sueños se conseguían con esfuerzo y trabajo, y que siempre había que velar por la familia y mantenerla unida. Se ocupó especialmente por la educación formal de sus hijos, y se mostró como una madre bastante exigente a la hora de los rendimientos escolares.

Por su parte, Casiano, hombre muy culto y de una gran habilidad manual que lo convertía en especialista en lo que emprendiera, comenzó a transmitirle a la familia su gusto por la lectura, los avances de la investigación científica, la historia de España, la música y el amor por el trabajo bien hecho. Con una ruta delimitada para orientar a sus hijos hacia diferentes áreas del conocimiento, a los mayores los matriculó en el Liceo Eduardo de la Barra de Valparaíso. Pero el padre de familia sabía que la educación partía en casa, por lo que obligó a cada uno de ellos a escoger un instrumento musical para tomar clases particulares, imponiendo que cada uno aprendiera un instrumento diferente, lo que más tarde ayudaría a la familia a superar algunas dificultades económicas cuando Casiano enfermó.

Así es como Jaime se convirtió en un violinista magnífico, Luis se lucía en la flauta dulce, Ángel llegó a ser un verdadero maestro profesional del violoncelo como primer cellista de la Orquesta Sinfónica de Chile y cellista del Cuarteto Chile, mientras Eulalia y Ana tocaban el piano. Ana llegó a ser concertista en piano y formar conjunto con sus hermanos Jaime, Ángel y Luis, amenizando los intermedios en los biógrafos y, junto a Ángel y Víctor Tevah, también formó parte del Cuarteto Chile. Carlos y Fernando eran muy

pequeños en este tiempo, pero más adelante también tendrían que demostrar su talento musical, Carlos con el violín y Fernando con el cello, presumiblemente imitando a sus hermanos mayores.

La casa de los Ceruti se ubicaba en el segundo nivel sobre la fábrica. Anita Illescas señala que por ese entonces ella y su madre hacían constantes visitas a Leonor, por lo que se hizo muy cercana a Carlos, con quien tenía la misma edad. *“Yo recuerdo la fábrica. Ahí de pequeña jugaba con Carlos y Fernando, correteábamos arriba en una terraza. Tenían un comedor grande y en la esquina un grifo que purificaba el agua. Mi hermano nos miraba ya que no podía jugar porque era enfermo”*. El hijo de Ascensión nació con una extraña enfermedad que lo mantenía en silla de ruedas y con muchas limitaciones físicas. El pequeño moriría en pleno viaje en tren a Santiago pocos años después, cuando viajaba con su familia a visitar precisamente a los Ceruti Gardeazábal, que se habían mudado a la capital.

En ese entonces Carlos y Fernando no tenían más preocupaciones que divertirse. Hay que hacer notar que la casa en donde nacieron y vivieron su infancia era una industria en su primer piso. Esta noción de la casa como industria tendrá mucho sentido en el destino que forjarán ambos hermanos en el futuro. Fueron los años dorados de la familia, que se encontraba muy unida y cohesionada en Valparaíso, pasando por un buen momento afectivo y económico. Los hermanos de Carlos eran muy buenos alumnos y los más grandes estaban comenzando sus estudios superiores.

Según algunos testimonios, desde muy pequeño Carlos destacó por ser un niño amable y generoso. Parece evidente que el ejemplo lo tuvo directamente de su padre, que todavía joven ya era un connotado empresario en el puerto, muy querido por sus servicios y personalidad, especialmente entre los miembros de la comunidad española de Valparaíso, que valoraban su buena disposición y apoyo a los migrantes de España.

Nacimiento de Elvira

El 25 de noviembre de 1923, nace en el Cerro Santa Elena de Valparaíso una niña que recibe por nombre Raquel Elvira Vicencio Zagal, hija de Galvarino Vicencio Peralta y Ester Zagal Anabalón.

La historia de amor de Galvarino y Ester tiene su origen en la escuela de Química y Farmacia de la Universidad de Chile, en donde cursan la carrera como compañeros hasta su egreso. Lo curioso es que

no se origina entonces una relación sentimental, sino años después y por intermedio del azar. Al egresar, Galvarino, oriundo de San Felipe, fundó una farmacia en Valparaíso que llamó “Farmacia Moderna”, mientras Ester puso una farmacia en San Carlos, su ciudad natal. Un día se encontraron por casualidad en Santiago, buscando insumos químicos para sus respectivas farmacias, y fue entonces cuando surgió el amor: desde ese momento ya no se separarán.

El padre de Ester era José de la Rosa Zagal, quien haciéndole honor a su nombre se casó con Rosa Anabalón. La gran visión en la vida de José era que sus hijos tuvieran una profesión universitaria, incluso sus hijas, lo cual para la época era bastante inusual. Recordemos que en esos años la mujer no tenía derecho a voto, y en las aulas universitarias tan solo en determinado tipo de carreras comenzaba tímidamente a emerger la presencia femenina.

Dos hermanas de Ester Zagal, Laura—mayor que Ester—y Ofelia—que la seguía—siguieron una de esas carreras, pues abandonaron San Carlos para radicarse en Santiago como futuras profesoras del pedagógico de la Universidad de Chile. Los profesores públicos fueron de gran calidad en Chile puesto que el gobierno de la época trajo a profesores alemanes habituados a formar profesores chilenos de categoría en el pedagógico de dicha Universidad. Las hermanas se avecindaron en la calle El Vergel en Santiago para vivir juntas durante largos años. Ambas permanecieron solteras.

Galvarino y Ester se casaron a una edad que en la época era considerada tardía, probablemente debido a la condición de profesional de Ester, que ya había establecido su propia farmacia. Luego de casarse, la pareja se trasladó a Valparaíso y trabajó en la “Farmacia Moderna”, que desde ese momento sacarían adelante en conjunto. De ese matrimonio nacieron Raquel Elvira, Galvarino, Gustavo Adolfo, Sergio Lautaro, Ester y Hugo Galvarino.

El pequeño Galvarino murió a los cinco años de edad, afectado por una bronconeumonía que en esos años no tenía cura. Elvira también enfermó, pero con mejor fortuna. Ella contaba que nunca pudo olvidar la imagen de los ojos de su pequeño hermano cuando lo vio por última vez, en el momento en que se lo llevaban al hospital. El pequeño Galvarino se despidió de su hermana mirándola a los ojos y le dijo: “*Chao Tita*”, apodo que luego cayó en desuso, hasta que la primera de sus nietas espontáneamente la volviera a llamar de ese modo muchos años después.

Elvira estudió en el Liceo N°1 de Niñas de Valparaíso, establecimiento emblemático, considerado el primero de su estilo en el país. La fundación del Liceo data del 19 de abril de 1892. Nueve años después de su fundación, la directora recibió del gobierno el inmueble de Avenida Argentina en donde el Liceo se ubica hasta hoy. Unos años más tarde, el terremoto de 1906 arruinó completamente el edificio. Restaurado en parte durante la administración de Pedro Montt, continuó sirviendo las necesidades educacionales de una población en constante aumento.

En este establecimiento, Elvira tuvo amigas y compañeras con quienes mantuvo contacto durante toda su vida. En el futuro, los hijos de sus amigas serían amigos de sus hijos, quienes cosecharían bellos recuerdos de sus años y días en el barrio del cerro Santa Elena, en unas casas que aún permanecen. Subían en un tranvía que pasaba por Avenida Argentina, por el costado de la Clínica Española, que ya no existe, y por la fábrica de chocolates Costa, que actualmente se mantiene en el mismo lugar en estado de ruina. Por ello, el grato aroma permanente a chocolate que inundaba los alrededores del barrio de Santa Elena, junto a los pitazos de los tres cambios de turno, a esta altura son solo historia.

En la extensión de la Avenida Santa Elena se destacaban las antiguas casonas del personal administrativo de la fábrica de chocolates, que datan de 1925. El barrio de Avenida Santa Elena nace en conjunto con la fábrica, y posee dos tipos de viviendas características. Actualmente el complejo de viviendas se ha conservado muy bien, pese al tiempo transcurrido, tanto así que este sector fue declarado como Zona de Conservación Histórica en la última modificación al Plano Regulador de Valparaíso.

La “Farmacia Moderna” estaba ubicada en Independencia 1919, en un edificio que perdura ahí hasta el día de hoy. Era de los típicos locales antiguos del puerto, con viejos jarros de porcelana para contener los productos farmacéuticos y una caja registradora enorme, mesones de madera para atender por ambos lados y un lugar al fondo para hacer los preparados. Seguramente abundaban ratones en el plan, ya que sobre estos mesones solían descansar varios gatos que Galvarino domesticaba.

Era una farmacia al estilo de Valparaíso, con doble altura: tenía un entrepiso donde había un escritorio y un laboratorio. Para entrar se subía por unos escalones, propios de las construcciones de esa época,

que debido a la lluvia eran más altos. Una puerta en el interior se abría en el piso y conducía a un subterráneo que servía de bodega para los productos. Con ellos, Galvarino fabricaba e inventaba remedios, hacía obleas para los resfriados, para los niños preparaba medicamentos disfrazados de dulces, producía gomitas de eucaliptus y otros insumos. En ese tiempo, los médicos daban las recetas indicando los gramos de uno u otro elemento, y las medicinas se preparaban en la botica. Galvarino tenía gran prestigio en Valparaíso porque hacía buenos remedios, e incluso no era extraño que hiciera las veces de médico con sus clientes.

Él iba mucho a San Felipe, su tierra natal, y formaba parte de una Agrupación de Amigos del Aconcagua (de hecho, son muchos los Vicencio oriundos de San Felipe). Su hermano menor se llamaba Víctor Vicencio Peralta y tenía su misma profesión. Es así que abrió una sucursal de la “Farmacia Moderna” en Viña del Mar, en un local que a su vez perdura hasta el día de hoy, frente al Terminal de Buses de la ciudad balneario, en donde actualmente se ubica un local de la cadena Farmacias Ahumada.

Ambos hermanos farmacéuticos eran muy queridos en sus localidades, tanto que Víctor llegó a ser Regidor de la Municipalidad de Viña del Mar por el Partido Radical. Los dos hermanos eran radicales y masones, siendo muy asiduos al Club de la Masonería ubicado en la Avenida Brasil, emblemático establecimiento cuyo grupo como entidad organizada encuentra su origen en los albores de la masonería en Chile.

Galvarino era conocido por todos como una muy buena persona, de esos que por buenos, terminan siendo presa de patudos y timadores. Le gustaba cantar en los paseos puesto que era muy alegre, y gustaba de bailar a razón de cualquier circunstancia. Sin duda que Elvira, su hija regalona, heredaría esta alegría y aptitud para el baile. En el vecindario de Santa Elena todas las familias se conocían, los niños jugaban y formaban en conjunto una comunidad ejemplar, donde se hacía una vida saludable, alegre y solidaria. Hacían fiestas, y *Don Galva* como le decían, era el principal bailarín que animaba, con su espíritu y caballerosidad de hombre bonachón, cualquier tipo de festividad: los dieciocho de septiembre, los años nuevos y cuanto cumpleaños había, mientras Ester le acompañaba con cariño y admiración.

El matrimonio de los farmacéuticos Vicencio Zagal, se encontraba en los años veinte formando su familia en la Avenida Santa Elena muy cerca de los Ceruti Gardeazábal, cuya vivienda y fábrica de baldosas de calle Victoria se encontraba apenas a una cuadra de la Avenida Argentina, por lo que no resulta extraño que el destino de ambas familias se cruzara. Pero las cosas no se iban a dar de manera tan sencilla.



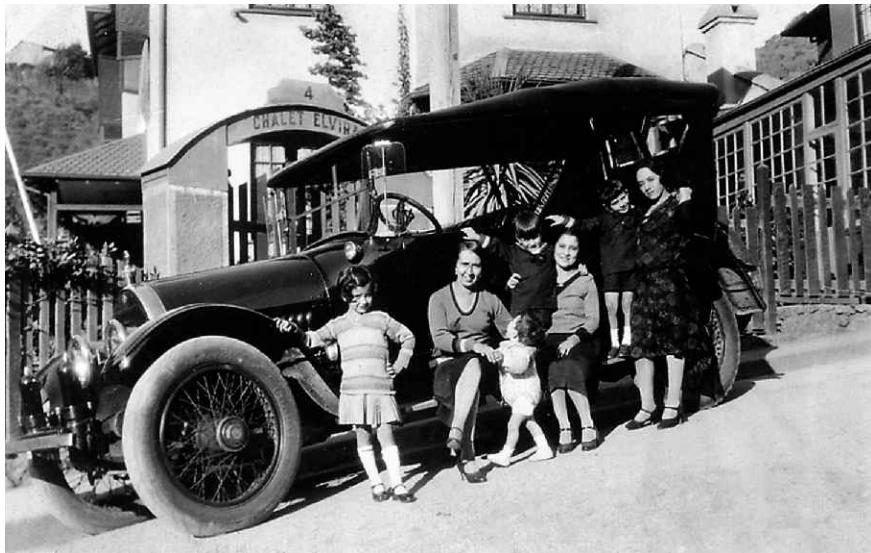
Farmacia Moderna en Valparaíso (al centro Galvarino Vicencio), 1924



Las hermanas Berta, Laura, Ester, Ofelia y Olga Zagal Anabalón, 1922



Galvarino Vicencio Peralta
y Estar Zagal Anabalón
(padres de Elvira), 1922



Elvira (primera a la izquierda) junto a su mamá, tías y hermanos en Santa Elena en el auto familiar frente a la casa Chalet Elvira en Santa Elena, Valparaíso, 1928



Preparatorias del Liceo número 1 de Valparaíso
(Elvira es la primera sentada de derecha a izquierda),
6^a Preparatoria, 1935

La tragedia de Casiano

La familia Ceruti Gardeazábal comienza a afirmarse y a mejorar su situación económica. Ya instalados en Valparaíso, el negocio de Casiano Fábrica Hidráulica de Baldosas, elaboraba tubos de cemento y baldosas de mármoles artificiales.

Jaime, el hijo mayor, un joven con mucha habilidad manual y muy entusiasta por la ingeniería y los descubrimientos científicos, manifestó deseos de estudiar ingeniería. Casiano le ofreció enviarlo a España para que estudiara, pero él prefirió quedarse en Chile y seguir la carrera de Medicina, recibiéndose de médico cirujano en la Universidad de Chile. Las versiones familiares dicen que no quiso viajar a España por no dejar a una novia que tenía, de la que se separó tiempo después. Jaime fue el inventor del primer transfusor de sangre que hubo en Chile, maqueta elaborada junto a su padre que lo ayudó con sus manos hasta perfeccionar la tecnología que se denominó Transfusor Ceruti y que forma parte de los anales de la medicina chilena.

Ángel comenzó a estudiar guitarra clásica a los seis años. Junto a su hermano Jaime integraron la Estudiantina Cervantes y fueron los regalones por aquel entonces de la colonia española residente. Aprende también el piano y luego recibe de su padre un pequeño violoncelo, instrumento que aprende y que lo acompañará toda su vida. Recibió en Valparaíso el título de contador, profesión que nunca ejerció ya que él sí partió a España, en esos años de holgura, a estudiar en Bilbao música y ejecución del violoncelo, entre 1924 y 1925, con el maestro Pablo Casals. Ángel es el autor de la música del himno de la Fuerza Aérea de Chile.

Luis, el tercero de los hermanos y primero nacido en Chile, terminó sus estudios de humanidades en el Liceo Eduardo de la Barra en Valparaíso y se fue a estudiar Química y Farmacia en la Universidad de Chile en Santiago, carrera que en ese entonces pertenecía a la Facultad de Medicina. Llegó de interno a la residencia universitaria que estaba junto a la Piscina Escolar en Independencia. Fue un alumno brillante y cursó su carrera en muy breve tiempo. Luis fue un destacado académico y profesor, Director de la Escuela de Química y Farmacia, Decano de la Facultad y Vicerrector Académico de la Universidad de Chile. En la actualidad el edificio de la Facultad lleva su nombre.

Tras egresar de la carrera, Luis se costeó un viaje a los Estados Unidos tocando su flauta traversa en una orquesta que habitualmente llevaban los transatlánticos para entretenir a los pasajeros. Recién recibido, ingresó a trabajar en la Municipalidad de Santiago como químico destinado al control de los camiones lecheros, que expedían dicho alimento en forma cruda desde el establo.

Corría el año 1925, momentos en que la vida de los Ceruti Gardeazábal alcanza su punto más alto de buena ventura, cuando repentinamente la buena *Estrella de los Ceruti* parece dar un giro fatal. No se sabe con muchos detalles cómo o en qué circunstancias sucedió, pero Casiano se cayó de un caballo y dañó gravemente su espalda. Desde ese día, el entusiasta y trabajador padre de familia no pudo ser el mismo. Luego de varios meses de recuperación, el padre de los Ceruti Gardeazábal tenía que hacer muchos esfuerzos para continuar con su rutina normalmente. Sentía mucho dolor y tenía problemas para caminar, y después de unas semanas comenzó a caerse. Leonor y sus hijos estaban muy preocupados por la salud de Casiano. Los trabajadores de la fábrica y los Gardeazábal también se dieron cuenta de esta situación. Casiano comenzó a viajar a Santiago para tratarse y se sometió a una pionera y riesgosa operación a la columna. En todo este proceso le fue imposible trabajar como de costumbre, lo que se reflejó en las ganancias de la fábrica, lo que sumado a los gastos médicos dejó a los Ceruti en bancarrota.

Dice Anita Illescas: “*Cuando aún era joven a Casiano le vino una enfermedad, empezó a caerse y en esa época lo internaron en la Clínica Alemana. Lo operaron, pero quedó inválido y luego de eso comenzó a perderlo todo, toda la gente que tenía en la fábrica se fue. No puedo probarlo, pero creo que le robaron. Se tuvieron que ir a Santiago*”.

Para los hermanos Ceruti Gardeazábal este fue un momento que los marcaría para siempre. Carlos, durante toda su vida, sentirá un desapego respecto a lo material que caracterizará sus acciones y le harán asumir de mejor manera las pérdidas que le deparará su propio derrotero. Por su parte, su hermana Anita Ceruti recordó hasta su vejez que en aquella época muchos conocidos y amistades le dieron la espalda a la familia, “*porque los verdaderos amigos son los que en las prosperidades acuden al ser llamados y en las adversidades acuden sin serlo*”, y la falta de esto último la llevó a una desilusión muy grande. El impacto de esta situación familiar fue tal que Anita en su

vida prefirió no hacerse de amigos nunca más en su vida, sino solo contar con los miembros de su propia familia, especialmente con sus queridos hermanos y nueras.

El lapidario pronóstico de Casiano, vino seguido de una fuerte crisis económica en la fábrica. Al estar preocupado de su columna, comenzaron a ocurrir muchas irregularidades: las cuentas no cerraban, se extraviaban dineros. Según comenta la familia, un joven que Casiano había apadrinado en Chile habría estafado a su mentor con las ganancias de la fábrica de baldosas. Se trataría de uno de los hermanos de leche de Leonor y Ascención, quien fuera recogido en España por sus abuelos y enviado a Chile en donde fue acogido por la familia. Este personaje quedó a cargo de la fábrica y es a quien Anita Illescas atribuye el descalabro.

Como estaban las cosas y los ánimos, era difícil que alguien se pudiera hacer cargo de esta situación. Casiano estaba convaleciente, los hijos mayores aún eran muy jóvenes y Leonor tenía ahora la responsabilidad de sacar a los suyos adelante. Ante esta situación, Casiano decidió cerrar la fábrica y recuperar algo de dinero con lo que quedaba. La segunda medida fue establecerse en Santiago, donde podrían comenzar de nuevo. El patrimonio de muchos años, logrado en Valparaíso, casi había desaparecido por completo y Casiano, de solo cuarenta y dos años, estaba condenado a una silla de ruedas, en una época en que los discapacitados tenían escasas posibilidades de hacer una vida normal.

Los primeros años en la capital no fueron fáciles, ya que los hijos mayores estaban en la universidad, casi no había dinero y Casiano no podía trabajar. Leonor comenzó a vender ollas de aluminio y luego pólizas de seguros. Su inteligencia, simpatía y belleza la hicieron una vendedora de primera y logró sacar a la familia de ese trance. Los hijos mayores, además de estudiar, se ocuparon de sacar provecho de sus dotes musicales para hacer dinero extra. Jaime, Ángel, Luis y Anita constituyeron un conjunto musical que tocaba en diferentes teatros, espectáculos y presentaciones en los interludios del cine mudo. Todos manejaban un instrumento, Ángel y Jaime tenían experiencia desde la Estudiantinas Cervantes, por lo que les fue muy bien, llegando incluso a aportar una parte importante del sustento familiar. Todo el dinero que reunían por estas actuaciones, lo mismo que el que ganaban los mayores luego de recibidos de sus carreras, era entregado a doña Leonor, quien lo administraba para todos.



Casiano Ceruti Díaz de Mendivil



Leonor Gardeazábal Olartecoechea de Ceruti

Aunque Casiano se encontraba en silla de ruedas, apoyaba a sus hijos y esposa en muchas tareas. Jaime, que estudiaba medicina, diseñó un transfusor de sangre, toda una novedad en esos años, pues no existían en Chile (las transfusiones se hacían de manera directa, cuerpo a cuerpo). Casiano se comprometió a fondo con la idea de Jaime y, gracias a sus conocimientos, lo asesoró en la planificación y diseño de este aparato, que llamaron *El Transfusor Ceruti* y que por muchos años fue exhibido en el museo del Hospital San Juan de Dios en Santiago.

Su limitación física reforzó aún más su sabiduría y la mirada visionaria con que orientó a sus hijos y a su esposa Leonor. “*Yo recuerdo al tío Casiano en su silla de ruedas a todos dirigiéndolos, lo veía en su silla de ruedas trabajando en el transfusor de sangre que construyó Jaime. Recuerdo que Jaime le sacaba cualquier cantidad de sangre al tío, yo no sé qué es lo que tendría. Ambos eran muy unidos. Carlos en ese tiempo era chiquito*”, contaba Anita Illescas.

Mientras Carlos aún era un escolar al que le faltaban años para ingresar a la educación media, sus hermanos más grandes se casaban y tenían hijos. El primero en casarse fue Luis, que en 1932 se casó con María Victoria Danús Peña. Aunque Luis era muy joven, ya se había titulado y estaba trabajando. Dos años después tuvo a su primera hija, Eliana Ceruti Danús. Pero la primera nieta de Casiano y Leonor fue hija de Eulalia quien, a pesar de no contar con todo el apoyo familiar, se casó con Horacio Mesa Campbell, con quien tuvo dos hijos: Patricia y Fernando.

Iniciando la Enseñanza Media en el Instituto Nacional, Carlos siguió sorprendiendo con sus notas sobresalientes. Además, era un muy buen compañero. Los profesores y el director le tenían mucho aprecio no solo por su excelente rendimiento, sino también por su personalidad. El plantel de profesores del Instituto Nacional tenía depositadas muchas esperanzas en el futuro universitario de Carlos, por lo que el propio Rector del instituto manifestó su pesar a la familia al recibir la noticia de que Carlos Ceruti dejaría el establecimiento para ingresar a la Escuela de Artes y Oficios de la Universidad Técnica Federico Santa María.

El emblemático Instituto Nacional había catapultado a muchos ex alumnos a las mejores universidades, y por ese entonces la Universidad Santa María aún no tenía el prestigio que alcanzaría años después, ya que no había graduados para evaluar su desempeño. Para

el rector, no era lo mejor que Carlos experimentara con su futuro universitario, pues a su entender tenía grandes cualidades que encajarían muy bien en la Universidad de Chile. Pero Casiano y Leonor tenían otra cosa en mente: eran visionarios, y como europeos sabían muy bien lo que faltaba en Chile. Por eso pensaron en la Santa María, que en el ámbito de la ingeniería prometía esplendor al contar con docentes que venían de Europa y Estados Unidos, especialmente profesores alemanes destacados por sus conocimientos actualizados en ingeniería.

Es así como el destino de Carlos lo trae de vuelta a Valparaíso, su ciudad natal, la misma de la que el joven marino Casiano Ceruti se enamorara en su juventud, y donde forjara junto a Leonor su familia. Con solo quince años en 1934, Carlos entra como estudiante a la Escuela de Artes y Oficios, creada en 1931. Esta decisión determinó profundamente su vida, ya que en esta casa de estudios su vida tomó un giro muy positivo que Carlos Ceruti nunca dejó de agradecer, tal como menciona años después: *“Debo agradecerle a la Universidad Federico Santa María todo lo que soy. Llegué a estudiar en ella a la Escuela de Artes y Oficios, a la Escuela de Aprendices de Artes y Oficios, y gracias a la visión de mi madre especialmente. Mi madre que pensó que dada las condiciones que yo tenía podría llegar a ser un buen hombre en la técnica, en la mecánica o como ingeniero mecánico”*.

Leonor fue quien llevó a Carlos a Valparaíso. Éste estaba muy emocionado por aquella nueva etapa, estudiar la secundaria en una universidad que a primera vista deslumbraba por su extraordinaria arquitectura (un castillo, construido sobre el antaño fuerte militar Pudeto, de defensa de la ciudad), y que poseía una infraestructura óptima para realizar todo tipo de talleres con la supervisión de destacados docentes extranjeros. Aunque extrañaría mucho a su familia, Carlos sabía que estaba recibiendo una oportunidad que no debía desperdiciar, pues había mucha esperanza depositada en él. Ese primer día de clases, Leonor tomó el hombro de su hijo y antes de despedirse le dijo: *“Carlos, estoy segura que un día tú serás el rector de esta universidad”*. Desde ese momento y para toda su vida Carlos Ceruti será un orgulloso *sansano*.

Carlos se estableció en casa de sus tíos Ascensión y Antonio Illescas (quien hizo las veces de apoderado), y sus primas Anita y Leonor. La casa se encontraba detrás de la iglesia La Matriz, en el

Barrio de la Aduana, y desde ahí Carlos se iba caminando a la Escuela de Artes y Oficios en Placeres. Por esos días los Illescas pasaban por un mal momento económico, pero esto nunca fue un obstáculo para aceptar a Carlos como un hijo más. Los Illescas se caracterizaban por ser muy solidarios y hospitalarios con todos los miembros de la familia.

Al consultarle sobre Carlos, cuenta Anita que esos años fueron de puro estudio. Por su parte, ella no era muy feliz en ese barrio, exceptuando los fines de semana en compañía de Carlos, ya que ambos eran nadadores de mar e iban a la playa San Mateo donde se internaban mar adentro; en otras oportunidades caminaban desde la Matriz hasta Reñaca, por entonces sólo playa, y asimismo se adentraban en el mar, con la misma energía vital que ambos primos compartieran desde su primera e iniciática amistad durante los años dorados de la fábrica de baldosas.

El domingo 5 de agosto de 1934, los Ceruti se reunieron en su casa de Santiago para celebrar el cumpleaños número cincuenta y uno de Casiano. Aunque aún era joven, Casiano lucía cansado y mucho mayor. Sus hijos notaron que su situación había empeorado y que Leonor tenía que hacerse cargo de todo lo que él ya no podía hacer por sí mismo. Ese día todos compartieron una exquisita comida y disfrutaron en familia. Tres días después, el ocho de agosto, Casiano muere de una paraplejia espasmódica e insuficiencia cardiaca, terminando sus largos años de dolor.

A pesar de que la partida de Casiano fue temprana, los Ceruti lo tomaron con calma, pues el esforzado, valiente y soñador padre les había dejado un invaluable legado: sus hijos mayores eran destacados profesionales y un gran aporte a la sociedad en sus diferentes áreas. Carlos y Fernando eran elogiados estudiantes que, vale decirlo, gracias al legado de Santa María, cursaban gratuitamente promisorias carreras universitarias. En tanto, las hijas iban formando sus propias familias en aparente plenitud, como supuestamente debía ser.

Leonor, en su intimidad, tuvo tiempo suficiente para amar y despedirse de su esposo. Como la enfermedad fue lenta, pudo escuchar sus consejos y llegar a convertirse en una excelente proveedora y en una sabia jefa de familia. Al partir, Casiano no dejaba ninguna tarea pendiente. Desde su nacimiento había dado lo mejor de sí, fue decidido y visionario, y el buen destino que tendrían los Ceruti fue impulsado, en gran medida, por este hombre, que situó su estrella en la mente y corazón de toda su descendencia.



Casiano en sus últimos años
en el taller de su casa, 1933



Anita, Luis, Carlos, Jaime, Ángel, Fernando y Eulalia
junto a la radio galena, 1923



De izquierda a derecha: arriba Ángel, Eulalia, Carlos, Leonor, Fernando, Anita, María Danús –esposa de Luis– y Luis.
Abajo: María Carbonell –esposa de Ángel– y Jaime.
Sentadas: las nietas Patricia Mesa Ceruti y Eliana Ceruti Danús, Santiago, 1935



Casiano Ceruti socio Honorario Centro Español de Valparaíso, 1925



Jaime Ceruti Gardeazábal



Eulalia Ceruti Gardeazábal



Luis Ceruti Gardeazábal



Angel Ceruti Gardeazábal

Angel Ceruti
Gardeazábal
double bass
1963

CAPÍTULO III

LA FORMACIÓN DE CARLOS (1934-1941)

*Aunque el mar rompe
Contra las escolleras,
La viruta de las olas
Refleja un mundo
Encomendable y jovial.*

Virgilio Rodríguez

De su historia familiar, Carlos heredaría una visión de la vida como realidad que afrontar con un sentido voluntarioso, sabiendo sobreponerse ante la desventura con la convicción de que dar lo mejor de sí era la máxima incuestionable. Es así como continuó el sendero que principiara en el Instituto Nacional como alumno aventajado y siguió luego en la Escuela de Artes y Oficios, donde mediante todo su tesón y carisma logró fomentar con alegría y generosidad el amor por el trabajo bien hecho, arraigando en sanos principios y templando firmemente su espíritu.

Al comenzar sus estudios en la Escuela de Artes y Oficios en 1934, vivió por un corto tiempo en una austera pensión en el barrio de la Aduana, antes de mudarse donde los Illescas. En 1938 pasó a convertirse en interno, saliendo sólo los fines de semanas para alojar en casa de los Illescas en el barrio puerto. En la universidad, el sistema de internos era excepcional, pues ofrecía todas las comodidades a sus estudiantes, quienes, sin importar su clase social, podían estudiar de manera gratuita. Las familias de los alumnos, provenientes de distintas regiones de Chile, ahorraban dinero en alojamiento, locomoción, materiales, comida, ropa e incluso en los útiles de aseo.

Tras la muerte de su padre, en señal de luto, enmarcaba de negro el borde de las cartas que enviaba a Leonor. El doloroso golpe que significó la pérdida de su padre Casiano gatillaba el destino que lo separaba del hogar materno de manera definitiva. La Universidad, no obstante los Illescas, se convertiría en su verdadera casa por muchos años: ahí transcurriían los inolvidables años de una convivencia universitaria plena de inquietudes y luchas leales, esfuerzos mancomunados y vigor constructivo.

Tras haber vivido buena parte de su vida entre aquellas paredes de piedra de austera apariencia, la figura de don Federico Santa María se erigiría simbólicamente como la imagen de un segundo padre, quien le había ofrecido todas las herramientas necesarias para forjarse como un técnico sobresaliente, pero además como un heredero depositario de su visión de vida tanto en el aspecto patriótico como social.

España y Chile: Guerra Civil y Gobierno Radical

Se avecinaba un tiempo muy doloroso para la familia que con indignación e impotencia, en el lejano Santiago, se informaba del desarrollo en España de uno de los conflictos más funestos de ese país, una guerra civil que detonaba en 1936 y no acabaría sino en tres años, justo para el estallido de la segunda guerra mundial. La comunicación en ese entonces distaba diametralmente de la inmediatez de nuestros días, lo que intensificaba la incertidumbre familiar.

El mundo entero miraba a España en ese momento: hombres y armas llegarían de todas partes. La guerra civil española acaba siendo un campo de batalla de las ideologías que se encaran en Europa, y un campo de experimentación de nuevas armas, un verdadero laboratorio de la conflagración general. Es así que las tropas franquistas reciben el apoyo de Mussolini y de Hitler, mientras los republicanos serán apuntalados por las tropas de Stalin, quienes aprovecharán también de llevarse el oro español para Moscú.

Las dos abuelas de Carlos nunca salieron de España, que entonces no era más que un inmenso lugar de muerte. Son años en que el viejo orden se estaba viniendo abajo, la monarquía había feneido estableciéndose una república en su lugar, dando paso a un período de agitación y violencia que desembocaría en esta luctuosa carnicería fratricida. Los franquistas acribillaban a fulanos y menganos y los republicanos colgaban de los postes a zutanos y perenganos.

El 26 de abril de 1937 veintinueve aviones alemanes lanzan sobre Guernica, una pequeña ciudad de Vizcaya, símbolo de las libertades vascas, cincuenta toneladas de bombas incendiarias. No será sino hasta 1939 que los republicanos cedan ante el poderío militar de Franco y sus aliados. Para los combatientes y las familias republicanas, comienza una fuga enloquecida hacia Francia, tierra de asilo hacia la que miles de infortunados refugiados se precipitan.

Por el norte, una de las rutas de escape fue a través de los Pirineos. El camino era difícil, y estos refugiados habían dejado todo atrás, acarreando con ellos tan solo los objetos de valor al uso, quizás tan solo una fotografía de sus amores perdidos en esos bolsillos perros. En el norte de Francia un grupo se congregó en el pequeño puerto de Pauillac, con la esperanza de viajar a Chile para rehacer sus vidas. El 3 de septiembre de 1939, el barco carguero Winnipeg llega a Valparaíso desde Paulliac trasladando a más de dos mil españoles. En Chile, su lugar de destino, gobernaba la coalición del Frente Popular que, en cuanto agrupación de partidos de centro-izquierda, manifestaba abiertamente su apoyo a la causa republicana, a pesar de la reticencia de los sectores derechistas, que naturalmente no veían con buenos ojos el arribo de estos asilados.

La clase política chilena siempre se ufano de su aparente solidez institucional y de su orden en relación con el resto de los gobiernos latinoamericanos, incluso en aquellos momentos de profunda inestabilidad política. En el gobierno de Ibáñez del Campo, entre 1927 y 1931, se intentó generar condiciones que paliaran la crisis, pero el precio del cobre y del salitre se derrumbaron. El desempleo en el norte salitrero aumentaba y los empleados públicos expresaban su desconfianza y descontento. La crisis se extendió por toda la sociedad chilena. El 27 de julio de 1931, la Cámara de Diputados destituyó a Carlos Ibáñez del Campo de la presidencia, acusándolo de abandono del territorio nacional sin autorización.

En la década del treinta se inicia la época de los llamados gobiernos radicales. De amplio sentido social, se constituyeron como los pre-fundadores del Chile moderno, siendo grandes reformadores. Pedro Aguirre Cerda había sido secretario general del Consejo de Economía Nacional, en donde se gestaron iniciativas para el fomento de la producción nacional, que se fueron implementando a partir de su mandato. Entre estas iniciativas, se funda la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), la Empresa Nacional de Electricidad (ENDESA), cuya creación obedece a parte del plan de industrialización formulado por la CORFO, así como también la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP) y la Compañía de Acero del Pacífico (CAP).

Estos gobiernos se concertaron bajo el nombre de Frente Popular, donde coincidían los comunistas, los socialistas y los radicales, teniendo también ministros democristianos, como Leighton y Frei. Los dos primeros gobiernos radicales le dieron mucha importancia a la educación y la salud, logrando ser importantes

fundadores de hospitales y escuelas. Aguirre Cerda fue el primer presidente profesor (después de una larga seguidilla de abogados), siendo uno de sus principales lemas el de *Gobernar es educar*. Estos gobiernos precursores hallaron su deceso en el triste flagelo de la corrupción.

Tras la elección del candidato radical vendría un factor decisivo para implementar esta infraestructura: un destructivo terremoto documentado de siete coma ocho en escala Richter remeció Chillán y el sur del país en enero de 1939, obligando a introducir importantes recursos provenientes del extranjero.

La formación de Carlos

El primero de marzo de 1934 fue un día especial en la vida de Carlos, momento para el cual se venía preparando desde hacía tiempo. Llevaba apenas una semana instalado en Valparaíso, alojado en una pensión, ansioso y arrastrando una tos. Aquel día se levantó a las seis cuarenta y cinco de la mañana en punto y saltó de la cama como un grillo. Después de vestirse y lavarse se calentó agua para preparar café y, tras tomarlo, emprender rumbo a muy buen paso hacia la Fundación Santa María, a la Escuela de Artes y Oficios y Colegio de Ingenieros José Miguel Carrera. Se fue a pie desde la Aduana hasta Placeres, como lo haría durante todo ese año. Su rutina diaria consistía en despertar un cuarto para las siete, a las siete y cuarto salía de casa para llegar a la Fundación a las siete cuarenta y cinco.

Así lo hizo ese primer día. A las ocho en punto y ni un minuto después hicieron entrar a todos los alumnos del primer año de la Escuela de Aprendices, y quien sería el profesor jefe de su grupo les dio un discurso de bienvenida (casi la totalidad de sus profesores eran alemanes). Entraron inmediatamente a los que serían sus talleres, entre los que se contaban los de herrería, electricidad, mecánica, fundición y carpintería. En la sala tendrían los cursos de matemáticas, física y cultura (historia, moral y lenguaje), además de gimnasia, frecuentemente al aire libre.

A Carlos le llamó la atención conformar un grupo de escasos dieciocho alumnos e hizo inmediatamente cálculos sobre la cantidad de postulantes que habían intentado entrar a la Fundación. El año anterior, cuando tuvo que dar examen, lo hizo junto a otros cincuenta alumnos, de los cuales quedaron preseleccionados siete para dar un segundo examen, y de este último quedó solo él.

Desde un principio el trabajo en los talleres fue arduo. Pasaba horas limando y llegaba a casa adolorido. Le dolían las manos por los martillazos y los cincelazos, y con las limas las manos se le llenaban de callos. Las horas de taller se le hacían bastante más pesadas que las de clase. El trabajo en los talleres era extenuante y exigente. Pasaban cinco horas de trabajo, con un solo descanso, limando caras planas, con los milímetros exactos, buscando la más exigente precisión, sin que se les excediera ni una décima de milímetro. No debía pasar ni un rayito de luz cuando se miraba con la escuadra. Llegaba a la casa hambriento y cansado, por lo que después de cenar se acostaba temprano y pasaba de largo hasta la mañana siguiente.

Como si fuera poco, después del trabajo y especialmente los días sábados se turnaban para limpiar las máquinas, escoplas y tornos llenos de mugre, terminando así con las manos inmundas y la cara toda tiznada, trepado sobre el escoplo hasta sacarle lustre. Debían dejarlas como un sol. En los trabajos de taller, solía ir adelantado, poniendo extrema dedicación y esmero en todos los detalles. Desde este primer año, Carlos se caracterizó por ser muy participativo en clases, esmerándose en contestar las preguntas de los profesores.

Mientras estaba en el taller pensaba en su hermano mayor Jaime y en todos esos “cacharros” que hacía. Soñaba con tener todos esos materiales y herramientas en casa para poder ayudarlo, pues demoraba meses en un trabajo que, con esas herramientas, demoraría días u horas. *“Con que sólo tuviera un taladro eléctrico, lo que ahorraría haciendo agujeros”* pensaba, apropiándose de Carlos la obstinación por tener estas máquinas en su casa para poder construir, trabajar y compartir sus proyectos.

Para hacer su martillo se pasaba horas limando la pieza. Agotado de todo este trabajo, escribía a sus hermanos para describirles detalladamente con dibujos y mediciones las obras en que se esmeraba. Si bien quedaba agotado con el trabajo, lo hacía sentirse orgulloso la perfección lograda en las piezas, y no cambiaba el éxtasis de esa sensación por nada. Cuando terminaba, se quedaba admirando largamente su obra y solo entonces comenzaba la siguiente, no sin antes barrer y limpiar las máquinas.

Las clases de teoría le resultaban menos difíciles, aunque la exigencia no era menor. Hacían exámenes de física o matemáticas y, según el resultado de éstos, eran amenazados con que los alumnos con malos resultados iban a ser expulsados de la Fundación. Eran comunes este tipo de presiones a la hora de los exámenes o trabajos

escritos. Desde su primer año entregaba los trabajos primero y se sacaba la nota máxima. Le gustaba sentir que sus esfuerzos rendían fruto y siempre estaba pendiente de dar lo mejor de sí.

Tenían un horario de cincuenta y cinco horas semanales, diez horas diarias de trabajo e iban también los sábados. El trabajo de taller era tan arduo que las clases de gimnasia significaban un agrado, a pesar de ser bien exigentes también: hacían ejercicios, saltos y carreras, lanzaban la jabalina, corrían carreras de postas, lanzaban la bala, hacían salto largo, alto y garrocha ¡Qué bien le sentaban unas horas haciendo gimnasia al sol, sobre el pasto en la tarde, y después al agua!

Tenían distintos profesores de gimnasia. A uno de ellos le decían “Milo” y retaba a los muchachos a imitar las piruetas que él animadamente realizaba. Se paraba de las manos y se ponía a andar, y daba vueltas de carnero en el aire. El único que lograba imitarlo era Carlos, y así lo seguiría haciendo durante sus años de universidad. El otro profesor, Bannach, era más rudo. En días de neblina espesa en que no se veía a diez metros, a pesar del frío los hacía desnudarse y provistos de un short deportivo tenían que correr a la cancha de fútbol para hacer gimnasia tiritando. Luego debían correr cien o cuatrocientos metros planos y los mandaba finalmente sudando a las duchas con agua fría. Después de eso entraban a clases.

Durante sus primeros años en Valparaíso, le escribía constantemente a su madre, generalmente los sábados, ya que Leonor solicitaba que le enviara cartas largas para enterarse de sus aventuras en la escuela y en la casa de los Illescas. Al salir de casa demoraba dos minutos a la plaza Echaurren. A veces tomaba el carro Aduana-Sauce que pasaba todos los días, lo que le costaba \$0.80 diarios. Su presupuesto era bastante escueto, pero siempre guardaba doce pesos al mes para ir al teatro los domingos. Sus gastos se le iban en cortes de pelo, en los sellos para el envío de cartas, en tomar los carros y un montón de cosas pequeñas como mandar a arreglar los zapatos, y así con muy poco agrado de su parte, veía disminuir su capital. Pero el dinero para el teatro no lo transaba jamás.

Los domingos aprovechaba de levantarse algo más tarde y disfrutar de las sábanas. Por las tardes trabajaba construyendo sus máquinas, que regalaba a sus hermanos, esmerándose en que quedaran perfectas, tal y como había aprendido en la Fundación. Las aceitaba y las engrasaba por todas partes para finalizarlas antes de la hora de ir al teatro o al biógrafo. Para ello, poco a poco fue haciéndose de sus primeras herramientas prestadas, como tornillos y limas.

En la Fundación aprendía a construir sus propias herramientas, martillos, tornillos, punzones, y fabricaba los tarros cilíndricos con tapas cónicas de lata de hierro para el aceite o cajas de hierro galvanizado con tarjeteros, aprendiendo para ello a soldar al oxígeno, haciendo también las llaves con pequeñas limas. Como Carlos se esmeraba en estas labores, el profesor le enseñó antes que a nadie a manejar el torno, y como tenía que hacer los pernos con hilo y punta, calculaba el tiempo. Con la práctica llegó a demorar dos minutos por perno. Cuando no podía hacer gimnasia por razón de alguna lesión, se pasaba esas horas haciendo decenas de pernos toda la tarde, y luego limpiaba las máquinas.

En casa de los Illescas en La Matriz, los tíos vivían en el segundo piso, pues tenían un negocio en el primero, que atendía el tío Antonio. Carlos solía estar abajo ayudando. Con su experiencia en limpiar las máquinas, aprendió a ser un maníático de la limpieza, por lo que encontraba que el negocio tenía “*más mugre que María Santísima*”, como lo describió en carta a sus padres y hermanos (típicas eran estas bromas antirreligiosas que hacía a la familia), así que se ponía a limpiar.

Por temprano que se levantara, le sorprendía que su tío estuviera siempre en pie. Cuando podía lo ayudaba, y le confeccionaba todos los letreros de las frutas y verduras, y otros como *No se fía*. Cuando el tío Antonio tenía dolencias, y llamaban al doctor de la Sociedad Española, la tía Ascensión se hacía cargo. Generalmente el tío sufría de dolencias en la espalda y la tía lo tenía curtido a cataplasmas. Pero él, aburrido en cama, no tardaba en abordar su rutina.

Se afianza en Carlos el imperativo de que las cosas deben ser bien hechas. Sentía especial antipatía hacia el propietario de la casa que arrendaban sus tíos, ya que, a pesar de ser una persona adinerada, andaba siempre andrajoso, de mezquino que era, y los arreglos de la casa los hacía ahorrando en materiales. Observaba que no utilizaba los materiales correctos, pues, por ejemplo, para empapelar no usaba el engrudo, o arreglaba el techo con pedacitos de tablas de todas clases y formas, lo cual no podía ser...

En este tiempo también hace largas caminatas y excursiones. Con dos amigos iba a Laguna Verde. Al principio demoraban cuatro horas de ida y seis de vuelta, después iban batiendo el record y llegaron a dos horas de ida, y dos y media de vuelta. En el camino hacían café (mucho café, mucha agua, mucho boldo y un poco de azúcar), refresco para caminar y caminar por esas rutas de tierra y polvo a un

costado de ese Océano Pacífico que encantara a su padre en su juventud, y llegar a bañarse a la solitaria playa de Laguna. Carlos disfrutaba al máximo estas excursiones.

El invierno del año 1934 fue especialmente rudo en Valparaíso, desencadenándose lluvias torrenciales y fuertes temporales. Los buques hacían un vaivén bastante peligroso por el subido oleaje. Un domingo en la mañana en que Carlos había despertado antes que nadie, con excepción del tío Antonio por supuesto, se asomó por la ventana y vio que el temporal subía de tono. El tío le instó a que lo acompañara a ver el temporal al mismo malecón, a lo cual Carlos accedió encantado. Se pusieron botas y abrigos, y salieron. A la salida se encontraron con un amigo del tío que los llevó en auto hasta Recreo, donde había una piscina pública. El agua saltaba hasta arriba de la terraza. De regreso hacia Valparaíso, caminaron y se metieron al malecón, resistiendo el agua con las solapas subidas y las manos en los bolsillos. El agua del mar llegó hasta ellos y quedaron mojados hasta los calzoncillos. Estando en la línea del ferrocarril, otra ola los empapó.

Luego tuvieron ocasión de ver la destrucción de una barcaza, triste y fascinante imagen de esta ciudad sufrida, que se soltó de sus amarras y, en menos de lo que se tarda contarla, se daba tumbo contra los peñascos de la orilla. En unos minutos se hundió y el mar empezó a lanzar al aire las tablas y las astillas. Durante la noche el temporal arreció y desencadenó una tempestad eléctrica. Los truenos parecían cañonazos y los relámpagos alumbraron a Valparaíso por más de una hora. La calle era el cauce de un río que corría con fuerza arrastrando todo a su paso.

Al despertar, la tormenta parecía haber sido parte de un sueño y se levantó como si nada hubiera acontecido. Se vistió, tomó desayuno y salió a las siete y diez como de costumbre. La tempestad se había calmado, pero al llegar a Plaza Echaurren notó que el lodo le llegaba hasta las rodillas. Durante la noche, se habían salido todos los cauces de Valparaíso y la ciudad se había cubierto de barro. Eran ya las siete y treinta de la mañana y no pasaban tranvías ni góndolas. Las líneas estaban cubiertas por medio metro de tierra y escombros. *Pues bien*, se dijo, *habrá que ir a pie desde la Aduana hasta la Fundación*, ya que para él era impensable no asistir a clases.

Con grandes dificultades, logró llegar a la Plaza de la Intendencia. La parte del Monumento a Prat estaba inundada de lado a lado, un lago con una isla al centro: Prat. El resto de la plaza había desaparecido bajo el lodo, troncos de árboles y pedazos de murallas. Ya que no era posible no

asistir a la Fundación, se aprestó a cruzar. Casi diez minutos demoró en llegar a la bomba de enfrente, y al lograrlo, en un charco se lavó lo mejor posible, arremangó sus pantalones y continuó el camino. Demoraron más de una semana en limpiar la ciudad. A las casas comerciales de la ciudad, se les inundaron las bodegas llenándose de lodo.

En otra ocasión, trabajando en el taller, su compañero Clements, mientras trabajaba en el torno, enganchó por accidente la manga del buzo en el plato del torno, arrastrando su brazo. Se le quebró un poco más arriba del codo, desgarrándosele la carne con serias lesiones internas. Inmediatamente se le llevó al hospital y no pudo trabajar por largo tiempo.

Dicho suceso provocó un incidente bastante grave. Les trajeron a todos los alumnos unos papeles que tenían que firmar, en los cuales se aceptaba que tenían todos los elementos de seguridad a su disposición y que, en caso de accidentes dentro de la Fundación, ésta no se hacía responsable. Tras esto cuatro chicos de la Escuela Preparatoria Superior dijeron que ellos no firmarían ningún papel y que una cosa así no podía ser válida. Acto seguido, el rector Cereceda expulsó de la Fundación a estos cuatro alumnos: Sarmiento, Fergadiotti, Reyes y González. A Carlos le pareció una tiranía y se tragó su indignación. Por una cosa así consideraba injusto que se los expulsara, y muchos de sus compañeros pensaron lo mismo. Este es un ejemplo de cómo funcionaba en la Fundación la autoridad ejercida por el rector Cereceda.

En una ocasión, la autoridad universitaria les restringió la cantidad de pasta dental que se asignaba a cada alumno. Carlos pidió una reunión con el rector Francisco Cereceda, con el fin de solicitar que repusiera la cantidad anterior que les daban de pasta. Consiguió que le dieran la cita y concurrió con una tabla de un metro de largo. Saludó al rector y le pidió permiso para poner la tabla sobre su escritorio. Allí sacó una pasta de dientes y la extendió a lo largo de la tabla. Entonces, jactancioso de su huincha de medir, le preguntó al rector: *¿Cuántas veces al día se lava los dientes? Supongamos que nos lavamos los dientes tres veces al día y que cada vez ocupamos un centímetro de pasta. Entonces tenemos tres centímetros al día que multiplicados por treinta días nos da noventa centímetros mensuales.* De esta manera, prosiguió su demostración extendiendo la huincha a lo largo de la pasta dispuesta sobre la tabla, y concluyó: *nuestra ración actual mide setenta centímetros.* El rector lo felicitó y repuso para el mes siguiente la antigua ración de pasta, persuadido por este jovenzuelo que en el futuro lo sucedería en la rectoría de la universidad.

La idea de Federico Santa María le caló los huesos y los músculos, desde sus primeros balbuceos dentro de la universidad en los talleres machacando fierro, manejando el torno en la fundición, o en el taller de carpintería, hasta cuando muy temprano en las mañanas los llevaban a la cancha de deportes, con solamente un pantalón corto y el resto del cuerpo desnudo, lloviendo o con sol, primero a hacer gimnasia y después a la ducha fría. A pesar de ello no tuvo ni siquiera un atisbo de resfío en esos años, en los que surgió eso sí un amor por el deporte que conservó durante toda su vida, y como era natural en él fue muy aplicado en ello. De hecho, cuando aún no se había formado un centro de alumnos en la universidad, todas las inquietudes de los estudiantes confluyan en el Club de Deportes del cual Carlos fue el primer presidente, lo que a sus compañeros les pareció de lo más natural. A él le cundía el tiempo porque era rigurosamente ordenado, además de un gran organizador.

Sus compañeros le pedían que dejara los cuadernos de lado, para que diera saltos mortales. Le decían *El loco Ceruti* por todo esto y tal vez por otras cosas más. Parado de las manos subía y bajaba las escaleras. Estas acrobacias las hacía desde los primeros años en que imitaba a su profesor de gimnasia. Una anécdota que contaban sus compañeros fue que subió a la torre de la universidad a pararse de manos, ante la vertiginosa contemplación de sus amigos.

Carlos Strutz fue un entrenador alemán que contrató la Universidad para incrementar la actividad deportiva, con mucho renombre en las selecciones nacionales de Chile (incluso hasta hoy existe un torneo de atletismo que se llama Carlos Strutz). Contaba Carlos que un compañero de contextura gruesa, de apellido Beeche, fue entrenado por don Carlos Strutz: Strutz le predijo que sería corredor de ciento diez metros vallas, y tras hacerlo bajar de peso, con entrenamiento lo convirtió en campeón de Chile en esa especialidad. Este entrenador se fijó en Carlos, convirtiéndolo en campeón de Chile en barra y en paralelas. En un campeonato le pidieron competir en argollas, que no era su especialidad, y ganó también en esta categoría.

Realizaba saltos mortales en la piscina con gran precisión, siguiendo en esto los pasos de su hermano Ángel, quien fue campeón chileno de saltos ornamentales. Carlos destacaba con soltura en los saltos mortales, carpas y otras piruetas propias de la disciplina con una perfección digna de un especialista. Junto con su hermano

Fernando entrenaron el salto con garrocha en atletismo y Carlos llegó a empatar el record de Chile de tres metros sesenta, con la pértiga de coligüe que se usaba en esa época.

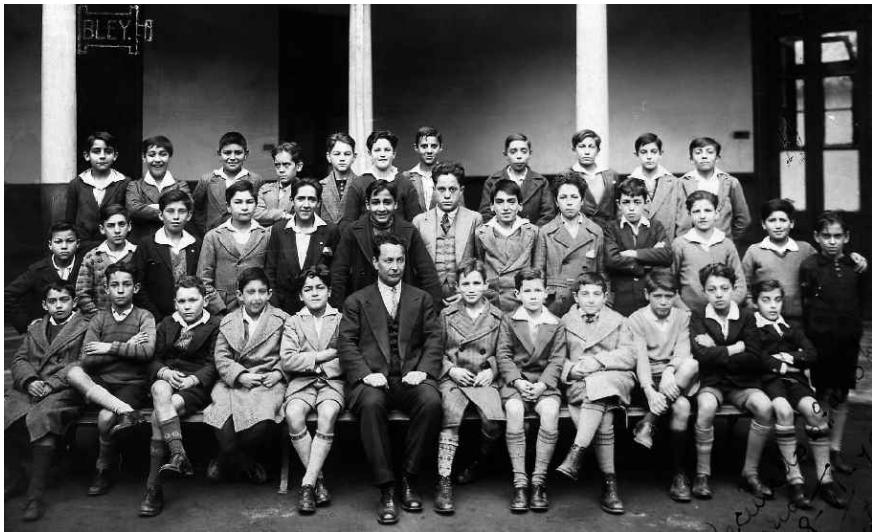
Otra actividad que marcaría su formación consistió en realizar el curso de piloto aéreo, para posteriormente, junto a otros compañeros, fundar el Club Aéreo Universitario Santa María, siendo elegido su primer presidente. Esta fue una institución autónoma dentro de la universidad, integrada y dirigida por los alumnos. Sus objetivos fueron principalmente relacionar el Club Aéreo con las actividades científico-técnicas de la universidad, procurar mantener talleres mecánicos y crear relaciones con otras agrupaciones de este tipo en el país.

Esta es una época en que en la universidad se vivía como en una familia en torno al legado de su mecenas, familia conformada por profesores y maestros alemanes que combinaban la exigencia con el afecto, los funcionarios administrativos, secretarias, el personal que preparaba las comidas y trabajaba en los jardines. A los alumnos los caracterizaba ser un grupo de personas dedicadas a estudiar y hacerse mejores, pensando en las cosas que podrían hacer por el país en el futuro, más que en lo que podrían hacer para ellos mismos, con una clara conciencia de que lo que estaban aprendiendo lo hacían para hacer mejor al país y para darle bienestar a sus compatriotas. Y antes que nada, se consideraban amigos buscando un destino común, lo que permitió que se creara una asociación de ex alumnos que tuvo una permanencia dinámica y fructífera a través de los años, portadora de toda esa herencia que vivieron como alumnos desde sus primeros años como internos.

En el último año de la universidad, Carlos realizó un viaje en barco junto a sus amigos y compañeros Guillermo Acuña y Carlos Marín. Se fueron en un barco carguero de frutas, saliendo de Valparaíso para llegar hasta Nueva York. En Guayaquil, a la embarcación se le descompuso el sistema de aire acondicionado de la fruta, por lo que se les iba a echar a perder toda la mercancía. El mecánico que llevaban a bordo no fue capaz de repararlo. Entonces ellos le preguntaron al capitán si tenía ciertas herramientas, o si las podían conseguir, y se ofrecieron a reparar el aparato. Se pusieron los tres de cabeza a construir unas piezas que les faltaban, estuvieron dos días trabajando sin dormir hasta que lograron arreglar el sistema, salvando las provisiones. Después de eso, el capitán los llevó a cuerpo de rey hasta Nueva York.

En Nueva York los tres amigos
Carlos Ceruti, Guillermo Acuña
y Carlos Marín





1930 Instituto Nacional, 6^a Preparatoria.

Al lado del profesor hacia la derecha Carlos Ceruti
y al lado hacia la izquierda su gran amigo Luis Chávez



Carlos Ceruti junto a su gran entrenador de atletismo
Carlos Strutz, 1940



Alumnos de la Escuela de Artes y Oficios
saludando la visita de la Reina de la Primavera
(Carlos es el segundo con uniforme de derecha a izquierda), 1935



Carlos (primero de la derecha) junto a sus compañeros
en el taller de Mecánica de la Universidad, 1935

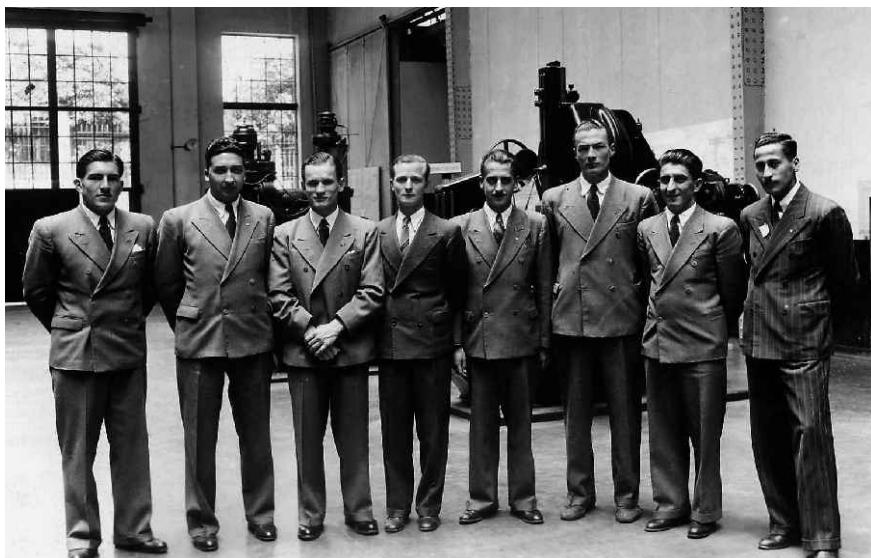


Carlos Ceruti record de Chile
en salto con garrocha
por la Universidad Santa María, 1939





Fernando y Carlos junto a su madre Leonor Gardeazábal, 1940



Curso de titulados en 1941 de Ingenieros
en la Universidad Técnica Federico Santa María (Carlos Ceruti
es el tercero de izquierda a derecha y a su lado Ramón Rivera)

Carlos en el curso
de topografía
de la Universidad



CAPÍTULO IV

DIENTES DE MARFIL (1941-1958)

*Esta vieja verdad te transmito
Actúa acorde con los dictados de tu arte*

John Ashbery

Los tiempos de estudiante de Carlos Ceruti culminarán un día 30 de diciembre en 1941, cuando recibe su título de Ingeniero Mecánico, hoy Ingeniero Civil Mecánico de la UTFSM, destacando con las primeras distinciones. Si hasta aquí tantos años de estudio le habían enseñado las reglas, desde este momento la práctica le enseñará las excepciones. Marca este momento el término de una de las épocas más bellas de su vida, en la que se nutrió de ideales nobles, inquietudes y descubrimientos, logrando estimular, revelar y desarrollar su propia personalidad, poniendo en ello de manifiesto, no sin esfuerzo, siempre lo mejor de sí mismo.

Su título lo recibe de manera bastante especial. Simultáneamente con cursar brillantemente el último curso de la carrera, concluye un proyecto de características tales que motivaron a la Rectoría de la Universidad a reconocerle méritos suficientes para aceptarlo como tesis y otorgar a Carlos el título de Ingeniero Mecánico sin dar examen de grado, lo que constituye un caso que al parecer no se ha vuelto a repetir hasta el día de hoy. El título de esta memoria es: “Central térmica y de calefacción general para la ciudad de Valparaíso, por medio de red pública”, la cual puede encontrarse en la biblioteca de la Universidad.

En la ceremonia de graduación recibe el Premio de Honor, otorgado por primera vez al mejor egresado, y a la vez el premio al mejor deportista de la universidad, también entregado por primera vez. El premio consistió en un viaje a Nueva York, el que con la generosidad que siempre lo destacó cedió para que la Universidad premiara a otro compañero, ya que él había ido el año anterior en viaje a ese mismo lugar en el barco frutero junto a sus amigos Guillermo Acuña y Carlos Marín.

Apenas dos semanas después de otorgado el título, y probablemente gracias a su trabajo de memoria, se encuentra trabajando en la Compañía de Gas de Valparaíso, con el mismo espíritu dinámico y generoso que se había forjado en los talleres, en la sala de clases,

manejando los fierros y también la regla de cálculo. Rápidamente consigue comprender bien cuál era el proceso de la compañía, logrando participar en algunas de las transformaciones que se hicieron en ella y adquiriendo una riquísima experiencia al respecto.

Después de trabajar por seis meses en la Compañía de Gas, el gerente de la Compañía Industrial, que en ese tiempo tenía su fábrica y su sede en Viña del Mar, a un lado del Muelle Vergara (sector en ese tiempo industrial, con tráfico de ferrocarril), le pidió que fuera a colaborar con él. Entró así Carlos en un nuevo campo, donde debió ejercer funciones de ingeniero mecánico y también de electricista e ingeniero civil, teniendo que aprender sobre la marcha y solucionar los problemas que se le fueran presentando. Consultó libros y apeló al consejo de personas que, sin títulos universitarios, probablemente sabían más que nadie de aquellos embrollos, y de esta manera fue progresando al ir resolviendo asuntos que le dieron muchos problemas, intentando siempre buscarles una solución, cuidando que la autocritica fuera una guía permanente en todos sus actos y la humildad la mejor expresión de esa convicción.

Carlos y Elvira

Transcurría el año 1939 cuando Carlos, como durante todas las vacaciones de invierno, dejaba su casa de estudios para ir a ver a su familia en Santiago. Acostumbraba tomar el tren expreso de las doce horas entre Valparaíso y la capital, ya que el camino que unía ambas ciudades desde finales del período colonial mantenía una condición precaria. Se trata de un momento en que el transporte ferroviario en Chile se encontraba en su apogeo como medio para llegar a toda la extensión del territorio, constituyendo el modo más eficiente de transporte, tanto para mercancías como para pasajeros.

El expreso de las doce llevaba un coche comedor y las personas más pudientes solían almorcuar en él. Después que el boletero pasaba con su asistente marcando los billetes de cartón, lo hacía también un mozo de chaqueta blanca y humita negra ofreciendo las reservas de dos turnos en que se servía el almuerzo. Los pasajeros que no hacían reservas solían consumir sus meriendas en sus respectivos asientos.

El viaje a Santiago constituía todo un acontecimiento, tanto para los pasajeros como para las personas que se apostaban en las localidades por donde pasaba el tren. Las estaciones se sucedían partiendo por Viña del Mar, Quilpué, Villa Alemana, Limache, hasta

alcanzar Quillota, La Calera, y por último Llay-Llay, donde rivalizaban las vendedoras con canastos repletos de succulentos sándwiches de jamón y palta en pan amasado, asomándose a las ventanillas para transar con los pasajeros. Luego el expreso no se detenía hasta llegar a Santiago (todavía quedaba la pasada por Til-Til, adonde le mostraban a uno el monolito erigido en el lugar en que asesinaron a Manuel Rodríguez). Entonces recién empezaban a aparecer los suburbios de Santiago y casi sin darse cuenta uno estaba entrando a la monumental Estación Mapocho.

Ese invierno Carlos llegó a la boletería tres cuartos de hora antes de la salida del tren, y pasado el puesto de las revistas se dispuso a esperar la salida del expreso, primero en el andén, que a medida se acercaba el momento de abordar los carros se iba llenando de gente. A la hora indicada, Carlos subió para ubicarse en el carro correspondiente, no sin antes volver a observar el billete en su mano con la letra del carro y el número indicado de su asiento. Entre cada carro existía una plataforma en donde los pasajeros colocaban sus equipajes, que eran arrimados y marcados con tiza por los perkins. Considerando que su maleta era más bien liviana, Carlos prefirió colocarla por su cuenta en la parrilla dispuesta sobre su asiento, colgando posteriormente su abrigo y extrayendo un libro para de ese modo alivianar en algo el tiempo que entonces acarreaba aquel viaje.

Los asientos del tren, que eran de cuero color café y madera con terminaciones y barniz, se disponían de manera que enfrentaban a los pasajeros unos frente a otros de modo que las personas solían intercambiar saludos y palabras de cortesía, y eventualmente surgían conversaciones de todo tipo. Tal vez el libro que abriera Carlos apenas ubicado en su asiento, le sirviera para evitarlas, sin prever lo que le deparaba la buena ventura.

Una vez todo en su sitio, en el momento en que el tren se disponía a emprender su marcha, levantó su vista sobre el libro para observar a las personas que se aprestaban a ubicarse en los asientos que tenía en frente. Entonces descubrió que se había sentado una joven muy atractiva, bonita y vestida muy elegantemente, con un sombrero especial. A su lado, y por el parecido que había entre ellas, no cabía duda, una hermana menor. Carlos cerró el libro. La parte superior de las ventanas del expreso tenía ventanillas con vitrales de colores, por lo que los reflejos de los rayos del sol que caían sobre la escena coronaron de magia aquel primer encuentro.

Rápidamente vio la ocasión para iniciar un diálogo, y antes de que pasara el boletero uniformado de negro revisando los billetes ya se había enterado de que la joven se llamaba Elvira y que viajaba efectivamente con su hermana pequeña a visitar a sus tías. El joven porteño pensó con más agrado en el tiempo que podría prodigar aquel viaje y es que desde este momento Elvira quedará en la retina de este joven obstinado. Con la información que pudo haber recabado durante el viaje, y considerando que vivía en la misma ciudad que Elvira, de seguro especuló para sus adentros que en días sucesivos no le sería difícil encontrarla en algún lugar donde la juventud se reuniera.



Sexto año de Humanidades del Liceo 1 de Valparaíso
(de izquierda a derecha Elvira hacia la derecha de la profesora
y en seguida Olga Mena (novia de Fernando Ceruti))

Con su astucia y tenacidad, antes de lo previsto, lo consiguió, y es que estaba más cerca de lo que imaginaba. Su hermano menor, Fernando, salía con Olga Mena, quien era compañera en el liceo de Elvira. Para la fiesta de la primavera de aquel año, asistió junto a su hermano y fue ahí cuando la vio de nuevo. Estaba bailando con otro muchacho que reconoció. Se trataba de Eugenio Saphores, compañero y amigo en la universidad. Carlos se las ingenió para hablar con él y preguntarle cuáles eran sus pretensiones con la joven, pues a él le gustaba mucho, o tal vez derechamente le dijo que se corriera del camino. Así fue como conquistó a Elvira e iniciaron un romance que duraría toda su vida.

Carlos fue muy bien recibido en casa de los Vicencio Zagal, pese a que Galvarino siempre había dicho que *no le gustaban los Carlos*, tal vez por alguna mala experiencia con alguien con ese nombre en el pasado. Su primer día en casa de Elvira fue invitado a tomar el té con sus padres Galvarino y Ester, además de sus hermanos Fito, Sergio, Hugo y Ester, todos formales, como se usaba en estas ocasiones, y expectantes por conocer al pretendiente de su hija y hermana.

Ocurrió que estando en la mesa, en ameno coloquio le pasan la mermelada para que untara el pan y él, ensimismado por la amena conversación, se la comió como si fuera el postre, a vista y presencia del atónito y cómplice silencio de los Vicencio. Cinco años después de este evento, un día 6 de enero de 1945 se casaron en la Capilla de la Universidad Católica de Valparaíso, en el mismo barrio en el que, sin conocerse, transcurrieran sus infancias.

La vida de los recién casados no fue fácil en sus primeros años. Ambos venían de familias con pasados muy diferentes. Elvira, la mayor de cinco hermanos, muy regalona de su padre, lo había tenido todo: amor y cariño de sus padres que tenían una buena y estable situación económica dentro de la austerioridad de aquella época. Siendo ella muy hermosa y preparada para el estado matrimonial, antes de casarse había tomado cursos de tipo doméstico, sin necesidad de seguir una carrera universitaria.

Carlos fue muy exigente con Elvira en los asuntos domésticos. Llegaba de su trabajo y quería que todo estuviera muy ordenado y limpio, como se había acostumbrado debía ser. Además, en ocasiones la comparaba con su hermana Anita que era concertista en piano y tejía y bordaba como las diosas. Fue entonces que Elvira reaccionó y le dijo: “*Mira Carlos, yo me llevo muy bien con tu hermana y lo que vas a conseguir con estas comparaciones es que termine odiándola*”. A buen entendedor, pocas palabras. Desde aquel día nunca más la comparó ni con su hermana ni con su madre.

La complejidad de este comienzo dio paso a una relación que se fue fortaleciendo con el paso del tiempo, llegando ambos a conformar una pareja unida por un gran cariño y afectuosidad, viviendo todas sus aventuras acompañados, y trayendo al mundo a sus cuatro hijos, constituyendo una familia muy feliz. Elvirita -como le decía cariñosamente Carlos- fue para él una gran compañera, comprometida, consejera, asertiva, habilosa, empática y apoyadora.

Después de vivir en una casa ubicada en 8 Norte para empleados de la Compañía Industrial, en 1947 la pareja compró su casa propia en la calle 1 Oriente N° 847 de Viña del Mar. A dicha casa llegaron con el primogénito Carlos, nacido en Valparaíso el año anterior, y viviendo en este hogar es que nacen Rodrigo (1948) y Gonzalo (1950).

El padre de la familia Ceruti Vicencio confeccionó personalmente todos los muebles del living con sus sillones, mesas de centro y muebles esquineros, del comedor con su mesa y sillas y muebles de arrimo, del escritorio ubicado en el segundo piso con su mesa, sillón y estanterías. Todo hecho por él los fines de semana y por las tardes cuando llegaba del trabajo, en su taller que dispuso en el garaje. Por supuesto que todos los muebles estaban perfectamente fabricados y acabados, con estilo tirolés y con resistente estructura, como también dotados de finas terminaciones.

Acabada la Guerra Mundial, a fines de 1946, llega a Chile su tío Roque Gardeazábal, hermano menor de Leonor. Roque era republicano y como tal fue presa de las huestes franquistas durante la guerra civil, por lo que estuvo preso en un barco durante bastante tiempo, años para olvidar en donde aprendió a tallar como los dioses, literalmente con uñas y dientes. Junto a su mujer Benita Galindo y sus hijos Blas y Carlos se instalan con éxito en la ciudad puerto, constituyéndose Roque en un grandísimo mueblista y ebanista, muy reconocido en la región de Valparaíso, donde hasta el día de hoy sus muebles engalanan antiguos hogares.



Matrimonio de Carlos con Elvira
el seis de Enero de 1945 en la Capilla
de la Universidad Católica de Valparaíso



Familia Vicencio con Carlos y Elvira
con su primogénito Carlos en 1947



Reunión familiar en calle Constitución
un Domingo de 1951 junto a Leonor

El mensaje de Leonor

La experiencia en la Compañía Industrial de Viña del Mar le permitió a Carlos siendo muy joven liderar el proyecto de construcción de una planta ballenera en la localidad costera de Quintay, ubicada al sur de Valparaíso, en la que asumió el cargo de administrador. Dicha experiencia fue muy importante en su vida, pues le permitió conocer cosas nuevas y expandir su profesión, tomando contacto con gente de todos niveles. La instalación de esta planta en un terreno aislado constituyó una verdadera odisea, comenzando por hacer el camino para llegar hasta allá, enviando grandes y pesados equipos, como los cocinadores, las calderas y otros elementos que en muchos casos debían ser enviados por mar y adaptados para que flotaran. Es así que los echaban al mar en Valparaíso y los arrastraban acuáticamente hasta la playa de Quintay. Antes de que se hicieran los muros de defensa de esta zona, tuvieron que arrojar una caldera quebrada abajo e instalarla para suministrar la energía suficiente destinada a los winches. Estas labores fueron verdaderas odiseas a las que Carlos se entregó con entera pasión y lealtad, dando cuenta de la tenacidad de su carácter y de su espíritu.

Como todos los quehaceres que emprendiera en su vida, el trabajo en la instalación y funcionamiento de la ballenera de Quintay fue un tiempo de gran significación, según sus propias palabras, dado el impacto que tuvo en la tecnología en nuestro país. Carlos trabajó al final de la segunda guerra mundial y es por eso que no tuvo la posibilidad de ir a perfeccionarse a Alemania, de donde provenían sus maestros, como hubiera sido su íntimo deseo.

Al final de la guerra, Chile se abastecía de cebo argentino para fabricar sus jabones, tanto para lavar, como jabones de tocador. Todo el cebo que se podía extraer se sacaba de la ballena de barba, la cual servía de alimento ya que su carne es sabrosa como la del vacuno. En cambio, el cachalote es un animal más pequeño con una cabeza muy grande, que representa más de la tercera parte de su cuerpo, y llena de *dientes de marfil*. Se alimenta de pulpos, y para matarlos tiene que bajar rápidamente al fondo del mar y romperlos golpeándolos contra las rocas en el fondo marino, no así la ballena de barba que abre la boca y va tragando el alimento paulatinamente. En esta planta descubrieron que la habilidad para profundizar del cachalote hace que el aceite de su cabeza sea diferente al de la otra ballena, pues contiene otra composición química. De esta manera lograron perfeccionar un procedimiento especial que permitió purificar ese aceite en un proceso directo.

A Carlos, junto a otros ingenieros de la compañía, les tocó hacer las primeras pruebas, las plantas pilotos, diseñar las plantas definitivas, construyéndolas en Quintay, con materiales chilenos, y echarlas a andar. Dichas plantas funcionaron desde el primer día. La fabricación de este aceite fue patentada en muchos países del mundo, como Estados Unidos, Alemania, Noruega y otros. La Compañía Industrial usufructuó de esta patente durante cerca de veinte años.

En ese tiempo primaba una sensibilidad bastante más cercana a la revolución industrial que a la ecológica, la que tomará fuerza ya bien adentrado el siglo veinte, en desmedro de la aventura de la ballenera. Lo que interesaba especialmente a Carlos en ese entonces, tanto en este como en cualquier proyecto realizable, era instalar la capacidad de hacer en Chile, con esmero y calidad, cualquier cosa que se hiciera en el mundo o que no se hubiera realizado aún, siguiendo el ejemplo de su hermano Jaime, médico de alma ingenieril, que ayudado por su padre Casiano, construyó en la casa paterna el primer transfusor de sangre en Chile, seguramente con el pequeño Carlos merodeando con curiosidad alrededor del innovador emprendimiento casero.

Trabajando en esta compañía, Carlos se da cuenta de que, tras la segunda guerra mundial, había gran escasez de repuestos para las máquinas en general, debido principalmente a la destrucción de muchas fábricas que en Europa se dedicaban a la confección de estas piezas. Fue entonces que ideó producir él mismo estos repuestos, adquiriendo para ello un torno y adaptando el garaje de su nueva casa, donde instalaría la maquinaria necesaria. Así fue como después de su jornada laboral en la Compañía Industrial, principalmente en las tardes y por las noches, Carlos trabajó en su taller casero produciendo piezas de repuestos de máquinas, que empezó a vender a la Textil Viña y a la Grathy.

Al poco tiempo, la alta demanda de estas piezas y la falta de tiempo debido a su trabajo en la planta industrial, lo hicieron contratar un operario para dar abasto con los pedidos. Como el trabajo seguía creciendo, su hermano Fernando (quien también hizo su carrera en la Santa María) también montó un taller en el garaje de su casa y compró otro torno, dedicándose a fabricar las mismas piezas. La demanda fue tan abundante que tuvieron finalmente que arrendar un local en Viña del Mar, adonde trasladaron los tornos, y adquirieron nuevas maquinarias. De esta manera se comenzaría a gestar lo que sería la futura fábrica dedicada al diseño y fabricación de aparatos mecánicos, repuestos de maquinarias y montajes de equipos industriales.

Cada vez más fueron aumentando sus clientes, entre los que se contaban la CRAV, la ENAP, la Shell, la Esso, la Copec, Costa, Carozzi, la CCU, Pinturas Montana, SINTEX y otras. Debido a este notable incremento fue que Carlos debió presentar su renuncia a la Compañía Industrial y pasar a dedicar tiempo completo a esta empresa que se había gestado en el garaje de su casa. Entonces los hermanos Ceruti Gardeazábal decidieron incorporar a la incipiente empresa al que fuera su compañero en la UTFSM, el ingeniero químico Carlos Edwards Mackenna, que se haría cargo de la dirección comercial de la empresa, pues tenía extraordinarias aptitudes para las relaciones públicas y comerciales.

La empresa se dedicó a la fabricación de equipos especiales de acero inoxidable, aluminio y maquinarias para la industria textil, lechera, química, farmacéutica, conservera, alimenticia, pesquera y otras en general. Fue una industria precursora en la utilización del acero inoxidable para fabricar equipos en Chile. La empresa además se dedicó a la fabricación de estructuras metálicas, al montaje de maquinarias y de plantas completas.

En 1952, estos tres vástagos de la Universidad Técnica Santa María adquirieron un terreno en el sector de Las Salinas de Viña del Mar, para instalar allí la primera fábrica de la empresa. Tenían tal convicción en su emprendimiento, que decidieron vender cada uno su propiedad particular para invertir en este nuevo desafío. Carlos vendió la casa en que vivía con Elvira y los niños a su hermana Anita, y no volvería a tener una casa propia hasta algunos años antes de su muerte, en la calle Bilbao, ya que durante todos los años que seguirían de aquí en adelante, reinvertiría todas sus ganancias en la propia empresa. De hecho, cerca del final de su vida fue su esposa Elvira quien insistió e hizo posible que tuvieran su propia casa.

En 1953 instalaron en Santiago el departamento técnico y la oficina comercial. A partir de ese año, las labores de índole mecánica y las construcciones industriales, que inicialmente habían abarcado sólo las provincias de Valparaíso y Aconcagua, se fueron expandiendo paulatinamente a Santiago, Concepción y Punta Arenas, y más tarde a todo el territorio nacional.

Debido a la instalación de la empresa en Santiago, Carlos abandona Viña del Mar y se traslada junto a Elvira y los niños a la capital del país, lo cual le permitió estar más cerca de la familia Ceruti Gardeazábal. Cuando llegaron a Santiago, arrendaron una casa en la calle El Vergel

número 2235, entre Lyon y Suecia. En ese domicilio, en 1955, nace el que sería el último de sus hijos, Álvaro Ceruti Vicencio.

Carlos llegaba en las tardes del trabajo para instalarse en su escritorio, que consistía en una gran mesa construida por él mismo en el garaje de la casa de Viña. Sobre ella tenía sus colecciones de lápices de colores y plumas de variadas marcas, las máquinas fotográficas y de escribir. Los libros eran todos iguales mandados a empastar con tapas de cuero y el nombre CCERUTI bordado en la parte inferior del lomo con hilo dorado.

El escritorio era una pieza que para los niños adquiría un carácter misterioso. Cuando el papá se disponía a entrar, la puerta tipo acordeón emitía un sonido especial en conjunto con las llaves de las estanterías de madera donde guardaba sus colecciones particulares. Nadie podía entrar a este escritorio, ya que tenía un orden perfecto, que él mismo se encargaba de mantener, así como era también él quien lo limpiaba minuciosamente.

Mientras tanto, en el living silbaban estridentes los twitters y parlantes fabricados por él personalmente, y de un tamaño enorme para oír con detalle los conciertos de música clásica copiados en una grabadora de cintas. Ordenadamente seleccionaba y anotaba cada músico, cada orquesta, cada director, y parsimoniosamente las colocaba en una estantería especial para la música. Sus gustos musicales no sólo incluían la música clásica sino también la música española y la música bailable de diverso estilo, que se oía en las fiestas o los cumpleaños, y que invariablemente reproducía animando con especial galertería todo evento.

Los domingos por la tarde solía invitar a amigos y familiares, y extendía un telón, colocaba en un pedestal su máquina proyectora de diapositivas y mostraba imágenes de sus frecuentes excursiones. En estas tomaba fotografías para luego revelarlas y colocarlas en marcos de cartón una por una, con su anotación de fecha, lugar y actividad de la que se trataba, planchándolas para quedar enmarcadas y posteriormente eran colocadas meticulosamente en los carritos especiales que se introducen en la proyectora de diapositivas. Y sin mayor dilación, relataba a los asistentes una a una las anécdotas experimentadas en cada uno de estos paseos, de manera tan amena que las veladas constituyán momentos estelares para toda la familia. Llegaban sus hermanos con sus hijos, y los niños, en lugar de jugar, preferían sentarse a escuchar estas entretenidas historias.



Carlos Edwards Mackenna, Carlos Ceruti Gardeazábal
y Fernando Ceruti Gardeazábal junto al Presidente
Carlos Ibañez del Campo visitando un stand de Edwards y Ceruti, 1955



En 1956 Carlos Ceruti es elegido Presidente
del Estadio Español de Santiago.
En la foto junto al ex Presidente Rufino Melero

En ese entonces Carlos fue nombrado presidente del Estadio Español de Santiago, donde ejerció entre los años 1956 y 1957. Los días 12 de octubre se celebraba el día de la hispanidad y puso mucho empeño en que todas las regiones de España estuvieran bien representadas. Las familias catalanas, vascas, gallegas, riojanas, andaluzas representaban a su región con un stand, hacían dulces que repartían a los niños, había corridas y una profusión de actividades entretenidas. Sus hijos iban todos disfrazados de vascos. Como buen Ceruti Gardeazábal, Carlos llevaba a sus cuatro hijos con boina, pantalón blanco, un pañuelo rojo y alpargatas. Siendo un joven presidente del Estadio Español, promovió las canchas deportivas de atletismo, e inauguró el foso de salto con garrocha sacándose la chaqueta y corbata, tomando personalmente la garrocha para saltar con éxito la vara.

En esa época se junta con Ramón Ibarra, amigo de juventud del Cerro Santa Elena en Valparaíso, cuando Carlos y Elvira pololeaban y hacían panoramas con Ramón y Silvia. Carlos, junto a Ramón Ibarra y Moisés Vera como jefe de obras, construyeron el refugio del Estadio Español en Farellones, en la cordillera, viajando con sus respectivas familias todos los fines de semana, aunque hubiese nieve o tormenta, y subiendo en mula con señora y niños cuando el camino no permitía llegar al refugio. Allí practicaban el esquí, y los niños se hicieron expertos desde pequeños en ese deporte, compartiendo con otros amigos españoles y sus respectivas familias esta afición. Los hijos de Moisés llegaron a ser famosos campeones de Chile por largos años, conocidos como los hermanos Vera.

También durante el invierno probaban en la piscina de Las Vertientes—al oriente de Las Vizcachas—los equipos que utilizarían para buceo submarino en verano, fabricando todos los elementos en la fábrica de EDYCE, los tubos de oxígeno y los reguladores. Carlos construyó una cámara con una escafandra especial para poder tomar fotografías debajo del agua, consiguiendo capturar innumerables imágenes submarinas. Fue un invento suyo. Para apretar el botón de la cámara, diseñó un sistema especial aplicado a la estanqueidad, de manera que no entrara agua, en un tiempo en que las cámaras fotográficas no estaban ni pensadas ni diseñadas para estos fines.

En uno de los viajes y paradas en Valparaíso, Carlos conoció al famoso ambientalista y aventurero francés, Éric de Bisschop, a quien le mostró su invento. El navegador quedó fascinado con este instrumento fantástico para sus investigaciones submarinas. Le pidió a Carlos que le vendiera la cámara y fue así que, a bordo de la *Tahiti*

Nui III, que naufragó en la Polinesia en el Atolón de Rakahanga en las islas Cook, el instrumento ideado por Carlos quedara como un mudo testigo en el fondo del mar.

En verano, para probar estos equipos de buceo submarino, visitaban diversos lugares costeros de la quinta región, ya avezados en hallar playas vírgenes. Acarreaban carpas y equipos, ya que no existían mochilas apropiadas, en pesadas bolsas, caminando kilómetros para llegar a la orilla. Siendo muy aficionado a la fotografía, tomaba muchas de ellas en estas excursiones y las revelaba él mismo en un laboratorio fotográfico que tenía instalado en su casa, en un cuarto oscuro donde personalmente veía cómo paulatinamente iban apareciendo una a una las anheladas imágenes.

Su gran amigo Ramón también era muy entretenido y en el viaje se iban cantando canciones españolas. Se trasladaban todos juntos en la liebre Volkswagen de la familia Ceruti Vicencio. En una ocasión fueron a Algarrobo y en la noche se dedicaron a probar unas linternas para buceo nocturno que Carlos había inventado. Al salir del mar, en la oscuridad del muelle había un cuidador que por el alboroto se despertó de su sueño, y ante la actuación de Ramón preguntando la hora y diciéndole que venían del planeta Marte, al ver a estos dos seres con sus trajes de goma negros, escafandra y luces, se espantó de tal manera que salió corriendo, perdiéndose cómicamente en la noche.

Leonor, también en Santiago, vivía en la casa de su hijo Luis, padre de Eliana y de Dora Ceruti Danús, en el barrio Bellavista, en la calle Constitución N°260, muy cerca de la casa de Pablo Neruda, La Chascona. Las reuniones dominicales de tíos y primos itineraban también por esta casa. Eran días felices, aunque el ambiente político estaba muy polarizado y caliente y como hermanos de sangre vasca que eran, solían sostener fuertes discusiones de esa índole.

Los hermanos mayores, Ángel y Luis, eran socialistas partidarios rotundos de Allende, mientras que los menores Carlos y Fernando eran Alessandristas acérrimos. Al margen de estas disputas, Jaime, el hermano mayor, médico e inventor, despreocupado e impávido, sólo se preocupaba de tocar el violín. No era extraño que, tras estas acaloradas disputas, los hermanos uno a uno se le fueran uniendo con la flauta dulce de Luis y el violoncelo de Ángel, haciendo que la música arrobara el calor y el amor familiar alterado.

Aquel es el último tiempo en que se reúne la familia Ceruti Gardeazábal bajo el entrañable amparo de su querida madre. En una de aquellas tantas reuniones, Fernando decide probar un equipo de radio, y grabó a cada uno de los presentes, haciendo de moderador el histriónico tío Antonio Illescas. Cuando terminaba el turno de Leonor, que se refirió a los orígenes de su vida en Luyando, transmitió el siguiente mensaje con su voz de inconfundible acento español:

“Para el final os voy a dar a todos mis hijos un consejo que quedará grabado en este disco: Mi deseo más ferviente es que sigáis siendo unidos todos los hermanos y que si podéis os reunáis todos, una vez al año, esto puede ser una vez en la casa de cada uno de vosotros. Que recordéis a vuestro padre, que fue bueno, honrado y os sirvió de ejemplo, aún durante su enfermedad que fue larga y penosa y la sufrió con resignación. Otra cosa que deseo: que améis a España, que es nuestra patria y en donde aún viven sus abuelas. Quedan mis hermanos por allá también y otros de ellos en Argentina. Toda es gente sencilla pero honrada y buena, así que no tenéis por qué avergonzaros de nadie, y enseñarles a sus hijos que el origen vuestro vino de España. Vuestra madre, Leonor”.

Carlos Ceruti Gardeazábal
Presidente del Estadio Español
de Santiago inaugurando
las canchas de atletismo
con un salto personal de garrocha
vestido con corbata, 1957



Carlos Ceruti Gardeazábal
esquiando en Farellones, 1958





Hermanos Ceruti Gardeazábal en la escala de la casa del rector de la UTFSM. De izquierda a derecha: Jaime, Luis, Anita, Ángel, Eulalia, Carlos y Fernando, 1964



Carlos y Anita Ceruti Gardeazábal, 1968

SEGUNDA PARTE

DON SIN GLORIA (1958-1970)

*“No es ésta la ocasión, ni el lugar,
para que yo haga una reseña completa
de la labor de la Universidad Santa María
ni para rebatir en detalle todas las falsedades
que se han propalado.
Algún día se escribirá la verdadera historia
de ésta institución”.*

Carlos Ceruti Gardeazábal, 1968

Frontis de la Universidad Técnica
Federico Santa María en Valparaíso



CAPÍTULO V

SIGUIENDO UNA HUELLA ESTELAR (1958-1964)

“Solamente las huellas hacen soñar”.

René Char

*“Ni aún la muerte pudo igualar a estos hombres
que dan su nombre en lápidas distintas
o lo gritan al viento del sol que se los borra:
otro poco de polvo para una nueva ráfaga”.*

Enrique Lihn

La mañana en que Carlos contempló por primera vez el recinto universitario que lo cobijaría durante los próximos ocho años de su vida, estaba teñida de emoción. El adolescente, con la palpitación contenida de un atleta en posición de partida, tuvo al fin ante sí aquel castillo educacional soñado, construido sobre el antiguo fuerte militar Pudeto que protegía la bahía de Valparaíso. Apretó los puños un segundo y enmudeció por un instante ante ese portal, contemplando aquella extraordinaria arquitectura.

Leonor, a su lado aquel día, posó segura entonces la mano sobre su hombro y como un pájaro profético le anunció en el oído: *“Hijo mío, estoy segura que un día tú serás rector de esta universidad”*, presagio que veinticinco años después se vería realizado con exactitud, pocos meses antes de que ella se despidiera de la vida. ¡Con qué claridad aquellas palabras se hacían destino, como si todo hubiera estado dibujado a la luz de los ojos de su madre!

Aquellas palabras interiorizadas en su espíritu guiarán secretamente su ventura desde aquel momento en que su madre le dejaba, esa vez para siempre. Cinco meses después de que su hijo asumía su nuevo cargo, Leonor fallece y es sepultada en el Cementerio General de Santiago de Chile junto a su querido esposo Casiano, reunidos al fin en esa zona de cristalino silencio donde el viento barre las tumbas.

El mismo año en que muere su padre Carlos abandona el hogar materno de manera definitiva, para vivir una nueva etapa de su vida en la Santa María. El momento de esta muerte coincidió con su ingreso en la Escuela de Artes y Oficios, así como ahora la muerte de su madre le regresaba a un nuevo y redundante comienzo: de regreso en el

mismo portal de aquel castillo universitario, tal como en aquel primer día de clases lo dejaran aquellas manos, con la estrella latente en cada una de sus yemas.

El designio de Leonor fue la dirección que, aún sin concientizar plenamente hasta veinticinco años después, había seguido su vida. El camino recorrido se reveló de súbito como un mapa en donde todas sus huellas calzaban, lo que no fue extraño en un hombre como él, que había sorteado a cabalidad el porvenir que sus padres con amorosa y soñadora humanidad le habían augurado. *¿Y ahora qué harás mi querido hijo de ojos azules?*

El rector Ceruti entendió esto en el preciso momento en que asumió la responsabilidad de su nuevo desafío, al que con tanta claridad le condujeron a su vez los acontecimientos históricos de aquellos años que iniciaban la década de los sesenta en Chile.

Comprendiendo con entusiasmo más su responsabilidad que su propia conveniencia, Carlos Ceruti no tuvo ni un atisbo de duda en renunciar a su propia fábrica para asumir la rectoría de la universidad, aquella fábrica que levantó desde el garaje de su casa y que con tanto esfuerzo en 1959 contaba con plantas en diversas ciudades de Chile, siendo pionera y protagonista del empuje industrial que a su juicio el país demandaba.

Y es así que esta visión industrial de Carlos continuará operando plasmada estratégicamente en el plan implementado en esta universidad durante su primer período en la rectoría entre 1959 y 1964. La tarea era titánica, pero aquello solo le corroboraba la veracidad del camino por seguir. ¡No había un minuto que perder!

Santa María Carrera y Valparaíso

El matrimonio es una institución que en sus orígenes no tenía relación directa con el sentimiento del amor sino más bien con una manera de hacer negocios y, a partir de este orden de redes, constituir las familias en un sentido de mapa económico y social, siendo el amor pensado como una consecuencia deseable a tales imposiciones incuestionadas. Por ello, en la historia del amor sus protagonistas se nos presentan tradicionalmente en el incómodo devenir de un destino trágico o de rebelión, ilustrando con precisión las crisis propias de la institución nupcial. No es raro en este sentido que las grandes guerras del pasado se originaran por el agravio de alguna aventura amorosa del mismo tipo a las hoy en día trivializadas en telenovelas.

Ciertamente el amor tuvo un sentido distinto a la comprensión que hoy por hoy proyectamos de él a través de nuestras particulares experiencias. De todas formas, cabe imaginar que antaño los muchachos aventurados en el rito matrimonial muchas veces descubrieran en este deber el amor, un amor natural asociado a una concepción de la vida heredada por sus ancestros y más bien relacionado al nacimiento de los hijos y la construcción de sus propias familias, otorgando a lo fortuito aquella condición *mágica*.

Un día abundante de sol y luz en el verano de 1830, a mediados del mes de enero, bajo la sombra de una enorme magnolia, fue celebrado el matrimonio de la joven Magdalena Carrera Aguirre con su desde entonces esposo Juan Antonio Santa María y Artigas. Ambos jóvenes veinteañeros pertenecían a una generación que se abría paso en los orígenes de nuestra patria, siendo descendientes inmediatos de familias coloniales que vivieron con protagonismo el proceso de independencia y que, poseedores de grandes extensiones de terreno, mantenían un influyente rol en la sociedad chilena naciente, como parte de su élite económica y social.

La unión de sus destinos tenía por visión estratégica radicarse inmediatamente en Valparaíso, entonces la más pujante de las ciudades chilenas. El desarrollo de su comercio y su progreso había sido tan rápido que los cinco mil habitantes que había en 1810 se incrementaron a más de quince mil en 1820, de manera que la ciudad aumentó su población en mil habitantes por año.

La vida urbana cotidiana era empeñosa en su diario subsistir, y la infraestructura de manufactura colonial se vería en cierres transformada debido a la catástrofe natural acontecida apenas ocho años antes de la llegada de este joven matrimonio: el diecinueve de noviembre de 1822, a las diez y media de la noche exactas, se desata un fuerte y ruidoso terremoto de 8,2 Richter, según se documenta, el que echó abajo gran parte de las antiguas casas, iglesias y edificios coloniales del puerto.

Bernardo O'Higgins, entonces *Director Supremo* de Chile, se encontraba precisamente en Valparaíso, y a la hora del siniestro se cayó en el umbral de un inmueble de gobierno, siendo arrastrado por su ayudante en los momentos en que el edificio se desplomaba. Lord Cochrane estaba en el puerto a bordo de la fragata *O'Higgins*. Las posteriores marejadas a su vez destruyeron los puertos, documentándose el descalabro en Quintero y Valparaíso.

Tras ocho años de este desastre, el arribo de este matrimonio tenía por contexto histórico el nacimiento de un *Valparaíso nuevo*, en el que las antiguas casas coloniales del puerto fueron sustituidas por nuevas y características casas de dos pisos en el plan urbano, para cuya construcción esta vez se utilizaron con astucia ladrillos cocidos, dándole un nuevo rostro al corazón de la ciudad.

Magdalena y Juan Antonio llegaron a una de estas casas ubicadas en el segundo nivel de la Calle del Cabo, hoy Esmeralda, y es aquí donde va a nacer cada uno de sus hijos, paridos en la cama de su madre, como era común en aquella época (así como morir lo era en la cama propia, de ser natural).

Siendo parte de la élite porteña, el joven Juan Antonio no tardó en consolidarse como un hábil comerciante, desenvolviéndose en el mundo de los negocios ligados a la actividad marítima. En general, se puede decir que la sociedad porteña de entonces se distinguió de la mentalidad colonial conservadora, propia de las ciudades interiores y de Santiago, debido principalmente a que las actitudes y comportamientos sociales de los extranjeros avenidos en el puerto, protagonistas de la actividad comercial, permearon de nuevos valores culturales a esta generación emergente de chilenos con quienes con frecuencia se unieron carnalmente, formando nuevas configuraciones familiares y comerciales.

La formación de Federico

Un día de invierno de 1845, en el dormitorio de su casa de la calle El Cabo nace el sexto hijo de este matrimonio, bautizado como Federico Santa María Carrera. Cinco años más tarde, un 15 de diciembre de 1850, se incendia dicha casa natal en un siniestro que destruye completamente las construcciones de este barrio característico del plan urbano. La gracia surgida de este infierno fue que la comunidad de Valparaíso se organizó para formar el primer Cuerpo de Bomberos en Chile, con su padre Juan Antonio como protagonista de tal empresa. Federico vio en este ejemplo de su padre que la tragedia personal se extrapolaba a un sentido colectivo por el cuidado y resguardo del espacio común.

Su madre Magdalena era hija de otro Juan Antonio, primo carnal del prócer de la patria José Miguel Carrera. El llevar circulando por sus venas la sangre del primer caudillo nacional le dio desde pequeño *un aura de orgullo y soberbia difícil de disimular*, convirtiéndose él

mismo, desde niño y como buena parte de la familia, en un apasionado liberal. Los recuerdos más felices de su infancia fueron las visitas de su tía Javiera Carrera, que venía a menudo donde su madre cuando vivía en la Hacienda San Miguel de El Monte y pasaba algunas temporadas en Valparaíso. Su tía, valiente y tenaz, quien bordara con sus manos el primer emblema patrio, le infundió desde niño un inmenso amor por Chile y una profunda admiración por todos aquellos hombres que entregaron su vida por la independencia y su libertad.

Por convicción de sus padres fue que ingresó a la edad de siete años a estudiar en el Instituto *Shöeller*, casona de Cerro Alegre en la que recibió una disciplina rigurosa, exigente y humanista, de fuerte convencimiento valórico, que sería de vital sustento en la formación de su carácter. Siempre estuvo muy agradecido de la educación que recibió en esta época infantil, impartida por maestros alemanes. Sintió por ellos y su modelo educacional—formar hombres rigurosos, respetuosos y veraces—una profunda admiración, como demostrará al final de sus días expresamente en su testamento. Santa María valoró esta educación como hueso santo pues sería la única antes de su incipiente carrera en la universidad de la vida: es en el puerto mismo donde recibe el aprendizaje que lo lleva a navegar en un itinerario que recorre el orbe hasta radicarse finalmente en París, centro preferente de operaciones en donde lleva a cabo la épica aventura del legado que devuelve a la ciudad natal que esbozó su vida.

Federico tenía doce años cuando muere su padre, comprendiendo desde esta edad que tendría que vérselas consigo mismo y para ello fue que se preparó. Las ideas independentistas circulando en sus venas motivaron desde adolescente a este joven a independizarse económicamente de su madre, entrando a trabajar primero como ayudante en una oficina, con un sueldo de una onza al mes, que pronto le resultará insuficiente. Sus ambiciones eran elevadas y sus intenciones heroicas: no había nacido para ser empleado. Santa María era un joven que buscaba ser dueño de su propio destino.

Como buen nacido en la calle El Cabo e hijo de su padre, fue un hombre de irresistible vocación marinera. Su primer negocio personal fue la adquisición de un lanchón, con la ayuda financiera de su madre Magdalena Carrera, quien vendió un anillo para que su hijo se las viera por las suyas. En lo sucesivo adquirió nuevos lanchones con el fin de embarcar y desembarcar mercaderías en el puerto, acrecentando su negocio. La carencia de un molo de atraque dificultaba esta labor, por lo

que el negocio de Federico se hacía más que rentable. El éxito le sonreía y con veinte años veía lograda su independencia económica, preparándose para su entrada en negocios mayores. Sin embargo la época le propone una entrada devastadora.

En esos años de hermandad latinoamericana, el Gobierno de Chile consideró una afrenta insufrible la actitud de las flotas españolas en el Perú. El conflicto se inició porque España no reconocía la independencia del Perú ¡por deudas impagadas desde la Colonia! En 1862 sus fuerzas ocuparon las islas Chincha, que eran ricas en guano, principal fuente de ingresos de dicha incipiente nación.

Chile solidarizó con el país vecino considerando la invasión de las islas Chincha como una afrenta a la región y una agresión a la soberanía de los estados americanos. El 18 de septiembre de 1865 se recibió un documento de la Corona española en el que se exigía a Chile que, como una forma de disculparse por el apoyo al Perú, rindiera honores a la bandera española con veintiún cañonazos en el puerto de Valparaíso, donde estaba apostada la flota hispana. Chile se negó y le declaró la guerra a España el 25 de septiembre de ese mismo año.

Esta guerra se inició con el bloqueo de los puertos chilenos desde Caldera a Talcahuano, lo cual provocó una seria recesión que afectó a la marina mercante y al comercio exterior. Los enfrentamientos navales fueron favorables a Chile, pero la guerra concluyó con el cobarde bombardeo del puerto de Valparaíso, ciudad rendida de población civil, efectuado el 31 de marzo de 1866.

El mismo niño cuyos ojos enfrentaron el siniestro de su propio origen domiciliario, como testigo del incendio de su casa natal, escapaba nuevamente de su hogar, esta vez con todos los vecinos de la ciudad, avisados de la desgracia inminente que se cernía sobre sus vidas, resguardándose con angustia a la espera del devastador ataque.

“Tres horas de fuego continuado. Las dos mil seiscientas bombas y granadas disparadas por la flota española dieron como resultado la destrucción de la Aduana, la Bolsa, la Intendencia, la Estación del ferrocarril, las iglesias de la Matriz, de San Francisco y de los Jesuitas, hospitales e instituciones de caridad, almacenes, viviendas particulares y monumentos”.

Como consecuencia del brutal ataque, el joven Santa María vio completamente arruinado el negocio de la flotilla que esforzadamente había logrado implementar en la bahía. El día del bombardeo, puso a resguardo a su familia, especialmente preocupado de su madre

Magdalena, y pronto se acantona en el cuartel de los Bomberos de Valparaíso que fundara entre otros su padre, viviendo el bombardeo *in situ*.

Genuino habitante de Valparaíso, desde temprana edad supo de las calamidades de esta ciudad puerto, golpeada por bombardeos, incendios y terremotos. La ciudad fue un espejo de su carácter, forjando similar capacidad de resiliencia, levantándose una y otra vez desde abajo, especialmente en el mundo de los negocios, donde se desenvolverá con audacia, sin titubear al apostar por el todo o la nada en sus días más acaudalados.

Federico Santa María y Agustín Edwards Ossandón

Agustín Edwards Ossandón, el primer Agustín de la familia y quien será el fundador de la inmensa fortuna de la familia en Chile, nace un día 2 de junio de 1815 en La Serena, siendo el sexto hijo del fundador del clan de los Edwards en el país, un joven llamado George Edwards Brown, aventurero inglés que desembarca en las costas de Coquimbo a bordo del corsario *Blackhouse*.

Edwards Brown forma parte del grupo de ingleses que en aquella incursión por las costas chilenas asaltó la hacienda Peñuelas de La Serena, perteneciente a don Diego de Ossandón y Castro. En el transcurso de dicho atraco el joven pirata se topa con una hermosa muchacha de nombre Isabel Ossandón Iribarren, nada menos que la hija de veinte años del dueño de casa, dando lugar a una atracción tal que George decide no volver a embarcar con sus camaradas y, desridor, quedarse oculto en un barril de vino vacío en la hacienda de los Ossandón. El matrimonio tendrá un total de diez hijos.

A los quince años, Agustín comienza a trabajar y a los veinte habrá logrado no sólo su independencia económica, sino que comienza a forjar una gran fortuna como intermediario financiero, en un contexto en el que no existían los bancos y se podían cobrar tasas arbitrarias, además de disponer sin clemencia de los bienes de los adeudados. Teniendo el monopolio de la compra de metales en Copiapó, se consolida en pocos años como el mayor de los capitalistas copiapinos, llevándolo a crear uno de los primeros bancos nacionales en la historia del país.

A comienzos de la década de los cincuenta es cuando decide instalarse en la ciudad de Valparaíso, centro comercial y financiero de Chile. Toda su vida hasta entonces había girado en torno a la acumulación indiscriminada de su fortuna. Siendo muy desconfiado

no solía vincularse socialmente más allá del cerrado círculo familiar. Tal vez por ello antes de partir a Valparaíso, cumplidos los treinta y seis años de edad, decide casarse con su sobrina Juana Ross Edwards, lo cual resultó un escándalo familiar y social para la época.

Luego de casarse en 1851 se establece en Valparaíso, donde siguió desarrollando con éxito nuevos negocios vinculados a préstamos, depósitos e hipotecas. Los numerosos hijos de este matrimonio morirían casi todos en sus infancias, presumiblemente debido a los problemas derivados de la consanguineidad de sus padres, siendo su hijo Agustín Edwards Ross el único que arriba a edad madura.

Por su parte, en 1867 Federico Santa María, proveniente de los puertos peruanos de Tarapacá, retorna a su ciudad natal para reinventarse con renovado ímpetu. Inmediatamente estableció una sociedad mercantil con el capital de diez mil pesos con que contaba, pero con lo que no contó fue que dicho emprendimiento fracasara dejándolo al borde de la quiebra. A consecuencia de estos negocios erráticos que lo dejaron con lo puesto, Federico Santa María acude al banquero más poderoso de Valparaíso, el ya por aquel entonces empoderado Agustín Edwards Ossandón, la persona indicada para otorgar un préstamo con el cual saldar sus deudas y librarse de los embrolllos que lo agobiaban.

Con la característica desconfianza que lo hiciera rico, el banquero le pide a su sobrino-cuñado y mano derecha, Jorge Ross Edwards, que estudie la situación de Santa María para informarle si debía o no facilitarle la cantidad de dinero requerida. Es así que mientras tramita el préstamo a Federico, Jorge Ross se pone de novio con su hermana Lucía Santa María Carrera, con quien luego contrae nupcias. El viejo Edwards decide entonces concederle el préstamo al joven Santa María, no sin antes imponerle una estricta condición: debe liquidar su emprendimiento para dedicarse a un nuevo tipo de actividades vinculadas esta vez a él y su familia. Luego de este pacto, gran parte de las empresas organizadas en Valparaíso encontraron a Federico Santa María en su gesta, hasta el año 1879 cuando es declarada la Guerra del Pacífico.

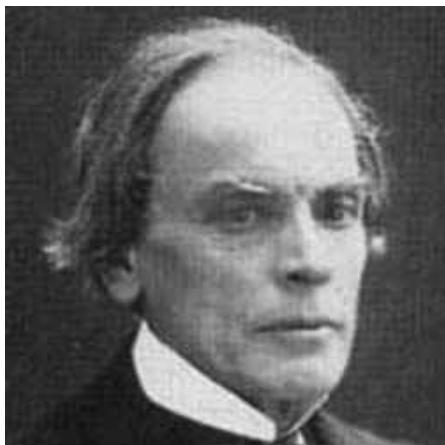
Desde su primer encuentro, el viejo Edwards Ossandón se asombra de este joven impetuoso y emparentado con la élite, identificando en él un hombre de ambiciones mayores a las de un mero emprendedor. Tal vez le recordara a sí mismo de joven, por su apetito afanoso en los negocios, siendo ambos en su adolescencia prematuramente forjados como hombres, reconociendo en él un instinto empresarial adecuado

y en su carácter el temple sagaz del oficio de hacer fortuna. Santa María por siempre agradeció y admiró a este hombre de negocios que indudablemente fue su maestro en el arte de la especulación financiera, y que representara desde entonces un nuevo influjo en su ruta empedernida en pos de sus aún indeterminados sueños patriotas.

Federico se asocia entonces con su cuñado Jorge Ross Edwards para comprar la hacienda Quebrada Verde, formando la Compañía de Consumidores de Agua de Valparaíso, y ese mismo año, junto a otros socios, crean la Compañía de Diques de Valparaíso. Sólo un año más tarde se embarca con otros accionistas y fundan la Compañía Nacional de Remolcadores. En esta misma época y con un profundo deseo de multiplicar su capital contra viento y marea, se hizo el mejor discípulo de Edwards Ossandón: suma a su hasta entonces vocación emprendedora las operaciones financieras en la Bolsa, embarcándose con singular pericia en la vorágine especulativa.

Santa María fue un infatigable viajero y recorrió el mundo de forma cosmopolita. En 1894, mismo año en que redacta su primer testamento relativo al legado universitario que soñó para su ciudad, inicia su aventura por el mundo, buscando descubrir nuevos países y parajes importantes como la India, China y Japón, para finalmente regresar a Europa en 1897 lleno de experiencias y energías que lo motivarían a iniciar un nuevo ciclo en su vida, y realizar así la idea de su herencia.

En 1898 apuesta por el negocio del azúcar, haciéndose conocido no sólo en los círculos financieros sino también políticos, y tuvo al respecto conflictos dignos de un comediante. Financista de la política, tanto en Chile como en Francia, Santa María se hizo de muchos enemigos, viéndose en ocasiones expuesto a conflictos con el Estado francés, que recelaba de este acaudalado sudamericano que se hiciera inmensamente rico jugueteando estratégicamente en los grandes circuitos económicos de Francia. Los resquemores escalaron hasta el Congreso galo donde se inició una investigación por supuesta especulación fraudulenta, siendo por cierto absuelto ya que todas sus acciones se apegaron con astuta acrobacia a la ley. Es en este contexto que *El Rey del Azúcar* logra hacer su mayor fortuna, sorteando diversos obstáculos, tras una serie de apuestas arriesgadas en las que invierte grandes sumas de dinero. Con un profundo estudio del campo especulativo concerniente al mercado del azúcar, llevó a cabo acciones que finalmente rendirían los frutos esperados.



Agustín Edwards Ossandón



Federico Santa María en Tokio, Japón

Federico Santa María y Agustín Edwards Mac Clure

Un día de primavera de 1919, Federico Santa María, de entonces setenta y cuatro años de edad, va a Londres para entrevistarse con Agustín Edwards Mac Clure, embajador de Chile en Gran Bretaña. En las dubitaciones propias de la concepción de su testamento, a Santa María se le sugeriría el nombre de Agustín Edwards Mac Clure, con quien apenas se había topado un par de veces en su vida, de manera breve y protocolar. Sin embargo, Santa María estaba en pleno conocimiento de quien tenía enfrente, nieto por lo demás de su apreciado maestro en la especulación financiera, don Agustín Edwards Ossandón.

El embajador confesará haberse sentido totalmente sorprendido por el motivo de esta cita que Santa María, con resuelta sinceridad y de manera tan extensa como directa, no tardaría en revelar. Para asombro del entonces atribulado receptor, le contó acerca de una visión que tenía desde hace más de treinta años. De esa manera le confirió el sentido patriótico de su aventura manifiesta en la acumulación de su fortuna, que se transformaría en su única aspiración y secreta novela.

Ya en 1894 había manifestado su primera intención de legar una universidad a la ciudad de Valparaíso a través de la redacción de un primer testamento. Décadas más tarde, aquella fría jornada londinense de 1919, se encontraba frente a Edwards Mac Clure explayándose con singular entusiasmo acerca de la necesidad de educar a las nuevas generaciones de chilenos, enseñándoles a crear objetos sirviéndose de sus manos con igual osadía que de sus mentes. Era indispensable crear en Chile un gran centro educativo que le abriese a las futuras generaciones nuevos horizontes y las habilitase para afrontar la lucha por la vida en el campo de la actividad y el desarrollo mecánico e industrial.

Durante aquella reunión le transmitió su idea de crear una institución técnica e industrial en su natal ciudad de Valparaíso, después de su muerte, y le pidió al embajador que fuera él quien llevara a cabo dicha tarea. Le esbozó, en líneas generales, las disposiciones testamentarias que solemnizó, de puño y letra, el 5 de febrero de 1920, poco después de su regreso a París. Seis años después de la reunión en Londres, Federico Santa María muere a los ochenta años de edad, en la Ciudad de la Luz.

Según sus palabras, manuscritas en el testamento, consideraba “*de importancia capital levantar al obrero de mi patria, concibiendo un plan por el cual contribuyo primeramente con mi óbolo a la infancia, en segundo lugar a la escuela primaria, de allí a la escuela de artes y oficios, y por último al colegio de ingenieros, poniendo al alcance del desvalido meritorio llegar al más alto grado del saber humano: porque el deber de las clases pudientes es contribuir al desarrollo intelectual del proletariado*”.

Santa María nombró como albaceas y ejecutores de sus disposiciones testamentarias a Agustín Edwards Mac Clure, Juan Brown, Carlos van Buren y Andrew Geddes. Éstos últimos habían sido sugeridos por el propio Edwards durante sus conversaciones de 1919. En su última voluntad, el multimillonario agente de bolsa pidió que se estableciera en Valparaíso una Escuela de Artes y Oficios y, después, un Colegio de Ingenieros, y en un fiel reflejo de su liberalismo, Santa María agregó:

“*Siendo estas instituciones esencialmente laicas, toda instrucción religiosa queda de hecho prohibida dentro de los colegios, la que debe ser dada por sus parientes a domicilio [...] Tanto la escuela de artes y oficios como el colegio de ingenieros, y toda otra institución que pudiera crearse más tarde, deben agregar a su título el nombre de JOSÉ MIGUEL CARRERA, en homenaje al gran patriota que dio el primer grito de independencia en Chile*”.

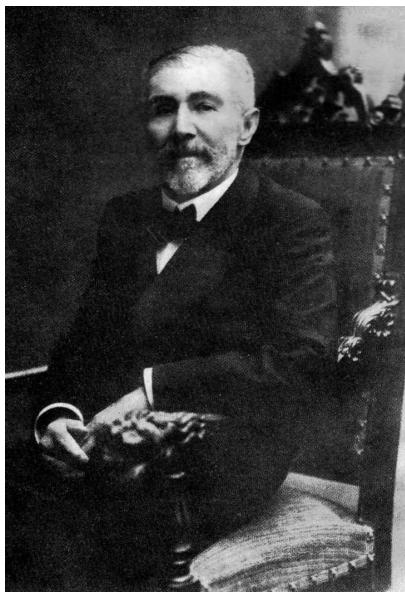
De hecho, a los pocos años del fallecimiento de Santa María, Agustín Edwards Mac Clure era el único albacea que quedaba de ellos. Juan Brown renunció a su función prontamente, Andrew Geddes murió pocos meses después y Carlos van Buren, que había hecho carrera en el Banco de A. Edwards, falleció a sólo tres años de abrirse el testamento.

La labor de cumplir con la voluntad de Santa María recayó en su mayor parte en el propio Edwards Mac Clure. Fue él quien encabezó el concurso para contratar a una firma de arquitectos para construir el campus del futuro centro educacional, y también fue él quien comandó la búsqueda de profesores extranjeros, que era una de las disposiciones de Santa María, optando por pedagogos alemanes, que en esa época eran los más avanzados en educación técnica. Lideró y desarrolló un trabajo extraordinario y una labor titánica para cumplir cabal y exitosamente los deseos de don Federico, completando todas y cada una de las acciones y cada uno de los detalles para lograr

plasmar aquellos magnos objetivos. Ceruti en el futuro admirará esta eficaz gestión que logró hacer realidad los sueños y designios del filántropo.

De todas maneras la herencia de Santa María llegó a manos de los Edwards en un momento oportuno. La gran Depresión de los años treinta sorprendió al clan en un paulatino decrecimiento. De la herencia de Federico Santa María se destinaron cincuenta y cuatro millones de pesos de la época para invertirlos en empresas de su confianza y en las cuales tenían intereses, como la Compañía de Cervecerías Unidas, Cemento Melón, la Compañía Industrial, la Compañía de Refinería de Azúcar de Viña del Mar, la Compañía de Seguros La Chilena Consolidada, la Sociedad Imprenta y Litografía Universo y otras, inversiones que le permitían financiar completamente y desarrollar integralmente el proyecto de Santa María. En todas estas empresas Edwards poseía intereses directos o buscaba obtener una mayor participación para lograr un asiento en los directorios.

En mayo de 1929 se reunió por primera vez el consejo directivo de la Fundación Santa María que los albaceas habían establecido a comienzos de 1927. Agustín Edwards Mac Clure viajó especialmente desde su exilio en París a Valparaíso para hacer su exposición. El régimen de Carlos Ibáñez no le puso inconvenientes.



Federico Santa María Carrera



Agustín Edwards Mac Clure

Historia de una Universidad

La Universidad Técnica Federico Santa María fue fundada y construida en Valparaíso, agrupándose sus construcciones en una colina frente al Océano Pacífico, formando una compacta y bella ciudadela universitaria de estilo neogótico.

Fue inaugurada el 20 de diciembre de 1931, funcionando primeramente con cursos vocacionales diurnos y nocturnos en su Escuela de Artes y Oficios. Tres años más tarde, en 1934, se inicia el primer curso propiamente universitario. Los primeros técnicos egresarán en 1938 y los primeros ingenieros lo harán en 1940. En 1959 se crea la Escuela de Graduados iniciándose el primer curso en 1960. El primer doctorado en ingeniería fue otorgado por la universidad en 1963.



**Escuela de Artes y Oficios
y Universidad Técnica Federico Santa María en construcción**

El plan de estudios inicial fue establecido basándose en el sistema alemán y en las especiales disposiciones contenidas en el testamento de Federico Santa María. Su organización y puesta en marcha fueron de responsabilidad de su primer rector, el Doctor ingeniero Karl Laudien y de un grupo de seis profesores alemanes que llegaron con él. Karl Laudien había sido hasta su contratación rector de la

Universidad de Stettin, ciudad entonces de Alemania y hoy de Polonia. Durante los primeros diez años de vida el cuerpo docente de la institución estuvo formado únicamente por profesores extranjeros, en atención a la expresa disposición testamentaria.

El proyecto arquitectónico de los edificios de la Universidad y su disposición de salas de clases, laboratorios, talleres, comedores, dormitorios, claustros, etcétera, fueron diseñados basándose en la tradición de las universidades inglesas, en atención a lo cual los arquitectos que obtuvieron el primer lugar en el concurso público organizado para este objeto visitaron durante más de seis meses los principales centros universitarios de Gran Bretaña antes de realizar el proyecto definitivo. La construcción se fue haciendo por etapas. De hecho, hasta los años sesenta no se habían completado aún todas las instalaciones proyectadas en el plan original de 1930.

A causa de la progresiva expansión de las actividades docentes y complementarias de la Universidad y del creciente número de alumnos, los gastos de operación fueron aumentando a través de los años en mayor proporción que los ingresos provenientes de su propio capital. Es por esto que desde los años cincuenta fue preciso solicitar ayuda financiera del Estado a fin de complementar los fondos necesarios para su funcionamiento anual, llegando a financiar el 70% del total de su presupuesto. La participación en el financiamiento no había originado ninguna interferencia por parte del Estado hasta mediados de los años sesenta.

En el testamento de Federico Santa María se establece claramente que la Universidad se crea con el objeto de dar una preparación tecnológica, lo más completa posible, a los jóvenes chilenos con talento y condiciones para estudios superiores que no tuvieran recursos económicos, es decir, la institución debía procurar encontrar a aquellos jóvenes bien dotados pero cuya pobreza les impidiera estudiar por tener que dedicarse a trabajar para obtener su sustento y el de sus familias a muy temprana edad. Es por eso que, desde el principio, la Universidad implementó su educación y enseñanza en forma absolutamente gratuita a sus alumnos. Además, otorgaba gratuitamente a quienes lo necesitaran su alimentación, alojamiento y vestuario, a fin de que pudieran asistir a sus escuelas en la misma forma y bajo las mismas condiciones de alimentación y presentación que los compañeros más favorecidos.

Carlos Ceruti Gardeazábal y su nombramiento como Rector

El 10 de octubre de 1957, de regreso en casa luego de su jornada en la fábrica, Ceruti observa la presencia de un sobre con una carta dirigida a él sobre la mesita contigua a la puerta de entrada. Cogió la carta y la examinó raudo, para luego guardarla en su abrigo sin abrirla e ir a saludar a su familia como de costumbre. Una vez en el escritorio sin demora procedió a leerla, urgido por la curiosidad que le provocara el remitente.

En ella, el entonces rector Francisco Cereceda le solicitaba ser el representante de la Universidad en un Comité Técnico del Consejo de Rectores de las siete universidades del país, el cual sesionaba en el Ministerio de Educación en Santiago.

Carlos aceptó sin dudar un segundo y como representante de la Universidad Santa María formó parte del Consejo de la Superintendencia de Educación Pública. Desde entonces tuvo correspondencia regular con Cereceda para tratar temas afines a estas representaciones. El rector Cereceda lamentaba no poder asistir a las reuniones ya que, si bien a veces no trataban temas de relevancia, en otras oportunidades se discutían y resolvían asuntos de sumo interés.

En una nueva carta, le describió su preocupación a Carlos: “*Lo siento porque hay algunas ocasiones en que conviene hacerse presente, porque la mayoría de los miembros del Consejo son o radicales o socialistas y, por consiguiente, enemigos por principio de la enseñanza particular. Y así resulta que alguna vez adoptan algún acuerdo que puede perjudicarnos*”. Lo que temía Cereceda era que las universidades particulares estaban al margen de la intervención de la Superintendencia, “*pero como nosotros tenemos aquí una Escuela de Artes y Oficios, esta puede caer –hasta ahora no- bajo el control del Estado, y esto sería desplorable*”.

El año 1958 estuvo determinado por las elecciones presidenciales en las que con mayor posibilidad de ser electos se presentaban Jorge Alessandri, Eduardo Frei y Salvador Allende. Esta fue la primera vez que Allende se presentó como candidato a la presidencia y quizás la oportunidad en que debió haberla conseguido, lo que no fue posible por un candidato que se hizo famoso por restarle los votos requeridos para lograrlo, conocido como *el cura de Catapilco*, cuya decisiva irrupción generó suspicacias en aquel momento.

Fue también solo la segunda de las elecciones presidenciales en que las mujeres ejercían su derecho a voto, por lo que el ambiente cobraba una validez republicana inédita. Al ser elegido como presidente, Jorge Alessandri nombra como Ministro de Educación al hasta entonces rector de la Universidad Santa María Francisco Cereceda, quién asume como tal y deja en su puesto como rector interino al profesor Julio Hirstmann.

En el momento decisivo, el rector saliente sugiere a Carlos Ceruti Gardeazábal como su sucesor, no encontrando en ello reparo por parte del Consejo Directivo y Ex Alumnos, como tampoco en toda la comunidad universitaria, siendo esta una elección unánime. El 28 de abril de 1959, tras casi a un año de ejercer como representante de la universidad en Santiago, Carlos recibe una carta de Agustín Edwards Eastman informándole de su nombramiento como rector de la universidad.

Cabe destacar el entusiasta apoyo de su gran amigo y compañero desde el primer año de la Escuela de Artes y Oficios, Oscar Pizarro Escalante, con quien mantendrá una entrañable amistad durante toda su vida. Oscar se recibió como Maestro Industrial Mueblista, creando una fábrica de muebles escolares que llegó a ser la proveedora más importante del Estado en la fabricación de escritorios y sillas para los liceos del país.

Oscar fue Presidente de la Asociación de Ex Alumnos de la UTFSM y como tal apoyó la decisión del Rector Francisco Cereceda de nombrar a Carlos como su representante ante el Consejo de Rectores y posteriormente el nombramiento de su amigo como Rector de la Universidad. Partícipe del mismo sentimiento y agradecimiento hacia Federico Santa María, ya que gracias a la existencia de la Fundación fue posible que se formara como emprendedor y empresario, creó la Radio José Miguel Carrera en Santiago en homenaje al fundador de la Universidad.

Ceruti recibió la noticia sintiéndose inundado de la más genuina emoción. Este es un momento estelar en su vida, así lo siente y lo asume. Para él significó asumir el mejor trabajo del mundo ¡Qué poderoso motivo para no dormir por las noches y soñar con realizador afán durante los días!

Ocupando su más preciada lapicera, a las diez de la mañana en punto del día siguiente, escribió su respuesta: “*Para responder a la confianza que hoy se deposita en mi persona y a tanto como debo a la Universidad Santa María, sólo puedo ofrecer mi inalterable*

propósito de trabajar con toda mi modesta capacidad y entusiasmo por su engrandecimiento y por la superación moral, humana y profesional de nuestros egresados”.

Antes de su llegada, los alumnos también tenían referencias de él. José Alberto Bravo, Presidente de la Federación de Estudiantes en el momento en que Ceruti asume como rector, cuenta: “*Yo entré a la Universidad el año 1954. El rector era Francisco Cereceda, con quien tuve mucho contacto. Lo primero que supe yo de don Carlos fue de un profesor que estaba muy preocupado porque todos los alumnos de la época pretendían ser funcionarios del Estado, la Corfo, La Endesa, y nadie pensaba ser empresario. Entonces decía que la universidad no debía formar burócratas. Lo que se requería eran emprendedores. De la Universidad Santa María han salido muchas generaciones, pero ex alumnos como Carlos Ceruti, Wilhelm Neuweiler, Eduardo Reitz, Luis Aspíllaga, José Hornauer, Armando Vallarino, Gerardo Kunstmann, Rodolfo Gleissner, eran los ejemplos que teníamos. Esa fue la primera vez que yo oí hablar de don Carlos. “No se vayan por el camino aparentemente fácil pero mediocre, sean emprendedores, apliquen creatividad”, decía el profesor, que fue un profesor muy importante para mí. Esa fue la primera vez que supe de él, uno de los pocos ex-alumnos que emprendió, que hizo nada menos que la empresa Edwards y Ceruti”.*

El plan de su rectoría

Admirador de Federico Santa María, Ceruti hizo suyo el sentimiento de ser su heredero. Una vez asumida la rectoría tuvo la visión de lo que sería su rectorado, fundamentado al pie de la letra en los principios seños del testamento y como una continuidad respecto al prolongado rectorado de su amigo y mentor Francisco Cereceda. Para ello contrató como sus vicerrectores a sus viejos amigos y compañeros en la universidad Guillermo Acuña y Carlos Marín, los mismos con los que una vez egresados repararon el aire acondicionado del barco carguero de frutas en Guayaquil.

Ceruti llamó también a Francisco Magini, recién egresado, quien tenía veintiséis años cuando recibió del rector la proposición de hacerse cargo del plan para la creación de las Escuelas Satélites, que pretendía implementar en las industrias de Chile. Lo invitó a una reunión en la que le expuso su plan:

“El concepto es sin desarmar la Escuela de Artes y Oficios crear antes de ella una Escuela Satélite que se va a realizar en convenio con las industrias y que va a ser supervisada por la universidad. De esta escuela satélite egresarán maestros especializados que tengan la posibilidad de entrar en la Escuela de Artes y Oficios y que siguiendo ese camino lograrán llegar a ser ingenieros. Pero además de eso, si nosotros vemos los países desarrollados los estudiantes no terminan en ingenieros sino terminan en doctores, así que vamos a implementar una Escuela de Graduados posterior al título de ingeniería”.

Estas serían las dos grandes innovaciones que hizo Carlos Ceruti en su primer período. La creación de estas Escuelas Satélites fue el peldaño de más abajo y la Escuela de Graduados el peldaño de más arriba, aprovechando la estructura que tenía este concepto esculpido en piedra en 1925: el desvalido meritorio intelectualmente en Chile podría llegar a las más altas cumbres del saber humano.

Después, con el correr del tiempo, cuando se hicieron los convenios con la Universidad de Pittsburgh, los norteamericanos estudiaron este esquema y sugirieron que la Escuela de Artes y Oficios obligaba a un joven siendo todavía muy inmaduro, recién saliendo de la enseñanza básica, a tener que elegir un oficio. En consideración a esta observación, pasarán a denominarse Escuelas Técnico Profesionales.

Desde principios de los años sesenta, los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios “José Miguel Carrera” procedían, en su mayor parte, de zonas cercanas a Valparaíso. Posteriormente y mediante la cooperación de algunas empresas industriales gestionada por la nueva rectoría, se fueron creando nuevas becas. Sumándose al propio esfuerzo de la universidad, se pudo ir geográficamente más lejos, enviando comisiones examinadoras a las zonas más apartadas. Así se fue contando con alumnos de todo el territorio nacional con resultados altamente satisfactorios.

Francisco Magini era un ex alumno de la universidad recién egresado que al igual que Carlos, había cursado todo el camino desde la Escuela de Artes y Oficios hasta su título de ingeniero. En sus palabras: *“Cuando yo entré a la Escuela la cantidad de cupos era de ciento veinticuatro y nos presentamos cerca de dos mil estudiantes”*. Cuando acudió a la reunión, el recién egresado Magini se sintió contrariado y halagado a la vez ante la proposición que le hiciera el rector, replicándole a Ceruti que creía ser muy joven para asumir la responsabilidad del Plan de las Escuelas Satélites, a lo que la nueva autoridad le respondió: *“Pancho,*

no te olvides que la juventud es un pecado que todos hemos tenido en la vida. Yo te voy a ayudar”. La juventud es tener todo en la vida, pero Magini de todas formas sentía curiosidad de saber por qué Ceruti había pensado en él para asumir este plan estratégico, a lo que finalmente le dijo: “*Porque tú eres un profesor incontaminado, no tienes las trancas como para poder entender este concepto*”.

Esta implementación se adelantó un par de años al propio gobierno de Jorge Alessandri, con quien Ceruti mantendrá correspondencia desde 1959 y que en 1961 elaboró una comisión para la elaboración de unas “*Bases Generales para el Planeamiento de la Educación Chilena*”, la que corroboró los fundamentos que habían impulsado la creación de las Escuelas Satélites como plan concerniente a las universidades de Chile. Por entonces la Santa María ya reproducía dichas escuelas en diversas industrias del país.

El documento mencionado sostiene que la enseñanza profesional en 1960 tuvo una matrícula de 76.800 alumnos, representando el 5,8% de la población escolar. Por otra parte, se calculaba en las actividades industriales que de un total de 431.500 obreros existía un déficit de 107.000 obreros semi-calificados y de 147.000 obreros calificados.

Otra conclusión de dicho informe que coincidía con las ideas expresadas en 1958 fue que “*...mediante una coordinación más amplia entre los distintos organismos de gobierno, los empresarios y las organizaciones obreras deberían establecer un gran número de centros de capacitación, en lo posible en cada empresa, de modo que los beneficios de la capacitación profesional alcancen rápidamente a la mayor parte de la población trabajadora del país*”.

Se observaba la insuficiente capacidad de escuelas vocacionales y liceos de la república para recibir la gran cantidad de estudiantes que, terminados sus seis años preparatorios, pero sin tener edad suficiente para trabajar en la industria ni recursos económicos para continuar sus estudios en otros medios, se encontraban en una situación de incertidumbre e inactividad y con muy poca ayuda para ser incluidos como miembros participantes en la transformación y desarrollo de Chile.

El Estado no estaba en condiciones económicas de dar satisfacción a estas necesidades ya que el capital requerido para financiar todas las escuelas técnicas que hacían falta era enorme. Según el rector, el perjuicio de esto no sólo tenía repercusiones en el aspecto social, sino que impactaba en el orden material, ya que afectaba en forma grave a la productividad general de la nación.

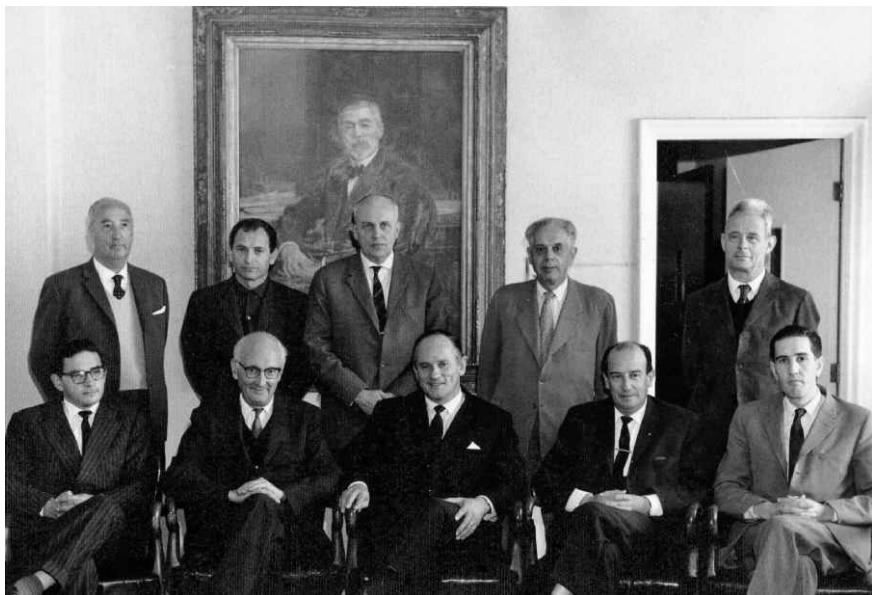
La base de una escuela satélite fue funcionar en una industria o grupo de industrias que la patrocinaban. Los alumnos o aprendices industriales que ingresaron en ellas fueron de preferencia los hijos de los obreros de dichas industrias patrocinadoras. Esto no excluyó la posibilidad de que otros parientes de dichos obreros o incluso personas no relacionadas con ellos recibieran el beneficio de esta instrucción, dependiendo ello, naturalmente, de los medios y los deseos particulares de cada industria por colaborar con esta labor social que a su vez los beneficiaba.

Un efecto social de esta escolarización de la industria fue que el ambiente laboral se familiarizaba, provocando un sentimiento de pertenencia del trabajador en la labor realizada en la industria. Hubo un auge exponencial del trabajo social y era común la organización de actividades extra laborales como paseos y festividades. En tanto, se cumplía el interés de la industria que solventaba la escuela en procurarse la mano de obra calificada que precisaba, completando una ecuación de mutuo beneficio.

Cuenta Magini que “*llegamos a tener trece escuelas a lo largo del país. Eran escuelas en las cuales durante la mañana se hacían en salas de clase, no se requerían talleres, y después en la tarde se hacían prácticas en las mismas industrias en la especialidad de la industria. La idea era sacar obreros capacitados muy bien calificados, con entrenamiento dentro de la industria. Muchos profesores de las escuelas satélites eran empleados dentro de la industria, que les enseñaban, pero siempre con la posibilidad que llegado al último año aquellos que tuvieran las capacidades lograran ingresar a la Escuela de Artes y Oficios y de hecho, el primero que entró ahí fue un cabro de apellido Del Solar y llegó a ingeniero*”.

Implementación y desarrollo de la Escuela de Graduados

Conforme se había estipulado en el plan de esta nueva rectoría, con empuje y visión se dio inicio a una Escuela de Graduados, terminando de esta manera de estructurar el camino desde el peldaño más bajo hasta el más alto. La historia se remonta a un día de noviembre de 1959 en que se gestionó la firma de un convenio entre la Universidad Técnica Federico Santa María y la Universidad de Pittsburgh, para trabajar conjuntamente bajo los auspicios del Departamento de Ayuda de los Estados Unidos para Desarrollo Internacional, en el establecimiento de esta Escuela de Graduados en Ingeniería. Los cursos conducirían al doctorado, siendo esta la primera escuela de este tipo en Chile y Latinoamérica.



Consejo de Decanos 1964

Arriba de izquierda a derecha Julio Fernández, Mario Derpich,
Max Von Brand, Roberto Frucht y Guillermo Feick.

Debajo de izquierda a derecha Mario Olavarria, Julio Hirschmann,
Rector Carlos Ceruti, Vicerrector Académico Guillermo Acuña
y Vicerrector de Investigación y Postgrado Fernando Aguirre

La OEA (Organización de Estados Americanos) calificó a la Universidad Santa María como *Centro de Excelencia* y la universidad se abrió al intercambio internacional. Alemania reconoció a los ingenieros titulados de la Universidad Santa María directamente como *Diplom Ingenieur*, sin necesidad de dar examen alguno para conseguir su habilitación para trabajar en Alemania.

El rector Ceruti impulsó decididamente la modernización de la universidad y su proyección a nivel internacional. Concretó convenios con el BID (Banco Interamericano de Desarrollo) para equipamientos de laboratorios de todas las carreras, poniéndolas a la vanguardia de la investigación y desarrollo.

En la mente de Ceruti el mapa estaba tallado en piedra y sus objetivos eran la ley de esta universidad porteña, cuyo cauce natural aparecía en la necesidad de profundizar los estudios de ingeniería en el campo de investigación pura y aplicada, fomentando y desarrollando la actividad científica y tecnológica con la colaboración de personalidades chilenas y extranjeras de gran

jerarquía. El Doctor Herbert Appel, entonces a cargo de la Facultad de Ingeniería Química, fue nombrado Director de esta escuela.

Para el Doctor Fernando Aguirre Ode, Vicerrector de Investigación y Post Grado entre 1965 y 1968, el candidato a Doctor debía mostrar “*a través de un trabajo de investigación acabado y serio, que revele una mente creadora, que es capaz de proporcionar una contribución original al mejor conocimiento del universo en alguna de sus manifestaciones*”.

El funcionamiento de una Escuela de Graduados, el mayor número de tesis doctorales y los nuevos equipos de laboratorios contribuyeron también poderosamente al incremento de actividades creativas en la Universidad. Digno de destacar es el hecho de que por primera vez la Universidad Santa María había obtenido un contrato de investigación subvencionada con la *Copper Research Association*, para trabajar en una investigación original sobre algunas de las propiedades del cobre, sobre la base de estudios previos ya realizados por algunos científicos de la Universidad.

Ideas sobre Educación primaria y secundaria

Según pensaba Ceruti, y lo reiteraba en discursos y ceremonias (con una toga de capa negra de borde azul y un birrete en la cabeza), lo más urgente e importante era poner en marcha un sistema educacional que estuviera de acuerdo con las necesidades del presente y del mañana, en atención a las peculiaridades de nuestra idiosincrasia, que hiciera posible que todos los chilenos sin excepción adquirieran una formación fundamental mínima, una riqueza espiritual de alto vuelo y una preparación profesional completa al nivel que permitieran sus habilidades, sueños y aptitudes.

La primera misión en esta tarea consistía en impedir a toda costa la deserción escolar en la escuela primaria. Asimismo, recomendaba revisar completamente la filosofía de nuestra educación secundaria, con el fin de que dejara de ser selectiva y orientada principalmente a buscar pequeñas élites para la universidad.

Lo más grave, a su entender, era que se trataba de una educación que no daba preparación práctica para la vida a la inmensa mayoría de los estudiantes, ni orientación hacia el trabajo productivo, pues se preocupaba de elegir a unos poquísimos, dejando en cuantos no alcanzaran la meta escolar el sabor amargo de la derrota y el fracaso.

Se hacía entonces necesario y prioritario trastocar esa filosofía de derrota en una filosofía de pertenencia nacional mediante un sistema que permitiera al joven de cualquier nivel terminar una disciplina o

profesión y sentirse seguro de sí mismo, psicológicamente perteneciente a un destino común, para tras abandonar el liceo entrar con paso seguro a colaborar en una sociedad idealista y pertinente.

Sin embargo la realidad era que muchos estudiantes por diversos motivos no lograban alcanzar las metas selectivas y salían del liceo con la amargura del fracaso, pasando a engrosar las abultadas filas de una juventud frustrada. El hecho de que así sucediera lo consideraba como un fracaso del sistema educacional chileno. Le parecía grave que los jóvenes no se sintieran cómplices de su entorno, sino acabaran desanimados ya que disponían tan solo de exigua herramientas prácticas para enfrentar una lucha por la existencia que exigía de capacitación y especialización, tanto material como de una especial disposición del espíritu de carácter humanista.

La nueva filosofía debía ser distinta, debiendo establecerse un sistema que preparara de forma eficiente a toda la población, en los diferentes niveles prácticos y profesionales que la sociedad requiriera. Al término de las diversas etapas, cualquiera fuera su nivel, el individuo debiera tener la sensación de algo cumplido con éxito. Sólo así se conseguiría trastocar la desorientación, frustración y falta de iniciativa. Aquellas circunstancias se debían a la incapacidad del sistema educacional nacional de ofrecer objetivos claros, prácticos y metas bien definidas en pos de un fuerte sentido de responsabilidad, superación profesional y capacidad creadora.

En resumen, había que poner en práctica con la seriedad necesaria un plan de dimensiones nacionales que permitieran erradicar a corto plazo el analfabetismo para dar a cada joven y a cada niño de Chile una educación y una formación a su propio nivel de capacidad, tanto manual como intelectual, llevándolo así a engrosar con sentimiento de pertenencia las filas del trabajo y su necesario equilibrio de ocio sin contratiempo, premunido con la seguridad en sí mismo que da un oficio o una profesión bien aprendida.

La tarea no le parecía fácil y exigía enormes recursos. Debía ser realizada sin tardanza. Si fuera necesario había que comprometer el sacrificio de varias generaciones, recurriendo al crédito externo e interno, con tanta o mayor razón que cuando se buscaba recursos para construir caminos, puertos o centrales de energía.

Proponía pedir sin ninguna demora ayuda en experiencia y dinero a los países que tenían recursos y a los ciudadanos chilenos que estuvieran en condiciones de entregarlos. Y había también que

emprender una amplia y sostenida campaña comunicacional para llevar a todos los sectores de la ciudadanía la inquietud por la urgencia e importancia de este problema.

Ideas sobre Educación superior

Fundamentalmente Ceruti pensaba que las personas de formación universitaria y los profesionales debían ser incuestionablemente los líderes de la sociedad, cuya vocación de esfuerzo debía orientarse en lo colectivo al progreso espiritual y material a escala nacional, exigiendo para ello de los profesionales una actitud y labor profunda, consciente y de la más alta calidad científica. De lo contrario, se resentiría todo el proceso que el país esperaba y para lo cual hacía ingentes sacrificios, entre otras cosas, precisamente costearles a ellos, a los líderes, su educación.

A su juicio, nada podía ser más peligroso para la construcción del porvenir de un país joven y lleno de justificadas esperanzas como Chile que la decepción y el derrotismo se hicieran presa de los sectores laborales al descubrir y comprobar que sus líderes y dirigentes—a quienes debieran respetar como hombres de selección—no poseían firmes y sólidos principios morales. Su acción no debía estar orientada solo en su propio beneficio, aprovechando las ventajas que les diera su cultura y su preparación, para las que el pueblo todo había entregado su contribución material.

Según Ceruti, en nuestra era científico-tecnológica, la acción del individuo aisladamente había perdido importancia para dar paso a la acción colectiva y al trabajo en equipo o en grupos. Por otra parte, el sentido que se daba al ejercicio de las profesiones llamadas liberales había sufrido una transformación profunda, pensándose mucho más en función de objetivos sociales colectivos que en beneficios de resultados individualistas.

Las fuerzas activas del cambio le revelaron que la conciencia colectiva se hacía cada vez más determinante en la convivencia y la responsabilidad de los profesionales universitarios, y era evidente que se hacía ineludible el deber de servir al mejoramiento de las condiciones de vida y el bienestar de los grupos menos favorecidos. Lo ideal era alcanzar un adecuado equilibrio entre la necesidad de buscar y obtener un perfeccionamiento profesional que diera satisfacción a las mentes ávidas de conocimientos y de progreso, por una parte y, por otra, cuidar de los intereses tanto o más legítimos del país, que necesitaba con urgencia del concurso de sus mejores talentos.



Carlos Ceruti Gardeazabal
Rector Universidad Técnica
Federico Santa María
1959 a 1968

En este sentido recomendó insistentemente a los estudiantes aprovechar las oportunidades para profundizar su conocimiento buscando la ayuda de algún gobierno o fundación extranjera para realizar sus sueños y poder trabajar en condiciones ideales, pero al mismo tiempo no se cansaba de advertirles del peligro que enfrentarían, ya que el poderoso influjo del brillo académico y la satisfacción personal de obtener una mejor posición les podía hacer perder de vista el interés de Chile y las necesidades apremiantes de sus compatriotas, decidiendo quedarse en el extranjero para servir con su inteligencia y su trabajo a otros que los necesitaran menos que en su propio territorio.

Este profundo sentido social y patriótico debía guiar las vidas profesionales y esta etapa trascendental de la existencia exigía un sacrificio de legítimas aspiraciones personales, consciente del deber de dar a nuestra nación lo mejor nuestro. La contribución de nuestra inteligencia y esfuerzo se hacía indispensable para crear también en nuestro suelo, a medida que ello fuera siendo posible, todas las oportunidades de trabajo, educación, cultura y espaciamiento que otros países más desarrollados habían podido dar a sus pueblos aprovechando las inmensas ventajas del progreso científico, pero todo ello debía hacerse desde una perspectiva inédita y propia.

En cada uno de sus discursos durante los nueve años como rector se encargó siempre de recalcar esto mismo, que la gratuidad universitaria más que un mero beneficio económico encarnaba un tipo de deuda moral: “*Nunca olvidar que la educación es un privilegio que nos obliga a servir a los demás y que poseer un título universitario constituye una deuda con el país*”.

La propuesta educacional legada por la Santa María adquiría con él una dimensión moral, con un principio de formación académica que respondía a un sentido de la formación humana, indispensable en el origen del aprendizaje más técnico e ingenieril. Lo subrayó e inculcó infatigablemente en las generaciones de sancionados que pasaron durante esos años:

“*El reconocimiento de la plena responsabilidad en cada una de sus acciones, en especial cuando se equivoquen; la justicia y la tolerancia en el trato con amigos o enemigos, con superiores o subalternos, la honradez, la lealtad, la gratitud, el desprendimiento y el auxilio al débil, deberán constituir normas invariables de conducta, y serán las virtudes que más apreciarán las personas que alternen con ustedes en cualquier lugar y en cualquier época*”.

Elisa Ferrer y el Departamento de Bienestar

De vital importancia y trascendencia fue la intensa y entusiasta labor realizada por el Departamento de Bienestar en beneficio de los alumnos. Estas actividades que se iniciaron desde su arribo a la rectoría permitieron resolver delicados problemas económicos y difíciles situaciones personales, facilitando el desarrollo del rendimiento escolar.

Antes de ingresar a la Universidad por petición del rector Ceruti, Elisa Ferrer trabajaba en Edwards y Ceruti (EDYCE), fábrica que se ubicaba en el sector de Las Salinas en una época en que la ciudad de Viña del Mar era eminentemente industrial. Recuerda que, siendo madre separada en esos años, con tres hijos pequeños, trabajaba en la Armada con un turno de día completo. Ella deseaba trabajar media jornada sobre todo para estar con la más pequeña de sus hijas, por lo que terminada su licencia maternal se puso en la búsqueda de un nuevo empleo que se adecuara a sus necesidades. Estando en un ascensor conversaba sobre su situación con una profesora amiga, que le dijo que por qué no iba a preguntar a EDYCE, y un señor que escuchaba la conversación detrás de ellas les contó que precisamente él trabajaba en dicha fábrica, y que fuera a la mañana siguiente porque *“el patrón dice que no elige a nadie sin que los demás lo acepten”*. Así es como al día siguiente es contratada inmediatamente por Fernando Ceruti, con un horario de trabajo de martes, miércoles y jueves, ideal para ella.

Pese a sus intenciones de estudiar Derecho, Elisa se había recibido como Trabajadora Social en la primera generación de la Universidad de Chile, en un tiempo en que se requería un creciente número de asistentes sociales en el país. Entrar en EDYCE significó un enorme desafío ya que esta fue una fábrica que cultivó los espacios comunitarios y colectivos, siendo pionera en la inserción de programas de asistencia social.

La idea, desde su origen, fue pensar la fábrica como una comunidad que fuera generando en los trabajadores un sentido de pertenencia, por lo que no fue raro que muchos de sus obreros recordaran hasta el fin de sus vidas siempre con cariño y agradecimiento a la fábrica, cosa extraña en nuestros días. Por ejemplo, era común la realización de paseos, lo que hacía que todas las familias compartieran un espacio donde las jerarquías laborales se hacían a un lado y los hijos de los trabajadores forjaban su memoria y amistad. Más tarde, incluso, Carlos instaurará una Escuela Satélite

dentro de la fábrica, en las cuales los hijos de los obreros se especializaban bajo la tutela de los propios operarios con el asesoramiento de académicos universitarios.

Cuenta Elisa que cuando lo nombraron rector de la universidad, estaban todos contentos en la fábrica y que al poco tiempo Carlos la llamó para una entrevista. Deseaba replicar este sistema de trabajo social de la fábrica en la universidad, y la contrató inmediatamente para que asumiera el desafío de encabezar la articulación de una red de trabajadores sociales a lo largo del país, ya que en esos años se estudiaba la situación particular de cada uno de los alumnos, quienes provenían de todas partes de Chile, y la universidad carecía de una asistente social de profesión para coordinar dicha epopeya.

Pese a no poder nombrarla como directora por motivos burocráticos, la contrató para hacerse cargo de una gestión vital para el funcionamiento de la universidad en aquellos años. Se hacía necesario saber que lo que recibían los alumnos fuera estrictamente consecuente con su situación económica, para lo cual planificaron la creación de una cadena de asistentes sociales a lo largo de todo el país, desde Arica a Punta Arenas.

Fieles al testamento que advocaban por el desvalido meritorio, trabajaron codo a codo para establecer la situación de cada estudiante. En palabras de Elisa: “*Dime tú qué rector de Chile se junta, él y sus dos vicerrectores, junto a la asistente social para revisar el informe de cada uno de los alumnos y fijar los porcentajes de beneficios, además que hacia mil cosas, pero esa parte yo la encuentro digna de que se sepa. Para él era muy importante seguir con el testamento. Hay mucha gente poco honrada y ellos se daban cuenta y pedían revisión. Mirábamos caso a caso, pero sin nombres, los nombres no importaban, era un trabajo enorme. Cada vez que se encontraba con un caso tremendo, ahí me preguntaba el nombre, se interesaba y decía ¡pero qué increíble que este muchacho llegara hasta acá! En ese tiempo era muy difícil entrar a la universidad*”.

De esta manera Carlos se preocupó de que cada alumno tuviese un pago bien fundamentado. Tuvo siempre una preocupación personal por cada alumno y también por cada trabajador de la Universidad. Solucionaba problemas, se preocupaba por el bienestar de todos, proveyéndoles de medios técnicos y humanos. Se involucraba en cada caso y buscaba las alternativas para dar solución a las angustias y desvelos de cada uno y de cada familia.

Dos alumnos de la universidad sufrieron un accidente aéreo con un avión del Club Aéreo de la Universidad, en un viaje que realizaban a Calama. El Cessna CCKZC se precipitó a tierra cerca de Copiapó, pereciendo el piloto en aquel paisaje marciano propio de Atacama, el alumno Helmut Fritsch de veintidós años y quedando gravemente herido su compañero Georg Müller. Carlos Ceruti se trasladó al norte y se preocupó personalmente del traslado del herido hasta la Clínica de la Universidad Católica, en donde fue operado y posteriormente se recuperó con absoluta normalidad. Pudo terminar sus estudios y llegó a ser un gran Profesor de la Facultad de Electrotecnia.

Respecto a esta actitud del rector, relata Elisa: “*Me acuerdo que don Carlos me encargó especialmente a este chiquillo de ascendencia alemana, cuya mamá estaba en Alemania, y que tuvo un accidente donde quedó muy mal. Él lo atendió como si hubiese sido su hijo y le puso hasta enfermera, pues sabía que estaba solo. La polola lo fue a dejar porque la universidad tenía un internado para el desvalido meritorio, tenían hasta mesas de pool, ajedrez y todo eso en un lugar precioso con linda vista y maravilloso jardín*”.

Durante sus años como rector, Ceruti recibía constantemente cartas de autoridades de diversa índole y hasta de familiares que le solicitaban tomar en consideración el ingreso a la universidad de determinados muchachos. Respondía a estas cartas una a una, comunicando siempre a aquellos que no les fue bien en la admisión que tales jóvenes no cumplían los requisitos para entrar. Por ejemplo, el Ministro de Educación Patricio Barros, en carta con timbre del ministerio, le solicitó el ingreso de un joven que dio satisfactoriamente el examen pero que no cumplía la edad requerida tan solo por cinco días. Y Carlos cortésmente le respondió que el joven podría sin ningún inconveniente postular al año siguiente.

Entre otros, le escribieron con estos fines ministros, políticos, senadores, diputados, personalidades como Radomiro Tomic, Pedro Ibáñez, Armando Jaramillo, Gustavo Lorca, Alberto Sepúlveda y muchos otros, obteniendo todos indistintamente de él la misma respuesta. Incluso a su hermano Ángel, quien le escribió para que intercediera en el caso de un postulante, le respondió: “*Querido Angelito... Lamento no haber podido serte útil, pero tú sabes que a esta Universidad solo ingresa la gente por méritos*”.

Por este motivo, para su hijo Carlos, que se preparaba para ingresar a la universidad, el proceso de preparación fue bastante agobiante, ya

que sabía que su padre en ningún caso haría una concesión por él. A pesar de ser una universidad con todos los beneficios, ingresar no era nada fácil siendo que se presentaban miles de postulantes de todo el país para muy pocos cupos. Y la universidad cuidaba con celo aquel concepto de calidad del alumno que finalmente egresaba, un sello que no era discutido en ninguna parte del mundo. La marca técnica y la disciplina, el hacer las cosas bien hechas y el verse uno en ello reflejado: ese era el concepto.

En el mes de septiembre de 1960, tras una crisis de gabinete en el gobierno del presidente Alessandri, el entonces Ministro de Educación Francisco Cereceda deja el cargo después de casi dos años encabezando su conducción. Como Rector de la universidad y como amigo, Carlos le escribe una carta a Cereceda expresando su pesar al respecto, a nombre de todo el personal docente y administrativo y del alumnado en general.

Tres años después, el presidente Jorge Alessandri, con quien mantuviera correspondencia desde 1959, le propondría a Ceruti asumir como Ministro de Educación en aquel último año de su administración. Carlos se negó con suma modestia fundamentando que desde su rol como Rector de la Universidad Santa María sentía que podía colaborar de mejor manera al desarrollo del país: “*Deseo aprovechar esta oportunidad para agradecerle nuevamente y con especial emoción, señor Presidente, el honroso ofrecimiento que ante la última crisis ministerial y por su encargo... Mis compromisos y responsabilidades personales derivados de un plan de desarrollo y modernización de estudios e investigaciones y de la situación económica difícil por que atraviesa la Universidad, me impidieron colaborar con usted directamente en su gabinete*”.

Ante ello el presidente Alessandri le responde, en carta fechada el 8 de noviembre de 1963, escribiéndole: “*Pensé que era usted la persona indicada para haberme ayudado en el último año de mi Gobierno a proseguir la obra de la actual Administración en este terreno, a la cual atribuyo tan decisiva importancia. Fue por ello que, a través de los Ministerios del Interior y de Hacienda, le ofrecí la cartera de Educación Pública, seguro de que su contribución significaba un aporte extraordinario a la tarea realizada. Comprendo, sin embargo, la imposibilidad en que usted se encontró de aceptar este ofrecimiento, pues no ignoro las muy delicadas responsabilidades que pesan sobre usted en su calidad de Rector de esa Universidad Técnica, plantel universitario que prestigia a nuestro país*”.

Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas

Con especial interés prestó su personal colaboración al Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas, por estimar de la mayor importancia y trascendencia el espíritu de cooperación fraternal y el deseo de complementación académica que por entonces reinaba entre las instituciones de educación superior. Tal colaboración solo podía producir resultados positivos, ya que solo la mejor y más eficiente utilización de nuestros recursos humanos, científicos y profesionales, permitiría alcanzar en menor plazo los objetivos educacionales que el país planeaba alcanzar.

Este espíritu permeaba las más importantes actividades productoras de la vida nacional, habiéndose ya logrado el funcionamiento normal y permanente de un Comité asesor de este Consejo de Rectores, con participación de la Corporación de Fomento, la Sociedad de Fomento Fabril, la Cámara de la Construcción, la Sociedad Nacional de Agricultura, la Sociedad Nacional de Minería y el Instituto Chileno de Administración Racional de Empresas (ICARE).

Otra de las iniciativas de aquel entonces fue la creación de un Centro de Documentación Bibliográfica Nacional, para centralizar la información de todas las bibliotecas universitarias en un local en Santiago adquirido por el conjunto de universidades.

Es así que este consejo, especialmente alentado por el rector Ceruti, organizó en 1961 una gira de estos rectores junto a miembros de ICARE, con el patrocinio de la Agencia de Cooperación Internacional de Estados Unidos. Entre las instituciones que visitó la delegación chilena estuvieron el Instituto Tecnológico de Monterrey, las universidades de California, Stanford, Harvard y Yale, el Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT), las fundaciones Rockefeller y Ford, y la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos. Al final de la estadía en Estados Unidos, la delegación chilena fue recibida en la oficina oval por el presidente John F. Kennedy.

A continuación de su viaje a Estados Unidos, realizó una serie de visitas a instituciones científicas, universidades, industrias y centros de investigación en Inglaterra, Escocia y Holanda, atendiendo a invitaciones del Consejo Británico y de la organización Philips. A pesar del gran número de visitas realizadas y de lo apresurado del programa, las experiencias acumuladas fueron sumamente valiosas y se lograron, mediante el contacto personal, algunos interesantes



Junto al Presidente John Kennedy en Washington, Casa Blanca.

Delegación de Chile, Carlos Ceruti el primero a la izquierda.

Al lado del Presidente Kennedy están Juan Gómez Millas

y Arturo Aldunate Philips junto a Luis Escobar Cerdá

acuerdos que les permitirán aumentar sensiblemente el intercambio de profesores y graduados con instituciones de gran prestigio en aquellos países.

La universidad daba todas las facilidades posibles a sus profesores para que hicieran uso de becas otorgadas por instituciones internacionales o países amigos del nuestro, a fin de reactualizar sus estudios o adquirir nuevas experiencias en los centros mundiales de mayor importancia. Durante 1960 profesores de la universidad viajaron a Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, Holanda, Francia, Italia, Israel y Brasil, y esta actividad continuó durante todos esos años.

Asimismo, y con gran entusiasmo, impulsó la creación de un nuevo consejo que vería la luz durante esos años, tras una cita celebrada en la Universidad Santa María a mediados del año 1962. Se trataba de la organización de un Consejo de Decanos de Ingeniería de las Universidades Chilenas, organismo permanente de consulta para la enseñanza de la ingeniería en el país. La segunda de sus reuniones, presidida por el rector Ceruti como anfitrión, culminó con una declaración pública, en la que manifestaban que resultaba

indispensable a su consideración coordinar esfuerzos para el desarrollo de la enseñanza de la ingeniería en el país. La finalidad básica de este Consejo era considerar todos los aspectos científicos, técnicos y económicos que tienen relación con el progreso en la enseñanza de la ingeniería y su relación con el resto de las actividades universitarias y públicas, tanto nacionales como internacionales.

Por una televisión chilena universitaria con fines educativos

Estas reuniones de rectores de las universidades chilenas discutieron asuntos que sobrepasaban la esfera de los temas relativos a la educación superior. Recordemos que a principios de los sesenta, cuando se discutía pública y democráticamente el modelo de televisión a establecer en Chile, el sistema de televisión de la época consistía sólo de estaciones universitarias y estatales. Fue trascendente un documento elaborado por el conjunto de los rectores, donde se demandaba una televisión educativa, científica y artística, operada por las universidades, protegida por el estado y favorecida por un sistema de auspicios financieros.

Seguramente en el debate llegaron a considerar la irrupción de la televisión como mecanismo formidable para la educación de la sociedad chilena a través de las pantallas de TV como tecnología propicia para la transmisión de contenidos, dada la oportunidad que presentaba de ingresar en los domicilios más remotos de Chile.

Era menester que su operación fuera llevada a cabo por las instituciones que dieran mayor garantía de excelencia y pluralismo: las universidades, que además habían sido las pioneras de su desarrollo en Chile a fines de los cincuenta. Este modelo de canales universitarios fue finalmente implementado por el gobierno de Jorge Alessandri, con la decisiva injerencia del Consejo de Rectores y del congreso. Será en la administración de Frei Montalva cuando dichos canales se verán complementados con uno estatal.

Para dar un ejemplo del tono adoptado por los rectores, expongo un par de citas de dicho documento: “*Así como el uso indiscriminado de la energía producida por el bombardeo del átomo ha sido proscrito del mundo civilizado como una amenaza real contra la existencia misma del hombre, asimismo el uso indiscriminado y libre de la televisión también debe ser proscrito como un deterioro de la educación y la cultura. El uso de la televisión debe ser entregado a los institutos de la*

más alta jerarquía y de la más elevada responsabilidad en este país. De hecho, son las universidades las que en Chile, a costa de grandes sacrificios, han iniciado y promovido la televisión. Nos parece que, en las actuales circunstancias, solo ellas podrán evitar, con eficacia permanente, que la acción de padres y maestros sea anulada cada día por la carrera incontrolable de la competencia comercial, o por las emociones que despiertan las luchas partidistas”.

Por lo mismo, se hacía el siguiente planteo: “*Creemos que los poderes públicos, Gobierno y Parlamento, tienen una grave responsabilidad en la solución de este problema; nos alegramos de que estén preocupados de encontrarla y confiamos en que las ideas aquí expuestas serán acogidas por ellos al adoptarse las resoluciones finales*”.

En ese entonces los rectores eran Juan Gómez Millas (Universidad de Chile), Ignacio González (Universidad de Concepción), Alfredo Silva (Universidad Católica), Arturo Zavala (Universidad Católica de Valparaíso), Carlos Ceruti (Universidad Técnica Federico Santa María), Horacio Aravena (Universidad Técnica del Estado), Francisco Dussuel (Universidad Católica del Norte) y Félix Martínez (Universidad Austral).

La polémica de la Tercera Asamblea de las Universidades Latinoamericanas

El 19 de septiembre de 1959, el rector Carlos Ceruti y el vicerrector Julio Hirschmann se dirigían a Buenos Aires a fin de participar en la Tercera Asamblea de la Unión de Universidades de América Latina programada en Argentina.

De antemano sabían que posiblemente habrían de originarse dificultades en el desarrollo de esta conferencia, por cuanto la situación universitaria argentina en dicho momento se percibía bastante confusa debido a la lucha pública mantenida por las corrientes de opinión que defendían dos posiciones antagónicas: una que deseaba únicamente para el Estado el control de toda la educación: primaria, media y superior, y la otra que defendía la libertad de enseñanza; y además estaba el temor de que las relaciones de ambos países (Chile y Argentina) pudieran empeorar como consecuencia de los recientes acontecimientos provocados en el Canal de Beagle por la marina argentina. Por dicho suceso prefirieron reunir previamente en Santiago al Consejo de Rectores a petición de los rectores de la Universidad Católica de Valparaíso y de la Universidad Santa María.

Después de un amplio debate se comprobó que existía completa uniformidad de pareceres con respecto al problema universitario argentino tanto como en cuanto al pensamiento nacional sobre la materia. Se acordó nombrar una comisión de rectores para comandar la delegación chilena formada por Alfredo Silva Santiago, Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Hugo Sievers, Vice-Rector de la Universidad de Chile y Carlos Ceruti, Rector de la Universidad Santa María, con la misión de tomar alguna decisión en relación a cualquier evento anormal que pudiera llegar a acontecer.

El día 20 de septiembre la Universidad de Buenos Aires recibió a todas las delegaciones convocadas y ofreció un coctel en su honor. Posteriormente hizo uso de la palabra el representante de la universidad anfitriona, Doctor Florentino Sanguinetti, con un discurso inaugural cuyas referencias de carácter político alertaron tempranamente a la delegación chilena.

A continuación, usó la palabra Mariano Rodríguez Silveira de la Universidad Central de las Villas de Cuba, quien fue anunciado como representante de todas las delegaciones latinoamericanas, lo cual causó temprana indignación de la delegación nacional, puesto que nunca habían sido consultados acerca de tal designación.

Mariano Rodríguez, en una vehemente improvisación se refirió extensamente a las causas y los propósitos de la revolución cubana y a la participación que en esta lucha correspondió a las universidades de aquél país, destacando con elocuencia la intervención que debían tener las universidades de América en la lucha política y la participación activa y directora que tenían la obligación de desempeñar para derrocar las tiranías y los gobiernos de facto que aún quedaban en nuestro continente, apoyados por los Estados Unidos.

Luego, al salir de esta primera intervención, la delegación fue informada de un desagradable incidente con la comisión encargada de reconocer las credenciales del evento, puesto que, a pesar de haberse invitado a la Universidad Técnica del Estado de Chile, por no haber acreditado a tiempo sus papeles de admisión y sus cuotas correspondientes, no se le permitía participar.

Asimismo, no se les quiso reconocer sus credenciales a las delegaciones de las Universidades de Paraguay y de la República Dominicana, a pesar de ser miembros de la Unión, de tener sus antecedentes en regla y de haber sido invitadas por la Universidad de Buenos Aires, y se dejó pendiente el estudio de su participación por

una comisión correspondiente. Todas las comisiones fueron nombradas por la Universidad de Buenos Aires antes de iniciarse el congreso y en ellas no se dio participación a ningún miembro de Chile ni de otros países cuya posición no fuera simpatizante con la actitud de Argentina, Uruguay, Venezuela y Cuba.

Para la tarde de dicho día se había programado la sesión preparatoria, que tenía por objeto elegir a las autoridades de la Tercera Asamblea y oír el informe que presentaría el secretario general, Guillermo Coto Conde.

La sesión debía comenzar a las quince y treinta. A pesar de encontrarse presentes en la sala todos los rectores y delegados a dicha hora, transcurrieron una hora y cincuenta minutos sin que nadie se hiciera presente en el Aula Magna y sin darse explicación alguna sobre las causas que motivaban esa increíble demora. La delegación chilena, en pleno, estimó que esta evidente falla de la organización se traducía en una inconcebible falta de educación y respeto a los invitados, tenía su límite y abandonó la sala en ese momento. Al poco de retirarse la delegación de las universidades chilenas se dio inicio a la sesión, siendo elegido presidente en la ocasión el rector Risieri Frondizi.

Al día siguiente se realizó la sesión inaugural, en presencia de las autoridades educacionales argentinas. El rector de la Universidad de Buenos Aires y Presidente de la Asamblea dio un discurso que buena parte de las delegaciones juzgaron posteriormente de un contenido decididamente político y demagógico.

A continuación, fue el turno del Doctor Hugo Sievers, Vice-Rector de la Universidad de Chile, quién se refirió principalmente a la conciliación de la ciencia y la técnica con las humanidades, insistiendo en que debían revisarse los viejos moldes para lograr una correspondencia entre la cultura y la ciencia especializada.

Al culminar las presentaciones, tomando en cuenta el carácter esencialmente político que estaba marcando la tónica de esta Asamblea, el rector Ceruti y los otros chilenos acordaron reunirse para considerar la situación y tomar los acuerdos a que hubiere lugar. La reunión se llevó a efecto en el departamento del rector de la Universidad de Concepción, David Stinchkin, y a ella concurrió la totalidad de los delegados de las universidades de Chile.

Después de un amplio debate, se acordó por unanimidad que en la primera sesión plenaria usara la palabra un delegado de Chile para fijar su posición y tratar de conseguir que las deliberaciones de la Asamblea subieran al nivel que les correspondía para poder arribar a conclusiones que fueran de real valor para la educación superior americana. A continuación, entre todos se elaboró un discurso y se designó a Luis Letelier como encargado de leerlo.

Y fue precisamente en esta primera sesión plenaria donde sucedieron los hechos más bochornosos. Después de las primeras intervenciones de diversos oradores que rindieron homenajes a Sarmiento, San Martín, Bolívar y Martí, usó la palabra Letelier, de la Universidad Católica de Santiago, representando a Chile, Perú y México en unanimidad de sus respectivos delegados, expresándose más o menos en los siguientes términos:

“Las delegaciones que represento, aun cuando comprenden el estado de ánimo de los representantes de universidades que han sufrido en sus respectivos países las consecuencias de la falta de libertad, a la vez que expresan su repudio absoluto a la tiranía, en cualquiera forma que ella se manifieste, hacen llegar a tales delegados su adhesión fervorosa y fraterna y, por intermedio de ellos, a las universidades y pueblos que representan”.

Prosiguió diciendo que la Universidad es un organismo que necesita autonomía y que debe estar alejado de la lucha política o social militante y que se debe crear en los jóvenes el ansia de actuar en la política, en la directiva social o en la actividad productora, pero que esta situación se produzca una vez terminada la etapa propiamente universitaria.

Terminada esta intervención tomó la palabra de forma inmediata el rector de la Universidad Central de las Villas, Cuba, Mariano Rodríguez, para replicar al discurso anterior con palabras llenas de fogosidad que contrastaron con la ponderación y prudencia de Letelier, y en las cuales se refirió al deber de las universidades de mirar por el destino de los pueblos, de pensar y de defender las condiciones sociales, sin las cuales la universidad no podía tener vida. De lo contrario se era indiferente ante el crimen, la sangre y la destrucción de nuestros pueblos, terminando con cita de Martí: *Ver cometer un crimen sin denunciarlo es también cometerlo*.

A continuación, un delegado de la Universidad de Buenos Aires recordó los sufrimientos de los profesores argentinos durante la dictadura de Juan Domingo Perón. Terminó formulando una declaración por la que

condenaba la subsistencia de gobiernos dictatoriales en este continente y anhelaba el restablecimiento de las instituciones democráticas en todos aquellos lugares en que todavía no se aseguraban los principios inherentes al respeto de la dignidad humana.

Luego, el Doctor Mario Laserna, rector de la Universidad de Colombia, hizo uso de la palabra para protestar de las expresiones anteriores, afirmando con gran valentía y en conceptos bien logrados que no se aceptaba que se dijera que quien no estaba de acuerdo con una posición determinada era un traidor a América, que la verdadera democracia consistía precisamente en aquella libertad absoluta para opinar, y que denunciaba como procedimientos totalitarios los que se estaban empleando para volcar la opinión de la Asamblea, tergiversando expresiones claras y precisas.

Entonces, desde la tribuna, Francisco de Venanzi, rector de una universidad venezolana, se levantó para declarar que la Unión de Universidades de América Latina nada había hecho cuando en su país se había cerrado la Universidad Central y se había suprimido su autonomía universitaria. Llegado el turno del delegado de la Universidad de Asunción, que trató de intervenir adhiriendo a la posición chilena, no logró concluir su pensamiento por impedírselo el entusiasta grupo de estudiantes argentinos que se apostaban en las gradas del aula.

A estas alturas de la reunión los ánimos ya estaban comenzando a caldearse y se empezaron a oír palabras de desaprobación y persistentes comentarios en voz alta. Siguió en el uso de la palabra el delegado cubano Ernesto Mais Valentilla, para expresar más o menos lo siguiente:

“La delegación chilena concluye por fijar y plantear su posición en la siguiente forma: la Universidad debe asumir una posición de apolitismo; debe estar ajena a lo político. Quiero decirle claramente a la delegación chilena, y a las delegaciones peruana y mexicana, baluartes que han sido en el ejercicio democrático en este continente, lo siguiente: mediten si esta no será también una acción política”.

A continuación, y para disipar la confusión que se trataba de provocar por parte de los delegados de Cuba y Venezuela, en el sentido de hacer aparecer a Chile como apoyando a las dictaduras que aún existían en América, usó la palabra el delegado chileno de la Universidad Técnica Federico Santa María, Carlos Ceruti. En su improvisación el chileno hizo una defensa de la tradición democrática de su país, y de cómo las fronteras del país habían estado siempre

abiertas para recibir a los perseguidos de todas las dictaduras. Pidió serenidad para escuchar las opiniones contrarias y recalcó que la postura chilena era insospechable en el terreno de la libertad y de la democracia, rematando con que cuando la universidad se mezcla con la lucha política y social, ensucia sus banderas, y que el apasionamiento de la política enturbiaba los ojos de aquellos que sólo debían mirar la verdad, sin influencias de otro orden.

Después de estas palabras, en evidente estado de descontrol oratorio respecto a lo dicho anteriormente, el delegado cubano Orestes Robledo de la Universidad de las Villas, comenzó de la siguiente manera un discurso que no pudo finalizar: *“Ante esa fría, ciega y sorda respuesta a la verdad de la calle, al latido de nuestro pueblo, que propone la delegación chilena, nosotros los cubanos traemos un mensaje emotivo de sangre, de cárceles, de torturas, de cementerios, nosotros los universitarios cubanos tenemos que traerlos. Y puesto que a Chile no le interesa la democracia...”*

Al llegar a este punto se levantaron todos los delegados de Chile y muchos representantes de México, Perú, Ecuador, Brasil y Colombia, enrostrando en voz alta al orador por su falta de veracidad y maliciosa tergiversación, y por el insulto que gratuitamente se hacía a Chile.

En medio del más descomunal desorden y sin que las palabras del Presidente lograran acallar las palabras que el Doctor Hugo Sievers de la Universidad de Chile vociferaba: *“¡A Chile se le insulta sólo una vez!”* se retiró en el acto de la sala la totalidad de la delegación chilena, con sus rectores a la cabeza. Varios representantes de otras delegaciones, especialmente las que hacían causa común con la posición chilena se retiraron también. En ese momento, el Doctor Pedro Calmón, Rector de la Universidad de Río de Janeiro, quién actuaba de Vice-presidente de la Asamblea, expresó en alta voz que él también se retiraba porque se injuriaba a Chile.

Ante tamaña estampida de delegados el presidente Frondizi no tuvo más opción que reunirse con los rectores chilenos al día siguiente, quienes le solicitaron garantías pues de lo contrario no valía la pena seguir participando en un congreso cuyo desarrollo no concordaba con los fines para los cuales habían sido convocados, ni correspondía a la jerarquía intelectual de sus participantes.

Mucho costó a la delegación chilena, que se había reintegrado a la nueva sesión plenaria, en base a las seguridades del presidente, lograr que el asunto fuera tratado en la forma planteada. Para ello fueron

necesarias una serie de votaciones en las que adhirieron a Chile las delegaciones de Colombia, Ecuador, Brasil, Panamá, Perú y México. Se logró hacer prevalecer estos puntos de vista por un margen muy estrecho de votos, distinguiéndose claramente dos grupos antagónicos: uno encabezado por Cuba, Venezuela y Argentina, y el otro por Chile, Colombia, México, Perú y Brasil.

José Bravo y el primer paro en la historia de la universidad

Pese a que llegaron a ser buenos amigos, el inicio de las relaciones entre José Alberto Bravo (presidente de la federación de estudiantes) y Carlos Ceruti (rector) estuvo lejos de ser amistosa. En el año 1960, el presidente de la federación llevó a cabo el primer paro de estudiantes en la historia de la universidad, lo cual representó un golpe inaugural a este rector, que le ayudó a comprender que la universidad ya no era la misma que él había vivido veinte años atrás. José Alberto Bravo era parte de un eslabón generacional que Ceruti desconocía hasta entonces. En palabras de Bravo:

“Entonces de repente anuncian que viene de rector don Carlos Ceruti, y llegó don Carlos. Por supuesto que fuimos a recibir a don Carlos, toda la directiva de la Federación. Lo que pasó es que don Carlos trató de reproducir el sistema de funcionamiento de don Francisco Cereceda cuando él estaba en la universidad y quiso hacer lo mismo. Y sucede que había pasado mucho tiempo, las cosas habían variado, en la universidad habían entrado muchos aspectos de interés humanista”.

Precisamente Bravo representaba una generación de ingenieros con un enfoque humanista, interesado en las personas que trabajan en la ingeniería. Su discurso señalaba que: *“Las empresas no son tanto cálculo de estructura, sino un grupo humano que hay que desarrollar, una ingeniería humana”*. No es de extrañar que casi veinte años después de egresar como ingeniero, Bravo cursará con éxito la carrera de Derecho en la Universidad de Chile.

Siendo la Santa María una universidad cuya característica pareció ser siempre muy “cuadrada”, el pensamiento y la capacidad organizativa de Bravo lo llevaron a ser escogido presidente de la Federación de Estudiantes en 1959. Su primera gestión fue organizar un “Seminario sobre sexualidad” con médicos y pensadores de diversas posiciones doctrinarias, donde se discutió desde el control de

la natalidad hasta el rol del amor y desde el rol de la sexualidad en la afinidad del matrimonio hasta la anticoncepción, generando un ambiente de debate universitario más allá de las aulas, lo que era central en su visión como dirigente.

En el mapa político de los estudiantes de la universidad en los años cincuenta, se reconocían tres grupos articulados, denominados como *los marxistas*, *los masones* y *los cristianos*. Sin embargo, estos grupos, a diferencia de lo que entendemos hoy como acción política, lo que hacían era cobijar posiciones doctrinarias. La política partidista aún no entraba en la universidad, aunque no tardaría en hacerlo.

Entonces José Alberto Bravo organizó el seminario “Genealogía de los partidos políticos”, al que asistieron como conferencistas Radomiro Tomic, Mariano Puga, Raúl Ampuero, y otros personajes de la época. Tras este seminario, la Federación tenía agendado un ciclo de charlas sobre el desarrollo de los gobiernos en América Latina, y tocaba hablar sobre Venezuela, específicamente acerca de la transición entre dictadura y democracia. Todo esto a Carlos ya comenzaba a hacerle mucho ruido. Educado en los años treinta, con la primera camada de profesores alemanes de la universidad, tenía como máxima incuestionable la no inclusión de la política partidaria ni tampoco ningún tipo de religión en la universidad.

Entonces tomó la decisión de prohibir la conferencia, ejerciendo una autoridad similar a la vivida por su generación en sus tiempos de estudiante e iniciando así un antagonismo con Bravo, quien vio en esta acción del rector amenazado el camino de intelectualidad en que se basaba su gestión y su liderazgo.

Los estudiantes realizaron la charla de todas maneras, pero en un teatro de Valparaíso, y también decidieron hacer un paro denominado “el paro de doce horas”, de 8:00 a 20:00 para no complicar el funcionamiento del internado. Las medidas iniciales tomadas por el rector consistieron en pasar listas rigurosas de todos los estudiantes, y ya que nadie fue a clases se trataba de listas de ausentes que después serían sancionados; también, en un acto fallido, hizo funcionar las cocinas con estupendos almuerzos, mejor que el de todos los días, a lo cual los estudiantes comenzaron a acudir en masa, pero sin deponer el paro.

En una asamblea general de alumnos, a un lado del aula magna, en la que José Alberto Bravo daba cuenta de cómo iban las cosas, apareció Ceruti apasionadamente por el medio del pasillo, subiendo al escenario para negar equívocamente ante la asamblea el desarrollo de

los acontecimientos tal como los exponía Bravo, lanzando una mirada con sus ojos azules impregnados de un brillo acerado, añadiendo que aquel paro había sido un golpe mortal al prestigio de la universidad, en la cual nunca había entrado la política.

Sucedido este episodio, el presidente de la Federación saludaba a Ceruti cuando se lo encontraba, pero éste le respondía con recelo el saludo. Ante esta actitud, Bravo le solicitó una audiencia que fue concedida y tuvo una duración de más de cuatro horas. Sostuvieron un acalorado debate de ideas, ya que pensaban de manera diferente, pero ambos desplegándolas con la mayor de las honestidades, como tan común era en los combates de antaño, en que el vencedor lograba desbaratar a su contrincante a través de los argumentos. De estas disputas no queda sino el respeto y agradecimiento de un aprendizaje mutuo.



Ceremonia de Graduación 1959. Al centro el Rector Carlos Ceruti, noveno de izquierda a derecha José Alberto Bravo

Después de eso, se hicieron buenos amigos, tan amigos que el presidente de la federación con frecuencia iba a tomar té a la casa de la rectoría donde Elvira se convirtió en su segunda madre. Y de ahí siguieron muchas conversaciones, tal como recuerda Bravo:

“Oiga, don Carlos, le decía yo, o sea usted lo que quiere enseñar es la abstención de Dios, Dios aquí no existe, ¿no ha pensado usted que esa es una posición religiosa? Es tan inductora de posturas como que yo le diga que Dios... qué sé yo, no le pido que la universidad se

ponga a hacer clases de catecismo pero que sea tolerante a todas las visiones. En vez de combatir a la política debe ser partidario de subir el nivel de la conversación sobre temas generales de política, para que los compañeros tengan un criterio para enfrentar la política desde la altura y no desde la coyuntura o desde la revolución. Por qué no darle a la universidad una estatura, que forme las cabezas de los alumnos, que no les diga qué hacer o no hacer, sino que les dé elementos de juicio para que ilustradamente puedan elegir”.

Los estudiantes comenzaron a sentir que el modelo de la Santa María distaba del aura universitaria de instituciones como la Universidad de Chile o la Universidad de Concepción. La UTFSM de aquellos días era radicalmente diferente de la universidad que conocemos hoy. Los estudiantes de los sesenta comenzaron a mirar con desconfianza este modelo, pues les parecía que no era el de una universidad propiamente tal. En efecto, el régimen de talleres (mecánica, soldadura, fundición, herrería, etc.), y el estilo de las clases la asimilaban más bien a un internado de tipo industrial.

La internacionalización de la universidad

Impecablemente vestidos como era su tónica de pareja en tales eventos, minutos antes de subirse al avión Carlos y Elvira posan para una fotografía que quedará por cierto en el álbum familiar en lugar destacado. Él, de terno negro y sombrero fino, con un maletín deportivo blanco en la mano derecha y un abrigo en la siniestra, y ella, de elegante vestido, con sombrero y abrigadores guantes blancos, llevando también en sus manos abrigo y un bolso de mano peculiar.

El viaje, en esta ocasión, se motivaba en el hecho de que por primera vez en su historia la Universidad de Pittsburgh le concedía un doctorado Honoris Causa a un ciudadano chileno, precisamente al ingeniero Carlos Ceruti Gardeazábal. El Doctorado Honoris Causa fue entregado debido a su labor en el desarrollo de la educación y por ser la persona que más impulsara la colaboración entre ambos centros universitarios, inaugurando una fructuosa agenda al respecto. La distinción fue conferida el día quince del mes de abril, y el señor Ceruti fue muy felicitado.

El viaje lo realizaba invitado por la Universidad de Pittsburgh, dentro del convenio existente entre esa universidad y la Santa María, y entre ésta y la Alianza Internacional para el Desarrollo. El rector

Ceruti viajó también a Washington para finiquitar un nuevo contrato de colaboración entre las universidades, con financiamiento de la mencionada Alianza.

Dentro de los múltiples viajes realizados con el fin de establecer estos contactos, podríamos citar también los meses de enero y febrero de 1963, en los que viajó a Alemania y a España invitado por el gobierno de la República Federal Alemana y por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid.

En Alemania visitó las universidades de Bonn, Aachen, Berlín, Heidelberg y Múnich, diversas escuelas industriales y profesionales de Hamburgo, Wiesbaden, Frankfurt y Ulm, y una serie de importantes industrias como Siemens-Schuckert, en Berlín; Química Hoescht, en Frankfurt; Leitz, en Wetzlar; Leyboltz, en Colonia; Aristo, en Hamburgo; y Mercedes Benz, en Stuttgart. Además, tuvo oportunidad de mantener en Bonn entrevistas con el consejo permanente de Ministros de Educación en Alemania Federal, con el Consejo de Rectores de Alemania Occidental, con el centro de intercambio académico y el departamento de ayuda a científicos alemanes en el exterior. En Hamburgo fue también atendido por la Asociación Iberoamericana. En Berlín visitó extensamente el Instituto Iberoamericano. En Stuttgart se informó de las facilidades que poseía allí el Instituto de Intercambio Cultural en el extranjero.

En España, visitó en Madrid la Escuela de Ingenieros Industriales, el Instituto Nacional de Industria, el Centro Nacional de Energía Nuclear “Juan Vigón”, la Institución Sindical de Formación Profesional Acelerada (para obreros), el Colegio Mayor Hispanoamericano, la Ciudad Universitaria y el Instituto de Cultura Hispánica. En Bilbao visitó la Escuela de Ingenieros y diversas industrias metalúrgicas.

A su regreso aprovechó de visitar la Universidad de Brasil en Rio de Janeiro. En esta institución estatal sostuvo estratégicas y fecundas conversaciones con la Escuela de Graduados recientemente implementada, y tuvo ocasión de visitar la isla donde se construía una nueva ciudadela universitaria y en la que se encontraba el reactor nuclear Argonauta, diseñado y fabricado por ingenieros brasileros.

El primer computador de la universidad

Avanzaba el año 1963 y Ceruti contó entonces con la oposición de algunos decanos respecto a su iniciativa de traer a Chile el primer computador de la región. Pese a ello en este asunto fue tajante

adquiriendo de todas maneras e instalando en la universidad un IBM 1620 que él mismo fue a buscar al puerto de Valparaíso, presenciando su desembarco para luego transportarlo e instalarlo en una sala especialmente acondicionada para este propósito.

Un año después el equipamiento computacional entró en operación, dando el paso inaugural a lo que se constituiría como el Centro de Computación de la universidad. Pese a sus 16 KB de memoria (con input por tarjetas perforadas y output por teletipo), el aparato ocupaba el espacio de una sala completa y prestó sus servicios durante muchos años, sirviendo para que los estudiantes realizaran sus trabajos de memoria. El computador que trajo Ceruti se convertiría en piedra inaugural para el futuro desarrollo de la computación y posteriormente informática en la universidad, el cual por cierto constituirá uno de los primeros centros de computación universitario en Chile. Se contrató al científico alemán Doctor Wolfgang Riesenköning (quien ejerciera con anterioridad como jefe en la enseñanza de la computación en la empresa Standard Elektrik Lorenz (SEL), en Stuttgart, Alemania, como primer Director.

Durante estos años se gesta la carrera de Ingeniería Electrónica, siendo egresados los primeros Ingenieros Civiles Electrónicos titulados en 1964 y los primeros Técnicos Electrónicos en 1968. Para ello se recibió el apoyo de la Universidad de Pittsburgh, lo que permitió llevar adelante este proyecto, que luego encontró en la Escuela de Graduados a los primeros Doctores en la materia, probablemente los primeros de Latinoamérica.

Escuelas de verano

Una de las actividades más conocidas que organizó el rector Ceruti durante los años sesenta fueron las Escuelas de Verano, en conjunto con la Universidad de Chile, que se constituían cada mes de enero en eventos de gran trascendencia en Valparaíso. Llegaban participantes de Argentina, Uruguay y otros países latinoamericanos, que junto al público chileno le daban realces de envergadura.

Estas escuelas fueron muy apreciadas por la comunidad de Valparaíso, puesto que comprendía cursos, conferencias y mesas redondas entre los más diversos especialistas. Si bien tenían un carácter académico, perfilado hacia la técnica y la tecnología, se trataba más bien de cursos de toda índole agrupados en ciclos, a cargo de profesores de universidades chilenas y extranjeras. El lazo de

unión entre la técnica y el humanismo se iba estrechando cada día más, y cada día se hacía más necesario para la Universidad salir a la calle y llevar su mensaje más allá de las aulas.

La idea de la realización de estas escuelas consistía precisamente en generar estos intercambios veraniegos, convirtiendo a la universidad en una búsqueda común de comprensión y conocimiento. Las charlas y coloquios que se apartaban del tronco más académico de la escuela de verano eran consideradas como de “Cultura general”.

Pocos saben que Violeta Parra hizo clases en la Universidad Santa María, de cueca, durante las llamadas Escuelas de Verano. Los hijos mayores de Carlos aprenderían a bailar cueca en estas clases impartidas por Violeta, gracias a la iniciativa de las Escuelas de verano que todos los años organizaba la UTFSM y la Universidad de Chile o con la Universidad Técnica del Estado.

Se utilizó el pensionado de los alumnos—el de aquellos estudiantes meritorios que recibían de la universidad toda su ropa, comidas, enseres personales, materiales de estudio y su formación totalmente gratuita—acondicionándolo para alojar a los estudiantes de otros países que venían a Valparaíso, disfrutando de profusas exposiciones y conferencias de distinguidos académicos, científicos, filósofos, poetas, artistas y personalidades del encuentro de la cultura, la ciencia, el humanismo y las artes. Alternaban con momentos en la piscina de la universidad, las playas de la región y la vista maravillosa del océano Pacífico que realzaba su majestuosidad durante esas semanas intensas de verano. Las comidas y cenas en los comedores de la universidad constituyían también momentos de tertulias y conversaciones que enriquecían el encuentro de las culturas hermanas.

Violeta Parra, guitarra en mano, con su música y sus clases de cueca, imitando con gracia y elegancia a la gallina que es atajada con garbo por el gallo en los círculos imaginarios del baile chileno con zapateos y vueltas, así como tantos otros auténticos maestros, sin saberlo, en su conjunto constituyeron un *metaxi*—en griego intermediarios entre los hombres y los dioses- volando muy alto como las águilas de las islas griegas de la poesía de Hölderlin. Personajes como Benjamín Subercaseaux explicando la historia de la cultura desde el homo sapiens, Arturo Aldunate Phillips con su encuentro entre la ciencia y los misterios del universo, Andrés Sabella con su poesía creadora, Marta Brunet, etcétera.

Al final del mes de enero, al concluir las Escuelas de Verano, se hacía un cóctel en la casa del rector dentro de la universidad. Allí, destacados

personajes chilenos y latinoamericanos, en amenas conversaciones dejaron estampados sus agradecimientos en un libro especial que Elvira dispuso para que quedara testimonio de la huella que dejaron todos en la pequeña historia de la Universidad.

Destaca un agradecimiento especial del poeta Andrés Sabella, quien dando gracias a su anfitriona por tan cálida acogida, deja caer una gota de su copa de vino tinto en la hoja en blanco y dibujando los pétalos de una flor alrededor de ella y un tallo que continúa en su escritura, expresa su congoja por tener que partir y su alegría por los momentos estelares vividos, dedicando a Elvira tan espontánea expresión de caballero galán que entrega agradecido a la dama una flor, dibujada con una mancha de vino.

La casa de Elvira siempre fue de puertas abiertas. Recibía muy bien a todos, familiares, amigos, autoridades, académicos, personajes internacionales, artistas. Ella siempre cariñosa, afable y diplomática, hacia de la vida social y relaciones humanas un encuentro ameno y enriquecedor.

Mañanas de verano

Cuentan sus hijos que, en verano, mientras vivían en la casa del rector dentro de la universidad, al papá le gustaba mucho siempre el deporte e iban todos los días después del horario de trabajo de la mañana a Playa Negra en Concón, en donde levantaban una carpa familiar. En esa época se usaba que cada familia dispusiera de una carpa en donde se cambiaban de ropa y se ponían traje de baño.

La carpa blanca con raya verde al centro los esperaba día a día, en especial los fines de semana. Allí Carlos llevaba sus implementos para jugar paletas y para nadar. Junto a la carpa familiar solía estar la de la familia Ebensperger Ahrens, y con la ex atleta y campeona olímpica de jabalina Marlene Ahrens nadaban desde Playa Negra hasta Playa Amarilla, un trayecto bastante largo a través del mar.

Siempre Carlos invitaba helados a los amigos, a sus hijos y a los amigos de sus hijos y los vendedores ya lo conocían. Como sabían que era un muy buen cliente pasaban por lo menos dos veces, provocando el deleite de todos los niños ya que se daban cuenta de su generosidad. Después de las dos y media de la tarde regresaban a la universidad, almorcaban en el gran comedor de la casa, se duchaban y Carlos regresaba a su trabajo en la rectoría.

Otros veranos iban a la playa de Reñaca. Allí se instalaba la carpas en el último sector, que en esa época limitaba con la casa en las rocas de Carlos Vial Espantoso. Vecinos de carpas eran la familia Andueza Guzmán de la que fue posteriormente el alcalde de Viña del Mar Juan Andueza Silva. Carlos jugaba paletas, también se paraba en las manos y recorría en esa posición desde la carpas hasta la orilla de la playa. Enseñaba a sus hijos a hacer saltos mortales hacia adelante y hacia atrás, ya que era muy apropiado aprender en la arena. Cuando salía a nadar lo hacía generalmente solo y con sus aletas para los pies y su gorro de goma negro en su cabeza que lo hacían visible de lejos como si fuera un lobo marino, ya que se dirigía hacia la roca que allí existe y daba vueltas por detrás, regresando sano y salvo a la orilla, haciendo pasar susto a su mujer y a sus hijos porque pasaba largos períodos en el agua y la distancia hasta la roca era considerable.

El triunfo de la Falange

El gran evento político del año 1964 serán las elecciones presidenciales, en pleno contexto de la guerra fría que permeaba las articulaciones políticas del momento. En el año 1957 se funda la Democracia Cristiana como partido político a partir de la falange nacional y su unión con el partido conservador social cristiano.

El aumento de la votación de la Democracia Cristiana fue sorprendente, considerando su corta trayectoria. En marzo de 1964, Salvador Allende y Eduardo Frei eran las figuras claves de la elección y prácticamente toda la lucha política se concentró en ellos. La política traspasó a toda la nación y las campañas de ambos se articularon al son de la capacidad de movilización social. La posibilidad de una victoria del FRAP preocupó a Estados Unidos, ya que el uso de la vía democrática para acceder al socialismo ponía en entredicho varios de sus argumentos que sosténían su anti marxismo. En este escenario, Estados Unidos decidió financiar la ventura de Frei Montalva a través de una intensa campaña, que buscaba extender la retórica anticomunista en la población chilena planteando un nuevo discurso centrado en la juventud.

Después de una campaña caracterizada por su intensidad y polarización, Eduardo Frei venció por mayoría en las elecciones de septiembre, con un 56% contra un 38% de Salvador Allende.

CAPÍTULO VI

EL PRÍNCIPE DE LA TORRE ABOLIDA (1965-1970)

*“Era una universidad muy especial,
un castillo metido frente al mar con alojamiento,
comida, ropa e incluso con los útiles de aseo.
En el testamento decía para el desvalido meritorio
y llegaba gente pobrísima de todo Chile.
Era un caso único que duró poco.
Lo que pasa es que hicimos una huelga
que duró ocho meses,
contra el paternalismo, y resulta que claro,
ganamos, lamentablemente”.*

Raúl Zurita

“¡Qué buen vasallo sería si tuviese buen señor!”
Cantar de Mio Cid

Defensor a ultranza de las ideas fundadoras de Santa María, intentó continuar implementándolas con el mismo éxito que había tenido hasta ahora en su aventura como rector, pero llegó el fin del camino y su salida de la universidad, no sin antes dar pelea y testimonio educacional durante ocho sostenidos meses de huelga en su contra. El rector Ceruti era un hombre de carácter, sin duda fiel reflejo de la formación recibida desde la más temprana adolescencia, por una institución de mucha disciplina, trabajo y esfuerzo personal. Esta rigidez de su carácter no se la podrá quitar en ninguna fase de su vida, mucho menos durante estos años de lucha por lo que creía correcto y veía amenazado.

Desgraciadamente, esta época de oro de la universidad, que prolongará con nuevos bríos en su segundo período en la rectoría, será interrumpido con violencia en 1967. Todo hombre de acción es esencialmente animoso y optimista, pero el optimismo, por justificado que sea, debe asentarse en el buen juicio. Los imposergables movimientos de reforma transformaron las universidades en campos de batalla de las distintas tendencias políticas, lo que para Ceruti fue la debacle. Según su sentir, los estudios serios del planeamiento de la educación chilena sólo eran posibles en un ambiente de tranquilidad y con un carácter esencialmente técnico, laico y apolítico. Su angustia devino de ver

que lo que se ponía en juego era el porvenir de las futuras generaciones y del propio país, en momentos en que la ciencia, la tecnología, la filosofía y las costumbres sufrían reorientaciones vitales, sintiéndose al mando de un barco que zozobraba con imperceptible fatalidad.

En la ceremonia de inicio del año académico 1965, Ceruti se refirió al rol de la educación y a su actitud frente a la época, en los siguientes términos: *“Hay que convencerse de que los verdaderos cambios, aquellos que pueden tener real trascendencia, hay que provocarlos en nosotros mismos, en la estructura interna de los seres humanos. Y esto, tan simple, pero tan importante, sólo lo conseguiremos empeñándonos en conocernos mejor y en perfeccionarnos a través de la educación y el estudio”*.

Y prosiguió: *“Mientras el hombre siga siendo injusto, intolerable, pretencioso, irrespetuoso de la vida y los derechos ajenos y esté dominado por atavismos animales de dominación, nada cambiará en los países, en las colectividades, en las instituciones y en los múltiples grupos humanos, aunque se varíen las formas y se las estructure de mil modos diferentes, porque seguiremos, aterrados, contemplando la injusticia, la guerra y el dolor”*.

La posición inalterable de Ceruti en su torre será finalmente abatida por decreto presidencial: un acuerdo entre el Presidente del Consejo Agustín Edwards Eastman y el Presidente de la República Eduardo Frei Montalva será la jugada que terminará por derribar aquella pieza que representara en aquel tablero, jugado a escala mundial por las potencias que se enfrentaban en la Guerra Fría.

Plan de desarrollo para la expansión de la Universidad Santa María 1965-1975

Con la firma del convenio de crédito del Banco Interamericano de Desarrollo efectuado con la Universidad Santa María por la suma de US\$2.500.000, se dio consolidación al plan de desarrollo de esta universidad porteña, destinado a dar más capacidad de matrícula a la juventud para optar a profesiones superiores y de mando medio. El rector Carlos Ceruti Gardeazábal viajó a EEUU con este fin, y envió el siguiente cablegrama al vicerrector Guillermo Acuña en Chile:

“Washington para Acuña. Unitécnica. Mediodía hoy (lunes 20 de junio en curso) firmamos contrato BID en ceremonia histórica para la universidad, presidida Felipe Herrera (presidente del BID).

Concurrieron Jorge Burr, por embajada de Chile; Ross, Urenda y yo, Santa María. Afectuosos saludos. Carlos Ceruti”.

¡Con qué viva satisfacción se enteraban de estas noticias en Valparaíso! La difusión de la noticia produjo natural alegría en todos sus sectores, por cuanto significó dar mayores oportunidades a la juventud y al país en cuanto enseñanza técnica. Los miembros del Consejo y el rector Carlos Ceruti, regresaron al país en la última semana de junio, reasumiendo de inmediato sus funciones.

Las metas para este ambicioso plan durante su segundo período como rector estuvieron enfocadas en aumentar en un 300% el número de profesionales para las actividades de la nación, lo que permitiría pasar de 360 alumnos a 1200 para el año 1975.

La primera etapa estaba destinada a Valparaíso y comprendía la ampliación de las instalaciones para posibilitar la triplicación de la matrícula. Se planteó entonces la construcción de una nueva Escuela de Artes y Oficios en un predio donado por el Instituto Nacional del Desarrollo Agropecuario (INDAP), en el Jardín Botánico Nacional, entre las ciudades de Viña del Mar y Quilpué. La ceremonia donde se colocó la primera piedra contó con la presencia del presidente Eduardo Frei Montalva.

La segunda etapa consultaría la creación y desarrollo de escuelas de artes y oficios en Concepción (para unos 400 alumnos), en Santiago (para unos 1.000 alumnos) y en Antofagasta (para unos 300 alumnos). Conscientes de la envergadura de tal emprendimiento se hizo un estudio prestando especial atención a la capacidad docente de la universidad, planteando a su vez la necesidad de capacitar en el ámbito de la docencia a un número considerable de estudiantes, pensando en estas escuelas en un plazo de diez años.

Para la creación de la Escuela de Concepción se contó con la venida a Chile del Rey Balduino de Bélgica, quien visitó la Universidad y firmó con el rector Ceruti un convenio que fue decisivo para su implementación y vital para su despegue inicial, llevando incluso el nombre “Rey Balduino de Bélgica”.

Para liderar este ambicioso plan de expansión se contrató con categoría de gerente al ingeniero Julio Diestre, egresado de la universidad, el cual tuvo a su cargo los estudios económicos que le daban viabilidad al plan, que con un aumento del 30% del gasto pretendía alcanzar un 300% de aumento en la capacidad de matrícula, alcanzando con esto a nuevas ciudades estratégicamente ubicadas a lo largo del territorio chileno.

Fundación del Grupo Universitario Latinoamericano de Estudio para la Reforma y Perfeccionamiento de la Educación

Desde el principio de la vida independiente de los países americanos, se tuvo siempre la convicción de que la universidad debía ser el motor de la transformación y el progreso, buscando siempre la posibilidad de poner al alcance de las masas los bienes de la cultura y su enseñanza.

GULERPE fue una organización surgida a partir del diagnóstico de una crisis de lo que la universidad debía representar en la vida de los pueblos latinoamericanos, cuidando sus fueros frente a poderes públicos, revisando el concepto de su autonomía y el influjo en la vida universitaria de los grandes movimientos políticos y sociales de la época. Esta autonomía era comprendida como la garantía de la independencia para la investigación y la discusión de todas las ideas, como un freno contra la imposición de una doctrina oficial en cualquier ramo de los conocimientos humanos.

En primer lugar, estos rectores latinoamericanos se reunían para debatir sobre el sentido del trabajo universitario que debía hacerse en América, pensando en que los que llegaban a la universidad eran los hombres mandatados para ser los constructores de nuestros países, conductores de una sociedad nueva y mejor. Esa era la mística que se debía inculcar en los jóvenes universitarios: la responsabilidad de la construcción de una patria sentida como propia, vinculada al destino individual de sus compatriotas, en fraternal vinculación con el vecindario continental.

Los temas discutidos en estas sesiones trataban, por ejemplo, de la estructura de la Universidad Latinoamericana, el papel de la figura del rector en ellas, así como también de asuntos respecto a su administración y manejo financiero, logrando detectar acerca de estos temas una serie de defectos, causales, posibilidades y propuestas que derivaron en publicaciones, en pro de un pensamiento y de un desarrollo en común con nuestros países hermanos. Respecto a las estructuras de las universidades latinoamericanas planeaban que estas debían tener el valor para impulsar una reforma de las mismas que permitiera adaptarlas a un tiempo futuro de cambio fundamental en la sociedad, impulsándolas sin transigir frente a presiones que no tuvieran estrecha relación con el progreso educacional y social.

La Universidad debía estar decididamente consciente de que enfrentaba una crisis, encarando con nueva mentalidad la reforma universitaria, con energía y amplitud de fuerzas. Para ello les fue pertinente definir unos conceptos de estructura continental. Los organismos regionales de educación superior existentes debían fortalecerse con el fin de establecer un sistema de coordinación general que permitiera desarrollar los perfiles propios de la universidad latinoamericana, estimulándolos y perfeccionándolos desde su particularidad. El camino se planteaba desde el territorio en distribuir regionalmente las oportunidades comunes de estudio y formular una política relacional, unificando elementos académicos para facilitar los intercambios de profesores y estudiantes, todos ellos esfuerzos tendientes a la integración latinoamericana y de las instituciones de enseñanza superior.

GULERPE fue una organización en la que el rector Ceruti participó desde su reunión inicial en Guadalajara. Como siempre, tuvo un rol muy activo tanto en su gestación como en la reflexión sobre sus directrices, desarrollo e implicancias estimadas. La segunda reunión del grupo se celebró en Cali, Colombia, y la tercera alcanzó a organizarla orgullosamente Ceruti con sede en la Universidad Técnica Federico Santa María de Valparaíso, Chile.

Discurso de Ceruti en Guadalajara

Debido al ambicioso plan que esperaba triplicar la matrícula de estudiantes en distintas partes del país, no fue extraño que Ceruti se refiriera, llegado su turno, al tema de la formación de docentes e investigadores. Precisamente era el tema que estaban trabajando en la rectoría de la Universidad Santa María, debido al plan de desarrollo en que estaban implicados, el que exigía la formación de un número creciente de docentes de excelencia académica.

El rector Ceruti presentó un trabajo en el que planteó que la escasez de docentes, investigadores y científicos era uno de los problemas más críticos al que se enfrentaba la universidad latinoamericana, y luego de esbozar la magnitud de este problema, formuló finalmente un listado con una veintena de proposiciones concretas al respecto.

Un asunto previo indispensable consistía en atraer a estudiantes con vocación para estas nobles tareas, puesto que la mayoría no encontrarían suficientes los incentivos económicos que podrían ofrecer las universidades. Se hacía necesario desarrollar una acción

propagandística en cada rincón de nuestros territorios, tendiente a exaltar los valores espirituales y morales contenidos en la búsqueda de la verdad, a través de la investigación y su comunicación en las aulas universitarias.

Constataba que las universidades carecían de recursos para atraer a estudiantes con vocación de docentes en relación a los recursos ofrecidos por las empresas de la producción, incluso tentando a profesores en ejercicio con una mejor remuneración que la labor académica. Para Ceruti la calidad de la enseñanza dependía de la estrecha relación entre docencia e investigación, indispensable para alcanzar la excelencia académica, y si bien se había estimulado el desarrollo de la investigación y la formación de investigadores, no había corrido la misma suerte el reconocimiento de la labor docente.

“Debido a la improvisación actual en materia de docentes muchos de los profesores universitarios actuales desconocen técnicas pedagógicas indispensables para hacer más eficiente su propia enseñanza”, dijo Ceruti, explicando que las carreras docentes se menguaban ante los ojos de la juventud y ante los de la sociedad en general por su baja rentabilidad y consecuente menor prestigio social.

Relevante era también que se establecieran escuelas de graduados, como la que aprovechó de mencionar se había establecido pionera y exitosamente en Valparaíso, para estimular la búsqueda de la excelencia académica en cada una de las especialidades, en un ambiente creador propicio para que tales aventuras del conocimiento compartieran y se enriquecieran en la apertura a diversos saberes afines. Por ello expresó la conveniencia de establecer redes universitarias en todos nuestros países, estimulando el intercambio de docentes e investigadores, para poder enriquecerse con los puntos de vista de sus colegas en los distintos campos de la investigación, la tecnología, la enseñanza, el territorio y su contenido social.

Finalmente planteó que tanto el Estado como las organizaciones privadas y los propios particulares debían participar en una campaña destinada a obtener que la sociedad reconociera el valor fundamental de la docencia, estimulando y prestigiando su ejercicio desde su práctica, más allá de las aulas.

Visita a los países de Europa del Este

Durante 1967 el conjunto de los rectores de las universidades chilenas conformaron una delegación para visitar la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia y Hungría, invitados por los gobiernos de estos países, con el fin de conocer su sistema educacional y la organización de su investigación científica y técnica. Para Ceruti este fue un viaje de primordial interés, permitiéndole concebir y vivenciar una impresión más realista de las condiciones generales de vida del sistema educativo y de la manera en que estaba organizado el trabajo científico en los países señeros del ala socialista.

Desde luego, innegable fue la brevedad del viaje para tan ambiciosa intención de conocer el sistema académico y científico en países tan extensos como los visitados. Sin embargo Ceruti se encargó de documentar cada una de sus experiencias, cuaderno en mano, describiendo resueltamente, por ejemplo, que la gente en la Unión Soviética se veía alegre, sana y bien alimentada, adentrándose en devaneos, divagando en comparaciones y análisis.

Los temas de estas páginas abundan en comentarios sobre las películas en los cines, las telas, entretejidos a comentarios acerca del tema del dinero, de los artículos de consumo, vinculándolos a sus anécdotas de compras, agregando que el nivel de vida le parecía inferior al de EEUU o Europa occidental, pero que en contraposición le resultaba notoriamente más parejo. Además, una de las mayores sorpresas que experimentó en el país soviético, tan lleno de contrastes, fue el constatar en diversos sectores de su pueblo un sincero aprecio y respeto por el pueblo norteamericano.

La escritura se convierte en una incesante lista de observaciones de las ciudades visitadas. Los tipos de automóviles y los sistemas de tránsito en sus calles, los camiones y el sistema de transportes, el sistema de limpieza, el problema habitacional y de las viviendas, los litigios judiciales y herencias, el trabajo de las mujeres, el cuidado de los parques, la situación de los perros vagos y el comportamiento de la policía.

En relación al ballet, por ejemplo, consideró que difícilmente en alguna otra parte del mundo podría concentrarse tal cantidad de actores de primera magnitud y de un acompañamiento orquestal de tan superior calidad como los que presenció en el Teatro Bolshoi en Moscú y en el Teatro Kirov de Leningrado. En estas andanzas fue que tuvo ocasión de escuchar óperas como la Traviata y Otelo, cantadas íntegramente en ruso.

Observaba que las salas estaban siempre llenas de un público atento y respetuoso, vestido por lo general sin refinamiento, y de seguido le pareció que el aplauso que prodigaban lo hacían de forma mucho menos entusiasta de lo que acostumbraba hacer el público en Chile, aún en presencia de artistas cuyas actuaciones eran de una perfección impresionante.

Pero, sin lugar a dudas, el aspecto que más cautivó a Carlos en este viaje y objeto de estudio de la delegación chilena, fue el desarrollo de la educación soviética en todos sus niveles y la importancia que esta había adquirido como uno de los elementos indispensables para cualquier tipo de promoción de los individuos. A Carlos le entusiasmó especialmente esta idea, aquella que sólo mediante la auténtica formación universitaria y la preparación profesional sería alcanzaba el respeto de la sociedad y las ventajas personales, en lo espiritual y en lo material, y por supuesto, que el éxito se conseguía únicamente con un trabajo duro y constante.

Tuvieron oportunidad de visitar dos escuelas secundarias donde le impresionó el entusiasmo de los profesores y la gran cantidad y variedad de material didáctico dispuesto en las distintas salas de clase. Ambas poseían buenos laboratorios de física, química y ciencias naturales. La mayoría de las salas contaban con proyector de diapositivas. Asimismo pudo constatar que al término del décimo año, los jóvenes ya conocían logaritmos, trigonometría, series, progresiones y elementos de cálculo diferencial. No vio más de veinte a veinticinco alumnos en cada sala a cargo de un profesor.

La enseñanza de idiomas era práctica y eficiente, como lo pudo comprobar manteniendo sin dificultades una conversación en inglés con un joven del octavo curso, mientras visitaron una sala de la escuela donde se desarrollaba una clase normal en dicho idioma. Las clases de botánica eran esencialmente prácticas. Los niños no memorizaban tantos nombres científicos como en los liceos chilenos, pero a diferencia de ellos los vio trabajar entusiastamente en terrenos junto a la escuela ocupados en arreglar la tierra, plantar hortalizas, hacer almácigos, injertar árboles frutales, etcétera.

Desde la ventana de su habitación en el Hotel Varsovia de Moscú, una mañana pudo contemplar cómo un grupo de unos veinticinco escolares de entre catorce y quince años de edad, arreglaron rápidamente un prado bastante extenso ubicado en la platabanda central de la avenida; cortaron las malezas, removieron la tierra y

plantaron las semillas que les entregó una profesora que los dirigía. Contemplando esta acción reflexionó acerca de la intensa contribución a la formación del niño el hecho de que el cuidado concerniente a su ciudad formara parte de sus obligaciones permanentes, como así también el que todos los escolares hicieran dos horas semanales de trabajo voluntario para la comunidad.

De igual forma se interesó genuinamente al conocer las Olimpiadas de matemáticas, química y física, que alcanzaban ribetes de resonancia, apasionando a la opinión pública. Estas se organizaban con la cooperación de los profesores universitarios de todo el país y concluían con grandes honores y valiosos premios para los triunfadores regionales y nacionales.

Sin duda la información recogida en este viaje permitió configurar una imagen valiosa de la vida universitaria en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Polonia, Checoslovaquia y Hungría, proporcionando útiles elementos de comparación con el desarrollo chileno. Fueron en este sentido experiencias de gran interés para la Educación Superior y el desarrollo científico de Chile. Evidentemente, los múltiples contactos personales creados durante este viaje le permitirán, de regreso en Valparaíso, perfeccionar estratégicamente los programas de intercambio universitario, tanto de estudiantes como de docentes e investigadores.

Agustín Edwards Eastman y la Universidad Santa María

Cuando murió su padre, Agustín Edwards Budge, en el año 1956, su primogénito de veintiocho años de edad se encontraba en Nueva York. Desde este momento en sus manos quedará el mando del linaje familiar, adquiriendo por ello variadas funciones entre las que se contaba la de asumir la presidencia del Consejo de la Universidad Santa María, cargo que desde los orígenes de la Universidad en 1931 estuviera en manos de un Agustín Edwards.

Como su abuelo y su padre, supo establecer un Consejo que representara de manera positiva los intereses de su familia, y es así que en la vicepresidencia lo segundó Jorge Ross Ossa mientras que en el directorio figuraron su hermano Roberto, su abogado Carlos Urenda, y tres personas más que por estatuto testamentario debían tener asiento: el administrador general de la fundación, Gustavo Olivares (quién también acompañaba a Edwards en otros cuatro

directorios), el Alcalde de Valparaíso y el rector de la universidad, en los años iniciales Francisco Cereceda y a partir de 1959 Carlos Ceruti.

Tras casi cuarenta años de tranquilo acontecer, todo cambió de golpe para la familia Edwards en octubre de 1967, cuando los estudiantes del plantel de Valparaíso se tomaron la casa central. “*Las tomas universitarias en esa época revelaban la documentación oculta de los planteles*” —afirmaba Luis Maira, joven diputado de la DC que investigó a fondo y adaptó a su posición política el caso de la Universidad Santa María—. “*Era una suerte de mecanismo de transparencia de información y, en este caso, mostraba todos los vínculos desconocidos entre los Edwards y la Universidad Santa María, el cordón umbilical que unía a ambos*”.

A partir de la toma, la situación empeoró con rapidez. Las críticas a Edwards y su manejo de la universidad se hicieron cada vez más bulliciosas. Estudiantes movilizados, parte del profesorado y muchos miembros del Congreso comenzaron a exigir el fin del predominio de los Edwards en la universidad. La delicada situación suponía un ataque directo al grupo Edwards, que durante tantas décadas había administrado las finanzas de la institución y asimismo la herencia de Federico Santa María.

La gestión de Ceruti fue cuestionada especialmente en uno de sus aportes máspreciados como rector, que eran las escuelas satélites que a mediados de los sesenta proliferaban en distintas industrias del país. El ojo de la cuestión se puso en que muchas de esas industrias donde se instalaron estas escuelas pertenecían a Agustín Edwards o tenía participación, sin destacar que gracias a ello pudo tener éxito el plan de desarrollo de las escuelas satélites. Se hallaban entonces en Iquique, Limache, Viña del Mar, Santiago, Rancagua, Laja, Osorno, Penco... y eran un gran orgullo para la gestión del rector. A la luz de esto tampoco se deben haber visto bien las ideas de Ceruti por entonces sobre financiamiento de cursos universitarios por parte de empresas particulares.

Muchos se inquietaron al ver que este modelo educacional pusiera a la universidad al servicio de las empresas privadas y de sus propios intereses económicos. Y es así como se comenzaron a enarbolar opiniones desde un parlamento recientemente renovado tras las elecciones de 1964, que llevaron a la presidencia a Frei Montalva. El congreso vio irrumpir a una joven generación en la que participaron una decena de jóvenes veinteañeros, entre ellos varios ex dirigentes

universitarios como Luis Maira (ex presidente de la FECH), Pedro Urra (ex presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción), Guido Castilla (ex presidente de los estudiantes de la Universidad Técnica del Estado), y otros nuevos diputados.

Dentro de la propia universidad surgieron voces disidentes. Cada vez más voces se quejaban de que la institución era administrada como una empresa. El joven diputado democristiano denunciaba: «*No es posible que este tipo de universidad técnica sirva al interés de un pequeño grupo de capitalistas, ya que su tarea es garantizar el desarrollo chileno*». Y el senador comunista Volodia Teitelboim agregaba que «*el clan Edwards gobierna, maneja y negocia con las disposiciones testamentarias de don Federico Santa María*».

Aunque era una institución privada, al igual que las universidades católicas del país, sus recursos provenían cada vez más del Estado. Hacia 1967, el fisco aportaba más del 80% de todo el dinero que el establecimiento requería para funcionar. La pregunta que muchos políticos se hicieron era por qué el Estado tenía que subsidiar un modelo educativo que, cada vez más, favorecía a empresas privadas, muchas de las cuales incluso pertenecían a miembros del consejo directivo. «*Estos albaceas*—alegó en noviembre de 1967 el senador Volodia Teitelboim, refiriéndose a Agustín Edwards, Jorge Ross Ossa y Carlos Urenda Zegers—*se preocupan de la Universidad Santa María solamente para administrar los bienes de la fundación y participar en los directorios de la CRAV, de La Chilena Consolidada, de Cervecerías Unidas...*»

Ese era el ambiente cuando los estudiantes se tomaron la casa central de la Universidad Técnica Federico Santa María a comienzos de octubre de 1967. Las autoridades de la universidad se negaron a conversar con ellos mientras no desalojaran el lugar y pidieron la intervención de la fuerza pública para desalojarlos, pero las autoridades políticas no accedieron a esa petición. Sin duda este fue el momento en que la situación se le fue a la Dirección irremediablemente de las manos.

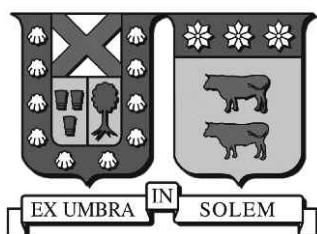
Y fue entonces que el movimiento estudiantil se radicalizó. Además de exigir reformas que estaban en boga en ese momento, como el gobierno triestamental, el pliego de peticiones incluyó derechamente la destitución del rector Ceruti y la anulación de los estatutos de la Fundación Santa María, que otorgaban tanto poder a

los descendientes de los albaceas. Es decir, finalmente la cabeza que estaba en juego era la de Agustín Edwards Eastman.

Las autoridades de la universidad perdieron el control de la situación y así, lo que inicialmente fue un conflicto de orden universitario interno, adquirió una dimensión nacional. El Gobierno de Eduardo Frei trató de mediar, pero no tuvo éxito. El que asumió la situación fue el Congreso, que en esa época podía legislar por sí mismo y después someter sus proyectos de ley a la aprobación —o veto— del Poder Ejecutivo. Provistos de la documentación financiera que les entregaban profesores y estudiantes, la Cámara de Diputados pasó a la ofensiva.

El 18 de octubre de 1967, dos semanas después de iniciada la toma (cumpleaños número cuarenta y nueve de Ceruti), el diputado Luis Maira pidió a la Contraloría un informe sobre los manejos financieros de los bienes de la universidad. Además, el legislador llamó a sus colegas a “*no dar curso a la asignación de fondos públicos a favor de esta universidad mientras no se resolviera el conflicto*”. Y elevando las apuestas, el Comité Demócrata Cristiano de la Cámara Baja dejó en claro que la permanencia de Carlos Ceruti en la rectoría era un obstáculo para avanzar en una solución.

El rector Ceruti participó activamente en estas discusiones, rebatiendo uno a uno cada uno de los postulados en los cuales se basaban los ataques a la Universidad. Un estudio realizado por el diputado Maira daba a conocer que la Universidad Santa María recibía un 86% de su presupuesto de gastos como subvenciones estatales y que, por lo tanto, el Estado debía tener intervención directa en esta institución.





Nunca nadie mencionó que el aumento de recursos sobre los que producen los propios bienes de la fundación obedecía únicamente a un aumento considerable de su matrícula, del cuerpo de profesores e investigadores y de todas sus actividades académicas y de extensión universitaria, con el exclusivo objeto de dar educación superior a un mayor número de chilenos, que de una u otra manera contribuían también a formar el patrimonio nacional.

Efectivamente, hasta los años cincuenta la Universidad no necesitó dineros fiscales para su operación; le bastaban sus recursos propios para atender a un total cercano a los 400 estudiantes, en todas sus escuelas, con menos de 50 profesores y alrededor de 30 empleados. Durante muchos años, y hasta 1959, se aceptaban solamente 40 alumnos en total para los primeros años universitarios.

En 1967, sólo ocho años después, la Universidad mantuvo cerca de 1.000 estudiantes en su recinto del Cerro Placeres de Valparaíso y atendió además alrededor de 1.000 estudiantes de enseñanza técnica media de aprendizaje industrial en otras quince escuelas que se gestaron a lo largo del territorio nacional, con financiamiento de empresas privadas. El cuerpo de profesores se amplió en una

proporción equivalente y el personal administrativo aumentó también, aunque en menor proporción.

En el año 1960 la Universidad construyó con recursos propios un segundo cuerpo de edificios para alojar estudiantes. De esta manera, de cerca de 100 alumnos residentes que había en 1959, se pudo aumentar su capacidad en 1967 a 350 alumnos.

Producto de esta inquietud tendiente a ampliar considerablemente la capacidad de las escuelas de la Universidad y de ese esfuerzo es que precisamente llevaban a cabo un plan decenal de desarrollo que, enmarcado dentro de las necesidades nacionales y en coordinación con el Plan educativo del Gobierno, se encontraba en plena ejecución.

Dicho proyecto, con un costo total de 4.000.000 de dólares, estaba siendo financiado con un aporte del BID de 2.500.000 dólares, gestionado por parte de la Universidad con una contrapartida de 1.500.000, aumentando la capacidad de los cursos universitarios en 3 veces (sobre la que tenía en 1966).

En consecuencia, la disminución relativa de sus entradas—que se vieron disminuidas además por la baja de los valores bursátiles—unidas al incremento considerable de su matrícula, fueron las causas determinantes que hicieron a la institución solicitar dineros fiscales para atender a la educación de chilenos, convencida de que con ello realizaría una obra patriótica a un costo considerablemente menor que el que tendría el propio Estado para educar a estos estudiantes en sus propias universidades.

Además, cuando se determinaba la proporción de dinero que el Estado otorgaba a la Universidad, se olvidaba siempre señalar el valor del interés del capital propio invertido y, por consiguiente, inmovilizado, en los terrenos, edificios, equipos, maquinarias, instrumentos, vehículos, etcétera, que significaba una parte importante del gasto de operación que hacía posible el funcionamiento de sus diversas escuelas.

Finalmente, no parecía consecuente justificar la estatización de esta universidad solamente porque recibiera recursos del Estado. Con el mismo fundamento podría haberse pretendido la estatización de las universidades de Concepción, Austral y de las Universidades Católicas. Unas y otras recibían tanto o más aporte estatal que el que se entregaba a la Santa María.

De poder realizarse un análisis de costos comparativos sobre bases iguales, para alumnos técnicos y de ingeniería, los costos de enseñanza a sus estudiantes habrían estado entre los más bajos del país, pues los gastos de administración de la institución eran bastante reducidos. Y todo esto sin contar los gastos especiales que tenía esta universidad en cuanto a los beneficios que en ella gozaran sus estudiantes en cuanto a alojamiento, alimentación, etcétera.

El rector Ceruti aún a estas alturas confiaba en que el conflicto estudiantil llegara pronto a una solución dentro del propio recinto universitario. A su vez no se cansó durante estos meses de invitar a la universidad, una vez restablecido su normal funcionamiento, a todos los senadores y diputados del país para que la conocieran debidamente y se enteraran de sus verdaderas proyecciones y de la obra del más profundo contenido social que se realizaba en ella en pro de Chile.

La noche de la casa tomada

La casa del rector siempre estuvo en el interior de la universidad, pero los acontecimientos ocurridos durante esta noche sellarán entre otras cosas el destino del rector, que no cejará sin antes batallar durante ocho extenuantes meses de conflicto. Por cierto, jamás siquiera sospechará que quien le quitará el piso, después de una ardua defensa del proyecto universitario que representara Santa María, sería nada menos que el Presidente del Consejo, Agustín Edwards Eastman.

La casa del rector se sigue ubicando en el frente de la ciudadela universitaria, allí en donde hasta entonces todos los rectores estuvieran asignados a vivir, lo cual cambiará para siempre después de esa noche. La casa fue una meritoria presa simbólica conseguida por los estudiantes movilizados y de algún modo señero representó los logros aún por conquistar.

Desde temprano esa tarde Carlos y Elvira actuaron de aquella manera casi protocolar que a esas alturas de la vida ejercían de memoria, preparándose para, impecables ambos, hacer las veces de anfitriones en la despedida a los rectores latinoamericanos de GULERPE y sus respectivos acompañantes, que aquel año 1967 sesionaban con sede en la UTSFM y en el Hotel O'Higgins de Viña del Mar. Ceruti había preparado esta cita desde la primera reunión de GULERPE en Guadalajara, que tuvo su segunda cita en Cali, y que por fin sesionaba en Valparaíso, como tanto se esmeró en gestionar y realizar.

Al regresar después de aquella enriquecedora cena que alcanzó ribetes de promesas a realizar a partir de la jornada venidera en sus respectivas universidades y países, casi a la madrugada, nunca sospechó que en lugar de su casa lo aguardaba el insomnio de una cama en casa del profesor Gardeweg. Al llegar de regreso se encontraron con la reja de entrada clausurada con cadenas y candados y en su interior estudiantes en toma. No los dejaron entrar a la universidad, donde se encontraba su residencia, con sus hijos adentro, por esas horas en el profundo sueño de la noche.

Esa misma noche en casa de los Gardeweg no pegó pestaña dibujando en su mente el complejo escenario por venir. Todas las actividades agendadas para el día venidero, que tenían lugar por supuesto en la universidad, tuvieron que ser reinventadas en su cabeza durante esas horas de reflexión. Sin duda, para él, recibir este golpe relativamente inesperado la noche misma de la cena de despedida, tuvo que haber sido recibido con hondo desazón, en un acierto inicial por parte de los huelguistas.

Los hijos estaban durmiendo cuando insistente el timbre del teléfono llenó la casa de ecos de alarma. Carlos, el mayor de los hermanos, despertó y descendió las escaleras. Le habló su padre desde el otro lado de la línea, diciéndole: “*Carlitos, no nos dejan entrar en la universidad, estén tranquilos, se la tomaron los estudiantes, pero necesito que me ayudes. Toma dos maletas que hay en mi closet y mete en ellas lo siguiente: una pasta de dientes, escobilla, calcetines, unos calzoncillos que están en mi cajón.....*”

No se sabe cuántas camisas constituyeron el listado, corbatas, zapatos de Elvira, peinetas, un *necessaire*..., en fin, un largo listado que su hijo Carlos, en pijama, escuchaba y anotaba estupefacto en su más intrépido despertar. Al colgar el teléfono encendió las luces de la casa y emprendió al pie de la letra las instrucciones de su padre junto a su hermano Rodrigo. Siguiendo fielmente las detalladas instrucciones, pusieron cuidadosamente lo necesario en las maletas para no despertar a la empleada que dormía en el piso zócalo, a la abuela Ester (madre de Elvira, quien vivía también con ellos), y a su hermano menor, Álvaro.

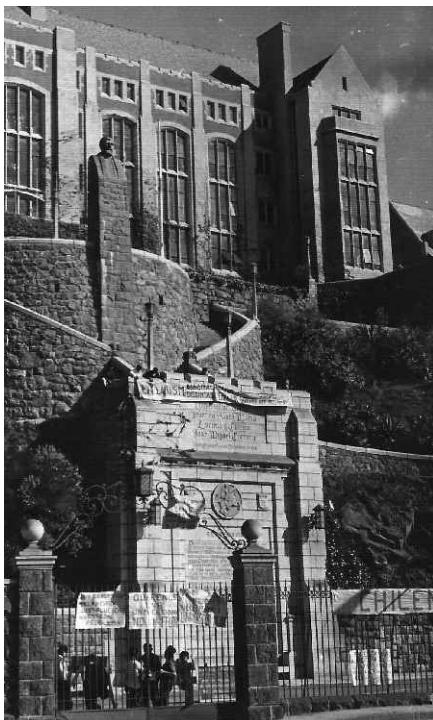
Ambos muchachos bajaron desde el cerro en donde se ubicaba la casa del rector, deslizándose entre los árboles y por la pendiente del terreno a oscuras, portando cada uno una maleta hasta llegar a la parte

superior del muro de piedra que limita con la avenida España. Conocían como la palma de la mano esos lugares ya que desde pequeños jugaban a los cowboys allí, deslizándose entre las docas y amarrados de los árboles desafiando la elevada pendiente. Allí abajo los esperaba su padre con el profesor Gardeweg. Deslizaron las maletas desde la parte superior del muro hacia las manos de ambos, que esperaban el cargamento en la vereda exterior, con el auto del rector con sus luces encendidas sobre la calzada.

A la mañana siguiente Ceruti solicita en conjunto con Edwards Eastman que la Intendencia de Valparaíso ordenase a Carabineros el desalojo de la universidad, ya que se trataba de “una vulneración flagrante a la autonomía universitaria”. Esta irrupción policial fue negada por intervención del propio Intendente de Valparaíso, lo que sería crucial para el inédito triunfo que tendrían los estudiantes movilizados en todo Chile (y el mundo occidental), apoyados a su vez políticamente desde el Congreso.

Días después los estudiantes permitieron que sacaran el automóvil particular del rector y del profesor Gardeweg. Permitieron también que accedieran dos autos y la señora del rector, que de esta manera pudo entrar a la casa y junto a sus hijos recoger parte de sus pertenencias. Tras esto la familia se trasladó a un departamento en el Hotel O’Higgins de Viña del Mar, en donde se consiguieron instalar junto a la rectoría, vicerrectorías y administración de la universidad.

En su discurso de clausura, en su calidad de presidente de la Tercera Conferencia de GULERPE, el rector Ceruti pronunció las siguientes palabras: *“Debo declarar que llego a este instante con un profundo pesar, pues junto con aprobarse las últimas resoluciones que señalarán desde hoy las apasionantes tareas que nos hemos impuesto, se da término a otra jornada de íntima y gratísima comunicación espiritual que nos ha permitido salir por unos cuantos días de la dura realidad de pasiones e intereses que nos fustiga a cada uno día a día con implacable insistencia, para refugiarnos, junto con nuestros compañeros y amigos, venidos de diferentes rincones de nuestro continente, en un intercambio de ideas y sentimientos de superior jerarquía. Este encuentro de afectos y de experiencias ha sido como un oasis inspirador cuya agua pura y clara ha renovado nuestras fuerzas y nos está incitando a proseguir con paso más rápido y más seguro el camino que nos conduzca al mañana de América”*.



Las últimas cartas de Agustín y la renuncia de Carlos

La huelga fue dura para Ceruti ya que fue insistentemente relacionado con Agustín Edwards, debido a que su empresa, a cargo por entonces de su hermano Fernando Ceruti, llevaba el nombre de *Edwards y Ceruti* (y donde además funcionaba una escuela satélite). Y aunque el Edwards de EDYCE era Carlos Edwards Mackenna, compañero en la universidad de Ceruti, de parentela distante y sin ningún tipo de relación financiera con Agustín, la prensa tendenciosa lo informaba a diario como si se tratara de Edwards Eastman, y entonces Ceruti apareció en esta mentira preparada artificialmente como otro vasallo del señor Edwards: *¡Se han enriquecido en la Edwards y Ceruti!* vociferaban los alumnos recurrentemente en diversas funas y protestas.

Se asoció a Ceruti como un personaje más del bando de Agustín, cuyo modo de operar se hacía público por entonces desde el Congreso: Presidente y Vicepresidente del Consejo universitario gozaban de los mismos cargos en la CCU, donde la universidad tenía inversiones y un sinfín de casos por el estilo. En estas industrias además Ceruti había instalado exitosamente escuelas satélites para obreros de las mismas fábricas y aprendices, para que en ellas los trabajadores y los hijos de sus trabajadores llegaran a tener la oportunidad de capacitarse y formarse para llegar a ser maestros, técnicos, ingenieros y hasta doctores, lo cual a algunos políticos obcecados les parecía insólito. Sumado esto a su último trabajo sobre financiación de cursos universitarios por parte de empresas de particulares, fueron perfilando al rector en la primera línea de choque.

El senador socialista Tomás Chadwick acusaba a los Edwards de «*haber transformado la fundación de beneficencia Federico Santa María en un verdadero holding de empresas, para mover capitales, controlar sociedades y montar un imperio económico*».

A comienzos de 1968 Luis Maira asistió un proyecto de ley para revocar la Fundación Santa María, buscando con ello sacar definitivamente a Edwards de la universidad. Pero no preveían la jugada que tenía Agustín bajo la manga. El viejo Santa María, anticipando esta situación en los años veinte, dejó estipulado en su testamento: «*Para alejar toda duda que pudiera ser obstáculo a la expedita realización del proyecto de crear las instituciones a que me he referido, declaro, aunque ello sea innecesario, que mis albaceas deben considerarse ampliamente autorizados para celebrar toda*

clase de contratos y ejecutar todos los actos que a su juicio conduzcan a la consecución del cometido que les confío”.

Y en seguida, previendo los obstáculos que pudieran presentarse por intereses creados o ambiciones resueltas, para desviar o alejar la realización de un proyecto tan larga y generosamente acariciado por él y del cual esperaba tanto bien para su país, añade, poniéndose en todos los eventos posibles: “*Si por una decisión judicial, un decreto u orden gubernativos, o un acto legislativo, se anulara la fundación de la Escuela de Artes y Oficios y Colegio de Ingenieros, o se les dejara directa o indirectamente sin efecto, o se negara la aprobación de sus Estatutos, o se reformase el presente testamento, aunque fuese en parte insignificante, sea cual fuese la razón que se aduzca o la persona que lo solicite, en tales casos mi heredero único y universal será don Agustín Edwards*”.

Por lo demás, debió ser grande su anhelo de proteger de intromisiones la estructura de su fundación para que él, tan patriota y tan celoso de la dignidad de Chile, llegase a pensar en la eventualidad de la protección diplomática extranjera: “*Si mi heredero lo creyese conveniente, se asesorará del señor Ministro de los Estados Unidos de América que a la sazón represente a su país en Chile, para llevar a cabo esta disposición, si por desgracia tuviese lugar*”.

El conflicto, por cierto, puso a La Moneda en una situación incómoda. Frei y Edwards todavía mantenían una relación estrecha. Y la ofensiva del equipo jurídico de Edwards, amenazando con cerrar la institución y trasladar sus recursos a los Estados Unidos, contaba con fundamentos legales. Pero el Gobierno estaba bajo la presión de sus propios parlamentarios, quienes unidos con los legisladores socialistas, comunistas y radicales, estaban exigiendo anular la personalidad jurídica de la Fundación Santa María.

Por su parte los estudiantes pedían que el Estado interviniere la Universidad, abogando por la nacionalización de la misma. En conferencia de prensa, el presidente de la Federación de Estudiantes, Claudio Rojas, acusaba que la responsabilidad de la no solución del conflicto recaía exclusivamente en la Dirección: “*Quienes a espalda de profesores y estudiantes han gobernado la Universidad por tantos años demuestran así su voluntad de retener a toda costa su mal habido poder e impedir el desarrollo de una Universidad libre por estimarlo contrario a sus oscuros intereses económicos*”.

“La opinión pública debe comprender que el conflicto y la intransigencia de la Dirección no se deben a razones de índole académica. Lo que ocurre en el hecho es que a través de la Universidad se controlan acciones de numerosas empresas y sociedades anónimas. Merced a estas acciones, los señores Agustín Edwards, Jorge Ross, Carlos Urenda, Gustavo Olivares y otros afortunados, se hacen elegir directores de las empresas, lo que les permite disfrutar de enormes ventajas económicas”.

Agregando finalmente que “*...los Edwards y los Ceruti no cederán nada de su poder. Por ello invitamos al Gobierno y al Parlamento a apoyar urgentemente las iniciativas legales tendientes a impedir que este grupo de sujetos siga abusando de sus posiciones y que ponga en definitiva la institución en manos de aquellos que tienen como objetivo el saber, esencia de toda universidad”*.

El curso que tomaron los acontecimientos desde este momento y sus diferencias de opinión con el Consejo Directivo en cuanto al camino que desde aquel momento se debía seguir para defender a la Universidad, su autonomía y los principios ya señalados, harán a Carlos Ceruti renunciar a la rectoría. La solidez y profundidad de sus convicciones, valores y principios le hacen imposible continuar.

Tanto los estudiantes como la rectoría mantenían una posición de intransigencia que hacía muy difícil un entendimiento y menos un diálogo, toda vez que el movimiento estudiantil representaba una posición política que le interesaba mantener la situación hasta conseguir su objetivo que era la salida del rector—y finalmente la de Agustín Edwards—para introducir en la institución la participación activa de los estudiantes en la dirección de la universidad y conseguir así el poder necesario que los partidos políticos necesitaban en la estrategia de la lucha de poder que se gestaba en el país.

La verdadera historia según Ceruti Gardeazábal

Durante todos estos meses de huelga al rector Ceruti no le sobraron uñas y dientes para defender su gestión, y con ella el sentir que muchos estudiantes y ex alumnos testimonieron acerca de ella. En primer lugar, expresó que durante los años que ejerció su rectoría jamás el Consejo Directivo o el Presidente Agustín Edwards intervinieron ni tomaron resolución alguna en lo docente, especificando que su labor correspondía más bien al ámbito de la solvencia económica de la institución.

El rector estimaba que se habían propalado injuriosas falsedades respecto a la institución y se encargó siempre de desmentirlas una a una. Dilucidó que los directivos de la Federación de Estudiantes en huelga, los políticos y los parlamentarios habían elaborado un estribillo que usaban con insistencia en todas sus actuaciones, el cual se refería a la urgencia de cambio en la Universidad Santa María para hacer de ella una universidad para Chile y una universidad democrática. Y se remataba señalando que esta institución privada constituía el ejemplo de una universidad clasista.

Este tipo de afirmaciones sin duda comenzaron por caldear el flujo sanguíneo de este *sansano* porteño de padres vascos, preguntándose con verdadera preocupación y desalentada ironía si es que el idioma castellano era el mismo que se empleaba en las esferas políticas, o si tal vez cambios desconocidos en la lengua castellana hubieran provocado transformaciones sustanciales en el significado de los vocablos en uso.

Dato mata relato: en primer lugar se encargó de dilucidar que en la Santa María llegaron a formarse como profesionales competentes una proporción mucho mayor –en relación con las restantes universidades del país– de jóvenes chilenos de limitados recursos económicos. Las facilidades de alimentación, alojamiento, ropa, libros, equipos, utensilios, servicio médico, dinero para movilización y otros, hacían que sus escuelas universitarias estuvieran integradas por alrededor de un 25% de hijos de obreros y un 45% de hijos de empleados de bajos ingresos, y que en la Escuela de Artes y Oficios estas proporciones alcanzaran alrededor de un 50% y un 45% respectivamente. Y recalca en este punto, a manera de comparación, que según estadísticas publicadas por la propia Universidad de Chile el porcentaje total de hijos de obreros que asistía a sus aulas no llegaba a alcanzar apenas el 3%.

Por ello es que insistió en que la Universidad Santa María era una institución chilena, dirigida por chilenos, con un profesorado que en su gran mayoría era chileno, con un cuerpo auxiliar de empleados y administrativos que daban formación y enseñanza a un número creciente de jóvenes venidos de todas partes del territorio nacional. Por excepción se aceptaba todos los años un reducido grupo de alumnos extranjeros, preferentemente latinoamericanos, para lo cual éstos debían encontrarse entre los diez primeros lugares del concurso de admisión, en competencia y sin preferencias con respecto a nuestros compatriotas. Los profesores extranjeros que se

desempeñaban eran personas que habían venido a ayudar al país en su concurso, a través de una colaboración internacional que Chile mismo había solicitado y que por cierto buscaban cada vez con mayor ahínco en el ámbito universitario.

Según el rector Carlos Ceruti la Santa María era una de las instituciones más democráticas de América Latina, y por cierto esto era así por disposición fundante de su testador don Federico Santa María Carrera. Por ello, asegurar que se trataba de una institución clasista era “*revelar un desconocimiento profundo y lamentable de la base socio-económica de los educandos en sus diferentes Escuelas, de los mecanismos de selección y de las facilidades que se les otorgan para hacer posible que en ella encuentren todas las oportunidades de alcanzar una educación superior sin otros requisitos que el talento natural, la determinación y el esfuerzo*”.

Lo avalaba ser sobradamente conocido en la opinión pública el hecho de que a esta Casa de Estudios sólo ingresaban los mejores postulantes, y que de nada valían las recomendaciones personales o las influencias que los mismos políticos le hacían llegar infatigables a su escritorio en cada reanudación de año académico.

La enseñanza era totalmente gratuita en todas sus escuelas y sus alumnos ni siquiera debían pagar la matrícula. Tan pronto se conocía la lista definitiva de los admitidos a los primeros años, un Departamento de Bienestar Estudiantil se encargaba de realizar un estudio socio-económico de cada uno de los alumnos, para lo cual un grupo de asistentes sociales visitaba los hogares de todos ellos en las distintas ciudades y pueblos en el territorio nacional.

Posteriormente y sobre la base de dichos informes, un comité especial integrado por profesionales del Departamento de Bienestar, por profesores y alumnos y presidido por un vicerrector, determinaba el monto de las ayudas adicionales que había que otorgar a cada uno para que pudiera seguir sus estudios y realizar todas las tareas impuestas por la labor académica.

En la mayor parte de los casos se entregaba en forma enteramente gratuita la alimentación y el alojamiento en el internado de la institución, que entonces albergaba a cerca del 50% de los estudiantes de las diferentes escuelas. Se entregaba también sin cargo la ropa completa de vestir e interior a todos los que la necesitaban y que habían ingresado al internado por méritos. Estos beneficios se cobraban a los alumnos que podían pagar, en un porcentaje variable

dependiente individualmente de las entradas que poseyera su núcleo familiar, en una epopeya experiencial notable llevada a cabo por las primeras generaciones de trabajadores sociales del país.

Los elementos y materiales de enseñanza de laboratorios y para los talleres se entregaban también sin costo para nadie. Los libros y textos de estudio, reglas de cálculo, cajas de compases y otros, se facilitaban en préstamo o bien se vendían a precios bajísimos a estudiantes (mitad del costo en el comercio), todo ello gracias a que la institución importaba directamente los libros y útiles y los entregaba a una cooperativa manejada por los propios estudiantes para su distribución.

A todos los estudiantes se les dio atención médica y dental gratuita: la universidad costeaba además todos los gastos de cirugía, hospitalización y oculista en la misma proporción que había sido fijada para dar la alimentación, el alojamiento y la ropa. En los casos que era necesario, el Departamento de Bienestar proporcionaba el dinero a los estudiantes para solventar la movilización y otros gastos personales. La Universidad financiaba viajes estudiantiles a diversas industrias y otras importantes entidades en distintas partes del país, así como casi en su totalidad las giras realizadas cada año por los estudiantes de los últimos cursos universitarios.

Además de lo anterior, la Universidad proporcionaba facilidades a sus estudiantes para contribuir a su más completa preparación física y humanística. Desde hacía algunos años, en un programa cooperativo con la Federación de Estudiantes, se había estado realizando cursos libres en los más variados aspectos del campo filosófico-histórico y artístico. Se contemplaba en los nuevos planes la obligatoriedad de estas materias como parte importante de la formación general: los alumnos disponían de medios permanentes para desarrollar sus inquietudes.

Aprendían a conducir automóviles y a pilotar aviones. Operaba desde hacía muchos años un Club Aéreo —manejado por los alumnos e ideado por el propio Carlos Ceruti en sus tiempos de estudiante— donde las horas de vuelo debían ser pagadas con horas de trabajo personal en la reparación y revisión de los aviones, cuya adquisición financiaba casi enteramente la Universidad.

Aparte de una piscina, gimnasio, de las canchas de deportes, del cine y espectáculos artísticos de alto nivel que se ofrecían en el Aula Magna, la institución alentaba y financiaba ayudas importantes para el establecimiento y funcionamiento de entidades como el Club y laboratorio fotográfico, el Taller de radiorreparaciones, el Grupo de

actividades subacuáticas, el Centro de teatro, el Coro, la radioemisora y otros. La Universidad mantuvo instructores permanentes para fútbol, básquetbol, voleibol, atletismo, natación, judo, esgrima, rugby y directores profesionales para el Coro y el Grupo de teatro.

En el plan de su segunda rectoría, se estaban terminando las construcciones de un comedor de autoservicio con capacidad para mil quinientos estudiantes y profesores, que se aprestaba a ser uno de los más modernos y cómodos en su género. De no mediar el movimiento huelguístico habría entrado en operación dos meses después de la toma. Al mismo tiempo se construía un nuevo y más amplio casino de estudiantes, con fuente de soda, salones de estar y oficinas para todos los grupos de estudiantes.

La estructura administrativo-docente de la Universidad, cuya descripción necesariamente extensa no podría ser incluida en estas páginas, guardaba una semejanza extraordinaria en sus líneas de jerarquización y en su operación con los sistemas vigentes en las mejores universidades técnicas de Alemania, Holanda, Bélgica, Suecia, Polonia, Unión Soviética, Checoslovaquia, Hungría, Estados Unidos, México, y otras, hecho que podría comprobar cualquier educador que hubiera visitado e ingresado hasta los rincones más recónditos de diversas universidades y fábricas, experiencias necesarias para comparar a la Universidad Santa María con aquellas instituciones extranjeras, tal y como él mismo lo había hecho durante todos esos años, representando el espíritu de la universidad en las lides europeas y americanas.

Un alto precio para el fin de la toma

La solución propiciada por el ejecutivo tuvo como consecuencia para la educación superior chilena la gran pérdida que significaba la renuncia de Carlos Ceruti a la rectoría de la institución. Sin duda no se tuvo en cuenta –al llegarse a este acuerdo– el inmenso daño moral que a él se le causaba, y por cierto, a la institución de la Universidad en Chile.

Entre los atributos con que prodigó su trayectoria en la rectoría, el conocimiento que tenía Carlos Ceruti de la organización y el funcionamiento de las mejores universidades de los países más adelantados del mundo occidental, y las experiencias bien conocidas de algunas universidades de América Latina, lo hacían, si no insustituible, sí una pérdida notable para el futuro desarrollo de las actividades académicas.

En los primeros meses del año 1967 el rector Ceruti asistió, junto a una delegación de rectores de las universidades chilenas, a un viaje de interacción en diversas universidades de los países de Europa del Este: Polonia (en donde tuvieron ocasión de saludar y compartir con el entonces Arzobispo de Cracovia Karol Wojtyla), Hungría, Checoslovaquia, Rumania y Unión Soviética (en donde el embajador Máximo Pacheco Gómez los recibió e invitó a su casa, en la que compartieron con toda su familia).

En Chile los estudiantes abogaban por la participación que les correspondiera en la toma de decisiones en el seno de la institución universitaria. En este sentido Ceruti consultaba insistente a los rectores de las diversas universidades visitadas en estos países cómo era que elegían los alumnos y profesores a sus autoridades académicas, siendo invariable la respuesta que los alumnos no tenían ninguna participación en ello, puesto que estos se dedicaban exclusivamente a sus estudios académicos, siendo sus dirigentes estudiantiles encargados de problemas que decían relación con la vida propiamente estudiantil.

Ceruti cayó en defensa de los sólidos principios que sustentaban una verdadera convivencia académica, las mismas normas en base a las cuales logró el gran desarrollo y expansión de las actividades de la Universidad. Pudieron más que su calidad, las maniobras tendientes a solucionar un conflicto de raíces evidentemente políticas y demagógicas.

Aunque la intervención de La Moneda no llevó a la expulsión inmediata de los albaceas, a los pocos meses se cambiaron los estatutos. Finalmente, a partir de 1969, Agustín Edwards y sus directores tuvieron que abandonar la Universidad.

La renuncia del rector Ceruti y de los vicerrectores Guillermo Acuña y Fernando Aguirre

La familia Ceruti Vicencio llevaba ya varios meses viviendo en el Hotel O'Higgins de Viña del Mar y la Universidad seguía tomada por los estudiantes. Una mañana soleada y fría fue el escenario de lo que vendría a suceder. Elvira despertó a sus hijos Carlos, Rodrigo y Álvaro —Gonzalo, el tercero de ellos se encontraba en Estados Unidos becado de intercambio en Houston por el American Field Service— y les dijo que el papá los esperaba en su habitación para leerles un documento. Uno a uno fueron llegando junto a su madre y

una vez en silencio frente a su padre escucharon de él un escrito que comenzó a leer con gran pasión y luego con mucho dolor. Se quebró su voz en varias oportunidades, haciéndosele difícil seguir ya que tenía que hacer silencios para recuperar el hilo de la lectura y vencer la emoción que le oprimía la garganta y la voz. En una de esas oportunidades—cuenta su hijo Carlos recordando aquellos momentos decisivos de la vida de su padre y de la familia—lloró con emoción de hombre de verdad, aquel que contempla vencido su orgullo, su honestidad, su lealtad y sus valores impresos a fuego desde su niñez y que le daban sentido a su vida, sintiendo la irrefutable estocada de la derrota.

Seguramente sintió el fracaso de su defensa del legado de su admirado Federico Santa María, sintió que le falló y que dejaba a la institución a merced de acontecimientos que Santa María previó cuando escribió su testamento. Afirmaba que si su proyecto de formación del proletariado de su patria era intervenido por la política, la religión o decisiones administrativas de terceros que desviaran el espíritu de su testamento, entonces la fundación debía devolverse a los albaceas y cambiar su destino.

Esa fue la primera vez que sus hijos veían llorar a su padre, ese hombre íntegro, de principios y valores inquebrantables, admirado como padre exigente y a la vez cariñoso, como esposo y como ejemplo emprendido en la ruta de la buena estrella familiar. Comprendieron entonces la dimensión de lo que su padre les leía y cómo había hecho carne el legado de Federico Santa María. Le había dado su sello personal a todos los propósitos del testador y el sentido de su vida lo había encontrado a través del cumplimiento de la misión que proyectó y encargó el filántropo, para regalarle a Chile una institución formadora de jóvenes triunfadores y agradecidos de su país.

“Durante todo este largo conflicto traté con verdadero tesón y honestidad de encontrar una solución razonable en el ámbito universitario, encuadrando mi acción y mis actitudes dentro de aquellos principios de respeto y dignidad que han guiado toda mi vida académica y profesional y que considero insustituibles, no importa cuál sea el grado de impaciencia de los jóvenes o la velocidad que deba imprimirse a la evolución y el desarrollo de la Universidad”.

“Lamentable es el hecho de que se estén empleando métodos enteramente reñidos con las normas éticas y nuestras tradiciones

universitarias. Su éxito aparente ha puesto en peligro definitivo a todos los valores jerárquicos y al principio de autoridad responsable, insustituibles para el correcto funcionamiento de cualquier comunidad humana organizada, independientemente de cuál sea su fundamento político-ideológico”.

“Intereses ajenos a la institución han alentado y utilizado este movimiento desde un comienzo, sirviéndose de la buena fe de nuestros estudiantes. Los llamados que les hice pública y privadamente no fueron eficaces para impedir que otras fuerzas mucho más poderosas canalizaran hábilmente la natural vehemencia y los impulsos heroicos y generosos de la juventud hasta convertir a la Universidad Santa María en un importante bastión de la lucha contingente que aquellas libran en todos los estratos del campo político, social y económico para imponer un exagerado predominio del Estado sobre el individuo mediante sistemas que, con el aparente y loable propósito de producir una mayor justicia social y evitar el abuso de los poderosos, terminan conculcando la libertad personal, suprimiendo la iniciativa individual y convirtiendo la mediocridad en norma de vida y de acción”.

“Estoy firmemente convencido de que las reformas que necesitan nuestras universidades en la hora actual son mucho más profundas y trascendentes que aquellas por las que se están empeñando. He sido un entusiasta realizador de modificaciones y cambios donde se justifican y sigo siendo un ferviente partidario de revisar los sistemas vigentes para lograr una dinámica evolución y una adaptación permanente al avance de la humanidad en el futuro”.

La despedida en el Hotel O’Higgins

Tras las bulladas renuncias de los señores Carlos Ceruti, Guillermo Acuña y Fernando Aguirre, publicadas en los principales periódicos y que precedieron el término de esta toma universitaria, se gestionó un acto de despedida, una gran comida con ribetes de homenaje en el Hotel O’Higgins. Cabe mencionar que la organización de esta despedida no surgió desde una iniciativa institucional sino por un grupo de amigos y compañeros de la Universidad. Agustín Edwards se excusó se asistir al evento.

Se reunieron junto a ellos centenares de personas que querían testimoniarles su aprecio y su gratitud por la valiosa labor que realizaron desde sus cargos. Estaban allí viejos maestros de estos

educadores, compañeros de aulas en los días en que ellos se formaron en la misma universidad, alumnos que estudiaron bajo su guía y su dirección y que eran destacados profesionales, e incluso un grupo de alumnos actuales del momento, que a pesar de las incomprensiones no quisieron estar ausentes de un acto de esta naturaleza.

Los mozos del hotel con los refrescos debían pasar apretujados en medio de la concurrencia. El número de comensales que se sumaron a la manifestación sobrepasó las cuatrocientas cincuenta personas (según los periódicos que cubrían el evento), haciendo estrecho el amplio comedor y reafirmando el sólido reconocimiento que la opinión pública supo dar a la labor docente realizada por estos educadores. Las demostraciones de cariño se hicieron extensivas a las esposas de los homenajeados al hacérseles entrega de sendos bouquets de flores.

Carlos quiso agradecer en su nombre y el de sus compañeros, para lo cual escribió unas palabras previamente. Lo hizo así por estar seguro de haberse hecho imposible improvisar algunas ideas en forma coordinada en la ocasión que una profunda emoción lo embargaría, impidiéndole expresar cuánto valoraban ese inolvidable gesto de amistad y simpatía en el fondo de sus corazones. Por ello decidió escribir aquel agradecimiento, con la ambición de traducir a palabras ese sentimiento, fiel a su estilo, de manera extensa y pormenorizada.

Respecto a la situación de la Universidad contó que se alejaban de las altas labores directivas de ella sin resentimientos ni rencores, y muy por el contrario lo hacían agradecidos a todos los que los ayudaron con lealtad y altura a realizar esa labor apasionante, en uno de los aspectos más positivos de la actividad humana y pilar fundamental del futuro como lo es la educación.

“Hago votos muy fervientes por que la tempestad termine pronto y brille otra vez el sol de la esperanza sobre nuestra querida Alma Mater. Estoy seguro que vendrán días mejores pues la Universidad ha alcanzado la misma solidez del granito de sus edificios y podrá soportar, sin duda, aunque con algunas grietas, el fuerte vendaval que ha arreciado con tanto ruido pero que no podrá nunca destruir su sólido fundamento elaborado con cariño y paciencia por generaciones de hombres eminentes y graduados agradecidos”.

En un momento de su discurso hace referencia a un ámbito más personal, con las siguientes palabras: “*Quiero pedir sinceras excusas porque en esta ocasión traiga ante ustedes un tema tan personal, pero no podría en momento de tanta significación para mí dejar de rendir un emocionado y justo homenaje de gratitud y admiración a mi propia esposa e hijos, por su permanente apoyo y comprensión en todas mis labores y por su renunciamiento voluntario a una vida familiar normal a la que todos ellos tenían derecho, en beneficio de mis absorbentes tareas universitarias. Sin la dedicación y el entusiasmo con que Elvira colaboró, sin tiempo ni medida, en las múltiples obligaciones e iniciativas derivadas del cargo, sin su aliento y apoyo moral en las horas difíciles y su adhesión en las horas gratas y, finalmente, sin la bondad y afecto con que llenó nuestro hogar, me habría sido muy difícil por no decir imposible, el realizar esa honrosa, pero delicada y agotadora labor por casi nueve años*”.

Entre los oradores que concurrieron a la cita, el ingeniero René Aguayo se explayó en nombre de colegas compañeros de época, con un discurso relativo a los sucesos acontecidos durante esos últimos años en la Universidad. Expresó: “*Salud a Carlos Ceruti, Fernando Aguirre y Guillermo Acuña. No fueron perfectos por ser humanos, pero demostraron ser los mejores. El error de un día fue con creces compensado con los aciertos del siguiente... y perdura en nuestra memoria sólo lo que fue útil, constructivo y de honrada dedicación al progreso y perfeccionamiento de nuestra Alma Mater. Al caer ustedes en la lucha han conmovido hasta las fibras más íntimas a muchos que en silencio observaban y con dolor vieron trastocados principios tan fundamentales como los de la vida misma en sociedad*”.

Finalmente una destacada intervención le cupo al estudiante Carlos Pinedo, del último año del curso de técnicos mecánicos, quién al hablar a nombre de los estudiantes presentes, rindió un espontáneo, sincero y muy elocuente homenaje a los festejados, agradeciéndoles el ejemplo que había recibido por la actitud de hombría y consecuencia que asumieron a lo largo de todo el conflicto universitario y también en su labor de dirección de la Universidad, llevándola a los más altos grados de reconocimiento académico fieles al espíritu del testador y que culminó con la renuncia a sus cargos. La intervención del alumno finalizó con la cita del *Mio Cid Campeador*; “*Dios, qué buen vasallo, si hubiese buen señor*”, conmoviendo y emocionando a todos los presentes, quienes le tributaron largos aplausos.

Con posterioridad, el mismo Carlos Pinedo se expresó de la siguiente manera respecto a Ceruti: “*Don Carlos es comparable a un muro de piedra, sólido y austero que permanecerá vigente en el tiempo, mientras la mayoría escoge ser enredaderas trepadoras. Qué falta hacen hombres como él hoy en día, irradiando autoridad y señorío*”.

Casi treinta años después de realizado este evento, uno de los homenajeados y gran compañero de ruta desde las aulas en los años cuarenta, asumido y renunciado con Ceruti en la rectoría, el Doctor Fernando Aguirre Ode, se expresó así en el homenaje que le hiciera a Ceruti la Radioemisora de la Universidad con motivo de su fallecimiento:

“*Dotado de gran simpatía personal, su entusiasmo era contagioso, sus ojos brillaban cada vez que hablaba, casi con fervor, de la Universidad Técnica Federico Santa María y de los proyectos concebidos para que la voluntad del testador se cumpliera cabalmente. Trabajando muy cerca de él pude aquilatar su grandeza de espíritu, su hombría de bien, su sobriedad y austeridad y por sobre todo su disposición a escuchar, a aprender y a meditar lo que le decían los grandes y los pequeños. Siempre quiso sacar lecciones derivadas de cualquier discusión, ya fuera acerca de temas trascendentes o menudos*”.

“*Si don Francisco Cereceda –su antecesor– puede ser llamado con toda justicia el consolidador de esa obra pionera que concibió visionariamente don Federico Santa María, Carlos Ceruti es en verdad quien la convirtió en Universidad, así con letras mayúsculas. La hizo brillar con luces propias, proyectándola nacional e internacionalmente*”.

El triunfo de la Unidad Popular

La Democracia Cristiana tuvo su oportunidad en 1964 con la elección de Frei Montalva, cuando se prometieron que gobernarían Chile al menos por treinta años, durando tan solo un período presidencial. La oportunidad de la UP comenzó a gestarse el 4 de septiembre de 1970.

En las elecciones de 1964 Salvador Allende obtuvo el 34% de las preferencias, debido principalmente a la unión de socialistas y comunistas que se logró con el Frente de Acción Popular (FRAP), permitiendo ganar el apoyo de los trabajadores industriales y mineros. Sin embargo, para ser Presidente de la República necesitaba un apoyo

más variado, por lo que, a partir de 1968, el Partido Comunista decidió que definitivamente era preciso crear un frente político que tuviera una base más amplia que la del FRAP.

La campaña electoral de 1970 fue precedida por un período de conflictos sociales de gravedad, no exento de secuestros y asesinatos. Hay que decir que se trató de una contienda carente de amistad cívica y lealtad entre las fuerzas políticas del momento, pues la tolerancia política comenzaba a disminuir en Chile ante quien representaba posiciones diferentes.

En la contienda electoral los principales candidatos eran Jorge Alessandri en representación de la derecha, Radomiro Tomic como continuidad de la presidencia de Frei y Salvador Allende como abanderado de la Unidad Popular. Estos tres candidatos representaban ideas opuestas del rumbo que debía seguir Chile en el futuro. De acuerdo a las cifras oficiales entregadas por la Dirección del Registro Electoral, 1.070.334 votantes (36,2% del total) apoyaron a Allende en la elección del 4 de septiembre; Alessandri obtuvo 1.031.159 votos (34%) y Tomic, 821.801 (27,8%).

Esa noche, la secretaria personal de Fidel Castro, Cecilia Sánchez, llamó desde La Habana para felicitar al presidente electo en nombre de Castro y, a la 01:30 de la madrugada del día siguiente, Salvador Allende se dirigió a la multitud desde el edificio de la Federación de Estudiantes.



Casa del Rector de la Universidad Técnica Federico Santa María



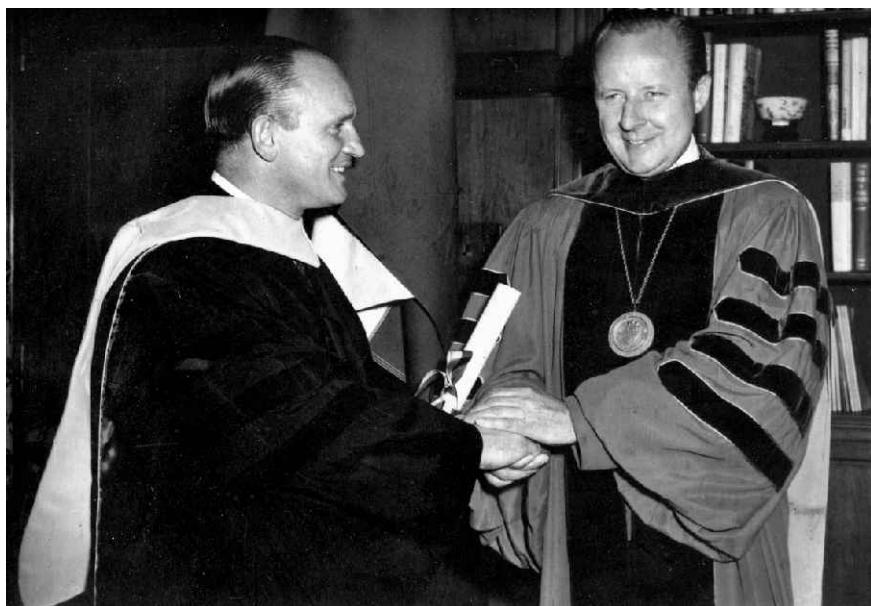
El Rector Carlos Ceruti en su oficina



Carlos y Elvira de viaje a visitar Universidades europeas



Viaje de Rectores a URSS.
Rector Ceruti junto a Embajador Máximo Pacheco



Carlos Ceruti Gardeazábal recibiendo el Doctorado Honoris Causa
de la Universidad de Pittsburgh (USA)



El Presidente Eduardo Frei Montalva visita la Universidad.
En primer plano el rector Carlos Ceruti y su hijo menor Alvaro



Rector Carlos Ceruti junto al Presidente de Colombia
Carlos Lleras Restrepo y Rectores Luis Garibay (Mexico)
y Ramón de Zubiría (Colombia)



Rector Ceruti junto al Rey Balduino de Bélgica
y junto a su hijo menor Alvaro



Inauguración y primera piedra Sede José Miguel Carrera
en Viña del Mar, 1966



Familia Ceruti Vicencio en la casa de la Universidad
De izquierda a derecha
Rodrigo, Carlos, Carlos padre, Alvaro y Gonzalo
Sentada está Elvira, 1965

TERCERA PARTE

TEMPESTADES DE ACERO (1970-1987)

*Viví y crecí en muchos sentidos al lado del hombre
al que más he amado y admirado en esta vida,
tanto por su inteligencia excepcional
como por su entusiasmo vital, su gentileza,
generosidad e inmensa ternura.*

Elvira Vicencio Zagal



Álvaro, Rodrigo, Elvira Vicencio, Carlos Ceruti, Gonzalo y Carlos,
Santiago, 18 de octubre de 1974

CAPÍTULO VII

DERROTERO DE UNA VISIÓN (1970-1983)

*Mira esa estrella en el fondo del cielo
Esa estrella que se aleja con todos sus marineros*

Vicente Huidobro

Luego de finalizar su labor como rector de la UTFSM, Carlos Ceruti vuelve a sus tareas en la empresa que había fundado en su hogar en Viña del Mar, ya hacía casi dos décadas. En aquellos años iniciales, considerando que tras la segunda guerra mundial había una gran falta de repuestos para la industria textil, principalmente debido a la destrucción de muchas de las fábricas que en Europa se dedicaban a la confección de estas piezas, Carlos decidió producir él mismo estos repuestos, principalmente en las tardes y por las noches, transcurrida ya su jornada laboral en la Compañía Industrial, comprando para ello un torno y adaptando el garaje de su casa para instalar la maquinaria. Pronto, la elevada demanda de estas piezas y la falta de tiempo por su trabajo en la planta industrial lo llevaron a contratar a un operario que pudiera manejar los pedidos. A medida que el trabajo continuaba creciendo, su hermano Fernando también estableció un taller en el garaje de su casa y compró otro torno, dedicándose a fabricar estas mismas piezas.

La demanda fue tan grande que finalmente tuvieron que alquilar un local en Viña del Mar, donde trasladaron los tornos y adquirieron nuevas maquinarias. Tenían tal convicción en su proyecto que optaron por vender, cada uno de los tres fundadores de la empresa, sus propiedades particulares, para destinar ese dinero a esta nueva aventura. Carlos renunció a la compañía donde trabajaba y vendió la casa en la que vivía con Elvira y los niños, y no volverá a tener una vivienda propia hasta algunos años antes de su muerte, ya que, durante todos esos años, reinvertirá todas sus ganancias en la empresa.

Durante los años cincuenta, las labores de índole mecánica y las construcciones industriales que inicialmente habían abarcado sólo las provincias de Valparaíso y Aconcagua, se fueron expandiendo paulatinamente a Santiago, Concepción y Punta Arenas. A partir de 1957, cuando asume la rectoría de la universidad, la empresa queda al

mando de su hermano Fernando, década donde se vieron incrementadas sus actividades en la fabricación de equipos y maquinarias de acero inoxidable para las industrias química, alimenticia, textil, agrícola, farmacéutica y otras, cuya especialización se hubiera iniciado en la Planta de Viña.

Una vez culminado su período en la rectoría, a finales de los años sesenta Carlos Ceruti retorna a su empresa, dedicada principalmente a la fabricación y montaje de estructuras de acero, estanques y cintas transportadoras, la cual por entonces se encontraba expandiendo considerablemente el campo de sus actividades en nuevos proyectos para la construcción, el petróleo, la energía hidráulica, la minería del cobre, la industria de la leche, vidrio, papel, celulosa, neumáticos, nylon, bebidas de fantasía, cerveza, azúcar, harina, explosivos, y otras.

Durante el gobierno de la Unidad Popular, la situación de Carlos y Fernando a cargo de EDYCE se tornó sumamente compleja, hasta el punto que las fábricas de Talcahuano y Santiago serían requisadas en el año 1972. Sorpresa no hubo, en todo caso, porque las usurpaciones de varios cientos de empresas mediante el uso de resquicios legales se perpetraron desde el inicio del gobierno de Salvador Allende. La intervención arbitraria e ilegal de estas fábricas, producida y apoyada por las autoridades nacionales, devinieron en pérdidas millonarias debido principalmente a la nula gestión técnico-financiera de los interventores designados (hubo despidos importantes en cargos de directivos técnicos), derivando en una disminución dramática de la producción y un millonario endeudamiento en el período en que estas fábricas estuvieran confiscadas.

Aparte de la acción política de los interventores, hubo una participación muy activa en el manejo de la fábrica por parte de las directivas sindicales. Comenzaron su acción declarando que estaban allí para defender los intereses de los trabajadores, pero en corto tiempo empezaron a favorecer los intereses de correligionarios y amigos, actuando decididamente en contra de quienes no firmaban sus registros políticos. En la zonal de Santiago, el interventor y su camarilla sindical pretendieron que el alcance de la resolución de requisición alcanzara también a la Oficina Central, lo que fue objetado por la firma con sólidos argumentos. Pese a que trataron de hacerlo por medio de una segunda resolución aclaratoria de Dirinco, finalmente quedó claro que la gerencia no formaba parte de dicha

requisición por lo que pudo seguir actuando, aunque con un campo de acción sumamente reducido, lo que era obvio por la falta de dichas importantes fábricas productivas. Y si bien iniciado el año 1973 la Planta de Viña del Mar no había sido requisada aún, su intervención estaba contemplada como etapa siguiente y final, para el desmoronamiento total de la empresa.

En estas circunstancias se encontraba Carlos cuando el año 1972 recibe una sorpresiva invitación de su amigo personal y rector de la Universidad Autónoma de Guadalajara, Luis Garibay, quien le ofrece un contrato para radicarse en México y hacerse cargo en dicha institución de la implementación de una activa agenda de actividades universitarias internacionales de índole americanas. La dificultad de su destino en Chile sumado a su permanente interés en la tarea universitaria hizo que aceptara con natural entusiasmo y viajara para radicarse en Guadalajara con su esposa Elvira y su hijo menor Álvaro.

Refundación del tostadero familiar

Aquél mismo año de las confiscaciones, a principios de 1972, fallece en Bilbao Carmen Ceruti Díaz de Mendivil, hermana de Casiano y quien mantenía vigente el Tostadero de la familia en funcionamiento en pleno casco viejo de dicha ciudad, detrás de la estación de trenes, cruzando por el puente Areatzako Zubia.

Primero falleció Rosa y unos pocos meses después Carmen. Cuando en el año 1970 llegó Carlos Ceruti Vicencio —su sobrino nieto— con su joven esposa a vivir a Barcelona para estudiar con una beca un postgrado en esa ciudad, Carmen pudo hablar por teléfono con él y transmitirle el cariño y el ofrecimiento de que cuando pudieran ir a Bilbao fueran a su casa y los recibiría con todo el cariño familiar que tenía por los Ceruti de Chile. Carmen siempre mantuvo relación epistolar y esporádicamente por teléfono, con su familia en Chile, con su cuñada Leonor y sus hijos Jaime, Ángel, Luis, Ana, Eulalia, Carlos y Fernando.

El Tostadero fue cerrado con candado y cadenas por un familiar cercano —Marcelino Izarra— y así quedó por unos meses a la espera de que algún familiar o descendiente directo de los Ceruti Díaz de Mendivil pudiera hacerse cargo, reabrir o vender la propiedad. Carlos Ceruti Vicencio recibió en Barcelona un llamado de Fernando Ceruti Gardeazábal desde Chile, en donde le informaba que se había reunido toda la familia y viendo y aquilatando la situación del país, pensaban

que tal vez si reabrían el Tostadero en Bilbao, ello pudiera constituir una cabeza de puente para la familia en caso de tener que irse de Chile. Ya no existía diálogo ni intercambio de ideas, pues la intransigencia y odios eran presagio de un impredecible futuro.

Es así que a contar del año 1972, primero Carlos y Elvira, después Luis y su mujer María Danús junto a Anita Ceruti Gardeazábal y finalmente Ángel junto a su mujer María Carbonell, en periodos consecutivos viajaron a Bilbao para hacer funcionar el negocio. Ángel fue el último en estar en Bilbao y tuvo la misión de cerrar, terminar y venderlo a otra familia, a principios de 1974, para regresar a Chile posteriormente.

De manera que Carlos y Elvira fueron los primeros que debieron ir. Por aquellos años los costos de los pasajes eran elevadísimos y para poder viajar a España tuvieron que vender un terreno que había adquirido Carlos unos años antes en Santiago, ubicado en Avenida Kennedy con Las Hualtatas, postergando otra vez el sueño de la casa propia. Con su venta pudo comprar los pasajes y financiar parte de los costos de la estadía.

Así fue que la pareja arribó a Bilbao y en compañía de Marcelino Izarra, su mujer Begoña y su cuñada María Luisa se dirigieron al Tostadero Nossi-bé con un especialista para descerrajrar, romper las cadenas y abrir el negocio nuevamente. La gente se agolpó en torno a ellos y como buenos españoles hablaban fuerte y preguntaban qué sucedía, con la curiosidad de averiguar lo que estaba pasando, mientras Begoña y María Luisa gritaban: “*¡Iros... iros... iros... que aquí no ha pasado nada!*”

Pudieron entonces entrar al negocio y comprobar que estaba tal cual como el día en que fue cerrado, los pasteles en las estanterías y bandejas de exposición se encontraban todos podridos y cubiertos por hongos y polvo. El encierro y el olor imperante hicieron que ventilaran profusamente el lugar. El subterráneo, en donde trabajaban los operarios con las máquinas y herramientas especializadas, estaba con la materia prima, la harina, el azúcar y los huevos podridos por el tiempo transcurrido. La caja del negocio estaba intacta y el escritorio de la oficina con sus papeles y documentos hasta el día del cierre. Gran trabajo se veía venir por delante, pero Carlos tenía experiencia en limpieza adquirida en los talleres de la Fundación Santa María, en sus años de formación. Sin duda encontrar la pastelería en este estado significó todo un desafío para ellos.



Fotografías actuales Tostadero NOSSI-BE en Bilbao



Carlos y Elvira vivieron en Bilbao entre dos y tres meses y trabajaron codo a codo y con mucho esfuerzo para lograr hacer andar nuevamente el Tostadero Nossi-bé. Tuvieron que pagar deudas previsionales, facturas, impuestos y además efectuar los gastos necesarios para comprar la materia prima y la mano de obra para la gestión del negocio. Carlos llegó a un acuerdo con la oficina de impuestos de Bilbao para cancelar en el tiempo mensualmente las deudas que el negocio arrastraba. Si se quería vender más adelante la pastelería debería sanearse absolutamente en su operación.

Carlos, entre la producción de pasteles, el abastecimiento de insumos, el pago de proveedores, mano de obra, imposiciones, renegociación de las deudas, pago de impuestos y reuniones con autoridades bilbaínas y Elvira en el negocio con la venta, la distribución y la caja recaudadora, tenían ocupados sus días de sol a sol, pero todo lo hacían con amor y con el especial objetivo de que estaban preparando una posibilidad real para que si la situación en Chile se hacía insostenible pudieran contar con una vida nueva en Bilbao, donde fueron los orígenes y estaban las raíces de los Ceruti Gardeazábal.

Transcurridos estos meses en que echaron a andar la pastelería en Bilbao, la pareja regresa a Santiago de Chile. Tras su renuncia a la universidad había retomado sus actividades en EDYCE. Sin embargo, la noticia de la renuncia de Carlos Ceruti a la rectoría de la universidad no había tardado en atravesar las fronteras, por lo que tras algunos años de superada su actividad académica recibe un ofrecimiento del rector de la Universidad Autónoma de Guadalajara, Luis Garibay. Por este motivo Carlos y Elvira abandonaron Chile y se instalaron en México con su hijo menor Álvaro, dejando a Rodrigo y Gonzalo en Chile, hacia donde les enviaban dinero para su subsistencia.

Una visión latinoamericana esbozada en Jalisco

Carlos Ceruti tuvo el honor de ser llamado por la Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG) para colaborar en un proyecto internacional que durante varios años será decididamente impulsado por su amigo el rector Dr. Luis Garibay, quien lo nombra entonces como especialista principal para el Programa de Seminarios sobre Administración Universitaria, organizado conjuntamente por la UAG y la OEA. La primera actividad del Dr. Ceruti fue su actuación como especialista encargado de este programa realizado en Chapala, Jalisco, teniendo participación en él los ministros de educación de

Argentina, Brasil, Colombia y los rectores de las principales universidades del continente.

Como medida inicial de su participación en el programa se estableció que el especialista visitara a los principales invitados en sus países de origen, con el objeto de conocerlos de manera personal e informarles ampliamente de la filosofía fundamental que inspiraba este proyecto, discutiendo con ellos los diferentes detalles relativos a cada una de sus ponencias. Los 21 días de viaje se contaron a partir del 10 de septiembre de 1972, con la salida del especialista desde Guadalajara con destino a Houston, Texas, siguiendo por Durham, Carolina del Norte, y pronto Brasilia, Río de Janeiro, Buenos Aires (tras un desvío imprevisto hacia Asunción, obligado por una fuerte y extensa tempestad eléctrica), Lima, Quito, Bogotá y Ciudad de México, hasta llegar el día primero de octubre de regreso en Guadalajara.

Entre otras variadas personalidades, en Brasilia se entrevistó con el rector de la Universidad de Brasilia y el ministro de Educación y Cultura de Brasil, en Bahía Blanca mantuvo encuentros con el ministro de Educación y Cultura de Argentina y con el director de la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires, y de esta manera en cada ciudad visitada fue recibido por los representantes de la Secretaría General de la OEA, en Quito por el Dr. Mario Edgardo Ibáñez, especialista de proyectos para Ecuador, Colombia y Venezuela del Banco Interamericano de Desarrollo, o en Bogotá, por el ingeniero Guillermo Alberto González, viceministro de Educación de Colombia. En su viaje a Durham, sostuvo entrevista con Harry F. Ebert, administrador de la Planta de Física de la Universidad Duke y asimismo aprovechó para visitar en Houston a los profesores Dr. Frank Tiller y Melvin S. Droubay, ambos del Centro de Estudios de la Educación Superior en América Latina.

Durante las sesiones de este evento se discutieron en profundidad importantes trabajos sobre diversas materias de administración universitaria. El Dr. Ceruti ejerció sus funciones ya aprendidas como anfitrión de la mejor manera. En un mismo hotel los alojaba a todos, quedando a su cargo todas las atenciones que debían tener los ponentes, tales como flores, licores, frutas, dulces y regalos. También indicó que al final de cada encuentro se le entregara a cada delegación un álbum fotográfico respecto a la experiencia, a modo de souvenir. Encargó especialmente a los académicos de la carrera de periodismo que a sus alumnos les hicieran hacer trabajos especiales en la redacción de boletines respecto al evento, resúmenes para ser



Carlos Ceruti
en Guadalajara,
México 1972

publicados en libros y revistas. Hubo ceremonias, recepciones, cocteles, festejos y actos culturales.

Carlos disfrutaba al máximo del paisaje mexicano. Asentado en ese vital territorio americano comprendió la intensidad del orgullo y el sentido de su misión hacia nuestro pueblo. El día de la bienvenida despertó temprano y salió a caminar con el fin de meditar en su discurso, pero era tal la belleza del panorama, el sol levantándose apenas en el horizonte, cuya luz recortaban las colinas que lo rodeaban, el suave oleaje de sus aguas quebrado solamente por pescadores en sus pequeñas barcas y por patos que buscaban el sustento diario, que absorto por el paisaje, le fue imposible concentrarse. Sin duda no se habría tenido el emotivo éxito que se tuvo en esta cita sin el ingenio y tenacidad de Ceruti Gardeazábal, puntal fundamental del encuentro acompañado de su esposa Elvira, representativa de la mujer chilena, porteña y americana.

Ese mismo día 10 de febrero de 1973 Ceruti ofreció un discurso de despedida a las delegaciones aludiendo a una verdadera fiesta del espíritu y hermandad americana vivida durante aquellos maravillosos días, destacando antes que nada los logros de amistad allí forjados y el calor humano encendido no podría ya apagarse fácilmente: “*Cada uno de nosotros, dondequiera que nos encontremos en el futuro, reanudaremos nuestras respectivas labores con más optimismo y con más fe y confianza, sabiendo ya que no estamos solos en nuestros esfuerzos por ayudar a la juventud de nuestra América para que abra la ruta -muchas veces incierta y nebulosa- que ha de conducirles a un mañana mejor*”.

Aparte de lo anterior, también le cupo al Dr. Ceruti organizar y dirigir una importante Conferencia Internacional sobre Periodismo Educativo que, con el nombre de EDUCOM, se realizó en Guadalajara por encargo de la Escuela de Periodismo y Comunicación Colectiva de la UAG y la Asociación Internacional de Periodistas, con participación de numerosos periodistas especializados de Europa, África, Asia y América. La conferencia se realizó entre los días 22 y 28 de julio de 1973, siendo los objetivos pioneros de esta actividad el reunir a un grupo de periodistas y educadores internacionalmente destacados, en un diálogo constructivo y útil para analizar conjuntamente la responsabilidad de los medios de comunicación en las tareas educativas, estudiar la responsabilidad del periodista en la educación y destacar la responsabilidad de los educadores en la formación de periodistas.

Durante las mañanas, además de las sesiones generales disponían de debates realizados en mesas redondas muy bien organizadas, en las que participaban dos de los ponentes del tema del día, además de tres periodistas y tres educadores. Un director de debates concedía la palabra, fijaba el tiempo de las exposiciones y dirigía la discusión, manteniendo los intercambios en el nivel adecuado y dentro del tema correspondiente.

El día de su ponencia, en la jornada en que se presentaba el tema de “La Televisión como Medio Educativo”, el Dr. Ceruti recalcó la necesidad de establecer unos propósitos compartidos entre la Comunicación y la Enseñanza, manifestando su preocupación por la Educación, en lo que ella representa para la formación del ser humano, a merced de la manipulación que los medios consiguen ejercer ante las nuevas generaciones. A su juicio, la criatura humana había llegado a tener entre sus manos los medios de difusión y de penetración en las mentes de los seres humanos, y no cabía duda de que aún no había aprendido a usarlos bien.

En este sentido, llamó la atención sobre el peligro de que esta poderosa fuerza que constituye el uso de estos medios no se emplee con mucha mayor frecuencia, metódica y planificadamente, para destacar la parte buena de la vida normal de las grandes mayorías, de las personas comunes, en sus luchas diarias, sino que, por el contrario, motivados por la necesidad de expandir a las audiencias se buscara el camino fácil de estimular y exacerbar la morbosidad y las bajas pasiones.

“¿Por qué no hacemos un esfuerzo grande para destacar en forma permanente, sistemática, científica, efectiva, a los grandes o pequeños triunfadores, a la bondad donde ella esté presente, al sacrificio, a la lealtad, al trabajo esforzado, a esa multitud de héroes y heroínas anónimas que diariamente y por millares -en todo el ancho mundo- están haciendo algo bello, algo en beneficio de los demás? ”.

Un par de meses después de estas sesiones de EDUCOM, una mañana en que Carlos realizaba sus quehaceres habituales en la oficina de la UAG, es sorprendido por la visita de un grupo de alumnos del último semestre de Licenciatura en Psicología, acompañados por su director el Dr. Ignacio Aceves Muñoz. El motivo de esta visita fue solicitarle que aceptara ser el padrino de esta generación, que se aprestaba a celebrar su graduación, lo cual le hizo sentir sumamente sorprendido y halagado.



Carlos Ceruti primero de derecho a izquierda,
en el centro su gran amigo el rector de la UAG Luis Garibay,
Guadalajara, 1972

Efectivamente, esta invitación la sintió de manera muy especial, ya que además de ser un amante de todos los aspectos de la vida universitaria, como ciudadano chileno alejado de su país en uno de los períodos más tristes de su historia, el dolor de estar en aquellos precisos momentos lejos de su patria lo hacía sentir al máximo la hospitalidad y la comprensión que tantos buenos amigos le hubieran brindado en estas tierras mexicanas, y es así que aceptó complacido, agradeciéndoles con emoción tan amable gesto de su parte. Además, después de tantos años haciendo los discursos de graduación en su Alma Mater, como su rector, no se trataba de una tarea que desconociera sino más bien que dominara a la perfección. Es así que en la ceremonia en cuestión hiciera su discurso, en el cual manifestó su reconocimiento y satisfacción por esta señalada distinción que tanto le honraba y contribuía a estrechar aún más los lazos permanentes que ya lo unían con ese hermano país.

En relación a sus nuevos ahijados psicólogos, expresó que conociendo muy de cerca los valores de la UAG, por la grata experiencia vivida en ella “*que me ha permitido justipreciar lo que aquí se piensa, lo que se hace con tesón inquebrantable, los grandes logros ya alcanzados, y la firmeza de las concepciones humanas trascendentales que inspiran a los hombres extraordinarios que ejercen el liderato espiritual y material de esta obra*”, que no le podía caber duda alguna de que todos los presentes sabrían servir a su patria y a sus semejantes con la misma idoneidad, nobleza y humildad con que sus maestros les habían dedicado sus mejores horas.

“*Tengan presente -y permitanme darles este consejo bien intencionado y con un gran afecto paternal- que siempre se deben considerar esos bienes y ese status, como una consecuencia natural de su acción generosa, de su entrega leal a una tarea noble y útil en beneficio de sus hermanos y compatriotas menos favorecidos de la fortuna, y de su lucha permanente por la perfección propia y la de las organizaciones humanas; y que el provecho económico no llegue a constituir jamás el objetivo primero y único de sus vidas, ni la meta principal de cada una de sus tareas cotidianas*”.

El golpe de Estado en Chile

El mes de noviembre de 1970 Salvador Allende había asumido como presidente de la República, conduciendo su gobierno a un proyecto conocido como la vía chilena al socialismo. La comunidad nacional e internacional veían tanto con expectativas como temor este nuevo modo de instalar un gobierno socialista, en medio de los conflictos, pugnas y enfrentamientos internos, y ante la lógica internacional de la guerra fría.

La creciente polarización política de la sociedad chilena, ya evidente en los años previos, siguió escalando y aumentando durante el gobierno de Allende, que además debió enfrentar una difícil situación en términos de política internacional, con Nixon y Kissinger instalados en la Casa Blanca. Esa polarización se hacía presente casi a diario en el espacio público, a través de marchas, paros, movilizaciones y protestas que daban cuenta del frágil equilibrio democrático imperante.

En la escena política continuaban aumentando y sucediéndose numerosos conflictos. Uno de ellos fue la moción presentada por el Congreso, el “Acuerdo de la Cámara de Diputados sobre el grave

quebrantamiento del orden constitucional y legal de la República”, durante días de tensión límite en agosto. Frente a este complejo escenario, una de las acciones que pretendía seguir Allende era llamar a un plebiscito que determinaría su permanencia en el cargo de Presidente de la República. Era una iniciativa que, bajo los principios democráticos, podría decidir el futuro del país. Sin embargo, para los opositores al gobierno, un plebiscito no era suficiente para erradicar la posibilidad de un nuevo gobierno de tipo socialista. En cualquier caso, ese plebiscito nunca llegó a realizarse.

Para Allende la posibilidad de renunciar al cargo no estaba en su horizonte. El 11 de septiembre de 1973 era el día planeado para el golpe, en el que confluieron altos mandos militares, fuerzas políticas de derecha, independientes y de la democracia cristiana; medios de comunicación, e incluso la CIA y el Gobierno de los Estados Unidos. En la madrugada del 11 se le comunicó a Allende de que parte de la Armada se había sublevado, iniciando acciones en Valparaíso. Antes de las ocho de la mañana el Presidente, su guardia personal y el GAP (Grupo de Amigos del Presidente) ya estaban en La Moneda. Allí escucharon la “Cadena democrática” por la radio, en la que los militares exigían la renuncia de Allende a favor de las Fuerzas Armadas, las que realizarían la “*histórica y responsable misión de luchar por la liberación de la patria del yugo marxista, y la restauración del orden y de la institucionalidad*”. Esta declaración había sido firmada por Augusto Pinochet, José Toribio Merino, Gustavo Leigh y César Mendoza.

En ese comunicado se establecía un plazo perentorio: a las 11 de la mañana Allende debía dejar el cargo y desalojar La Moneda. En ese lapso de tiempo las personas que trabajaban en el palacio de gobierno, así como las hijas del presidente, pudieron salir del edificio. Ese fue el momento en que Allende dio aquel emotivo y recordado discurso por Radio Magallanes, en el que reafirmaba su decisión de no rendirse: “*Estas son mis últimas palabras, teniendo certeza de que mi sacrificio no será en vano*”.

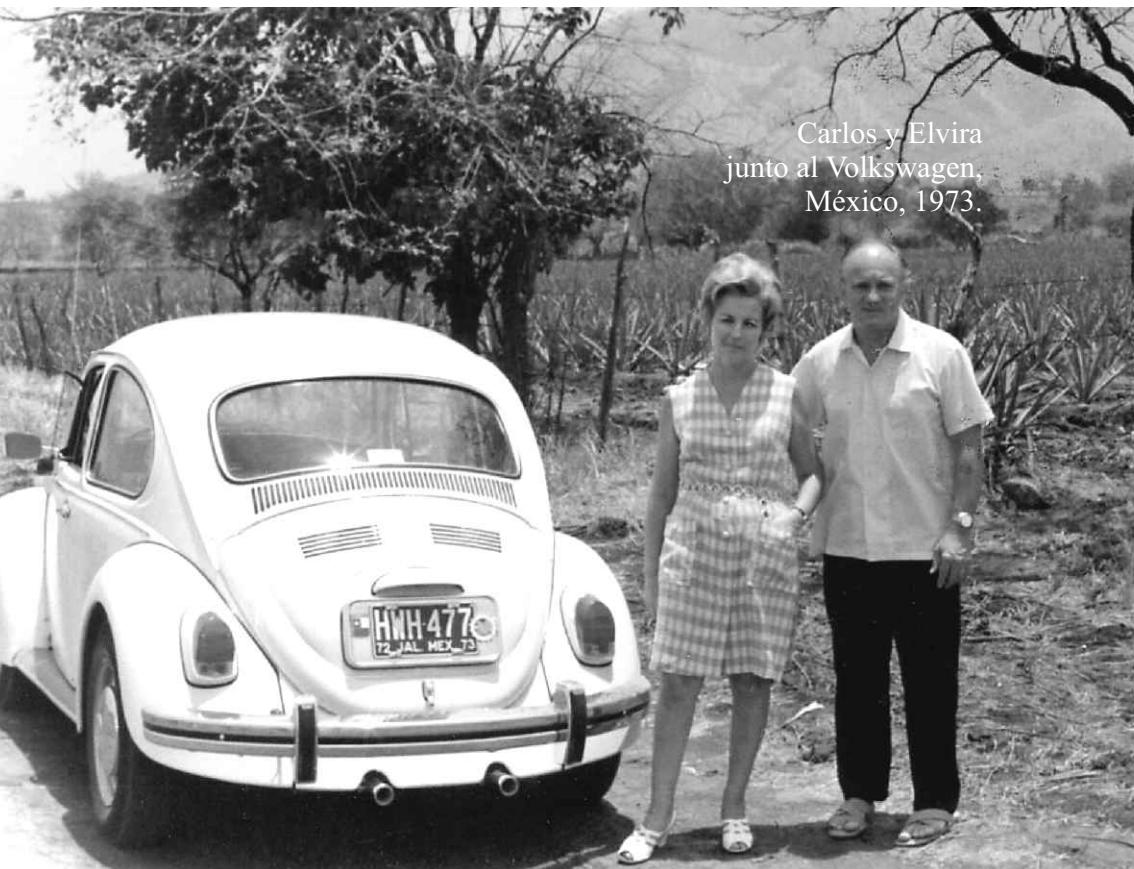
Cerca del mediodía comenzó el bombardeo a La Moneda. Los Hawker Hunter de la Fuerza Aérea comenzaron el ataque al palacio de gobierno y a la residencia de Allende en Tomás Moro. Después de dos horas los militares habían entrado en La Moneda y los que aún resistían allí no se rendían. El presidente había insistido en que sus colaboradores bajaran antes que él, aunque luego se enteraron de que

Allende nunca bajó al primer piso, sino que se suicidó de un disparo. El símbolo del poder político y jurídico había sido derrocado por las Fuerzas Armadas, tomado de forma brutal, con lo que se evidenciaba el derrumbe de las instituciones democráticas de Chile.

La aventura en un escarabajo mexicano

Un día viernes al final del año 1973 en Guadalajara, Carlos Ceruti y su hijo Álvaro se disponían a comprar pasajes a Chile para enero de 1974, decisión de volver que ya se había tomado en septiembre. Si bien en diciembre de ese año terminaba su contrato con la universidad y le habían propuesto renovarlo por otro período, el corazón de Ceruti estaba con su fábrica. Además, tenía claro que sus esfuerzos debían dedicarse a su país, al cual arribara su padre al comienzo de esta aventura.

Carlos y Elvira
junto al Volkswagen,
México, 1973.



Esa noche, Carlos llevó a su hijo Álvaro a comer a su restaurante mexicano favorito, establecimiento de comida suiza donde ofrecían toda clase de quesos preparados de las más diversas formas. Entonces, mientras Ceruti engullía estos quesos, su hijo Álvaro tuvo una visión, y se la comentó a su padre. Le dijo: *"Papá, por qué no nos vamos en el escarabajo Volkswagen para conocer gran parte de Centroamérica y Sudamérica, aprovechando también que a los chilenos que retornan les dan la posibilidad de internar el automóvil que estamos usando acá en México"*.

La conversación no duró mucho ya que, entre quesos, Ceruti masculló que aquello no era posible, les tomaría mucho tiempo, habría que recorrer muchos kilómetros por muchos países distintos con los peligros asociados que existían entonces. Su hijo aceptó la respuesta de su padre y al llegar a casa durmió apenas tocar la almohada. Pero su padre, insomne, comenzaba a digerir la aventura. Tanto así que alrededor de las siete de la mañana del día siguiente despertó a Álvaro con una serie de mapas debajo del brazo, diciéndole: *"Oye, ¿y cómo crees que podemos hacer este viaje?"*, mientras su somnoliento hijo entre las sábanas aún no podía creer que aquella visión se aprestara a protagonizar. Los días posteriores los dedicaron a planificar el viaje con mucha dedicación y exactitud, tanto en el aspecto geográfico, logístico, económico y otros, tomando en cuenta que las informaciones no eran ni remotamente las que podemos disponer hoy en día, constituyendo ese proyecto una verdadera aventura.

Así, en los primeros días de enero de 1974 iniciaron el trayecto de retornar a la patria en un maravilloso viaje donde tuvieron a su vez la experiencia de convivir como padre e hijo, en un recorrido a través del paisaje ancestral de nuestra América, desde México hasta Chile, pasando por Guatemala, Honduras, Belice, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Panamá y posteriormente Colombia, Ecuador y Perú.

El vehículo de marca Volkswagen *Beetle*, o *Vocho* como se le conoce en México, *Pulga* en Colombia, *Pichirilo* en Ecuador y *Escarabajo* en Chile, debido a su similitud con la forma del insecto coleóptero, lo llevaban cargado hasta el último recoveco con los más variados objetos, libros y artículos que transportaban, además de una parrilla en el techo cargada con cuatro grandes maletas repletas de ropas y vestimentas. Es así que en algunos pasos fronterizos tuvieron la agobiante labor de descargar el auto por completo, para enseguida

volverlo a cargar, como les aconteció especialmente en el cruce desde Guatemala hacia El Salvador, país este último en donde fueron controlados por unos soldados que se ensañaron con ellos en busca de un soborno, que por supuesto Carlos no pensó ni por un minuto en facilitar. Debido a esta inflexibilidad del chileno, les hicieron vaciar el automóvil hasta el último objeto y abrir las cuatro maletas, disponiendo todo el ropaje desordenado en la calle, a merced del viento. Al percibirse que el soborno no surgía efecto, continuaron por amenazar con sacar los neumáticos para someterlos a revisión, hasta el punto que cuando se disponían a hacerlo, un superior que se percató del acoso los liberó al fin de este maldito entuerto, logrando entonces con una enorme dificultad, ya que una y otra vez les quedaban cosas afuera, volver a colocar cada una de ellas al interior del Vocho.

En El Salvador los recibió su sobrino y primo Jaime Ceruti Carbonell, junto a su señora Patricia Tello, en ese minuto representante de la OEA en dicho país. Años atrás Jaime había llegado a Estados Unidos a trabajar como ascensorista a un edificio de la OEA, para en corto tiempo llegar a ser representante de dicha institución en distintos países de Centro América, viviendo en ellos peripecias dignas de contar en otro libro, como las experiencias vividas con la dictadura de Somoza en Nicaragua. En Panamá, en seguida, fueron acogidos por un gran amigo de ascendencia árabe, de muy buena posición, de apellido Handal, que los recibió en su casa que más bien asemejaba un palacete panameño y que muy pronto se negara a dejarlos partir, convidiéndolos a diversos panoramas, por lo cual el viaje se fue alargando varias semanas más que las contempladas en un principio.

A continuación, debido a que entre Panamá y Colombia la carretera se interrumpe en el Tapón del Darién, una zona selvática y pantanosa entre ambos países, padre e hijo se tuvieron que embarcar con el vehículo en un barco de carga en dirección al puerto de Buenaventura. Durante el viaje, la desconfianza que les causara la embarcación fue tal que los hizo ir por turnos a custodiar al *Vocho*, evitando así que su equipaje fuera desvalijado. Finalmente, al arribar al puerto colombiano, una multitud desorbitada se apostaba en la orilla, recibiendo desenfadadamente las más variadas mercaderías arrojadas desde cubierta, de tal manera que por seguridad prefirieron continuar embarcados hasta recalcar en el puerto ecuatoriano de Guayaquil, y continuar desde allí el viaje por la carretera.

Atravesando la costa norte de Perú, en una combinación única de paisajes desérticos y playas, el peso de las maletas les jugó una mala pasada y al *Vochito* se le rompió una de las patas delanteras de la parrilla del techo, por el lado del conductor, motivo por el cual el chofer se tuvo que ir conduciendo, con la asistencia del copiloto para pasar los cambios, con una mano en el volante y la otra sosteniendo la parrilla por la ventana. Más adelante, una vez arreglada la parrilla continuaron camino hasta llegar a la frontera con Chile, que debido a la hora se encontraba cerrada, por lo que se tuvieron que devolver a pernoctar en Tacna.

Y al fin, al día siguiente, una mañana soleada y cariñosa de verano arribar al país, después de seis semanas de viaje y años de incertidumbre en el extranjero, abrazando con lágrimas a los primeros carabineros que vieron aparecer, quienes sin entender tamaña emoción los dejaran reanudar la ruta desde Arica hacia Viña del Mar, en donde los aguardaba ansiosa el resto de la familia.

La incursión latinoamericana de EDYCE

Edwards y Ceruti, Ingeniería Industrial S.A. era una empresa dedicada a las construcciones y montajes industriales. En tres plantas fabricaban también estructuras de acero, equipos de transporte y almacenaje de materiales, aparatos para procesos fabriles y otros bienes de capital industriales.

En general, la producción disminuyó sensiblemente durante los períodos en que estuvieron intervenidas las fábricas de Talcahuano y Santiago por el gobierno de la Unidad Popular. A poco de haberse producido la devolución de dichas fábricas, se comenzó a notar una franca recuperación. La producción en todas ellas fue reactivándose de manera paulatina, y a fines de diciembre del año siguiente las manufacturas habían ya alcanzado un 90% del volumen que tenían antes de las intervenciones, y los montajes llegaron a alrededor del 80% del que tenían en aquellas fechas. La mala gestión técnico-financiera provocada por la intervención de las fuerzas de la Unidad Popular se tradujo en una pérdida calculada en 35.000.000 de escudos en la fábrica de Talcahuano y 15.000.000 en Santiago.

Mediante escritura pública firmada en febrero de 1974 la Corporación de Fomento de la Producción restituyó totalmente a la Empresa sus fábricas de Concepción y Santiago. La Sociedad de EDYCE se hizo cargo de todas las deudas y daños en materiales

ocasionados por la intervención y aceptó acatar las disposiciones que en el futuro se dictaran dentro de un Estatuto Social de la Empresa.

Gracias al esfuerzo mancomunado y al entusiasmo de todos los colaboradores, tanto en los talleres como en las faenas constructivas, en los tableros de dibujo como en las oficinas, en la búsqueda de nuevos clientes como en el perfeccionamiento de los métodos y sistemas administrativos y de producción, con los años la empresa recuperó su total capacidad de operación y su antigua eficiencia. Se logró recuperar clientes importantes y se cumplieron ventajosamente varios buenos contratos de fabricación, manteniéndose con una carga de trabajo bastante alta.

A fines de 1974 y para complementar sus fabricaciones metalúrgicas, Edwards y Ceruti S.A. adquirió del Estado, a través de la Compañía de Acero del Pacífico, el 90% de las acciones de la Sociedad EQUITERM S.A. ubicada en Concepción. Al hacerse cargo de su administración, pasó a disponer de su cuarta y más importante planta industrial. En noviembre fueron designados como sus directores Carlos y Fernando Ceruti, y en calidad de gerente general el joven Hugo Rocco Quiroz.

Para la empresa significó un periodo de crecimiento importante que le permitió adquirir la fábrica de grandes perfiles metálicos EQUITERM, ampliar el mercado chileno y abrir mercados en los países del Pacto Andino, especialmente en Ecuador y Bolivia. Durante estos años la empresa creció persistentemente, debiendo los hermanos Carlos y Fernando esmerarse en un trabajo arduo y duro para reinvertir permanentemente las utilidades, realizando la compra de nuevas maquinarias y equipos con el propósito de hacer frente a los nuevos desafíos.

Por su parte la empresa no sólo mantuvo, sino que prosiguió su política de permanente preocupación por el bienestar de su personal, lográndose varias importantes realizaciones, tanto en el mejoramiento de las condiciones ambientales de trabajo dentro de sus plantas, como en la asistencia directa al personal y sus familias. Se hicieron algunas nuevas construcciones, para comedores, vestuarios y baños y se ampliaron y mejoraron varias instalaciones existentes. También se completaron y reacondicionaron algunos lugares de producción en los talleres.

Se siguió proporcionando ropa de trabajo y equipos de seguridad a todo el personal que laboraba en maestranzas y talleres. Se aumentaron en número y cantidad las asignaciones de escolaridad, tanto para trabajadores-estudiantes como para los hijos del personal, y se aplicaron asignaciones individuales por antigüedad como un porcentaje de las remuneraciones.

Se aumentó el Fondo de Bienestar dando curso a un mayor número de préstamos de emergencia. También se aumentó el aporte de la Empresa al Fondo de Indemnización por Años de Servicio. Ambos fondos fueron administrados por comités mixtos, formados por representantes del personal y de la empresa.

Durante el año 1974, la empresa otorgó préstamos en dinero y facilitó materiales de construcción a varios de sus trabajadores que tenían necesidad de adquirir terrenos y construir o ampliar sus viviendas. Además, son dignos de hacer notar los premios de estímulo otorgados al personal, por asistencia, compañerismo y laboriosidad.

Hubo varias festividades que congregaron a todo el personal de las zonales y a sus familias en sus lugares de trabajo para celebrar las fiestas patrias y la navidad. En todas ellas hubo mucha alegría y se puso en evidencia el espíritu de solidaridad entre todos los colaboradores, sin distinción de jerarquías, tanto para su organización como en la realización misma. Cada año se realizaba un paseo anual donde las familias compartían y eran características las competencias deportivas. La empresa se preocupó de estimular las iniciativas deportivas ayudando con materiales deportivos a los clubes formados por el personal, contribuyendo a la organización de olimpiadas internas mediante premios y aportes diversos.

Durante estos años, los servicios de asistencia social de las distintas zonales, a cargo de distinguidos profesionales, incrementaron notoriamente su labor en la ayuda directa, para solucionar problemas de los trabajadores y sus familias. También se reforzó la campaña de capacitación profesional y de educación general. Se llevaron a cabo numerosos cursos, conferencias y seminarios internos a distintos niveles y se hizo buen uso de los cursos ofrecidos por otras instituciones y universidades, en Concepción, Santiago y Valparaíso.

En 1975, la Empresa formó la filial Imcec Ltda., con el objetivo de realizar obras civiles que complementaran sus actividades de construcción industrial y para establecer además una nueva línea de actividades en el campo de la construcción en general. Asimismo, la

empresa inició un programa de modernización de sus plantas para aumentar su eficiencia y productividad, al mismo tiempo que comenzó una revisión de sus rubros de fabricación y servicios para readecuarlos a las nuevas condiciones impuestas por el mercado interno y las exportaciones.

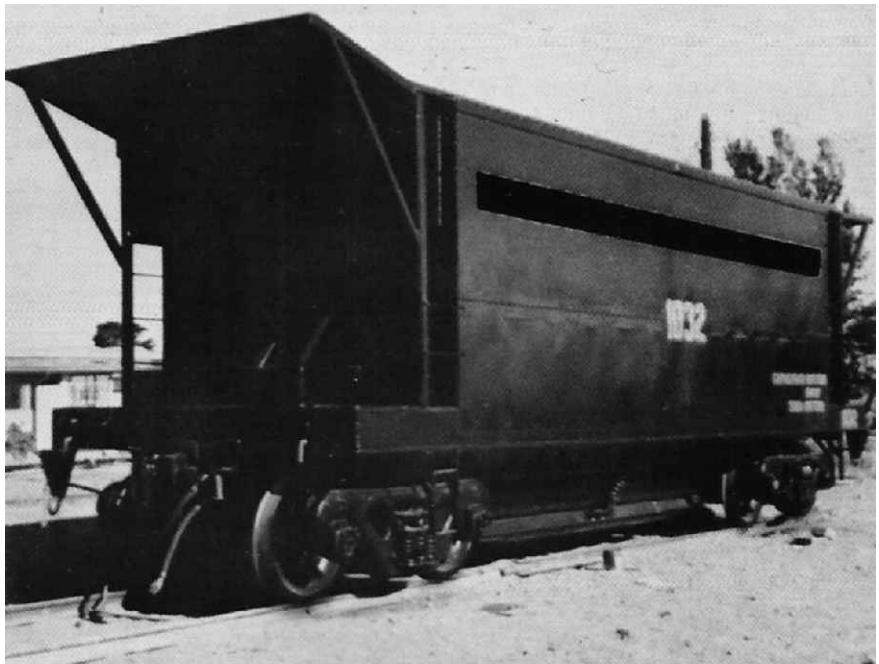
En el mismo año, respondiendo a los requerimientos de la política económica nacional, inició la apertura de nuevos mercados exteriores, exportando manufacturas metálicas y servicios de ingeniería y montaje industrial, especialmente a Bolivia y Ecuador.

En ese año, con el fin de realizar trabajos de construcción industrial y para representar a la Sociedad en Bolivia, la empresa fundó en aquel país, invitando a dos socios bolivianos, la sociedad filial EDYCE-Bolivia Ltda. Durante 1977 las operaciones de dicha filial progresaron con resultados alentadores. También fue posible extender con éxito las actividades de exportación de la empresa a la República del Ecuador, donde además se iniciaron positivos contactos para llegar a establecer otra sociedad filial con idénticos objetivos.

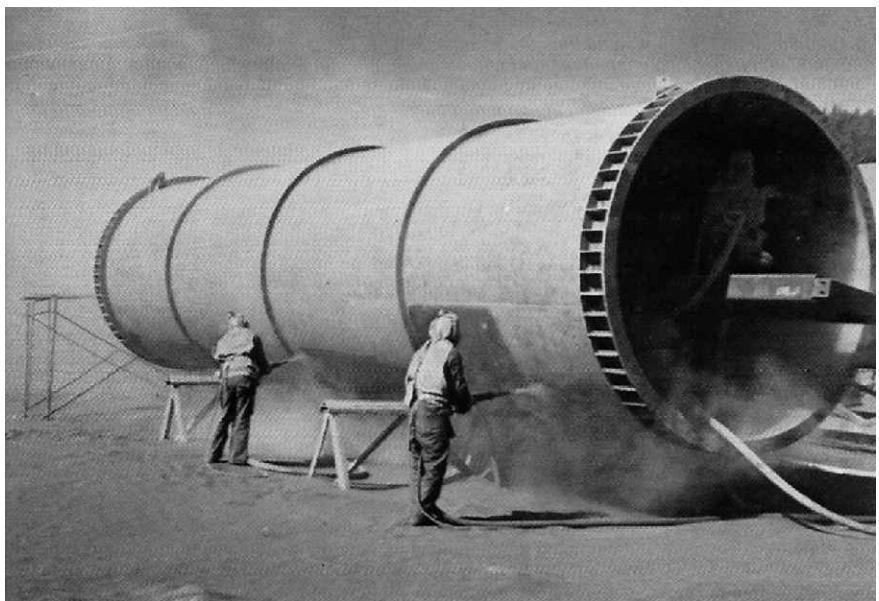
Lo que hicieron con gran esfuerzo fue lograr fabricar estructuras metálicas para Chile—se transformaron en una de las más grandes maestranzas del país—y para los países vecinos del Pacto Andino en donde construyeron estructuras para puentes de carreteras, industrias y en general para el desarrollo de obras públicas y de construcción. Todas estas aventuras derivaron en la creación de EDYCE Bolivia y EDYCE Ecuador (compañía de montajes industriales para las estructuras llevadas desde Chile).

En la ciudad de Santa Cruz de la Sierra en Bolivia, la firma se asoció con la compañía inglesa Tate & Lyle y montaron y construyeron el Ingenio Azucarero Unagro-Santa Cruz, en el pueblo de Minero, la más grande e importante refinería de azúcar de Bolivia.

Se acrecentó la exportación de estructuras metálicas a los países del Pacto Andino y se implementó el sueño de los socios de EDYCE de contribuir al desarrollo chileno y latinoamericano mediante la creación de unidades productivas que trajeran riqueza a nuestros países, trabajo a sus profesionales, empleados y trabajadores, pero también levantando plantas propias con materiales propios, dándole sentido a la formación que años atrás tuvieron en la Universidad Técnica Federico Santa María, para devolverle al país lo que el país hizo por ellos.



Carro ferroviario Edyce



Tuberías de acero de gran diámetro Edyce

En marzo de 1976 se iniciaron los trabajos en el pueblo de Minero, Santa Cruz de la Sierra, y ya en diciembre se había completado un 90% de las instalaciones y se iniciaban las pruebas de funcionamiento de las diferentes maquinarias. Durante el periodo de máxima actividad trabajaron cerca de quinientas personas en dicha obra, de las cuales alrededor de cien fueron enviadas desde Chile. Periódicamente la obra fue inspeccionada por el presidente y gerente de filiales de la Sociedad, Carlos Ceruti Gardeazábal.

Se trabajaba intensamente para abrir nuevos mercados internacionales para sus fabricaciones y servicios en ingeniería, especialmente en Bolivia, Ecuador y Venezuela. Las peticiones de precios y propuestas fueron en constante aumento, concretándose negocios de diversa importancia.

A Ecuador se exportaron estructuras metálicas y se contrató la fabricación de algunos puentes carreteros. Para Bolivia se fabricaron varios estanques de almacenamiento, celdas de flotación y galpones metálicos para la industria minera y metalúrgica, y en Venezuela se contrató la ingeniería y fabricación de una planta completa para elaborar aceites esenciales. Asimismo, se presentaron variadas propuestas en los países de Centro América como la fabricación de carros de ferrocarril, para lo cual se llegó a acuerdos con la firma Socometal, lo que permitió una presentación conjunta en Guatemala, El Salvador, Costa Rica, Bolivia y Venezuela.

La aciaga decisión del gobierno militar de retirar al país del por entonces vigente Pacto Andino, a fines de los años setenta, resultó en una debacle para la fábrica de Carlos, puesto que tenían importantes fichas apostadas en estos países, en donde habían levantado plantas completas. Con dos plantas funcionando en Bolivia y en Ecuador, tuvieron que replegarse especialmente en las instalaciones en Viña del Mar y Talcahuano. Y es así como a mediados de 1981 se acordó cerrar la Planta de Santiago en atención a que desde las plantas de Talcahuano y Viña del Mar podían atender las ventas reducidas de aquellos años deficitarios.

Presidencia de ASIMET y otras actividades gremiales (Asociación de Industrias Metalúrgicas y Metalmecánicas)

Al son de dichos acontecimientos, Carlos tuvo una activa participación en instituciones que tuvieron una destacada responsabilidad en el Chile de la época. Su energía y compromiso con el desarrollo del país en los ámbitos educacional e industrial lo llevaron a participar activamente en instituciones como la Cámara Chilena de la Construcción, en donde llegó a ser consejero nacional por el Comité de Contratistas Generales. También participó en la Asociación de Industriales Metalúrgicos ASIMET (presidente), el Colegio de Ingenieros (consejero y fundador del Colegio en 1958), el Instituto de Ingenieros de Chile (consejero), Instituto Chileno de Administración Racional de Empresas ICARE (vicepresidente), la Sociedad de Fomento Fabril SOFOFA (consejero), la Corporación de Fabricantes de Bienes de Capital (presidente), el Instituto Tecnológico de Chile INTEC-CORFO (vicepresidente), la Sociedad Chilena de Tecnología para el Desarrollo SOTEC-Fundación Chile (presidente y fundador) y la Universidad Diego Portales (director y fundador en el año 1982), entre otras actividades.

Fue tan variada e intensa su actividad que en cada una de las instituciones en que participó dejó una huella vital, con una dedicación inagotable en cada uno de los proyectos. Era al mismo tiempo director de una institución, presidente de otra, consejero de otras y llegaba a casa y trabajaba en sus hobbies. Revelaba fotografías en su cuarto oscuro, cortaba las diapositivas y les ponía los marcos, planchándolos uno a uno y escribiendo en el margen a qué correspondía cada imagen y su fecha junto a una flecha en rojo que indicaba la posición para ponerla en la máquina de diapositivas, clasificándolas en cajas meticulosamente ordenadas. También grababa música de los discos de vinilo, en los últimos años de los compacts discs o directamente de la radio (preferentemente El Conquistador en Santiago y UTFSM en Valparaíso), dándose el tiempo para escribir en cada carátula y reverso del casete el detalle de lo grabado, por ejemplo, si era concierto le ponía de qué se trataba, el compositor, el director, el solista, la orquesta y la música con todos sus movimientos, en pequeñísima caligrafía.

A mediados de junio de 1981 ASIMET celebró su reunión anual, ocasión en la que se designó oficialmente como su presidente al ingeniero Carlos Ceruti Gardeazábal. El lema de lo que sería su

bandera de lucha en esta presidencia, en palabras suyas fue “*sin duda que la industria nacional en general y la metalmecánica en particular, atraviesan en esta hora por uno de los períodos más críticos de su existencia, traducido en una disminución del crecimiento y, más aún, en una dramática recesión de nuestras actividades*”.

A su juicio, la apertura irrestricta al comercio internacional causaba una dura y desleal competencia, debido al ingreso en Chile de productos fuertemente subsidiados en sus países de origen, llevando casi a la pérdida total la propia capacidad competitiva. En general, se preveía una preocupante desindustrialización del país, instaurando un marco de angustia y zozobra en el ámbito industrial nacional.

Frente a este cuadro desalentador, la industria metalmecánica nacional intentó adaptarse a las nuevas condiciones impuestas por los conductores del modelo económico de Pinochet, importando piezas y partes que antes fabricaban ellas mismas. Inevitablemente ello significó el cierre de muchas empresas subcontratistas pequeñas. Se calculaba que aquellas que utilizaban el 90 o el 100% de recursos nacionales llegaron a emplear tan solo el 10 o el 20% de piezas producidas en el país, extranjerizando cada vez más sus producciones.

Las ventas en este sector industrial disminuyeron en un 30% y la mano de obra en un 25%, por lo que la reducción de personal alcanzaba la cuarta parte, ante lo cual Ceruti sostuvo en todos los foros la necesidad de modificar la paridad cambiaria, optando por aumentar las tasas arancelarias para impedir la desleal competencia externa que prácticamente estaba haciendo desaparecer la industria nacional.

En una de sus primeras gestiones protocolares como presidente de la asociación sostuvo en el mes de julio una reunión con el presidente Augusto Pinochet, oportunidad en que le expuso los aspectos generales de la situación del sector metalúrgico-metalmecánico.

Le manifestó enfáticamente que los industriales chilenos no deseaban medidas proteccionistas ni subsidios especiales, pero tampoco deseaban que nuestro país subsidiara las importaciones protegiendo a la industria extranjera. Le hizo presente en esta oportunidad que mientras la tasa de cambio permanecía fija, los

costos internos se encontraban en permanente ascenso, afectando seriamente la producción nacional, situación que en algunos casos les impedía competir.

También le manifestó que el principal problema que enfrentaba el sector era el tremendo costo del dinero, pues las alzas que tuvieron los intereses bancarios representaban un serio escollo para el sector. Le llamó la atención también sobre los altos impuestos que debían pagar los industriales en comparación con los que cancelaban los productores extranjeros. Precisó que este hecho era determinante para que los costos fueran más altos, a pesar de que técnicamente la capacidad del industrial chileno fuera tanta o mejor que la foránea.

A mediados de agosto la mesa directiva encabezada por Ceruti se reúne con el Almirante José Toribio Merino, miembro de la Junta Militar. En aquella ocasión le hicieron entrega del texto “*Anteproyecto de Investigación Tecnológica*”, preparado entonces por ASIMET, solicitándole su patrocinio para su tramitación en las comisiones legislativas y posterior transformación en Ley de la República.

Se sabe que ni Pinochet ni Merino tomaron muy en cuenta estas reuniones con Ceruti. Se comprueba esto porque un par de años después, en 1984, un grupo de profesores y ex alumnos de la UTFSM fueron a visitar a Carlos Ceruti en su casa de la calle Cuarto Centenario en Santiago y le solicitaron que presentara su nombre con el apoyo de un grupo importante de ellos para asumir la rectoría nuevamente, ya que se había tomado la decisión de terminar con los rectores delegados y volver a rectores civiles. Cuál no sería su sorpresa cuando recibió entre los visitantes a algunos profesores que eran ex alumnos y que en la época de su rectoría estuvieron a favor de la toma de la universidad. Le manifestaron su confianza en su persona y que estaban apesadumbrados por el camino que había seguido el proceso universitario después de su renuncia a la rectoría el año 68. Carlos aceptó la proposición, ilusionándose con un segundo periodo en el que imaginó completar su plan estratégico, adecuado a los nuevos tiempos. Aunque se estaban produciendo cambios en el sistema universitario, las instituciones seguían ligadas a las Fuerzas Armadas que las habían intervenido. Fue así como Carlos se enteró que su postulación fue vetada por el entonces Almirante José Toribio Merino, debido a sus labores como presidente de ASIMET—sobre todo por la campaña de la defensa del producto chileno—razón por la que lo vincularon políticamente a la oposición del gobierno militar.

En la presidencia de ASIMET, durante los meses de julio, agosto y septiembre la agenda de Ceruti se mantuvo a tope, sosteniendo diversas reuniones tales como con el Ministro del Trabajo Miguel Kast, con quien abordó las temáticas del desempleo en el sector industrial; con el representante de la CEPAL Salvador Lluch, coordinador del programa de bienes de capital, quien manifestaba el interés de la CEPAL de cooperar al desarrollo chileno a través de programas de desarrollo de industrias productoras de bienes de capital; con el Embajador de Gran Bretaña John Heath, quien le ofreció su amplia colaboración para coordinar acciones orientadas a promover las exportaciones de productos del sector a su país; con personeros de la Sociedad TECNIBERIC de España, con el objeto de ofrecer los servicios de esa organización de empresas de ingeniería de productos; con diversos medios de comunicación nacional, quienes le ofrecieron amplia colaboración a la Institución, por la vía informativa; con el experto de la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial ONUDI Hugo Villamil, quien dio a conocer aspectos relacionados con un proyecto de promoción de inversiones en Chile, elaborado en el seno de ese organismo y orientado al desarrollo industrial del país; con los Representantes de la Confederación Nacional de Trabajadores Metalúrgicos, Industriales y Comercio del Sector Privado, oportunidad en que los personeros laborales le entregaron un amplio informe acerca de la situación de las empresas del sector y de sus trabajadores; con el Directorio de la Corporación de Estudios Nacionales, adoptando un acuerdo de acción en el marco de la situación de la industria nacional; con el Presidente del Banco Central de Chile Sergio de La Cuadra, planteando puntos de vista referentes a facilitar los trámites de las denuncias de las importaciones subsidiadas; y con ASMAR, invitado especialmente a Talcahuano por los Astilleros y Maestranza de la Armada.

En agosto a su vez suscribió un Convenio con el Ministerio de Educación, mediante el cual la Institución Gremial asumió la administración del Liceo Industrial A-62 Chileno-Alemán de Ñuñoa. El acuerdo fue firmado por el Subsecretario Manuel Errázuriz y el Presidente de ASIMET Carlos Ceruti. Durante 1982 dicho Liceo Industrial realizó actividades relativas a la organización del plantel en cuanto a su funcionamiento, estructura y personal. Se organizó además un programa de perfeccionamiento de los alumnos del último curso, en servicios técnicos necesarios para la comunidad. Se realizaron también gestiones con las Escuelas de Mandos Intermedios

de España para traer profesores que enseñaran a los alumnos y profesores del Liceo aquellas materias que definen a los mandos intermedios, y se estableció contacto con la Embajada de Alemania tras el objetivo de traer profesores para actualizar los conocimientos tecnológicos de los docentes nacionales del plantel, dictando clases a los alumnos y personal que trabajaba en las empresas. Incluso se iniciaron conversaciones con la Embajada de Japón para tratar de desarrollar un proyecto de equipamiento de talleres, laboratorios y profesores especializados para crear la especialidad en el Liceo de técnicos industriales en automotores.

Con característico entusiasmo, concurrió en carácter de delegado oficial de Chile a la décima reunión de la Comisión del Hierro y del Acero de la Organización Internacional del Trabajo, que se celebró en Ginebra a mediados del mes de octubre. En dicha reunión participaron más de doscientos cincuenta delegados de diversas naciones y se designó la Mesa Directiva, donde fue elegido segundo vicepresidente.

Durante su presidencia Ceruti mantuvo sucesivas reuniones con el consejo de la SOFOFA exponiendo los puntos de vista de ASIMET, planteando las observaciones y aspiraciones del gremio en el marco de la política de economía social de mercado vigente. Al asumir el nuevo presidente de la SOFOFA, se reunió inicialmente con Ceruti por considerar a ASIMET como el gremio más importante de la Federación, con el objetivo de intercambiar ideas acerca del futuro de esa sociedad.

En su directiva la Institución creó un Centro de Documentación destinado a proporcionar a los asociados antecedentes de carácter económico, tecnológico o estadístico, en relación al campo industrial en general y en relación a cada industria asociada en particular. Este nuevo Centro fue implementado en una primera etapa por la especialista en archivos y documentación Silvia Mujica. Dicha dependencia dispuso de archivos de documentos, recortes de prensa, revistas y publicaciones nacionales e internacionales, fundamentalmente referidos al sector metalúrgico metal-mecánico. Asimismo, consideró imprescindible la contratación de un agente para la difusión de las ideas del gremio, para lo cual contrató los servicios profesionales del periodista Manuel Carrasco Torres, que se desempeñaría como asesor de relaciones públicas y difusión de ASIMET.

Por supuesto, no faltarían las gestiones para llevar a cabo congresos, charlas y mesas redondas con presencia académica connotada, además de las consecuentes publicaciones con las cuales

se iría fecundando de experiencia propia y contingente a aquel nuevo centro de documentación del gremio.

En el mes de septiembre organizó un ciclo de charlas sobre la Ley 18.018, modificatorias del Decreto Ley N°2.200 y otras disposiciones de carácter laboral. También organizaron congresos en la octava región en conjunto con la Universidad de Concepción a los cuales asistían como conferencistas asesores jurídicos o técnicos. También en conjunto con su querida UTFSM gestaron el “Primer Seminario Internacional de Procesos de Fabricación de Máquinas Herramientas”.

Bajo su presidencia se realiza en Santiago una reunión de empresarios latinoamericanos productores de bienes de capital, cuya finalidad fue la de intercambiar opiniones con miras a unificar esfuerzos para que en el futuro Latinoamérica tomara una parte más significativa en la fabricación de los bienes de capital que nuestro propio continente requiere. En este encuentro coordinado desde la CEPAL tomaron parte representantes de Argentina, Brasil, Chile, Ecuador, México, Paraguay, Perú y Venezuela.

En marzo de 1982 Carlos y Elvira se dirigieron rumbo a su natal Valparaíso, a aquella misma universidad que fuera su casa por tantos años. Invitado por el rector de la Universidad Santa María, el Almirante Ismael Huerta, pronunció un discurso en el solemne acto conmemorativo del cincuentenario de dicha universidad. Por supuesto que el ex rector Ceruti no desaprovechó la oportunidad para rendir homenaje a su fundador, don Federico Santa María Carrera. Se refirió en forma especial a su pensamiento visionario y a su invaluable contribución a la educación superior mediante el establecimiento de una universidad destinada a servir a las necesidades y al desarrollo nacional, preparando individuos de alta calidad técnica y científica, con atención a la juventud de la clase trabajadora.

En mayo Ceruti asiste al acto de iniciación del año académico del Departamento de Mecánica de la Universidad de Tarapacá, en Arica, ceremonia en que estuvieron presentes autoridades universitarias, alumnos e invitados regionales especiales. En aquella oportunidad Ceruti dictó una clase magistral bajo el título “Formación Tecnológica, Industria y Desarrollo”, que fue seguida con sumo interés por parte de la audiencia. Durante su permanencia en Arica sostuvo diversos intercambios de ideas con industriales de la región, profesores y académicos universitarios.

Campaña de defensa del producto chileno

Desgraciadamente célebre fue una frase del Ministro de Economía de la época en que llamó a los industriales lecheros del sur a “*comerse las vacas*”, ya que deberían dejar de producir leche si perdían dinero a causa de la importación de leche a un menor costo para la población. Finalmente, los aranceles se mantuvieron bajos y parejos y gran parte de la industria chilena debió adecuarse con gran esfuerzo, muchas veces cambiando de rubro, provocando una seria crisis en el país. Carlos, que creía que su crítica era constructiva y que contribuía seriamente a mejorar las condiciones del país, fue considerado por las autoridades militares como un opositor a la política económica que se estaba aplicando, debido a sus desavenencias con cierto tipo de medidas que afectaban dramáticamente al proceso de industrialización chileno.

En esa época, junto al Colegio de Ingenieros de Chile y a destacados empresarios, implementaron la “*Campaña del producto chileno*”, motivando a consumir los productos fabricados por la industria chilena, contrariamente a lo que predicaban los “*Chicago Boys*”. Estos economistas, desde el gobierno, consiguieron implementar medidas que rebajaron los aranceles en forma pareja a todos los productos importados, dejando a la industria nacional en precarias condiciones y a merced del mercado internacional, por lo que muchas de ellas debieron sufrir cesación de pagos o incluso la quiebra. Así sucedió con la gran mayoría de la industria textil, metalúrgica y otras. Carlos, contrario a estos economistas, propiciaba la idea de que los aranceles deberían ser diferenciados para aquellos productos en que Chile tenía ventajas comparativas, se debía fortalecer la industria nacional, especialmente en aquellos sectores en que la materia prima tenía un valor agregado en el país, o sea en aquellos productos en que se agregaba inteligencia al material natural que producen las minas, la agricultura, el mar y otros. Había que transformar en productos manufacturados materias primas como el cobre o el litio, ya sea que se consumieran en el país o se exportaran.

Carlos explicaba su idea con el ejemplo de que era más importante que un trabajador de una fábrica de camisas pudiese comprar esa camisa producida en Chile, por ejemplo, en cincuenta dólares, ya que tenía ingresos de un trabajo estable, a que la camisa al ser importada le costara diez dólares, pero no tuviera trabajo estable para comprarla.

Desde la SOTEC recibió un gran impulso y se transformó en un impulsor de la innovación tecnológica y de la investigación industrial para crear tecnologías para el desarrollo de las empresas. Por medio de seminarios, congresos, charlas en universidades, empresas, sociedades y asociaciones gremiales; impulsó asimismo la adaptación de tecnologías para adecuarlas a los procesos productivos nacionales. Fueron actividades en que Carlos Ceruti se destacó por sus ideas y gestiones. Sus publicaciones *“Chile es y debe ser un país industrial”*, *“Impacto de la Ciencia y la Tecnología en el Desarrollo”* y *“Formación Tecnológica Industrial y Desarrollo”* destacan como espejo de sus ideas en dichas materias y actividades.

En enero de 1982, con entusiasmo y el rigor de la urgencia se reunieron en las oficinas de la Confederación de Productores Agrícolas diversos dirigentes gremiales con el objeto de poner en marcha una campaña de defensa del producto nacional y de preservación del trabajo de los chilenos. Se designó un comité ejecutivo que asumió la responsabilidad de la puesta en marcha de la campaña en que la institución tuvo, desde sus comienzos, activa participación a través de Ceruti, uno de los impulsores de la iniciativa junto al vicepresidente de ASIMET Ángel Fantuzzi.

La iniciativa encontró amplia adhesión en la mayoría de los gremios empresariales del país, una gran acogida ciudadana y un efectivo apoyo en los medios de comunicación. Entre los días 12 y 15 de mayo realizaron una gira a las principales ciudades de la X y XI regiones, con el fin de dar a conocer los postulados de la iniciativa.

Durante su visita a Puerto Montt, Osorno, Valdivia y Temuco, se reunió con representantes gremiales de todas las actividades de la producción. En cada una de las ciudades mencionadas quedaron constituidos los comités regionales de la campaña, los cuales iniciaron de inmediato un plan de acción para incentivar el consumo de productos nacionales a fin de preservar la economía de esas zonas.

Una invitación inesperada

En abril del año 1983 recibe una carta firmada por la Ministra de Educación Mónica Madariaga Gutiérrez. En la misiva se explica que durante ese año el Ministerio de Educación se abocaría a la evaluación de la legislación vigente sobre educación superior, formulando los ajustes que se hicieran necesarios. Para ello se constituirían diversas sub- comisiones de trabajo sobre variados temas relacionados con la materia.

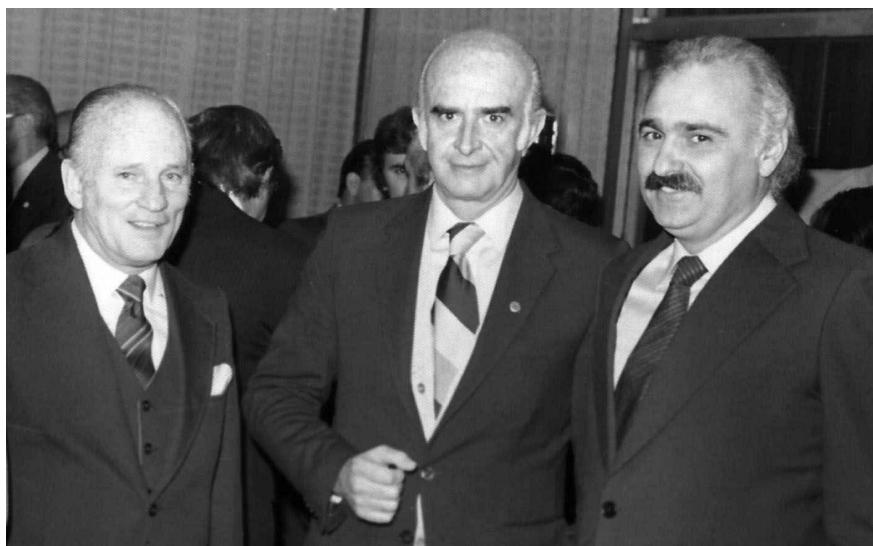
“Estoy segura que su participación sería un valioso aporte para el logro de los objetivos anteriormente expuestos. Por ello tengo el agrado de invitar a Ud. a participar en la subcomisión N°7 Relaciones inter institucionales y de éstas con el Estado, que se constituirá oficialmente el día miércoles 27 del presente mes, a las 18 horas en la Sala Andrés Bello de la Biblioteca Nacional”. Carlos vio en esta invitación la oportunidad de aportar algo con la visión surgida de su experiencia desde la Santa María, y aceptó encantado.

Cada una de estas comisiones estaba conformada por entre cinco y diez integrantes. En el caso de la Comisión n°7 estuvo integrada por la propia Ministra Madariaga junto a Fidel Reyes, Eugenio Cáceres, Hugo Castro, Carlos Ceruti y William Thayer.

En estas reuniones Ceruti aprovechó de plantear sus ideas, para lo cual se aprestó a redactar un listado de consideraciones nacionales, educacionales, legales, económicas y de futuro, concluyendo con una serie de propuestas como la posible creación de una subsecretaría de educación superior y de una junta nacional coordinadora de la educación superior, estableciendo la posibilidad de libre asociación de las universidades y los institutos profesionales para integrar consejos nacionales y/o regionales con fines de coordinación y cooperación, y la creación de un organismo, preferentemente privado, cuyas funciones serían la acreditación permanente de la calidad y nivel de los programas, carreras y grados universitarios existentes, y el establecimiento de exigencias y requisitos para la creación de nuevas instituciones de educación superior.

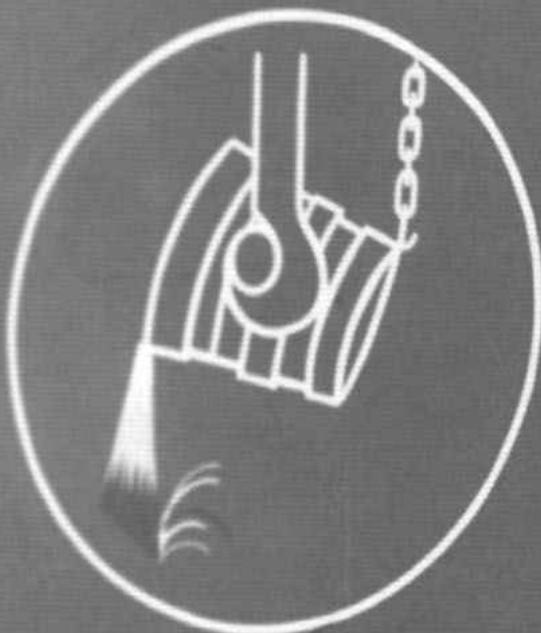
Cabe mencionar que algunos años atrás, exactamente el 1ero de agosto del año 1979, el Ministro de Educación Pública de la época Gonzalo Vial Correa le envió en una misiva un Cuestionario sobre Ley General de Universidades, a la cual Ceruti atentamente respondió: *“Estimado señor Ministro: Atendiendo a su solicitud, adjunto a la presente, me permito enviarle una serie de reflexiones y opiniones personales relacionadas con los puntos señalados en el cuestionario que tuvo la gentileza de enviarme”*. Y en seguida le comenta *“con el objeto de poder opinar con mayor propiedad, sería muy interesante para mí conocer el proyecto de ley que se está discutiendo... Es por ello que me tomo la libertad de solicitarle el envío de una copia de dicho documento”*. Se desconoce lo que pasó con esta correspondencia, pero adjunto a esta carta Ceruti anexa un documento mecanografiado con una decena de puntos bien sistematizados en los que manifiesta las reflexiones y opiniones solicitadas.

Hay que destacar en 1982 la participación de Ceruti en la creación e iniciación de actividades de la Universidad Diego Portales, una importante universidad privada de gran prestigio y reconocimiento académico y profesional. Junto a un destacado y selecto grupo de académicos, industriales, profesionales y empresarios crearon la Universidad Diego Portales con el propósito de contribuir a ampliar las expectativas de los estudiantes que optaban por ingresar a las universidades chilenas, ofreciendo una alternativa diferenciada con énfasis en la calidad y el pluralismo académico. Por sus ideas y experiencia como Educador, fue importante su actuación en el Directorio de los fundadores de la Universidad, junto al Rector Manuel Montt Balmaceda y personalidades como Jorge Edwards, Gustavo Serrano, Pedro Lizana y Otto Dörr, entre otros.



Carlos Ceruti y ex Presidentes de ASIMET
Jorge Cheyre y Ángel Fantuzzi, 1982

Carlos Ceruti Gardeazábal
Presidente de ASIMET, 1982



ASIMET

CAPÍTULO VIII

EL CAMINANTE DE LA CALLE BILBAO (1983-1987)

*“Cómo le brillan los ojos... Lo que yo quería saber es
¿qué le pasa a una estrella fugaz cuando el sol se apaga?*

*Las estrellas caen como polvo o semilla en este
o en otros mundos y el sol se dispersa en nuestras mentes,
en las vidas de muchos seres, lo que va a renacer
como una nueva luz o el viento cósmico disperso en el infinito”*

Nikola Tesla

“La muerte es una sombra que pasa”

José Miguel Carrera
(camino a ser fusilado)

Carlos Ceruti camina alrededor de la residencia donde encuentra su alojamiento final, en Santiago de Chile, por una calle llamada Bilbao, mismo nombre de la ciudad desde donde Casiano Ceruti había comenzado hace ya tantos años este periplo, el de su aventura y el de su descendencia. Ahora es su hijo Carlos quien recorre kilómetros dando vueltas a la manzana urbana durante los últimos dos años de su vida.

Tras sufrir un infarto el médico le recomendó caminar, y entonces él adoptó esta práctica rutinaria como el ejercicio físico de una conciencia que se sabía, en sus propias palabras, “viviendo de prestado”, aceptando ese tiempo final como un regalo que le hacía la muerte para sentir como nunca esa sensación de saberse vivo, de sentirse en su cuerpo y en su nombre, en su ser humano y memoria, percibiendo en su apogeo el sentido de todo aquel periplo que lo premiaba dadivosamente en este tiempo de reflexiones y despedida.

Una serena convicción de la muerte calibraba esos pasos que se perseguían a sí mismos en la ruta final de una vida que, si bien se negaba con tristeza a terminar, iba anidando en la resignación de su incesante recorrido: la misma calle una y otra vez es siempre diferente y nueva, cada vuelta se dilucida en el tiempo transformando el paseo en un trayecto interior, en una navegación por los ríos de la memoria.

Primer recuerdo: Tercera Convención de Ingenieros de Chile (En homenaje al cincuentenario de la UTFSM)

En Valparaíso, precisamente en la maciza e imponente construcción de la Universidad Santa María, el Colegio de Ingenieros adhirió a los homenajes del cincuentenario del plantel universitario, realizando su tercera convención. El congreso se llevó a cabo la primera semana de diciembre de 1982, participando destacadas personalidades, ex ministros de estado y más de doscientos profesionales del área, muchos de conocida trayectoria.

El presidente del Colegio de Ingenieros de Chile Eduardo Arriagada terminó su discurso de apertura agradeciendo a la comisión organizadora el arduo trabajo de tantos meses que la habían hecho posible. A continuación, Carlos Ceruti, como presidente de dicha comisión, expresó su personal y emocionado agradecimiento a las autoridades del Colegio por haberle confiado la responsabilidad de organizar dicho evento como uno de los actos trascendentales del año, en homenaje además a los 50 años de existencia de la UTFSM, a la cual tanto debía.

Al igual que los seminarios que organizara contratado por la UAG en México, hacía exactamente diez años atrás, la convención se encontraba muy bien estructurada en cuanto al diseño del programa, el horario de las exposiciones y las sesiones que contaban cada una de ellas con dos comentaristas designados para iniciar e incentivar el debate entre los asistentes, además de un moderador y un secretario técnico. Al término de todas estas exposiciones el ingeniero Sr. Raúl Sáez se referiría al papel que le cabía a la ingeniería en el futuro desarrollo del país y en la sesión de clausura, el presidente del Colegio haría un resumen de los tópicos más importantes desarrollados en la convención, para finalmente culminar con una publicación completa de todas las exposiciones, comentarios y discursos.

En ocasión del suyo, pronunciado en el acto inaugural del día 4 de diciembre, el Sr. Ceruti se permitió hacer algunas reflexiones sobre la tarea que les corresponde a los ingenieros en las empresas y la contribución que estos pueden dar a la civilización. En principio, según su parecer, *“Por encima del material, la civilización está en el pensamiento, en la definición de valores e ideales, en el nivel de las filosofías que se adoptan como normas éticas que por la realidad de los hechos ordena esta evolución y da la tónica de su proyección futura”*.

Sobre la tarea y la misión del ingeniero aclaró que hay una extensión creciente del papel de la ingeniería, por la utilización de sus métodos y de su actividad en campos cada vez más numerosos, más variados y más amplios. “*Nuestra actual civilización está profundamente influida por la técnica, la que se puede apreciar en todos los procesos industriales que se emplean para la creación o fabricación de bienes que sirven al hombre y hasta en el modo de vida que de todas estas aplicaciones y conquistas se van derivando*”.

Por todas partes y a todos los niveles, en la empresa de producción, en la distribución, en la administración y hasta en la vida social misma, los problemas deberían ser estudiados y tratados utilizando conocimientos, cualidades de lógica y razonamiento científico, que son los propios del ingeniero y que constituyen de hecho las características esenciales de su formación. Sin embargo, “*existe una evidente distorsión entre las facilidades que han sido puestas a disposición del hombre y el poder que ellas le otorgan en forma creciente sobre la Naturaleza y el orden prioritario de las cosas, por una parte, y las nociones de moral y los principios éticos por otra parte, los que son los únicos que pueden dar a esa riqueza un verdadero valor*”.

Por todo ello es que se impondría para cada uno la necesidad de adquirir una cultura profunda, que sea distinta de esa falsa cultura aparente que distribuyen hoy las máquinas producidas por el avance técnico. “*Es en esta sabiduría o en este replegarse sinceramente en sí mismo donde el Hombre encontrará satisfacción, ya que sacará de allí, por una parte, la voluntad de actuar y de perfeccionarse para merecer siempre más y, por otra parte, el valor de salir de sí mismo en un arranque de caridad y de amor al prójimo*”.

“*No es recriminando, perdido entre multitudes; no es olvidando, en la agitación de placeres ficticios, soportados más que gustados, sino pensando e instruyéndose, como puede construir su vida y conseguir que se le haga justicia*”.

El ingeniero, antes o después en su carrera, será un jefe, ya que es poseedor de la técnica, y es de la técnica cada vez más de la que depende todo. Un día u otro, sobre la base de esta técnica, tendrá que administrar un equipo, un grupo humano más o menos importante, cuya productividad, es decir, el éxito económico o social estará en sus manos. “*Hoy en día es más importante y urgente enseñar a los jefes a mandar que a los ejecutantes a obedecer ya que el problema de*

obediencia desaparece, o por lo menos, se plantea en forma radicalmente diferente, en función de la calidad del mando”.

“El ingeniero manda a la mecánica, pero para vencerla y domesticarla, para utilizarla en beneficio de los grupos humanos debe hacerlo con el hombre y en este caso no le bastan, para su acción de consejero y jefe, ni las fórmulas algebraicas, ni el computador, ni las frías estadísticas”.

“Quiero decir con esto que la humanización de la técnica y de la actividad industrial y productiva, y la rehabilitación de la nobleza del trabajo se deciden, de alguna manera, alrededor del ingeniero y según su actitud y acción en el seno de los hombres agrupados a su alrededor”.

Luego de analizar el mal uso que en muchos casos se hace del Poder, por falta de cultura, de moral o de capacidad real, Ceruti expresó: *“La verdadera fortuna, la verdadera felicidad, están en el pensamiento aplicado con serenidad y perseverancia al conocimiento y al juicio de los hombres y las cosas”*.

En seguida se explayó acerca de la recuperación por parte de la ciencia de sus derechos respecto del capital, en comparación al siglo XIX, en que se consideraba la cuestión en el sentido de la subordinación del mundo del trabajo al capitalismo: bastaba entonces comprar el trabajo para estar en paz. Hoy en día se planteaba con datos diferentes ese mismo problema entre técnica y capital. *“La puesta en acción de los grupos importantes constituidos a este efecto ya no es solamente un asunto de capitalistas: a pesar de lo que muchas veces se afirma, cada vez más los técnicos y los ingenieros son llamados a la dirección y a la gestión de tales unidades económicas”*.

Según su sentir, para la mayor parte de la producción, la época del patrón capitalista no técnico que gobierna él solo su empresa, o en rigor pagando un ingeniero a su servicio, se había ido superando. El grupo de producción estaría constituido, de hecho, por los ingenieros y en torno a los ingenieros, sin los cuales los capitales serían absolutamente inútiles. *“Al que puede pagar, todo le parece lícito y ha llegado demasiada gente que no merece esa confianza, a tener ese poder de pagar, gente que no merece tener el honor de tener el mando sobre personas o el manejo económico, no sólo por falta de experiencia y de capacidad real, sino por falta de humildad para reconocerlo y por falta de caridad para frenar su egoísmo”*.

Con respecto a la relación del ingeniero con los trabajadores de la industria manifestó la necesidad de contribuir “*al mejor conocimiento del por qué y del destino y objeto de lo que se elabora en un taller, el explicar con la sencillez necesaria el funcionamiento de una complicada maquinaria a quienes deben manejarla y el dar a conocer el papel que corresponde a la industria, o a la empresa en que el individuo presta sus servicios, como contribución al bienestar de la colectividad, servirán sin duda para que ese individuo comprenda mejor la responsabilidad de su propia labor, valorice la dignidad del trabajo que le está asignado y sea estimulado positivamente para perfeccionarse constantemente y con ello, mejorar la calidad de la parte del proceso de manufactura o del servicio que tiene a su cargo*”.

“*Por su parte, el ingeniero encontrará para sí mismo, en esta misión de educador, un medio de cultivarse no desdeñable, mediante la obligación de desarrollar sus propios conocimientos, de precisar su pensamiento y de perfeccionarse en su expresión, y encontrará también una fuente de alegría y una justificación de su pobre saber, ya que no se posee verdaderamente una riqueza y no se disfruta de ella, más que cuando se sabe repartirla*”.

“*Cualesquiera que sean su inferioridad, su infortunio o su fracaso, cada individuo debe conservar una alegría de vivir y ser feliz al realizar cierta misión. Es alrededor del acto del trabajo donde puede obtenerse esa alegría. Es grande, pues, la responsabilidad del que posee los elementos propios para este resultado y sería, para el ingeniero de cualquier categoría o especialidad traicionar la más justa de las causas, olvidarla o tratar de escapar a ella*”.

“*Todo ingeniero debería permanecer hoy en día atento a ese futuro y a su inmensa responsabilidad en el tipo de mundo que legaremos a nuestros hijos y, para ello, debe perfeccionarse constantemente, mediante una formación adicional a su técnica, en lo ético y cultural, que lo lleve al convencimiento primero y que oriente luego su creación, su inventiva y su acción en beneficio y felicidad del ser humano*”.

Segundo recuerdo: Fundación y presidencia de SOTEC (Sociedad Chilena de Tecnología para el Desarrollo)

Durante el mes de noviembre de 1980 emprendió vuelo rumbo a Bariloche, invitado por la Unesco y la Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, Argentina. En aquella memorable reunión austral de expertos tuvo ocasión un fructífero intercambio de ideas en pos de comprender el presente y el futuro de la calidad de la vida humana sobre nuestro planeta, intentándose explicar algunas de las causas y consecuencias del desarrollo tecnológico en nuestros países de la América Latina.

Ante tal concurrencia de prestigiosas personalidades latinoamericanas, convocadas para generar pautas de acción que se pudieran aplicar en la práctica al desarrollo nacional y continental, tuvo la inmejorable ocasión de dar la conferencia *“Impacto de la ciencia y la tecnología en el desarrollo”*, en la cual reflexionó acerca de la magnitud insospechada de la aplicación de los nuevos conocimientos y técnicas en el desarrollo del hombre y de sus comunidades.

“Por delicados que sean los nuevos problemas que crean las innovaciones tecnológicas y el desarrollo, y por difícil que parezca encontrar soluciones, creo que la inteligencia humana, el buen juicio que al final predomina en los cuerpos sociales y el natural sentido de supervivencia de la especie, permitirán superarlos total o parcialmente”.

“Porque soy optimista en cuanto a la inventiva e imaginación que es capaz de desarrollar el hombre frente a los desafíos que la Naturaleza siempre está poniendo a su paso, creo que superará estos y otros escollos en el futuro”.

Su carácter entusiasta, sin duda unido a su convicción de que el desarrollo de Chile requería de una incorporación masiva de la tecnología en todos los niveles, lo motivaron en 1982 a organizar un Seminario sobre el papel de la tecnología en una estrategia nacional de desarrollo, con participación de especialistas extranjeros, personeros de gobierno y del sector productivo nacional.

Un año más tarde convocó en Santiago la formación inicial de un directorio que comenzó por presidir. En ocasión de la primera reunión de la Sociedad tomó la palabra y recordó que hacía más de un año habían organizado un seminario internacional, manifestando muy a

su pesar que el interés de los debates generados en aquel encuentro no se tradujera en acciones que contribuyesen de manera concreta al desarrollo tecnológico de nuestro país. En este sentido se hacía necesaria la creación de una agrupación permanente de personas que promoviesen una mejor utilización de la tecnología en todos los sectores de la actividad nacional, la que llamaron Sociedad Chilena de Tecnología para el Desarrollo (SOTEC). La iniciativa se concretó con la formación de un directorio que redactó un proyecto de estatutos.

La SOTEC fue una institución sin fines de lucro, fundada en 1983, que se caracterizó por la organización de seminarios que tuvieron por objeto presentar casos de innovación registrados en el sector productivo nacional; creó el Premio a la Innovación Tecnológica, y llevó a cabo el proyecto *“La tecnología en el desarrollo nacional”* destinado a exponer la filosofía de SOTEC sobre la materia, nacional e internacionalmente.

La adaptación de la tecnología a las condiciones particulares del país y el perfeccionamiento de la misma luego de su primera implantación en el sector productivo nacional, presentaba desde el punto de vista profesional desafíos tan complejos y atractivos como la creación de tecnología local. Aparecía entonces una clara necesidad de distinguir aquellas áreas productivas en las que se justificaba la ambiciosa tarea de generar tecnologías locales.

Las fuerzas libres del mercado no aseguraban una asignación adecuada de recursos en el campo de la innovación tecnológica. Por las peculiares características de esta actividad, se podían anticipar resultados de poca importancia económica si el Estado no asumía un papel protagónico. En este contexto correspondía al Estado una activa función principalmente normativa, promotora, orientadora y supervisora de la actividad autónomamente desarrollada por instituciones públicas, empresas e individuos.

“En este sentido, me parece que la dictación de disposiciones legales que incentiven la investigación científica y la búsqueda de nuevas tecnologías por parte de los particulares, mediante ventajas tributarias y reconocimiento de gastos, es de toda conveniencia para la colectividad”.

Fundamentalmente se necesitaba que la comunidad entera participara del proceso de innovación, comprendiendo su importancia y aportando a su fluidez. Ello se traducía en la necesidad de crear una conciencia nacional sobre la naturaleza y relevancia de

este proceso, de las exigencias que tiene sobre la formación de recursos humanos, y de su impacto sobre el desarrollo económico y social del país.

El convencimiento de que el desarrollo de Chile requería la incorporación masiva de tecnología a todas las actividades nacionales, hicieron que su principal responsabilidad fuera la de formular este pensamiento de manera que pudiera ser entendido y apoyado por la comunidad y el gobierno. *“El país no tendrá una independencia económica ni aun política mientras no tenga una independencia tecnológica”*, aseveraba una y otra vez de forma recurrente.

Al mismo tiempo, la Sociedad debía hacer proposiciones específicas y concretas de acción frente a las distintas oportunidades de progreso tecnológico que tuviera el país. En particular en un periodo en que Chile pasaba por una crisis de la cual sólo podría salir, a su juicio, mediante programas ambiciosos de desarrollo industrial, agrícola y minero, todos los cuales requerían de una vigorosa actividad tecnológica.

Es interesante notar que esta perspectiva industrial del país fue una opción perdedora en posteriores elecciones de la SOFOFA, en la que triunfó el continuismo representado en la incorporación de Eliodoro Matte con amplia mayoría y la reelección de diez de sus consejeros. La nómina presentada por la corriente opositora a esta directiva acumuló sólo el 25% de las preferencias, lo que se traducía en una clara derrota de esta línea que postulaba cambios fundamentales en materia económica a nivel nacional y que encabezaba el presidente de ASIMET, Carlos Ceruti.

Tercer recuerdo: Carlos Ceruti es despedido de su propia empresa

A comienzos de los años ochenta el país experimentó una fuerte contracción y crisis económica que produjo quiebras de numerosas empresas, especialmente del sector metalúrgico y textil. La apertura del país al mercado internacional sin barreras de protección aduanera motivó que un número muy importante de empresas solicitaran su quiebra, suspensión de pagos y cambios de giro para aquellos que pudieron hacerlo. La situación de las empresas EDYCE se complicó a causa de la disminución de la demanda por los productos que elaboraba la empresa y por los consiguientes bajos precios que se

obtuvieron en las propuestas adjudicadas. Los balances arrojaron pérdidas debido principalmente al incremento del monto en pesos de la deuda en dólares a largo plazo con el Banco del Estado de Chile, causada por la devaluación de la moneda nacional producida durante el año 1982.

Las importantes cuotas semestrales destinadas a pagar la compra de EQUITERM—principal fabricante de estructuras metálicas de grandes dimensiones para construir especialmente puentes y estructuras del área minera—junto con la disminución dramática de las ventas, la salida del país del Pacto Andino que afectó las inversiones en países como Bolivia y Ecuador, sumado a la grave crisis general de la economía chilena motivaron que EDYCE entrara en suspensión de pagos y posterior convenio judicial de acreedores. Carlos Ceruti estudió todas las alternativas posibles y con la ayuda de sus relaciones comerciales logró materializar aquello conversando uno a uno con todos los acreedores para conseguir que ellos capitalizaran su deuda en la empresa y se transformaran en socios de la misma. Con ello demostraba que la firma tenía futuro y concibió un detallado plan para salir adelante y superar la crisis.

Lógicamente que esto significó una disminución muy importante de la participación de los socios originales de EDYCE en beneficio de los acreedores, entre los cuales estaban el Banco Concepción, Mitsubishi, Finansur, Sociedad Martínez y Compañía, Banco de Crédito de Inversiones, Banco Español, Compañía de Acero del Pacífico, Indura, Banco Israelita, Banco Unido de Fomento, Banco Real, Sodimac y otros. Dichas empresas capitalizaron sus acreencias y una medida importante que se tomó en 1981 fue el cierre de la fábrica de Santiago, para privilegiar Concepción y Viña del Mar. Así, el Banco Concepción pasó a ser el principal capitalizador de acreencias y por lo tanto el que dominó sin contrapeso en las decisiones del Directorio. El gerente general Hugo Rocco Quiroz, quien ingresara como ingeniero a la empresa en la década de los años sesenta, se mantuvo en su cargo y desarrolló una fuerte cercanía con los nuevos socios.

Una medida que impactó y desilusionó fuertemente a los hermanos Carlos y Fernando Ceruti fue que se tomó la decisión de suspender el sueldo al socio Carlos Edwards Mackenna, quien se encontraba gravemente enfermo y por decisión de Carlos y Fernando se le había mantenido hasta ese entonces su remuneración en forma permanente

como una acción ética y solidaria debido a su invalidez permanente por haber sufrido en 1968 un aneurisma cerebral grave que lo tuvo al borde de la muerte.

Carlos Ceruti Gardeazábal siguió como gerente de Desarrollo. Había liderado en ese entonces una larga y delicada negociación con los trabajadores de la empresa, quienes aceptaron que fueran desvinculados y posteriormente contratados y que sus indemnizaciones les fueran pagadas mensualmente con el flujo mensual de la empresa, que era viable económica y técnicamente. Como se podrá entender, se trató de delicadas reuniones hasta conseguir el objetivo de salir de la situación económica asfixiante en que se vivía, contando con el apoyo primero de los acreedores y posteriormente de los trabajadores, leales a su empresa. Por supuesto que sólo por esta lealtad a Ceruti los trabajadores aceptaron esta situación.

Con posterioridad se tomó la resolución de despedir de la empresa a Fernando Ceruti Gardeazábal, decisión que materializó el gerente Hugo Rocco y que provocó finalmente el quiebre definitivo con los nuevos propietarios de la empresa. Jorge Awad, Arturo Gardeweg y Hugo Rocco posteriormente se hicieron dueños de la participación del Banco Concepción y dominaron ampliamente sin contrapeso. Esta deslealtad del gerente general provocó en la familia Ceruti una amargura y un golpe emocional muy grande, pues se trataba de una persona de la confianza absoluta de Carlos y Fernando, quienes lo habían incorporado y formado desde que había egresado de la universidad siendo muy joven.

El golpe de gracia que recibió Carlos fue la carta que le envió Hugo Rocco el día 28 de julio de 1983, en la que le comunicaba el término de su contrato de trabajo. Se finalizaba así el desalojo planificado de los socios fundadores con el propósito de aprovecharse de la crisis y comprar la empresa, lo cual se produjo finalmente el año 1985, siendo desde entonces los dueños la familia Rocco en Concepción.

Pero eso no fue lo peor. Junto con el despido, se negaron a pagarle su indemnización por los años de servicio. Fundadores desde 1950, los hermanos Ceruti y Carlos Edwards guiaron la empresa a través de los años en los éxitos y en los fracasos, hasta el último día en que Carlos negociaba y demostraba que la empresa era absolutamente viable y podía continuar su giro y su funcionamiento, como queda demostrado hasta el día de hoy, en que sigue funcionando y siendo una de las más importantes maestranzas

fabricantes de estructuras metálicas del país y líder latinoamericana en estructuras de acero.

Carlos se vio forzado a tomar la decisión de demandar a su propia empresa, a la que le dio vida un día en el garaje de su casa en 1 Oriente 847 de Viña del Mar y a la que tantos desvelos entregó junto a sus fundadores. Presentó y obtuvo del juzgado una precautoria sobre bienes determinados hasta por la suma del valor de su indemnización, haciéndose efectiva sobre las cuentas corrientes de la empresa y sobre los estados de pago de los contratos con Codelco que mantenía EDYCE. Tener que hacerle esto a su EDYCE fue indudablemente una herida en su alma y un abandono a sus leales trabajadores. Las negociaciones de los trabajadores con Ceruti fueron desconocidas por los nuevos dueños, viéndose los trabajadores estafados por haber confiado en él. Este golpe lo acompañará como un dolor y una angustia inmensa hasta el día de su muerte el 17 de mayo de 1987.

Inmediatamente después del mazazo recibido con la pérdida de su querida empresa y de los duros acontecimientos que aquello conllevó (un duro juicio laboral donde lo trataron no sólo ofensivamente sino con argumentos repletos de falsedades, los cuales se encargó de rebatir uno a uno), recordó aquel escrito—el SI de Rudyard Kipling—“*Carta de un padre a su hijo*” que escuchó de su padre tantas veces, y que repitiera a sus hijos, haciendo carne aquella voluntad heredada de levantarse nuevamente una y otra vez después de cada tropiezo en la vida:

*Si puedes mantener intacta tu firmeza
cuando todos vacilan a tu alrededor
Si cuando todos dudan, fiás en tu valor
y al mismo tiempo sabes dominar tu flaqueza.*

*Si sabes esperar y a tu afán poner brida
O siendo blanco de mentiras esgrimir tu verdad
O siendo odiado, al odio no darle cabida
y ni ensalzas tu juicio ni ostentas tu bondad*

*Si sueñas, pero el sueño no se convierte en tu rey
Si piensas y el pensar no mengua tus ardores
Si el triunfo y el desastre no te imponen su ley
y tratas de la misma manera a esos dos impostores*

*Si puedes soportar que tu frase sincera
sea trampa de necios en boca de malvados
O mirar hecha trizas tu adorada quimera
y volver a forjarla aunque sea con gastados instrumentos*

*Si todas tus ganancias las pones en un montón
y las arriesgas osado en un golpe de azar
y las pierdes, y luego con bravo corazón
sin hablar de tus pérdidas, vuelves nuevamente a comenzar*

*Si puedes mantener en la ruda pelea
alerta el pensamiento y el músculo tirante
para emplearlo cuando en ti todo flaquea
menos la voluntad que te dice seguir adelante*

*Si entre la turba das a la virtud abrigo
Si no pueden herirte ni amigo ni enemigo
Si marchando con reyes del orgullo has triunfado
Si eres bueno con todos, pero no demasiado*

*Y si puedes llenar el precioso minuto
en sesenta segundos de un esfuerzo supremo
tuya es la tierra y todo lo que en ella habita
y lo que es más, serás hombre hijo mío....*

Después de leer junto a sus hijos estos pensamientos que tan bien representaban su espíritu y noble formación, los contertulios de aquella mesa familiar de los Ceruti Vicencio vieron cómo su padre se levantaba de aquel formidable empellón que le deparaba la vida.

Faltaba conseguir un lugar físico en donde trabajar y utilizar de centro de operaciones para sus nuevas actividades. Entonces su hijo Carlos, que era socio de una empresa constructora, inmediatamente le ofreció su oficina para que la utilizara para su trabajo, sus reuniones y sus nuevas actividades. Tendría secretaria, teléfono, escritorio y oficina para él. Carlos llamó a su socio Santiago Pinto, quien de inmediato accedió gustoso a ofrecerle su apoyo y amistad.

Y fue así como el día lunes Carlos Ceruti Gardeazábal ya estaba instalado en la oficina de Carlos hijo, en Carlos Charlín 1450 de Providencia, y daba inicio a la nueva etapa de su vida con incorregible y renovado optimismo.

Post data: La morada del corazón

Carlos tuvo entonces el apoyo incondicional de su familia y sus amigos. Muchos de ellos, destacados empresarios, le ofrecieron participar en sus directorios y fue así como tuvo una muy importante y destacada labor en muchos de estos, como por ejemplo Licores Mitjans, Sande y Compañía, Viña San Pedro, Sorena y otros, que le permitieron desarrollar sus virtudes y experiencia con notables proposiciones para aquellas empresas, destacando siempre con su simpatía, caballerosidad, humildad e inteligencia emocional.

Su compañera Elvira empujó para que Carlos se resolviera a adquirir su casa familiar, y fue así como se decidió a hablar con su amigo Eduardo Arriagada (en esa época presidente del Banco del Desarrollo) para que le otorgaran un crédito hipotecario y comprar la que sería su casa en la calle Bilbao de Santiago. Elvira siempre tuvo preocupación por tener su casa, pues la característica empresarial de Carlos, su hermano Fernando y su socio y amigo Carlos Edwards Mackena fue siempre reinvertir las utilidades de la fábrica en la propia empresa, renunciando a enriquecerse para apoyar a su crecimiento, defender y acrecentar las fuentes de trabajo para sus trabajadores chilenos y contribuir a la nación con obras de ingeniería que fueran un orgullo para Chile. Siempre pensaron en servir al país y no en servirse a sí mismos.

En el año 1985, mientras estaba en su casa le sobrevino repentinamente un fuerte dolor en el pecho. Elvira llamó a la Unidad Coronaria Móvil y determinaron llevarlo a la Clínica Indisa, donde quedó internado pues tenía un infarto al corazón. Su condición era muy grave y toda la familia y amigos se congregaron en la clínica en torno a Elvira para acompañarla y orar por su recuperación. Estuvo internado en la unidad de cuidados intensivos. El médico tratante habló con la familia y les comentó que le estaban aplicando un medicamento nuevo que era muy escaso en Chile y les pidió que ayudaran a conseguirlo en las unidades de cuidados intensivos de otros centros asistenciales.

Fue así como los cuatro hermanos Ceruti se repartieron entre las otras clínicas de Santiago para ir en busca del requerido medicamento, el cual no estaba en Chile. No fue necesario persistir en conseguir el objetivo en Santiago pues Hernán Precht, amigo de la familia, consiguió traer los medicamentos desde Estados Unidos a través de un amigo en la embajada norteamericana, de manera que

hubo que ir a buscarlos al aeropuerto de Pudahuel. Tras consumir requerido insumo poco a poco fue mejorando y un benevolente día fue trasladado a la sala de recuperación y posteriormente a una habitación particular, para ser dado de alta en ella. En aquella ocasión el padre les habló a sus hijos de su preocupación por el pago que tendría que hacer a la clínica por todo su tratamiento, lo que lo mantenía sumamente angustiado.

Con esta inquietud, su hijo Carlos—quien era profesor de la Universidad Técnica Federico Santa María—averiguó el valor que tendría que pagarse en la clínica y se dirigió a la asistente social Elisa Ferrer para solicitarle un préstamo personal a descontar en cuotas mensuales de su salario como funcionario de la universidad. Elisa le dijo que en un par de días le contestaba. Fue así que lo llamó dos días después para que fuera a su oficina por el tema de su solicitud. Cuál sería la sorpresa de su hijo Carlos cuando la señora Elisa le hace entrega de dos cheques que sumaban el total del valor a pagar y que eran sin devolución, pues no se trataba de un préstamo sino de un aporte; uno era de sus amigos de Rhona –José Hornauer y Luis Aspíllaga– y el otro de sus amigos de Oxiquim –Gerardo Kunstmann y Rodolfo Gleissner– compañeros en la universidad de Carlos Ceruti Gardeazábal, empresarios destacados y amigos de toda una vida.

Carlos llegó a Santiago y fue directamente a ver a su padre. Con delicadeza le habló de sus gestiones con Elisa Ferrer y le hizo entrega de los cheques mediante los cuales sus amigos se hacían cargo de los gastos de la Clínica. Fue la segunda vez que su hijo vio llorar a su padre, de emoción y agradecimiento por tan noble signo de apoyo y amistad. Las emergencias cardíacas de los últimos años hicieron que experimentara un cambio físico notorio, el tono de su voz se hizo más dulce y suave, a la vez que su aspecto se tornaba el de un hombre mayor.

Una noche inolvidable, todo comenzó como una tarde cualquiera. Nada hacía prever que sería una noche mágica, una noche especial. A mediodía, durante el almuerzo en casa, Carlos le anunció a Elvira que esa noche, después de cenar, vendrían los cuatro hijos a la casa, pues querían conversar entre ellos, interesándose por un problema que en ese momento afectaba a uno de ellos en particular. A Elvira la puso feliz comprender que en un momento de decisión o de incertidumbre volvieran juntos a aunar fuerzas al calor del nido.

Es así que fueron llegando uno a uno, cariñosos como siempre, y Elvira los dejó en el comedor, frente a una mesa bien provista, preparándose para iniciar su reunión. Le pidieron a la mamá que se quedara y los acompañara, pero ella intuyó, ya que llegaron sin sus esposas, que estarían más cómodos sin la presencia femenina, y a pesar de sus protestas subió a su dormitorio. Sin embargo, al rato, luego de haberse adormecido, sintió risas y carcajadas, y pensando que se estaba perdiendo algo sabroso, se envolvió rápidamente en una bata y bajó a reunirse con ellos.

Efectivamente, eran ya cerca de las doce y lo que tenían que tratar ya estaba conversado y ahora se reían y celebraban algunas bromas o el último chiste reciente salido a circulación. La conversación fue variando de lo jocoso a lo sentimental, se habló de la vida y de la muerte, del presente, del pasado y del futuro, de lo que se sabe y de todo cuanto se ignora. Entonces le preguntaron al papá qué había sentido al sufrir el infarto; si al sentirse tan grave algo había cambiado en él respecto de sus convicciones o sentimientos.

Le contaron que una noche, la cuarta o quinta que pasaba inconsciente, sin que los médicos les hicieran abrigar ninguna esperanza de recuperación, le habían pedido a un sacerdote que los ayudara a rezar por él, advirtiéndole que el paciente no era creyente pero que sí tenía las cualidades que lo hacían el mejor de los hombres. “*No se preocupen, esos son los mejores*”, les dijo el cura, expresando que tratándose de un hombre así de fuerte, no tenía dudas de que saldría adelante. Y así fue, gracias a lo cual lo tuvieron otros dos años más y pudieron compartir con él esa velada excepcional. ¿Fue acaso un milagro? Para la familia sí lo fue. Cuando ya tenían la esperanza perdida, fue su propia fe en sí mismo, en su Dios interior que siempre lo acompañó y guió sus pasos, lo que lo impulsó hacia la vida, postergando la muerte.

Cada hijo, con lágrimas y aún con sollozos le pudo decir al padre, en esta comunión de almas, cuánto lo querían y lo admiraban y lo que había significado para ellos el ejemplo de su vida y sus enseñanzas, y les agradecieron a ambos, madre y padre, el haberles dado un hogar feliz. Y entonces se abrazaron llorando, sin esconder las emociones, pensando y sintiendo que ese momento, a pesar de las lágrimas, era un gran momento de felicidad, de mágica luz que iluminaba sus vidas. Así lo sintieron ambos cuando en la noche, antes de cerrar los ojos, en silencio unieron con fuerza sus manos, dando las gracias por cuánto habían recibido en esta vida.



Carlos, Elvira y Elisa Ferrer en homenaje en el Club de Viña, 1986



Ángel, Patricia Lagos, Carlos, Anita, Elvira y Fernando
en casa de Anita, 1986

En el mes de abril de 1987 el Papa Juan Pablo II visitó Chile. Hubo numerosas actividades y presentaciones públicas y privadas del Papa, las cuales fueron convenientemente reproducidas por los canales de televisión del país. Un día de aquel mes Elvira subió las escaleras y al asomarse en la habitación se detuvo en el umbral en silencio. Carlos se encontraba sentado en la esquina de la cama, agazapado, con los codos en las rodillas y los puños sosteniendo el mentón, contemplando la imagen en primer plano del Papa Juan Pablo II (a quien conoció personalmente como Karol Wojtyla, antes de haber sido nombrado Papa, hacía veinte años atrás). A Elvira le pareció que la televisión parecía un espejo, por el parecido físico del rostro de su marido con el personaje que mostraba la pantalla.

Carlos, sentado en una esquina de la cama, contempló en el televisor el apretón de manos del Papa Juan Pablo II con Augusto Pinochet. De alguna manera ese apretón de manos representaba el encuentro de un mundo que se aprestaba a sucumbir, como el propio muro de Berlín, en una misma época en donde en Chile la democracia sería recuperada tras un reñido plebiscito. Ambos sucesos históricos Carlos no alcanzará a presenciarlos, pero sin duda se intuían en aquella época en que su inminencia representaba el fin de un ciclo a escala mundial.

A pesar de no ser católico Ceruti siguió la visita del Papa con sumo interés, escuchando con atención cada uno de sus discursos. Siempre fue agnóstico, pero nunca denostó a nadie por ser católico o de otra religión. Decía que no sería justo que existiera Dios, aunque aseguraba a su vez que desconocía lo que había más allá, situándose desde un punto de vista en el que se considera que los valores de verdad de ciertas afirmaciones son desconocidas o inherentemente incognoscibles, pero a diferencia del ateísmo que plantea el descreimiento de los dioses, más bien sugiere la suspensión de dicha creencia, como si en atención a nuestras competencias escapara a nuestro ámbito más inmediato y concreto. Tal vez nunca le calzó la religión al ser orientado de esa manera desde su más temprana formación, inculcada por padres españoles vascos partidarios de la República Española, bando antagónico al perpetrado por la Iglesia Católica en la guerra civil. De manera que se negaría a bautizar a sus hijos, para darles la libertad de escoger, en su edad madura, la convicción religiosa que quisieran abrazar.

De todas formas, fue tal la expectación y revuelo que convocó la visita del Papa a Chile que el himno escrito por Eugenio Rengifo e interpretado por los Huasos de Algarrobal, “*Mensajero de la Vida*”, se transformó en un suceso incluso alabado por el propio Pontífice. Carlos lo grabó, junto a todas las intervenciones que Juan Pablo II dedicó a Chile y a los chilenos, independiente de sus ideas o creencias.

Desde su primera actividad en la Catedral de Santiago, la visita a la Vicaría de la Solidaridad, la bendición desde la capilla del cerro San Cristóbal, el encuentro con los pobladores de La Bandera donde comió pan amasado con una taza de té, la reunión con los jóvenes en el Estadio Nacional en donde trazó la señal de la cruz en el césped del estadio “*para que desde aquí brote la paz y la reconciliación*” y señalando con la mano a la imagen de Jesucristo ubicada en el marcador del recinto dijo su famosa frase “*No tengáis miedo de mirarlo a Él*”, envolvió a Carlos con su liderazgo, su pasión y la potencia de su mensaje.

Una noche despejada de 1987 Carlos y Elvira se encontraron acostados uno al lado del otro, leyendo tranquilamente ambos, seguramente meditando lo hecho en el día y proyectando los próximos desafíos que les deparaba la vida. Carlos tomó la mano de Elvira y le dijo “*Elvirita, me siento mal*”. Elvira inmediatamente llamó a la unidad coronaria móvil y a sus hijos. En pocos minutos los paramédicos estaban allí y decidieron trasladarlo de inmediato a la clínica Santa María. Estaba sufriendo un nuevo infarto al corazón.

Elvira se subió a la ambulancia junto a su marido. Su hijo menor, Álvaro, fiel acompañante de su padre en su travesía desde México a Chile, siguió en su automóvil particular a la ambulancia, trayecto que quedaría grabado en su memoria, disminuyendo la velocidad en las esquinas y en las luces rojas, y viendo iluminada la figura de su padre a través de la ventana trasera del vehículo asistencial, a quien se le prestaran los auxilios necesarios para llegar a destino. La cara de su padre, tan parecida a la del Papa Juan Pablo II, se le presentaba nítida y clara en aquel verdadero papamóvil.

La madrugada del domingo 17 de mayo fallece Carlos Ceruti Gardeazábal en la Clínica Santa María de Santiago. Ese domingo sus restos fueron llevados en la mañana a la capilla de la Clínica Santa María y por la tarde a la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús de El

Bosque, en donde fueron velados. Al día siguiente, lunes 18 de mayo, se ofició una emotiva misa por parte del Padre Jorge González Foster, que había sido rector de la Universidad Católica de Valparaíso cuando Carlos fue nombrado rector en la Universidad Técnica Federico Santa María, y gran amigo. En la ceremonia de su despedida, a solicitud de los ex alumnos de su Alma Mater fue desplegada una impecable bandera de la Universidad, cubriendo con ella su ataúd. Posteriormente sus restos fueron sobriamente depositados en el Cementerio General de Santiago, junto a sus padres y hermanos, iniciando el más azul de los caminos.





Familia Ceruti Vicencio completa
el 10 de mayo de 1987 para el día de la madre.

Carlos Ceruti fallece el 17 de mayo,
una semana después.

Abajo de izquierda a derecha
Gonzalo, Paula, Carlos, Andrés, Felipe, Andrea y Marcela

Centro de izquierda a derecha
Rodrigo, María Inés Mandiola, María Luisa Cortés y Francisco en brazos,
Elvira, Carlos, Patricia Lagos, Alvaro y Cecilia Gabella

Arriba de izquierda a derecha
Rodrigo, Gonzalo, Alvaro, Sergio Vicencio y Carlos

Universidad Técnica
Federico Santa María
Escuela y Colegio
José Miguel Carrera
Inaugurada el 20 de Diciembre de 1931



TESTAMENTO

Deseo ante todo expresar a mis conciudadanos que los últimos treinta años de mi vida los consagré esclusivamente al altruismo, y al efecto hice mi primer testamento en 1894, legando a la ciudad de Valparaíso una Universidad, pero en el transcurso del tiempo, la experiencia me demostró que aquello era un error y que era de importancia capital levantar al proletario de mi patria, concibiendo un plan por el cual contribuyo primeramente con mi obolo a la infancia e segundo a la escuela primaria, de allí a la escuela de artes y oficios y por último al colegio de ingenieros, poniendo al alcance del desvalido meritorio, llegar al más alto grado del saber humano; es el deber de las clases pudientes contribuir al desarrollo intelectual del proletario. Tan. to la Escuela de Artes y Oficios como el Colegio de Ingenieros y toda otra institución que pudiera crearse: más tarde deben agregar a su título el nombre de José Miguel Carrera en homenaje al gran patriota que dio el primer grito de Independencia en Chile y como enseñanza a los alumnos que ante todo se deben a su patria.

Federico Santa María C.

París, Enero cinco de mil novecientos veinte.